

The Project Gutenberg EBook of El intruso, by Vicente Blasco Ibáñez

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)

Title: El intruso

Author: Vicente Blasco Ibáñez

Release Date: January 31, 2008 [EBook #24466]

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-8859-1

\*\*\* START OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK EL INTRUSO \*\*\*

Produced by Chuck Greif and the Online Distributed Proofreading Team at <http://www.pgdp.net> (This file was produced from images generously made available by the Digital & Multimedia Center, Michigan State University Libraries.)

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

EL INTRUSO

--NOVELA--

22.000

F. Sempere y C.<sup>a</sup>, Editores

CALLE DEL PINTOR SOROLLA, 30 Y 32

VALENCIA

1904

I

Comenzaba á clarear el día cuando despertó el doctor Aresti, sintiéndose empujado en un hombro. Lo primero que vió fué el rostro de manzana seca, verdoso y arrugado de Kataliñ, su ama de llaves, y los dos cuernos del pañuelo que llevaba la vieja arrollado á las sienes .

--Don Luis... despierte. Muerto hay en el camino de Ortuella. El jueves que vaya.

Comenzó á vestirse el doctor, después de largos deserezos y una rebusca lenta de sus ropas, entre los libros y revistas que , desbordándose de

los estantes de la inmediata habitación, se extendían por su dormitorio de hombre solo.

Dos médicos tenían á sus órdenes en el hospital de Gallarta, pero aquel día estaban ausentes: el uno en Bilbao con licencia ; el otro en Galdames desde la noche anterior, para curar á varios mineros heridos por una explosión de dinamita.

Kataliñ le ayudó á ponerse el recio gabán, y abrió la puerta de la calle mientras el doctor se calaba la boina y requería su \_cachaba\_, grueso cayado con contera de lanza, que le acompañaba siempre en sus visitas á las minas.

--Oye, Kataliñ--dijo al trasponer la puerta.--¿Sabes quién es el muerto?

--\_El Maestrigo\_ disen. El que enseñaba por la noche el abesedario á los pinches y era novio de esa que llaman \_La Charanga\_. ¡Cómo está Gallarta, Señor Dios! Ya se conoce, pues: la iglesia siempre vasía.

--Lo de siempre--murmuró el médico.--El crimen pasional. A estos bárbaros no les basta con vivir rabiando y se matan por la mujer.

Aresti andaba ya, calle abajo, cuando la vieja le llamó desde la puerta.

--Don Luis, vuelva pronto. No olvide que hoy es San José y que le esperan en Bilbao. No haga á su primo una de las suyas.

Aresti notó la entonación de respeto con que hablaba la vieja de aquel primo que le había invitado á comer por ser sus días. En todo el distrito minero nadie hablaba de él sin subrayar el nombre con una admiración casi religiosa. Hasta los que vociferaban contra su riqueza y poderío, le temían como á una fuerza omnipotente.

El doctor, al salir de Gallarta, se abrochó el gabán, estremeciéndose de frío. El cielo plomizo y brumoso se confundía con las crestas de los montes, como si fuese un toldo gris que hubiera descendido hasta descansar en ellas. Soplaban el viento furioso de las estribaciones del Triano, que arranca las boinas de las cabezas. Aresti se afirmó los lentes y siguió adelante todavía soñoliento, con esa pasividad resignada del médico que vive esclavo del dolor ajeno. Las ruedas sueltas de sus zapatos de monte se pegaban al barro; la \_cachaba\_ iba marcando con su lanza un agujero á cada paso.

La noche anterior había cenado Aresti con unos cuantos contratistas de las minas, lo más distinguido de Gallarta; antiguos jornaleros que iban camino de ser millonarios y, no pudiendo coexistir con sus antiguos camaradas de trabajo, ni tratarse con los burgueses de Bilbao, se pegaban al médico acosándolo con toda clase de agasajos. Despertaba en ellos cierto orgullo que el doctor Aresti, que había estudiado en el extranjero y del que hablaban en la villa con respe

to, quisiera vivir  
entre ellos, en la sociedad primitiva y casi bárbara  
del distrito  
minero. Esto les halagaba como si fuese una declaración  
de superioridad  
en pro de los mineros de las Encartaciones sobre los  
\_chimbos\_ de  
Bilbao. Además, respetaban al doctor con cierta adoración  
supersticiosa  
porque era primo hermano de Sánchez Morueta y éste  
no ocultaba su gran  
cariño al médico...

¡Sánchez Morueta! ¡Cómo quién dice nada! Hacía muchos  
años que no había  
estado en las minas. Aun en el mismo Bilbao, transcurrían  
los meses sin  
que viesen su barba cana y su cuerpo musculoso de gigante  
los más  
íntimos del famoso personaje. Pero ya se podía preguntar  
por él, lo  
mismo al gobernador de Bilbao que al último pinche  
de Gallarta: nadie se  
mostraba insensible ante su nombre. Desde lo alto del  
Triano se veían  
minas y más minas, ferrocarriles con rosarios de vagones,  
planos  
inclinados, tranvías aéreos, rebaños de hombres atacando  
las canteras:  
de él, todo de él. Y de él también, los altos hornos  
que ardían día y  
noche junto al Nervión, fabricando el acero, y gran  
parte de los vapores  
atrancados á los muelles de la ría cargando mineral  
ó descargando hulla,  
y muchos más que paseaban la bandera de la matrícula  
de Bilbao por todos  
los mares, y la mayor parte de los nuevos palacios  
del ensanche y un  
sinnúmero de fábricas de explosivos, de alambres, de  
hojadelata, que  
funcionaban en apartados rincones de Vizcaya. Era c

omo Dios: no se  
dejaba ver, pero se sentía su presencia en todas pa  
rtes. Podía hacer á  
un hombre rico de la noche á la mañana con sólo des  
earlo. Hasta los  
señores de Madrid que gobernaban el país le buscaba  
n y mimaban para que  
prestase ayuda al Estado en sus apuros y empréstito  
s. ¡Y el doctor  
Aresti, amado por Sánchez Morueta con un afecto dob  
le de padre y de  
hermano, se empeñaba en vivir fuera de su protecció  
n, más allá de la  
lluvia de oro que parecía caer de su mirada y que h  
acía que los hombres  
se agolpasen en torno de él, con la furia brutal de  
la codicia,  
obligándolo á aislarse, á permanecer invisible, par  
a no perecer bajo el  
formidable empujón de los adoradores!... La única m  
erced que el médico  
había solicitado de su poderoso pariente, era el es  
tablecimiento en la  
cuenca minera de un hospital para los trabajadores  
que antes perecían  
faltos de auxilio en los accidentes de las canteras  
. Y con toda su fama  
de práctico de los hospitales de París, con la popu  
laridad que le habían  
dado en la villa sus arriesgadas operaciones, fué á  
aislarse en las  
minas, cuando aún no tenía treinta años, viviendo e  
n una casita de  
Gallarta con sus libros y su vieja criada Catalina.

Los contratistas, los capataces, los \_químicos\_, to  
da la gente que  
formaba la clase sedentaria de las minas, admiraba  
á Aresti, poniendo en  
su adoración algo del asombro que despierta en el v  
ulgo el desprecio á

las riquezas materiales.

--Le gusta vivir con nosotros--decían con orgullo.-  
-Mejor prefiere una  
merienda con gente de boina que un banquete en el p  
alacio que Sánchez  
Morueta tiene en Las Arenas... ¡Ser primo de Don Jo  
sé y pasarse meses  
sin verlo!... ¡Pero qué famoso es el doctor!

El mísero rebaño de los mineros, albergado en los b  
arracones y cantinas,  
tenía una fe ciega en su ciencia, le miraba como á  
un brujo capaz de los  
mayores prodigios para remendar los desperfectos de  
l andamiaje humano.  
Pasaban por los caminos de la montaña un sinnúmero  
de lisiados, que, al  
conservar la vida después de horribles catástrofes,  
proclamaban la  
maestría del cirujano.

--¡Que venga Don Luis!--gemía el minero herido por  
la explosión de un  
barreno, ó el pinche casi enterrado por un desprend  
imiento de la  
cantera.

Y al ver con la mirada vidriosa de la agonía los le  
ntes del doctor, sus  
ojos irónicos bajo unas cejas mefistofélicas y la b  
arba en punta llena  
de canas precoces, los infelices sentíanse animados  
por repentina  
confianza; no percibían la llegada de la muerte, es  
perando hasta el  
último momento el milagro que había de salvarles.

Los otros médicos del distrito eran recibidos por l  
os enfermos con  
triste resignación. ¡Don Luis: sólo el doctor Arest  
i! Y las señoras de

Gallarta, las esposas de los contratistas, antiguas aldeanas que se aburrían en sus flamantes chalets contruidos en la s afueras del pueblo, sentían enfermedades nunca sospechadas en tiempos a nteriores, sólo por el gusto de hablar con el doctor, que á más de su c iencia llevaba con él algo de la grandeza de Sánchez Morueta y de las alt as clases de Bilbao hasta las cuales soñaban con llegar algún día. Los maridos no necesitaban menos de la presencia de Aresti. Le con sultaban en los asuntos de familia, y, apenas terminado su trabajo en las minas, le buscaban por las noches, organizando en su honor ce nas pantagruélicas. Le llevaban con ellos á las pruebas de bueyes y las apuestas de barrenadores, fiestas brutales que organizaban en t odos los pueblos de la provincia, cruzando apuestas de muchos miles de duros.

La noche anterior, Aresti se había acostado tarde. Ya que había de comer en Bilbao invitado por \_Don José\_ (que así era cono cido por antonomasia el poderoso Sánchez Morueta), los ricos de Gallarta , que llevaban igual nombre, no querían dejar de obsequiar al doctor. Y hasta más de media noche duró la cena en el fondín principal del puebl o: un banquete de platos populares y substanciosos, tales como los so ñaban aquellos ricos improvisados en su época de hambre: conejos de mont e, gallinas en toda clase de guisos, bacalao bajo todas las formas, un interminable desfile de viandas vulgares rociadas desde la primera á la



última con champagne  
de las mejores marcas. El champagne era para aquellas  
gentes el  
distintivo de la riqueza; lo único que habían podido  
copiar de las  
clases elevadas. Lo querían del más caro para que constase bien su  
opulencia y lo gastaban á cajas, abriendo á golpes  
las botellas, riendo  
como niños cuando el líquido se derramaba por el suelo, mojándose unos á  
otros con la espuma, bebiéndolo en tanques y llenando á veces las  
palanganas para lavarse la cara con el precioso vino, despilfarro que á  
los postres nunca dejaba de producir hilaridad.

Aresti sonreía recordando la fiesta de la noche anterior, las  
extravagancias infantiles de aquellos rústicos, enriquecidos rápidamente  
é imposibilitados de ostentar mejor sus ganancias en la vida aislada y  
laboriosa que llevaban en el monte.

Sin detenerse en su marcha, el doctor contempló largo rato una colina  
roja que se alzaba á un lado del camino. Aquella tu mefacción del paisaje  
era obra del hombre. La montaña se había formado espuerta sobre  
espuerta. A su sombra habían nacido Gallarta y la riqueza del distrito.  
Era la escoria de la mina de San Miguel de Begoña, la explotación más  
famosa de las Encartaciones: toda de mineral \_campañil\_ y del más rico.  
Allí habían comenzado su fortuna Sánchez Morueta y otros potentados de  
Bilbao. Sólo quedaba como recuerdo la montaña de escoria. El dinero  
estaba en la villa, y en las entrañas de la tierra

los siervos anónimos  
que habían dejado parte de su existencia en el arra-  
nque del mineral.

Aresti vió un grupo de gente á un lado del camino.  
Pasaban corriendo  
junto á él chiquillos y mujeres. A veces se detenía  
n para llamar á los  
que estaban en los desmontes inmediatos.

--¡Ené! ¡Han matado al \_Maestrico\_! ¡Vamos á verlo!

Y seguían corriendo hacia el gentío, en el cual se  
destacaban los negros  
uniformes y las boinas con chapa de una pareja de m  
iñones. Algunos  
muchachuelos, pinches de las minas, llegaban atraíd  
os por el suceso,  
llevando en cada mano un cartucho de dinamita para  
los barrenos.  
Familiarizados con el explosivo, metíanse entre los  
grupos empujando  
para abrirse paso y ver al muerto.

En medio del camino estaban inmóviles varias carret  
as con sus bueyes de  
raza vasca, pequeños, de patas finas, con una piel  
de carnero entre los  
cuernos adornando el yugo.

Al llegar el doctor se abrió el compacto grupo, dej  
ando ver un hombre  
tendido en la cuneta, con las ropas en desorden. El  
barro y la sangre  
formaban una máscara sobre su rostro. Aresti no tuv  
o más que inclinarse  
para convencerse de que estaba muerto desde muchas  
horas antes.

El juez municipal, un contratista de los que habían  
cenado con Aresti,

le habló del suceso, lamentando el madrugón que le había proporcionado. El pobre \_Maestrico\_ debía haber muerto casi instantáneamente. Tenía un golpe en el corazón, una de aquellas puñaladas que sólo se veían en las minas donde vive tanta gente salida del presidio. Además, le habían herido en la cara, en las manos, en todo el cuerpo. Debían ser dos los que le acometieron, cerrada ya la noche, cuando volvía de Bilbao. Para el juez, el suceso no ofrecía dudas. De allí iría á prender á los culpables sin miedo á equivocarse.

Recordaba á Aresti, en pocas palabras, la historia del muerto; un andaluz, de carácter triste y pocas palabras que había rodado por el mundo buscándose la vida en América en cien oficios, y trabajando en todas las minas de España. Por las noches, cuando volvía del trabajo, daba lecciones á los pinches. Vivía á pupilo en casa de los padres de \_la Charanga\_, una moza guapetona y descarada que llevaba revuelta á la chavalería de Gallarta, prefiriendo entre todos al hijo de un licenciado de presidio, un rebelde que iba de una á otra cantera despedido siempre por su insolencia, y que, en los bailes del domingo, llamaba la atención por su faja de guapo arrollada desde el pecho hasta las ingles, con un arsenal de armas oculto. El \_Maestrico\_ se había enamorado de \_la Charanga\_ con la pasión reconcentrada y silenciosa de un hombre de cuarenta años. Los padres le querían, alabando sus costumbres sobrias,

su actividad para ganarse la vida; y la muchacha, en su diferencia de bestia alegre, decía que sí á todo, continuando sus relaciones con el matoncillo. Iban á casarse en aquella misma semana.

El \_Maestrico\_ había marchado el día anterior á Bilbao para comprar algunos regalos á la novia y, al regreso, el amante y su padre le habían esperado en el camino.

Aresti oyó unos gemidos á su espalda. Entre el gentío, un minero viejo se llevaba las manos á los ojos.

--Antón... pobre \_Maestrico\_. ¡Matar á un hombre así! ¡Tan bueno!... ¡tan trabajador!

Era el padre de \_la Charanga\_, que lloraba ante el cadáver de su pupilo.

El médico se fijó en el abultado abdomen del muerto, é hizo que un miñón desliase la faja negra. Aparecieron dos botinas de mujer con la suela blanca y el charol deslumbrante; el calzado con que sueñan las muchachas de las minas como una elegancia suprema. El pobre \_Maestrico\_ había ido á la villa para comprar este regalo á su novia.

Se abrió el grupo con cierto rumor de curiosidad, como á la llegada de un personaje esperado. Era \_la Charanga\_, con las manos en las fuertes caderas, los ojazos insolentes y hermosos bajo el pelo alborotado, mostrando al sonreír sus dientes agudos de loba impúdica.

--¿Pero es verdad que han matao á \_ese\_?...

Y fijaba su mirada en el médico, con la misma expresión de lúbrica generosidad con que muchas veces le había invitado á seguirla cuando le encontraba en el campo. Después contempló el cadáver fríamente, sin emoción, y al tropezar su mirada con las botas de charol rompió á reír.

--¡Rediós! ¡Pus ya podía yo anoche esperar mis botas!...

Fué todo lo que se le ocurrió ante el cadáver del que iba á ser su marido. Y rompiendo á codazos por entre los hombres que se conmovían al contacto de sus caderas, salió del grupo, alejándose con soberbia indiferencia, pensando tal vez en el otro que por amor á ella iba á ir á presidio.

--¡La bestia!--dijo el médico al juez, siguiéndola con la mirada.--La hermosa bestia de los tiempos primitivos, satisfecha de que los machos se maten por poseerla... Esto sólo se ve aquí.

Y Aresti sonreía con la satisfacción del naturalista que contempla en su gabinete un animal extraordinario.

Llegaban de Gallarta nuevos grupos atraídos por la noticia del asesinato. El juez mostraba prisa por ir con la pareja de miñones en busca de los criminales. Unos amigos del muerto cogieron el cadáver, llevándolo hasta una carreta para conducirlo al pueblo. El doctor

emprendió el regreso y, cerca ya de Gallarta, notó que un muchacho de unos catorce años, un pinche de los que trabajaban en las minas, le seguía, marchando tan pronto á su lado como delante, siempre volviendo la cara hacia él, mirándole con unos ojos desmesuradamente abiertos, suplicantes y vidriosos como si fuesen á saltarles las lágrimas.

--¿Qué se ofrece caballero?--dijo Aresti con su voz alegre que parecía esparcir la confianza entre los desgraciados.

--Señor doctor--gimió el muchacho.--Mi padre... mi pobre padre.

Y como si no pudiera contener la pena tanto tiempo comprimida, se ahogaron las palabras en su garganta y rompió á llorar.

Aresti se fijó en él. No era del país: debía ser \_maketo\_, de los que llegaban en cuadrillas de Castilla ó de León, empujados por el hambre, atraídos por los jornales de las minas. Un pantalón azul, con piezas superpuestas en las posaderas y las rodillas, oscilaba sobre sus zapatones claveteados, de punta levantada. La faja negra oprimía una camisa de franela roja, apenas cubierta por un chaleco suelto, y la maraña de pelos ensortijados, sucios de barro, se escapaba por debajo de una boina vieja. Olía á juventud descuidada, á ropas mantenidas sobre la carne meses enteros. Aresti conocía este perfume de las minas; el hedor de los cuerpos vigorosos que trabajan, sudan y dueren.

men siempre con la misma envoltura.

--Tu padre... ya te entiendo--dijo bondadosamente.-  
-¿Y qué le ocurre á tu padre? Vamos á ver.

El pinche se explicó trabajosamente. Su padre estaba arriba, en Labarga, en una casa de peones, muy enfermo; se moría. Al amanecer había querido levantarse para ir al trabajo como los demás compañeros, pero le ardía la piel, deliraba. El día antes había llovido y se mojó en la cantera. Él, que era su hijo, se había quedado para cuidarle. ¿Pero cómo, señor?... Estaba muy malo, mucho. ¡Para que él se hubiera decidido á perder el jornal del día!...

Y el muchacho repitió lo de la pérdida del jornal varias veces, dándole con su acento una importancia extraordinaria, como la mejor demostración de la gravedad del enfermo.

Aresti creyó consolarle, prometiendo que enviaría al médico que estaba en Galdames, tan pronto como volviera. Pero el muchacho rompió á llorar de nuevo.

--Señor doctor... Usted, sólo usted... Se lo pido por lo que quiera más en el mundo... He bajado de Labarga para eso. Usted sabe más que todos juntos. La gente dice que usted hace milagros...

Y apoderándose de una mano del doctor, se la besó repetidas veces sin saber qué decir, como si estas muestras de veneración

ón fuesen todo su  
lenguaje y con él quisiera convencer al médico.

--Basta, muchacho--dijo Aresti riendo.--No sigas. I  
ré á Labarga para que  
no me beses más con tu cara sucia... Buena se va á  
poner Kataliñ cuando  
sepa que subo al monte.

El muchacho, tranquilizado por la promesa del docto  
r, habló con menos  
dificultad contestando á sus preguntas. Eran de tie  
rra de Zamora y  
habían venido á las minas su padre y él con seis pa  
isanos más. Hacía  
tres años que realizaban este viaje á la entrada de  
l invierno. Ellos  
tenían allá su poquito de tierra. Cultivaban hierba  
y centeno; las  
mujeres se encargaban de los campos durante el frío  
y los hombres  
emprendían la peregrinación á Bilbao en busca de lo  
s jornales fabulosos,  
de once reales ó tres pesetas, de los que se hablab  
a con asombro en el  
país. Al venir el verano, regresaban al pueblo para  
recoger la cosecha y  
plantar la del año próximo. En las minas se trabaja  
ba mucho, la vida era  
dura, morían algunos; pero se podía volver á casa c  
on buenos ahorros.

--Yo, señor dotor, gano siete reales: mi padre once  
ú doce. Damos un  
real por la cama y nos comemos cinco cada uno, porq  
ue aquí todo va por  
las nubes. Hay otros gastos de zapatos y calcetines  
, porque el mineral  
destroza mucho. Además, casi todas las semanas llue  
ve en esta tierra y  
no se trabaja... Total, que no bebiendo vino y comi  
endo poco, volvemos á



casa á los diez meses con cuarenta ó cincuenta duros.

--Pues vais á ser ricos cualquier día--dijo Aresti.

--¡Quia! ¡no señor!--contestó el muchacho cándidamente.--Ricos nunca lo seremos. ¡Aun si ese dinero fuese para nosotros!...

--¿Es que lo regalais?...

--Se lo llevan los mandones. Con él pagamos la contribución.

Aresti caminó un buen rato en silencio, admirando una vez más la sencillez, la humildad de aquella gente, dura para el trabajo, habituada á las privaciones, sin la más leve vegetación de ideas de protesta en su cerebro estéril. Abandonaban casa y familia para hacer una vida de campamento, encorvados ante la piedra roja, arañándola de sol á sol con un desgaste de fuerzas que no era suplido por la alimentación, acelerando día por día la ruina de su organismo; y este sacrificio obscuro y penoso, era para sostener un derecho de propiedad ridículo sobre cuatro terrones infecundos, para mantener con gotas de sangre y pedazos de vida la pompa exterior de que se rodea el Estado.

Al entrar en Gallarta, el médico pasó apresuradamente ante su casa, temiendo que les viera Catalina y le apostrofase por su subida al monte.

--Vivo, muchacho; vamos aprisa. Son las siete y aún he de tomar el tren para Bilbao.

Pasaron apresuradamente por la calle principal de Gallarta, una cuesta empinada y pedregosa con dos filas de casuchas que ondulaban ajustándose á todas sus tortuosidades. Eran míseros edificios construidos con mineral en la época que éste no era tan buscado; gruesos paredones agujereados por ventanucos, con balcones volados que amenazaban caerse y los pisos superiores de maderas carcomidas. Las techumbres, con grandes aleros de tejas rojizas y sueltas, estaban mantenidas contra los embates del viento por una orla de pedruscos. En los pisos bajos estaban los establecimientos de Gallarta, tabernas en su mayor parte. Algunas ventanas con vidrios empañados servían de escaparates, exhibiendo zapatos ó quincalla oxidada y vieja, restos de saldos de la villa, enviados á las minas donde todo se compra sin protesta malo y caro. A causa del desnivel entre la empinada calle y las casas, unas tiendas tenían varios peldaños ante su puerta, como si fuesen torres; otras eran profundas como cuevas, con una escalera interior para bajar á ellas. Los establecimientos de ropas ondeaban en su fachada trapos multicolores. La calle, con sus tiendas estrechas y lóbregas y sus casas de poca altura, hacía recordar la tortuosa vía de una población árabe. Algunas carretas permanecían detenidas á las puertas de las tabernas

, moviendo los  
bueyes sus colas y bajando las testuces pacientemente, mientras adentro  
gritaban los conductores ante los vasos de vino.

Aresti tenía buenas piernas, acostumbrado como estaba á aquel país  
montuoso, y apoyándose en la \_cachaba\_ seguía sin dificultad al pinche  
que casi corría por el camino, con dirección á Labarga, uno de los  
barrios extremos de Gallarta, situado en plena explotación minera. Así  
como ascendían por el áspero camino, era más fuerte el viento y se  
ensanchaba el paisaje. Agrandábanse los montes y se velaban los valles  
bajo la bruma de la mañana. Por la parte del mar, el Serantes, que  
guarda la desembocadura de la ría de Bilbao, recortaba sobre el cielo  
plomizo su mole coronada por un castillete abandonado. A sus pies  
extendía el mar su ancha faja obscura, cortada á trechos por otros  
montes más bajos, metiéndose en triángulos, tierra adentro, en forma de  
ensenadas y rías.

Hacía algún tiempo que el doctor no había subido á pie la cuesta de  
Labarga y encontraba cierta novedad al espectáculo. Sin dejar de andar,  
iba examinando el paisaje. Una aldea que blanqueaba entre los campos al  
pie de Serantes, era San Pedro Abanto; más allá, al lado de una ría,  
alzábase la montaña de Somorrostro. Dos nombres famosos que conocía toda  
España después de la guerra civil. Como una resurrección de aquella  
lucha recordada por el doctor, sonaron varias corne

tas en las alturas  
inmediatas al camino, tembló la tierra con sorda tr  
epidación y  
estallaron varias detonaciones entre nubes de polvo  
rojo y piedras por  
el aire. Eran los barrenos de las minas, que se dis  
paraban á una hora  
fija, por la mañana y por la tarde, avisando los vi  
gilantes con sus  
cornetas para que se alejase la gente. Más allá de  
las minas inmediatas  
sonaron nuevas detonaciones, y luego otras más leja  
nas, estremeciéndose  
toda la cuenca minera con un incesante cañoneo como  
si tronasen baterías  
ocultas en todos los repliegues y cúspides de los m  
ontes.

Aresti, excitado por este estruendo, recordaba la f  
amosa batalla de las  
Encartaciones, cuando el ejército liberal intentaba  
levantar el sitio de  
Bilbao por segunda vez. La ferocidad de los hombres  
, la triste gloria de  
la guerra y la destrucción, habían popularizado los  
nombres de dos  
humildes aldeas de Vizcaya. Él no había presenciado  
los combates; pero  
como si los hubiera visto, después de escuchar su r  
elato tantas veces á  
los viejos del país y á muchos de los contratistas  
que eran entonces  
aldeanos hambrientos y, por inconsciencia juvenil,  
por no enfadar al  
cura de su anteiglesia, habían tomado las armas en  
defensa del Señor y  
los Fueros. En una casita blanca, que se alzaba ent  
re los robledales del  
llano, habían matado de un certero cañonazo á los d  
os mejores generales  
del carlismo. Después, el médico miraba el monte de  
Somorrostro con sus

ásperas pendientes, aislado, lúgubre como una pirámide. Aún se encontraban osamentas al cavar en las faldas. Allí había sido la gran carnicería: los batallones del gobierno, la infantería de marina, con la bravura del toro que embiste bajando la cabeza sin medir el peligro, pugnaban por subir á lo más alto para vencer al enemigo, y éste los fusilaba impunemente desde sus atrincheramientos preparados con fría anticipación, y pareciéndole poco mortífero el fusil, apelaba á procedimientos de la guerra primitiva y salvaje. Soltaban desde las alturas ejes de hierro con ruedas, arrancados de las vagonetas de las minas, y estos carros de la muerte descendían saltando de peñasco en peñasco, con una velocidad vertiginosa que aumentaba á cada choque, á cada aspereza del terreno. Resucitaba la antigua lucha entre los celtíberos bárbaros y las disciplinadas legiones de Roma. Las ruedas locas rompían las masas de pantalones rojos ó azules que en vano intentaban avanzar; aplastaban los hombres bajo su férreo volteo, hacían crujir los huesos, deshilachaban los músculos, y, manchadas de sangre, seguían rodando hasta encallarse en el llano, ahitas de destrucción.

--¡Imbéciles! ¡imbéciles!--repetía mentalmente el doctor.

Y pensaba con tristeza en los miles de hombres muertos en aquellos montes y en otros de más allá; en todos los que dormían eternamente en

las entrañas de la tierra vasca, por un pleito de familia, por una simple cuestión de personas, hábilmente explotada en nombre del sentimiento religioso y de la repulsión que siente el vascongado por toda autoridad que le exija obediencia desde el otro lado del Ebro.

Contrastando con estos recuerdos de una época de violencias, rodeaban al doctor, conforme avanzaba en su camino, la actividad del trabajo, el movimiento de la diaria batalla del hombre con los tesoros de la tierra. Los tranvías aéreos para la conducción del mineral apoyaban sus cables sobre los robustos postes y deslizándose por ellos, pasaba el rosario de tanques cargados de pedruscos rojos, salvando hondonadas y despeñaderos, descendiendo de meseta en meseta, siempre hacia el llano, buscando los descargaderos de Ortuella, la vía férrea del Triano, que es el respiradero de las minas.

En el fondo de las grandes cortaduras de las canteras, corrían sobre los rieles ligeramente tendidos, las vagonetas de mineral, tiradas unas por caballos, empujadas otras por hombres. Veíanse grandes plataformas de madera, planos inclinados por los cuales resbalaban los vehículos amarrados á una cadena sin fin. La vía automática de una compañía extranjera deslizaba en un espacio de varias leguas sus vagonetas, que parecían seres animados. Los vehículos rodaban en dos filas, en opuestas direcciones, cabeceando lentamente como bueyes sumi

sos, siguiendo su camino en línea recta, encontrando un puente sobre cada abismo y atravesando las alturas por túneles pendientes que los devoraban.

El paisaje aparecía trastornado por la mano del hombre. El minero violaba á la Naturaleza, volcándola, desordenando sus ropajes. Todo había cambiado de lugar. Las cumbres habían sido echadas abajo por la piqueta y el barreno: las hondonadas, rellenas de escoria roja, estaban convertidas en mesetas. Las faldas de los montes aparecían desgarradas: lo que en otros tiempos era suave declive, asustaba ahora con el pavoroso corte del despeñadero. Habíase cambiado el curso de las aguas; las antiguas fuentes admiradas por los ancianos escapábanse ahora con rezumamiento fangoso por las angostas galerías que perforaban las pendientes. Muchos montes despojados de la envoltura roja, que era su carne, mostraban el armazón calcáreo, la triste osamenta. Los prados de otras épocas, la tierra vegetal con sus maizales y robledales, todo había desaparecido, como si soplara sobre aquellas montañas un viento de fuego. Sólo quedaba el pedrusco férreo, el terrón rojo, la tierra codiciada por el hombre, que parecía haber ardido con interna combustión. A trechos quedaban algunos jirones de suelo verdeante. Crecía la hierba allí donde se amontonaban las vagonetas volcadas, las plataformas carcomidas, delatando una explotación abandonada. En estos

rincones pacían algunos rebaños de ovejas panzudas,  
de largas lanas,  
dando con sus esquilas una nota de calma pastoril á  
aquel paisaje  
desolado que parecía recién surgido de una catástrofe  
geológica.

El camino bordeaba la profunda zanja de una cantera  
. Era como uno de  
esos cráteres apagados, en los que muestra el plane  
ta la intensidad de  
sus convulsiones. Parecía imposible que aquella pro  
fundidad fuese obra  
del hombre en tan pocos años. Abajo, las cuadrillas  
de mineros, atacando  
el muro de mineral con picos y palancas, semejaban  
bandas de insectos.  
Los caballos parecían por su tamaño escapados de un  
a caja de juguetes.

Aresti, ante este desgarrón de la corteza terrestre  
que mostraba al aire  
sus entrañas, recordaba las formas y colores de las  
piezas anatómicas  
reproducidas en sus libros de estudio. Las calizas  
blanqueaban como  
huesos; las fajas de mena rojiza tenían el tono san  
guinolento de los  
músculos, y las manchas de tierra vegetal eran del  
mismo verde musgoso  
de los intestinos.

A un extremo de la gigantesca excavación la montaña  
se había venido  
abajo, formando una cascada inmóvil de ondas de tie  
rra y enormes  
pedruscos. El médico recordaba la catástrofe ocurri  
da cuatro años antes.  
La cantera se había derrumbado, cogiendo en su caíd  
a á una cuadrilla de  
obreros que trabajaba en su base. Unos habían pereg  
ido aplastados



instantáneamente: otros habían quedado enterrados en vida, en un socavón, aislados del mundo por centenares de toneladas de mineral. La gente acudía para pegar sus oídos con horror á los peñascos desmoronados, creyendo escuchar los gritos implorando auxilio, los gemidos de los infelices que perecían lentamente en la obscuridad de las entrañas de la tierra. Pasaban las horas, pasaban los días. Centenares de obreros trabajaron con un vigor extraordinario, pretendiendo revolver la inmensa avalancha de mineral; pero tras una semana de trabajo, sólo habían avanzado algunos metros y ya no se oía nada: de la tierra no salía ningún lamento. Al remover los pedruscos se encontraron varios cadáveres: hombres desfigurados, con las piernas rotas y el cráneo aplastado; un pinche casi intacto, con la cara sonriente, conservando aún en su mano un tanque de agua. Eran los que se hallaban fuera del socavón en el instante del desprendimiento. Los otros que estaban en la cueva se pudrían tras el gigantesco tapón de mineral que los había aislado del mundo. De muchos de ellos ni los nombres se conocían. Habían llegado á las minas poco antes y los capataces sólo anotaban sus apodos. Tal vez en algún rincón de España los esperarían aún, creyendo que cuanto más larga fuese la ausencia mayores serían los ahorros.

Las mujeres de Gallarta afirmaban que de noche salían gemidos del derrumbamiento. Durante unos meses viéronse en el c

amino de Labarga  
formas blancas, con luces en la cabeza, arrastrando  
cadenas. En las  
casas temblaban los muchachos y las jóvenes, oyendo  
hablar de las pobres  
almas en pena de la mina. Pero cierta mañana aparec  
ió tendido en el  
camino uno de los primeros borrachos de Gallarta, c  
on un brazo  
fracturado y la cabeza rota, y ya no volvieron á sa  
lir fantasmas, ni  
nadie sintió deseos de adornar la catástrofe con gr  
otescas apariciones.

El recuerdo de los enterrados fué borrándose en la  
memoria de todos. Las  
desgracias, en aquella explotación cruel que gastab  
a las vidas de muchos  
miles de hombres, superponíanse unas á otras con fr  
ecuencia, ocultando y  
desvaneciendo las anteriores. Un día, las vagonetas  
, al chocar unas con  
otras, aplastaban á un obrero: otro día saltaban de  
los rieles al bajar  
por el plano inclinado cayendo sobre un grupo encor  
vado ante el trabajo,  
que no recelaba la muerte traidora que llegaba á su  
s espaldas: los  
barrenos estallaban inesperadamente abatiendo los h  
ombres como si fuesen  
espigas; llovían pedruscos en mitad de la faena, ma  
tando  
instantáneamente; y por si esto no era bastante, ha  
bía que contar con  
los navajazos á la salida de la taberna, con las ri  
ñas en la cantera,  
con las disputas en los días de cobro, con la feroz  
acometividad de  
aquella inmensa masa ignorante y enfurecida por la  
miseria, en la cual  
vivían confundidos los que al salir de los penales  
de Santoña,

Valladolid ó Burgos no encontraban otro camino abierto que el de las minas de Bilbao, en las que se necesitaban brazos, y á nadie se preguntaba quién era y de dónde venía...

La Muerte rondaba en torno del mísero populacho, como un lobo alrededor del rebaño, siempre vigilante, con las uñas afuera y los dientes agudos. Zarpazo aquí, dentellada allá, la gran enemiga se mostraba infatigable. Siempre había en el hospital más de una docena de camas ocupadas por carne enferma que pedía entre gemidos el auxilio de don Luis. Era un perpetuo estado de guerra ante la muerte; una batalla contra la ciega fatalidad y la barbarie de los hombres, cuyos ecos se apagaban en la misma montaña, llegando apenas á la opulenta Bilbao. El mineral marchaba ría abajo sin que nadie pensase en lo que había costado su arranque del suelo.

Aresti salió de su ensimismamiento al ver que entraba en la calle única de Labarga, dos filas de míseras casuchas puestas sobre los peñascos que bordeaban el camino. Los edificios de Gallarta parecían palacios, comparados con las chozas de este barrio de mineros. Eran barracas, conocidas en el país con el nombre de \_chabolas\_, con tabiques de madera delgada y techumbre de planchas corroídas. Las puertas estaban en dos piezas horizontales: la hoja inferior quedaba cerrada como una barrera, y la superior, al abrirse, era la única ventana que daba á la casa luz y

aire. Las incesantes lluvias habían podrido aquellas habitaciones, reblandeciendo la madera, deshilachando sus fibras como si toda ella fuese á convertirse en gusanos. Fuera de las casas ondeaban sobre cuerdas los guiñapos de color indefinible puestos á secar. Algunas gallinas flacas y espeluznadas corrían por el camino. Los niños permanecían sentados ante las puertas, graves é inmóviles, como si fuesen de distinta raza que la revoltosa chiquillería de los pueblos del llano.

Al ver al doctor, salían las mujeres á las puertas de sus tugurios, sonriendo como en presencia de un acontecimiento inesperado, sintiendo de pronto el miedo á enfermedades que tenían olvidadas.

--¡Chicas, es don Luis!--se gritaban unas á otras.--  
-¡Señor doctor, aquí!  
¡Míreme usted este chico!... ¡Entre á ver á mi madre!

Pero Aresti conocía de larga fecha estos recibimientos; el furor que acometía á todos por estar enfermos apenas le veían, sin ocurrírseles bajar al hospital más que en casos de extrema gravedad. Y seguía adelante sonriendo á unas, contestando á otras alegremente, precedido por el pinche zamorano que volvía la cara como si temiese verle secuestrado por el grupo de comadres.

Un hombre de larga barba ensortijada y canosa, fumaba sentado ante una

casucha que era la peor del barrio. Tenía los ojos casi ocultos bajo las cejas y un gesto de desdén contraía á cada momento su cara negruzca. Al ver al médico no se llevó la mano á la boina ni abandonó su inmovilidad de fakir, como si estuviera abstraído en la contemplación de la miseria que le rodeaba.

--¡Salud, amigo \_Barbas!--dijo el médico alegremente, deteniéndose ante él.--¿Qué hay compañero?

--Mucho y malo, don Luis.

--Y esa revolución ¿cuándo la hacemos?...

El \_Barbas\_ miró un instante á Aresti con ojos ceñudos, como si fuese á insultarle: después escupió la nicotina de sus labios con un gesto desdeñoso.

--Búrlese, don Luis. Usted está acostumbrado á oír quejarse de dolor lo mismo al rico que al pobre, á ver que todos mueren igual; por eso toma á risa las cosas de los hombres. Al fin no somos más que animales. Hace usted bien. Ríase... pero el trueno gordo se acerca. . Algún día encontrarán su merecido todos los ladrones... ¡todos! incluso su primo Sánchez Morueta.

--¡Compañero! ¿y yo?--dijo el doctor.--¿Qué vas á hacer de mí?

--Usted es un guasón que se ríe de la vida... pero entre burlas y veras hace bien á los pobres y vive cerca de su miseria.

Usted es casi de los  
nuestros.

--Gracias, compañero \_Barbas\_.

Y dando á entender al solitario con un gesto que volvería para hablar con él, subió los peldaños de una casucha en cuya puerta le esperaba impaciente el pinche.

Era la \_casa de peones\_, el miserable albergue de las montañas mineras, donde se amontonan los jornaleros. Aresti estaba habituado á visitar aquellos tugurios que olían á rancho agrio, á humo y á «perro mojado».

En la entrada de la casa estaba el fogón con algo de loza vieja alineada en dos estantes. Los tabiques de madera eran de un amarillo viscoso, como si las tablas trasudasen de una pieza á otra la suciedad y la mugre de los habitantes. Una vieja, delgada de rostro, y enorme de cuerpo por los pañuelos que llevaba arrollados al busto y los innumerables zagalejos de su faldamenta, vigilaba el hervor de un puchero, con las manos cruzadas sobre el delantal de arpillera, mirándose con ojos bizcos los cuernos del pañuelo rojo arrollado á la cabeza.

Unos gatos flacos y espeluznados rodaban en torno de la mujer, esperando que cayese algo de la olla: unos animales lúgubres, de mirada feroz, tigris empequeñecidos que parecían alimentarse con el hambre que sobraba á sus amos.

La vieja rompió en lamentaciones al conocer á don Luis. El pobre peón

estaba muy malito: ¡á ver si lo sacaba adelante!...  
Ella le había tomado  
ley después de tenerlo varios años en su casa. Y al  
lamentarse, había  
tal expresión de frío egoísmo en sus ojos, que el d  
octor la atajó  
brutalmente:

--Sobre todo, lo que usted más siente, tía Gertrudi  
s, es perder un real  
diario si muere.

--¡Ay, don Luis, hijo! Semos probes y cada vez hay  
más casas de peones.  
Mi probe viejo está casi baldao del reuma y gana me  
nos que un pinche  
escogiendo mineral en los lavaderos. ¡Y muchas grac  
ias que lo aguantan,  
y con el pupilaje de estos chicos de Zamora podemos  
ir tirando!... ¡Ay  
Señor, después de trabajar toda la vida! El médico  
levantó una  
cortinilla de percal rojo y desteñido que ocultaba  
un tugurio sin luz,  
ocupado por la cama de los viejos. Levantó otra, y  
vió un cuartucho no  
mucho más grande, obstruido completamente por un ca  
mastro enorme,  
formado con tablas sin cepillar y varios banquillos  
. En él dormía toda  
la banda de Zamora, siete hombres y el muchacho, en  
mutuo contacto, sin  
separación alguna, sin más aire que el que entraba  
por la puerta y las  
grietas de la techumbre. Varios jergones de hoja de  
maíz cubrían el  
tablado: cuatro mantas cosidas unas á otras formaba  
n la cubierta común  
de los ocho, y junto á la pared yacían destripadas  
y mustias algunas  
almohadas de percal rameado, brillantes por el roce  
mugriento de las

cabezas.

Aresti pensó con tristeza en las noches transcurridas en aquel tugurio. Llegaban los peones fatigados por el trabajo de romper los bloques arrancados por el barreno, de cargar los pedruscos en las vagonetas, de arrastrarlas hasta el depósito de mena y volverlas á su primitivo sitio. Después de una mala comida de alubias y patatas, con un poco de bacalao ó tocino, dormían en aquel tabuco, sin quitarse más que las botas ó, cuando más, el chaquetón, conservando las ropas impregnadas de sudor ó mojadas por la lluvia. El aire, estancado bajo un techo que podía tocarse con las manos, hacía-se irrespirable á las pocas horas, espesándose con el vaho de tantos cuerpos, impregnándose del olor de suciedad. Los parásitos anidados en los pliegues de la camastro, en las junturas de la madera, en los agujeros del techo, salían de caza con la excitación del calor, ensañándose al amparo de la obscuridad en los cuerpos inánimes que duermen con el sueño embrutecedor de la fatiga. En las noches tormentosas, cuando el viento pasa de parte á parte la casucha por sus resquicios y grietas, amenazando de derribarla, los cuerpos vestidos y malolientes se buscan y se estrechan ansiando calor, y los sudores se juntan, las respiraciones se confunden, la suciedad fraterniza.

El médico consideraba que aquellos ocho hombres que dormían en común



eran amigos, eran compatriotas, ligados por el nacimiento y las aventuras de su peregrinación anual: y su pensamiento iba hacia otras casas de peones, tan míseras como aquella, donde los hombres acostados en la misma cama no se habían visto nunca; donde el infeliz muchacho, recién llegado de su tierra, dormía en contacto con un individuo, con otro que también acababa de llegar á la mina, tal vez recién salido del presidio ó fugitivo por algún crimen. Los cuerpos extraños se juntaban bajo la misma pegajosa cubierta, la carne se rozaba con otra carne sudorosa, tal vez enferma de peligrosas infecciones. Y esta promiscuidad, bajo la misma manta, de viejos y jóvenes, de inocentes jayanes recién venidos de su tierra y veteranos de la vida errante, conocedores de todas las corrupciones, se efectuaba en medio de una forzada abstinencia de la carne, en un país donde por las condiciones del trabajo, los hombres son mucho más numerosos que las mujeres, y la continua afluencia de presidiarios licenciados traía consigo todas las criminales aberraciones de la virilidad aislada.

Aresti vió al enfermo en el fondo del camastro, junto á la pared, respirando jadeante. Estaba acostumbrado á visitar los tabucos de los mineros: nada le extrañaba, y con agilidad de muchacho saltó encima del tablado, marchando de rodillas sobre los jergones. Encendió una cerilla y entonces vió en el tabique de la cabecera que en otros tiempos había

sido blanco, un crucifijo y varias estampas de colores, representando generales contemporáneos, con el ros calado y el pecho cubierto de bandas y cruces, héroes de la guerra que se habían cubierto de gloria entregando territorios al enemigo ó fusilando en masa á indígenas indefensos.

El médico no pudo contener su risa.

--¿Por qué estarán aquí estos tíos?...

Las estampas habrían sido pegadas como adorno, sin fijarse en los personajes; ó tal vez serían recuerdos de algún antiguo soldado, cándido y entusiasta, que creería haber servido á las órdenes de caudillos inmortales.

El enfermo tenía los ojos cerrados, y respiraba trabajosamente. Su piel ardía. Estaba vestido, conservando las mismas ropas, mojadas por la lluvia de la noche anterior.

--Una pulmonía de padre y señor mío--dijo el doctor arrojando la cerilla y saliendo del camastro otra vez de rodillas.

Afuera, junto al fogón, escribió una receta en una hoja de su cartera, encargando al pobre pinche, que después de la visita parecía más tranquilo, que bajase por los medicamentos al hospital.

Cuando Aresti salió de la barraca, después de hacer varias recomendaciones á la vieja, vió que le aguardaba en

medio del camino un  
contratista de los más amigos. Iba vestido de flama  
nte pana; sobre el  
chaleco brillábale una gruesa cadena de oro y calza  
ba altas polainas  
fabricadas con la tela impermeable que servía de fo  
rro á las cajas de  
dinamita.

--Hola, \_Milord\_--dijo el médico.--¿Qué, hoy no hay  
oficios divinos en  
la capilla de Baracaldo?

--No, don Luis--dijo el contratista con cierta unci  
ón en sus  
palabras.--Demasiado sabe usted que en nuestra reli  
gión este día no es  
de fiesta.

--¿Y \_Milady\_, siempre tan hermosa y elegante?

--Vaya, no se burle usted; ya sabe que no somos más  
que unos pobres  
patanes con un poquito de protección.

Después de esto, el llamado \_Milord\_ rogó al médico  
, que ya que estaba  
en Labarga, se llegase á la cantina de \_Tocino\_, el  
capataz de su  
confianza, que llevaba varios días inmóvil en la ca  
ma por el reuma.  
Aresti se resistía alegando su viaje á Bilbao.

--Un momento nada más, don Luis: entrar y salir. Yo  
también tengo prisa  
por llegarme á la mina. ¡El pobre \_Tocino\_ me hace  
tanta falta cuando no  
está allí!...

El doctor se dejó conducir algunos minutos más allá  
de Labarga, hasta  
una altura donde estaba establecida la tienda de \_T

ocino\_. Por el camino bromeaba con el contratista sobre su religión. El \_Milord\_ había sido capataz de las minas de una compañía inglesa, logrando interesar al ingeniero director en fuerza de excederse en la vigilancia del trabajo y no dejar descanso á los peones de sol á sol. La protección del jefe lo elevó á contratista, colocándole en el camino de la riqueza, y, no sabiendo cómo mostrar su gratitud al inglés, había abrazado el protestantismo. La despreocupación religiosa era general en las minas: sólo se pensaba en el dinero y el trabajo. Era viudo, con una hija, y para ligarse más íntimamente con sus protectores, la tuvo durante seis años en un colegio de Inglaterra, volviendo de allá la muchacha con un exterior púdico y unas costumbres de \_confort\_ que regocijaban á toda Gallarta. Los domingos, \_Milord\_ y \_Milady\_ bajaban á Baracaldo, vestidos con trajes que encargaban á Londres, para confundirse con las familias de los ingenieros y los mecánicos ingleses empleados en las minas ó en las fundiciones de la ría, que llenaban la única capilla evangélica del país. Aresti, que había cogido cierto miedo á los \_flirts\_ con \_Milady\_, hasta el punto de rehuir el encontrarla sola y que conocía ciertas historias de jovenzuelos que saltaban su ventana durante la noche, ensalzaba irónicamente al padre lo mucho que su robusto retoño había ganado después de la cepilladura en el extranjero.

--¡La educación inglesa!--decía \_Milord\_ abriendo mucho la boca para marcar su admiración.--¡Una gran cosa! Hay que ver lo que sabe la chica... Es verdad que acostumbrada á tantas finuras, se aburre aquí entre brutos. Pero, de mí para usted, don Luis, yo tengo mi plan, mi ambición, y es casarla con algún señor de la compañía.

--Hará usted bien--dijo el médico con zumbona gravedad, recordando las ligerezas de la niña al verse libre en las minas, después de las pudibundeces del colegio.--Esos señores son aquí los únicos que pueden cargar con ella.

Llegaron á la cantina de \_Tocino\_, una casa aislada, de mampostería, con un gran mirador de madera. Desde aquella altura abarcaba la vista toda la tierra de las Encartaciones y además el abra de Bilbao, la ría, Portugalete. Los pueblos aglomerados en las orillas del Nervión, parecían formar una sola urbe. En último término, entre montañas, se adivinaba la villa heroica é industriosa: el humo de las fundiciones y fábricas se confundía con el cielo plumizo. A la entrada de la ría, el alto puente de Vizcaya marcábase como un arco triunfal de negro encaje.

La cantina ocupaba el piso bajo, amontonándose en ella los más diversos objetos y comestibles, unos en estantes y tras sucios cristales, otros pendientes del techo... Allí estaban almacenados todos los víveres, por

cuya conquista dejaban los hombres pedazos de su vida en el fondo de las canteras. Aresti conocía aquella alimentación; alubias y patatas con un poco de tocino. El arroz, sólo era buscado cuando la patata resultaba cara. Además, colgaban del techo bacalao y trozos de tasajo americano entre grandes manojos de cebollas y ajos.

El pan se amontonaba detrás del mostrador, al amparo de los dueños, como si éstos temiesen los hurtos de los parroquianos ó una súbita acometida de los hambrientos que pululaban afuera. Un tonel de sardinas doradas por la ranciedad, esparcía acre hedor. De las viguetas del techo pendían baterías de cocina, y en las estanterías se alineaban piezas de tela, botes de conservas, ferretería, alpargatas, objetos de vidrio, pero todo tan viejo, tan oxidado, tan mugriento, que, lo mismo comestibles que objetos, parecían sacados de una excavación después de un entierro de siglos.

Tras el mostrador estaba la mujer de \_Tocino\_ con su hijo, un adolescente amarillucho, de movimientos felinos. Er an vascongados, pero Aresti encontraba en sus ojos duros, en la melosidad con que robaban á los parroquianos despreciándolos, y en su aspecto miserable, algo que le hacía recordar á los judíos. La gente del contorno les odiaba. Al menor intento de revuelta en las minas, cerraban la puerta, sirviendo el pan por un ventanillo. A pesar de su insaciable codicia, tenían un aspecto

de miseria y sordidez más triste que el de la gente de fuera. El doctor recordaba las declamaciones de muchos mitins obreros, á los que había asistido por curiosidad; los apóstrofes á los explotadores de las cantinas que engordan con los sudores del trabajador, que se redondean chupándoles la sangre; y se decía con gravedad:

--No; pues á éstos les luce poco la tal alimentación.

A la entrada de la cantina existía una especie de jaula de madera con un ventanillo. Dentro de ella estaba sentado ante un pupitre el dueño de la tienda, envuelto en mantas, quejándose á cada momento, pero sin dejar de repasar unos cuadernos viejos, cubiertos de rayas y caprichosos signos, que le servían para su complicada contabilidad.

El \_Milord\_ manifestó su extrañeza viéndole allí. ¡Él, que le traía nada menos que al doctor Aresti creyéndolo en peligro de muerte!... Mientras el médico le examinaba con la indiferencia del que está habituado á casos más graves, \_Tocino\_ prorrumpía en lamentaciones, haciéndole coro su mujer. Estaba enfermo más de lo que creían: no podía moverse: los dolores le mataban; pero los negocios eran ante todo y había que repasar las cuentas, ya que estaba cerca el día de la paga.

--Vaya, \_Tocino\_--dijo Aresti;--lo que tienes es poca cosa, desaparecerá con el cambio de tiempo. ¡Quejarse así un hombrachón que

parece un oso tras esa jaula! Es la buena vida que te das; lo mucho que engordas con lo que robas.

--¡Pero qué cosas tiene este don Luis!--exclamó el \_Milord\_ mirando á la tendera, que enseñaba sus dientes amarillos para sonreír lo mismo que el protector de su marido.

--¡Robar!--mugió \_Tocino\_.--¡Robar! ¡Siempre está usted con lo mismo! Tanto oye usted á los trabajadores, en su manía de mimarlos cuando se los llevan al hospital, que acaba por creer todas sus mentiras. Aquí á nadie se roba. Aquí lo único que se hace es defender lo que es de uno.

Y \_Tocino\_ se indignaba, olvidando los dolores. Él vendía sus artículos al fiado ¿estamos?... se exponía á perderlos, ¿y qué cosa más natural que no dormirse para cobrar lo que era suyo cuando llegaba el día del pago en las minas?... Había que conocer á los obreros: cada uno de un país; lo mejorcito de cada casa. Se pasaban todo el mes comiendo al fiado, y el día de cobranza, si les era posible hacían lo que ellos llaman \_la curva\_; cobraban y se iban á la taberna, rehuyendo el pasar por la tienda de comestibles. A bien que esto no les valía con \_Tocino\_ y con otros que eran capataces al mismo tiempo que cantineros. Él les pagaba allí mismo su trabajo y allí mismo les descontaba lo que llevaban comido. Aun así había sus quiebras, pues los que sólo lo trabajaban una semana, desaparecían después de haber tomado al fia



do más de lo que  
importaban sus jornales.

Aresti escuchaba al capataz, y aprovechando sus pausas seguía  
recriminándolo.

--\_Tocino\_, tú eres un ladrón que vendes á los obreros los artículos  
averiados que no quieren en Bilbao, y los haces pagar más caros que en  
la villa.

--Esas son mentiras que sueltan los socialistas en sus metinges--gritó  
el capataz enrojeciendo de indignación con el recuerdo de lo que decían  
los obreros en sus reuniones.

--\_Tocino\_, tú abusas de la miseria. Los pobres peones no tienen  
libertad para comprar el pan que comen. Al que no viene á tu tienda le  
quitas el trabajo en la cantera.

--Los amigos son para ayudarse unos á otros. ¿Qué tiene de particular  
que yo sólo dé trabajo á los que se surten de mi establecimiento?

--Tú robas al trabajador en lo que come y en lo que trabaja,  
descontándole siempre algo del jornal. Tu amo y protector te ayuda á  
mantener esta esclavitud, no pagando al obrero semanalmente, como se  
hace en todas partes, sino por meses, para que así tenga que vivir á  
crédito y se vea obligado á comer lo que queréis darle y al precio que  
mejor os parece.

--Vaya; ahora me toca á mí--dijo riendo el \_Milord\_.--Pero este don Luis es peor que los predicadores de blusa que vienen á echar soflamas en el frontón de Gallarta. Suerte que no le da á usted por hablar en público.

--\_Milord\_: á todos vosotros no os parece bastante el enriqueceros rápidamente con el hierro y aun arañáis algunos céntimos en el jornal y el estómago del bracero. Las cantinas obligatorias son vuestras y de los capataces. Vais á medias. De día explotáis los brazos y de noche los estómagos. Hacéis mal, muy mal. Hasta ahora os salváis a la gran masa de peones forasteros que vienen á rabiar y á ahorrar durante algunos meses, pasando por todo, pues su deseo es irse. Pero cada vez se quedan más en el país y ya veréis la que se arma cuando esta gente, viviendo siempre aquí, acabe por conoceros.

El doctor cortó la conversación recordando su viaje á Bilbao, y salió de la cantina después de hacer varias recomendaciones para la curación de \_Tocino\_. La mujer y el hijo sonreían servilmente, pero con una expresión hostil en la mirada, gravemente ofendidos por la franqueza del doctor.

El contratista siguió adelante, hacia su mina, y Ar esti descendió á Labarga pensando en la miseria del rebaño humano esparcido por la montaña. Varias veces había intentado rebelarse, y los resultados de su protesta, de las huelgas ruidosas, terminadas, en m

ás de una ocasión,  
con sangre, no le habían hecho mejorar gran cosa. Únicamente el respeto á la vida humana era mayor que en los primeros años de explotación.

Aresti recordaba su llegada á las minas, cuando se vivía en ellas casi con las armas en la mano, como en Alaska ó en los primitivos placeres de California. Ya no quedaban forajidos en las canteras que, con el vergajo en la mano, apaleasen en nombre del amo á los trabajadores rebeldes; ya no existía la tarifa de la carne humana, cotizándose las desgracias «veinte duros por un brazo, cuarenta por las dos piernas». Se asociaban los trabajadores establecidos en el país, creaban núcleos de resistencia, inspiraban cierto temor á los explotadores, logrando con esto que sus penalidades fuesen menos duras: pero aún faltaba la cohesión entre ellos, á causa del vaivén de la población minera, de aquel oleaje de hombres que se presentaba engrosado al comenzar el invierno y el hambre en las míseras comarcas del interior y se retiraba al llegar el buen tiempo con sus cosechas. Los gallegos huían á su tierra así que se iniciaba una huelga y aparecía en las minas la guardia civil. Habían venido á ganar dinero y evitaban los conflictos pasando por toda clase de explotaciones y abusos. Los castellanos y leoneses miraban con los brazos cruzados los esfuerzos de los compañeros establecidos en el país, pensando con el duro egoísmo de la gente rural, que en nada les importaba cambiar la suerte del tra

bajador, ya que ellos  
al fin habían de volver á sus tierras. Los labriegos  
convertidos en  
mineros eran el contrapeso inerte, incapaz de voluntad, que  
imposibilitaba la ascensión de los que vivían en el  
país.

La cantera era el peor enemigo del obrero rebelde.  
En las minas de  
galerías subterráneas, con sus peligros que exigen  
cierta maestría, el  
personal no era fácil de sustituir; necesitaba cierto  
aprendizaje. Pero  
en las pródigas Encartaciones el hierro forma montañas  
enteras: la  
explotación es á cielo abierto; sólo se necesita hacer  
saltar la piedra,  
recogerla y trasladarla, cavar, romper como en la tierra  
del campo, y el  
bracero, empujado por el hambre, llegaba continuamente  
en grandes bandas  
á sustituir sin esfuerzo alguno á todo el que abandonaba  
su puesto  
protestando contra el abuso. Mientras no cesase la  
inmigración,  
cortándose la corriente continua de hombres, mientras  
no se estancara la  
población obrera de las Encartaciones, era difícil  
que el trabajo  
conquistase todos sus derechos.

Aresti, con el deseo de no sufrir nuevos retrasos,  
redobló el paso al  
entrar en Labarga, caminando con la cabeza baja para  
no oír los  
llamamientos de las mujeres. Un hombre se le puso  
delante.

--Don Luis, un momento...

Era el \_Barbas\_, que había abandonado su inmovilidad

d de fakir para  
detener al doctor.

--¿Qué hay, compañero?

--Usted, que es bueno, quiero que se entere, ya que  
sube por aquí, de lo  
que hacen esos ladrones.

Y le mostraba con gesto trágico su casucha. Como Ar  
esti no parecía  
comprenderse, el \_Barbas\_ le mostró la parte superi  
or de su barraca  
falta de techumbre.

--Me han quitado la planchas, don Luis. Quieren que  
me vaya. Los ricos  
de Gallarta, todas esas gentes que he conocido pobr  
es como yo, me odian  
y me tienen miedo. El amo de la barraca no sabe cómo  
echarme. Hace una  
semana me han quitado la techumbre, la lluvia cae e  
n mi casa como en la  
calle, pero el \_Barbas\_ firme en su puesto con la c  
ompañera. La pobre  
vieja llora y quiere irse, pero soy capaz de darla  
una paliza si se  
menea de ahí. Me han de tener á la vista siempre. H  
ay para rato si  
piensan librarse de mí... Ahora, don Luis, han disc  
urrido algo mejor.  
Quieren quitarme el suelo así como me han robado el  
techo. Piensan  
excavar la roca hasta que la casa se quede en el ai  
re, sobre sus  
estacas, para ver si así me voy... ¡Pues no me iré!  
El \_Barbas\_, en su  
sitio, para que todos le oigan, para echarles en ca  
ra sus robos. Ni  
trabajo, ni me voy... Espero, ¿sabe usted?, espero  
que llegue la gorda;  
espero el día en que toda la montaña baje al llano

y yo pueda quitarles  
el techo y el piso á todos los \_chalets\_ que se han  
hecho esos  
pintureros, esos piojos resucitados que la echan de  
señores á costa de  
los pobres.

Y el \_Barbas\_ acompañó un buen trecho al doctor, mu  
giendo sus  
maldiciones y amenazas contra los contratistas que  
eran sus enemigos más  
inmediatos y contra los ricos de Bilbao siempre inv  
isibles, divinidades  
maléficas que hacían sentir la fuerza de su poder e  
n la montaña, sin  
mostrarse más que por la mediación de administrador  
es y capataces, si  
explotaban la mina directamente, ó de contratistas  
si creían más  
ventajoso para ellos ajustar el arranque del minera  
l.

Cerca ya de Gallarta, al quedar solo el doctor, vió  
venir hacia él un  
hombre montado en una burra blanca, tan grande y ta  
n fuerte que casi  
parecía una mulilla. Por la cabalgadura conoció Are  
sti desde muy lejos á  
don Facundo, el cura párroco de Gallarta. Hacía die  
z años que había sido  
traslado al distrito minero desde un pueblecillo  
de Álava, y afirmaba  
que la mejor tierra del mundo era la de las Encarta  
ciones. «Paz, mucha  
paz; para todos hay vida en el mundo.» Y en santa p  
az vivía, siendo gran  
amigo de Aresti, y tomando á broma las doctrinas re  
volucionarias que el  
doctor, por aburrimiento, exponía á los ricos de Ga  
llarta después de sus  
famosas cenas. Cierta vez que el médico, cansado de  
la monotonía de su

existencia, se divirtió en propagar el budhismo entre los rudos contratistas y hasta intentó algunas ceremonias del culto indostánico, á estilo de las que había presenciado en el museo Guimet de París, el cura no manifestó indignación, «Bah; cosas de don Luis; chifladuras de los sabios: ya se cansará.» Para él, la religión verdadera no decrecía ni experimentaba quebranto alguno mientras se celebraba en bautizos, casamientos, y, sobre todo, entierros, muchos entierros.

A misa sólo iban algunas viejas del pueblo: la iglesia estaba siempre vacía, pero el país era muy religioso y la prueba estaba en que él no tenía libre un momento, y continuamente veían todos trotar su burra blanca por los caminos y atajos de la montaña. Aquel curato valía más que algunos obispados. La gente pobre que no se acordaba de la casa de Dios, encontraba en su miseria el dinero necesario para que el pariente marchase á la fosa escoltado por la burra de don Facundo y mecido en su ataúd por el vozarrón del cura. Había días en que acompañaba cinco entierros en los lugares más lejanos de la parroquia; asunto de leguas. Pero él no se asustaba de nada mientras contase con su cabalgadura infatigable, y montado en ella acudía á todas partes. Delante, marchaba el ataúd en hombros de los mineros, escoltado por mujeres que daban alaridos y se mesaban el pelo con desesperación de gitanas, y detrás don Facundo, montado en su burra, con sobrepelliz y bon

ete, seguido á pie  
por el sacristán, al que llamaba su «corneta de órdenes», siempre  
cantando, pues los parientes ponían reparos á la hora de pagar si  
cantaba poco, repitiendo automáticamente los versículos del oficio de  
difuntos, al mismo tiempo que se daba el compás esgrimando sobre su  
cabeza la vara de fresno con que arreaba á la cabalgadura.

Un alto en la marcha era lo único que le hacía perder la calma.

--Aprisa, hijos míos--decía á los conductores del cadáver--que hoy aún  
me quedan tres. Tengo trabajo en Galdames y en la Arboleda.

Muchas veces llegaba la obscuridad antes de que terminase su tarea de  
acompañar muertos por veredas y desmontes. Aresti recordaba una noche de  
luna clarísima, al retirarse á casa después de una cena con los  
contratistas, en las afueras de Gallarta. Oyó un canto lúgubre que  
rasgaba como un lamento la calma de la noche, y vió pasar á un hombre,  
vacilante sobre sus piernas, que parecía ebrio, llevando á cuestas á  
otro, envuelto en una sábana, con un brazo colgante que le golpeaba á  
cada paso. Después, una especie de centauro agrandado por el misterio de  
la noche, que movía algo negro como una espada, sin cesar de mugir:

Qui dormiunt in terræ pulvere, evigilabunt...

--Buenas noches, don Luis--dijo el cura al reconocerle.



r al doctor.--Con  
este van hoy ocho. Es un pobrecito que ha muerto de  
la viruela y lo he  
dejado para lo último... ¡Después dirá usted que la  
Iglesia no trabaja!

Y en el silencio de la noche, volvió á reanudar su  
lúgubre cantinela, á  
la luz de la luna, camino del cementerio.

Lo único que le indignaba era que le hablasen de la  
extensión de la  
parroquia y lo difícil de servirla un hombre solo.  
¡No, carape!: él  
tenía fuerzas para servir á Dios hasta que reventas  
e; sobre todo,  
tratándose de entierros. Cada vez que recelaba algu  
na modificación  
parroquial tomaba el camino de Vitoria para ver á l  
os señores del  
obispado después de dar un tiento doloroso á los ah  
orros y cuando al fin  
habían acabado por colocar á sus órdenes á dos vica  
rios, dedicó á éstos  
á las \_faenas menudas\_ del templo, reservándose él  
los entierros.

Las asombrosas fortunas creadas en las minas habían  
tentado su codicia.  
Él también tenía sus contratas; también pactaba arr  
aque de mineral con  
los señores de Bilbao é iba sobre la burra de los e  
ntierros á echar un  
vistazo al trabajo de los peones. Pero á pesar de q  
ue sus negocios  
marchaban bien y á la hora del champagne, en las ce  
nas de los  
contratistas, le hacía confesar el médico que lleva  
ba reunidos más de  
cuarenta mil duros, recordaba los pasados tiempos,  
aquella primera época  
de las minas, cuando él y don Luis eran recién lleg

ados y cada cual  
vivía á su gusto sin obispos ni autoridades de ning  
una clase. Aborrecía  
los tranvías aéreos, los planos inclinados, todos l  
os recientes medios  
de conducción. Los buenos tiempos eran cuando el mi  
neral iba arrastrado  
por bueyes hasta la ría, y había guardas en los cam  
inos para ordenar el  
paso de las carretas que alegraban la montaña con s  
us chirridos. Sólo en  
Gallarta existían más de mil. Se exportaba menos mi  
neral, pero se pagaba  
más caro y el dinero se repartía entre más gente. E  
ntonces fué cuando el  
cura inauguró su iglesia y al buscar un santo patrón  
eligió á San  
Antonio. Aún reía el doctor recordando la candidez  
con que explicaba el  
cura esta preferencia.

--No puede ser otro. San Antonio es el patrón de la  
s bestias y aquí en  
Gallarta hay tanto buey....

Al reconocer don Facundo al médico, refrenó el paso  
de su cabalgadura.

--A la mina, ¿eh?--preguntó Aresti.

--Sí señor: acabo de largar mi misita y ahora un ra  
to á ver lo que hacen  
aquellos, hasta la hora de comer. Hay que cuidarse  
de lo divino y lo  
humano. Hay que trabajar, don Luis.

--¿Pero hoy no es día de fiesta?...

--¡Ah, grandísimo zumbón! Ya adivino lo que quiere  
decirme con su  
sonrisa. Sí, día de fiesta es, según nuestra Madre  
la Iglesia, y deben

guardarla los que son ricos. Pero mire usted, cómo los pobres trabajan en todas las canteras. Yo no voy á privar de un jornal á mis peones, después de tantos días de lluvia, en los que no han podido hacer nada. Además, tengo mis contratos con el dueño de la mina ... Vaya, adiós: le dejo para que se burle de mí á sus anchas.

Iba ya á arrear la burra, cuando se detuvo para hacer una pregunta.

--¿Dicen que han matado al \_Maestrico\_?... Vaya un caso. Era un buen muchacho, serio y ahorrador. Este es el mundo... ¡A la tarde entierro!  
¡Arre burra!

Y se alejó con alegre cantoneo, gozoso por la seguridad de que había caído trabajo.

Cuando el doctor fué á entrar en su casa todavía se vió detenido por un hombre que le esperaba sentado junto á la puerta. La vieja Catalina le llamaba furiosa desde adentro.

--¡Qué está frío el desayuno!... ¡Qué no cogerá usted el tren! Ya le he dicho á ese condenao que su primo le espera y no está usted para canciones...

Pero Aresti no la hizo caso y se dejó abordar por aquel hombre, diciéndose mentalmente: «¡Qué magnífico animal!» Tembló por su mano, cuando se la agarró el gigantón con una de sus garras de dedos callosos y gruesos. Bajo la blusa se delataba á cada movimie

nto una musculatura  
de atleta desarrollada por el trabajo. Su cara abob  
ada y enorme, hacía  
recordar á Aresti la de los gigantones de las fiest  
as de Bilbao, que  
había admirado en su niñez.

--Vengo á lo del otro día--dijo con alguna torpeza,  
pero mirando al  
médico en los ojos como dispuesto á pelear, si era  
preciso defendiendo  
sus pretensiones.

--¿A lo del otro día?... Pues hijo, no me acuerdo.  
¡Me buscan tantos!...

Pero de pronto, el doctor pareció recordar, y una s  
onrisa maliciosa  
animó su rostro.

--¡Ah, sí! Ya me acuerdo: vienes á lo del practican  
te. Tú eres el marido  
de esa... Bien ¿y qué?

--Quiero que usted arregle eso, don Luis--continuó  
el gigantón con  
energía;--ó lo arregla usted que es tan bueno ó doy  
el gran escándalo.  
Ya le dije cómo los pillé en mi casa el domingo pas  
ado: tengo testigos.  
Los llevaré al juzgado, y si él no se pone en razón  
y hace lo que le  
corresponde, irá á un presidio y ella á la galera.

--Sí, hombre, sí--dijo Aresti.--Recuerdo tu asunto.  
Me gusta verte más  
tranquilo que el otro día. ¿Pero qué voy a hacer yo  
?

--Arreglarlo, señor doctor: que ese sinvergüenza suf  
ra castigo. ¿Va á ser  
él de mejor pasta que otros? Al juzgado iré con él.

--Pero pides demasiado, hijo mío. Ya recuerdo lo que exigies. Veinte duros: ¡pero si el pobre enfermero es un muchacho que apenas gana eso en el hospital!... ¡Si es más pobre que tú!...

--Bueno--dijo el gigantón con aspecto indeciso, rasándose la cabeza por debajo de la boina.--Pus que sean quince... ó que sean doce, ya que usted se empeña. Pero de ahí no bajo nada. No me conformo con menos de doce ó daré el escándalo. En usted confío, doctor. Y a le quisiera yo ver con una perra como la mía: sabría lo que es bueno. ¿Qué he de hacer? ¿Ir á presidio y que se mueran de hambre mis pequeños? ¡Que paguen, que paguen, ya que quieren hacer el guapo!

Y se alejó, después de recomendar varias veces al médico, con tono suplicante, que no olvidase su asunto.

Aresti, mientras despachaba el desayuno y vestía sus ropas de fiesta, colocadas sobre la cama por Catalina, pensaba en la extraña psicología de una gran parte de las gentes de las minas.

De jóvenes se mataban por la mujer soltera; bailaban con el cuchillo oculto en la faja, dispuestos á disputarse la hembra á puñaladas. Asesinaban al rival como al infeliz \_Maestrico\_; y después, de casados, satisfecho el primer ímpetu de su apetito exacerbado por la escasez de mujeres, se entregaban al trabajo que gastaba su voluntad y sus fuerzas;

olvidaban el amor hasta despreciarlo, para no pensar más que en el dinero, como si los envenenase el viento de fortunas rápidas y milagrosos encumbramientos que parecía soplar sobre las minas. Se exterminaban por una cuestión de jornales ó de comestibles, y al encontrarse frente á frente con el adulterio, torcían el gesto como ante una contrariedad vulgar y hasta algunos procuraban extraer de su desgracia cierto provecho.

## II

Más de seis meses iban transcurridos, sin que el doctor Aresti bajara á Bilbao. Por esto, al pasar del tren de Ortuella al de Portugalete, en la estación de El Desierto, experimentó ante el magnífico panorama de la ría la misma impresión de asombro de los aldeanos que sólo abandonaban sus caseríos ó la anteiglesia de su vecindad, cuando un asunto importante los llamaba á la villa.

El tren dejó atrás los torreones gemelos de los altos hornos de fundición--«los castillos feudales de Sánchez Morueta» según decía el doctor, que pregonaban la gloria industrial de su poderoso primo,--y después de atravesar un túnel, avanzó por la ribera cruzando los descargaderos de mineral. Eran estos á modo de baluartes que, arrancando

de la montaña, llegaban hasta la ría, elevados algunos metros sobre el nivel de los campos. Los de las compañías extranjeras eran verdes, con los taludes cubiertos de musgo como los glaciares de los fuertes modernos, y las pequeñas locomotoras pasaban sobre ellos ligeras y brillantes como juguetes. Los de las explotaciones del país eran de un rojo antipático, de escombros de mineral, desmoronándose con las lluvias sus pendientes, revelando el espíritu de sus dueños, incapaces de realzar con el más leve adorno los instrumentos de explotación. En la ría, junto á las grúas que funcionaban incesantemente, dormían los vapores, con el casco invisible tras la riba, mostrando por encima de ella las chimeneas y los mástiles. Subían de sus entrañas los grandes tanques de hierro cargados de hulla inglesa y, deslizándose por los rails aéreos, iban á volcar el negro mineral en las enormes montañas de las fábricas. Corrían por las vías de los descargaderos las vagonetas repletas de hierro y al llegar al punto más avanzado inclinábanse como si quisieran arrojarse al agua, soltando en los vientres de los buques su rojo contenido. Las dos riberas de la ría estaban en continua función, vomitando y absorbiendo; entregando el mineral de sus montañas y apoderándose del carbón extranjero. Banderas de todas las nacionalidades ondeaban en las popas de los buques; los nombres más exóticos é impronunciables lucían en sus costados, y entre las chimeneas apagadas y negruzcas, erguían los

veleros las esbeltas cruces de sus arboladuras, en el espacio azul.

Por un lado del tren, se abarcaba el vertiginoso movimiento de la ría con sus barcos y fábricas: por la ventanilla opuesta, admirábase la paz de los campos, el trabajo cachazudo y tranquilo de los aldeanos, removiendo la tierra arcillosa. Las mujeres, con la falda atrás y las piernas desnudas, sudaban dobladas sobre el surco. Las vacas movían el baboso hocico, sin ninguna inquietud, al ver el tren y volvían de nuevo á rumiar con la cabeza baja sobre el verde del prado. Grupos de mujeres lavaban sus guñapos casi tendidas al borde de arroyos de líquido rojo, como si fuese sangre. Era el eterno color del agua en los alrededores de Bilbao: los lavados del mineral enrojecían hasta la corriente del Nervión. La industria, al enriquecer al país, corrompía las aguas puras y cristalinas de la época pastoril. El doctor recordaba la miseria de los peones de las minas, que les hacía huir de las fuentes de la montaña, porque sus aguas abren el apetito y facilitan la digestión. Preferían el líquido rojo é impuro de los lavaderos porque, ensuciando su estómago, hacía menos frecuente el hambre.

Avanzaba él tren hacia Bilbao, deteniéndose en las estaciones de la orilla izquierda, Luchana, Zorroza y Olaveaga, pueblos que prolongaban su caserío hasta la ribera opuesta. Por el centro de la ría pasaban pequeños remolcadores tirando de un rosario de gaba



rras, balandros de  
cabotaje de las matrículas de la costa, navegando l  
entamente por miedo á  
las revueltas; vapores que rompían las aguas con im  
perceptible  
movimiento hasta pegarse al descargadero. Y flotand  
o por encima del  
bosque de chimeneas de ladrillo y de hierro, el ete  
rno dosel de la  
moderna Bilbao, los velos en que se envuelve como s  
i quisiera ocultar  
púdicamente su grandeza, los humos multicolores de  
sus fábricas, negros,  
de espesos vellones, como rebaños de la noche; blan  
cos, ligeramente  
dorados por la luz del sol; azules y tenues como la  
respiración de un  
hogar campesino; amarillos rabiosos con un chisporr  
oteo de escorias  
minerales. La blanca vedija, signo de actividad, re  
petíase por todo el  
paisaje, como una nota característica del panorama  
bilbaíno, avanzando  
por las quebraduras de la montaña donde están las v  
ías férreas del  
mineral, resbalando por las dos orillas de la ría t  
ras las chimeneas de  
los trenes de Portugalete y Las Arenas, ondeando so  
bre el casco de los  
remolcadores y de las máquinas giratorias de sus gr  
úas.

Aresti admiraba toda esta actividad como si le sorp  
rendiera por primera  
vez.

--Bilbao es grande--se decía con cierto orgullo.--H  
ay que confesar que  
esta gente ha hecho mucho, ¡Lástima que valga tan p  
oco cuando la sacan  
de sus negocios!...

Pasaban ante el tren los diques, con sus grandes vapores en seco, al  
aire la roja panza, que una cuadrilla de obreros rasca y pintaba de  
nuevo. Quedaba atrás, confundiéndose con otras montañas, el famoso pico  
de Banderas, con su castillete abandonado que recordaba la heroica Noche  
Buena de Espartero, el combate de Luchana, milagro de la leyenda dorada  
del liberalismo, que aún vivía en todas las memorias agrandado por las  
fantásticas proporciones que da la tradición. Después aparecía entre los  
montes de la ribera izquierda, con una insolencia monumental que  
irritaba al doctor, la Universidad de Deusto, la obra del jesuitismo,  
señor de la villa. Eran tres enormes cuerpos de edificio con frontones  
triangulares, y á sus espaldas un parque grandioso, extendiendo su  
arboleda montaña arriba, hasta la cumbre coronada por una granja  
vaquería. En mitad del parque, sobre una eminencia del terreno, habían  
levantado los jesuitas una imagen de San José, con un arco de focos  
eléctricos. Mientras dormían los buenos padres, el semicírculo luminoso  
recordaba á los pueblos de la ría y á la misma Bilbao que allí estaba la  
orden poderosa y dominadora, pronta siempre á ponerse de pie, no  
queriendo abdicar ni ocultarse ni aun en la obscuridad de la noche. El  
doctor hallaba natural que fuese San José el escogido para esta  
glorificación; el santo resignado y sin voluntad, con la pureza gris de  
la impotencia, hermoso molde escogido por aquellos educadores para

formar la sociedad del porvenir.

Adivinábase la proximidad de la villa. A un lado surgían entre los campos los altos edificios del ensanche, los grupos aislados de casas que eran como las avanzadas de una población desbordada y en continuo avance. Al otro se cubrían las orillas de la ría de almacenes, tinglados y grúas, elevándose el carbón en montañas, sin dejar un espacio de muelle libre. Las embarcaciones tocábanse unas á otras amarradas á las enormes anillas de los malecones, en cuyas piedras una faja húmeda y fangosa marcaba las subidas y descensos de las mareas. Veíase el incesante ir y venir de las \_cargueras\_, míseras mujeres de ropas sucias y cara negra, pasando y repasando como filas de hormigas por los tablones que servían de puente entre los buques y el muelle. Unas llevaban sobre la cabeza la cesta llena de carbón; otras descargaban los fardos del bacalao, apilando en gigantescas masas el alimento del pobre que había de ser consumido en el interior de la península.

Detúvose el tren después de atravesar un túnel, y el doctor, subiendo una larga escalera, se vió en el sitio más céntrico de la villa, junto al puente del Arenal, donde parecía condensarse todo el movimiento de la población. En aquel pedazo de ribera, robando á las aguas parte de su curso y hasta aprovechándose del subsuelo, la iniciativa industrial había escalonado tres grandes estaciones de ferrocarril.

rril: la de  
Portugalete, la de Santander y la de Madrid. A un l  
ado estaba la Bilbao  
nueva, el ensanche, el antiguo territorio de la Rep  
ública de Abando, con  
sus calles rectas, de gran anchura y joven arbolado  
, sus casas de siete  
pisos, y sus plazas de geométrica rigidez. Al otro  
lado del puente, la  
Bilbao tradicional; la Bilbao de los \_chimbos\_, de  
los hijos del país  
que habían conocido la llegada de gentes del interi  
or, atraídas por la  
prosperidad de las minas, y que formaban ahora más  
de la mitad del  
vecindario. Allí estaban las famosas Siete Calles,  
núcleo de la antigua  
villa, las iglesias viejas, el comercio rancio y la  
s fortunas modestas y  
morigeradas de los tiempos primitivos. En el ensanc  
he, erguía sus torres  
de un gótico ridículo la iglesia de los jesuítas, c  
on su residencia  
anexa; y en torno de ella se alineaban con rigidez  
geométrica, los  
hoteles y caserones de los nuevos capitalistas, enr  
iquecidos  
fabulosamente por las minas de la noche á la mañana  
.

Aresti pasó el puente, siempre tembloroso bajo el p  
aso de los tranvías y  
las carretas, y entró en el Arenal. A un lado, el t  
eatro Arriaga  
reflejaba en las aguas del Nervión su arquitectura  
pretenciosa cargada  
de cariátides y estatuas; al otro, extendía el pase  
o sus filas de  
plátanos, por entre cuyas copas asomaban los mástil  
es y chimeneas de los  
buques atracados á la orilla. Piaban los pájaros, s  
altando sobre la

arena de las avenidas, pero sus gritos perdíanse entre el bramido de las locomotoras, el silbido de los tranvías y el mugido de algún vapor que entraba lentamente ría arriba.

Aresti dió un vistazo á la acera llamada el \_boulevard\_, ocupada siempre por los curiosos estacionados ante los cafés. Frente al Suizo, se colocaban los bolsistas, accionando en grupos, lamentándose de la decadencia de los negocios. Los pilluelos pregonaban á gritos los diarios recién llegados de Madrid. Pasaban solas las mujeres por el centro del arroyo, el devocionario en la mano, la mantilla caída sobre los ojos y la falda agarrada y bien ceñida, de modo que al andar se marcasen los tesoros dorsales, su esbeltez maciza de hembras fuertes y, bien proporcionadas. Aresti fijábase en la separación del hombre y la mujer que se notaba en las calles. Bilbao no cambiaba: cada sexo por su sitio. El hombre á los negocios y la mujer sola á la iglesia ó á hacer visitas, como única diversión. Pasó una pareja cogida del brazo.

--Serán forasteros--se dijo el doctor.--Tal vez algún empleado de los que envía el gobierno. \_Maketos\_, como dicen mis paisanos.

Eran ya las once, y Aresti, pasando ante la iglesia de San Nicolás, fué en busca de su primo. El poderoso Sánchez Morueta vivía en su hotel de Las Arenas, evitándose así el molesto asedio que parásitos y protegidos

le hacían sufrir en Bilbao. Además, habituado á las costumbres inglesas, gustaba de residir en el campo: pero las exigencias de sus múltiples negocios le hacían venir casi todos los días al escritorio que tenía en la villa, para firmar y dirigir. Llegaba por las mañanas, á todo correr de sus briosos caballos y se arrojaba del coche, metiéndose en el escritorio como si huyera. Aun así, tenía que separar muchas veces con sus fuertes puños á los que le esperaban en la puerta, para proponerle negocios disparatados ó pedirle dinero. Una vez en su despacho, era difícil abordarle al través de los escribientes y criados que guardaban la escalera. A la salida, Sánchez Morueta sólo osaba poner el pie en la calle cuando tenía su carruaje cerca y podía escapar, ante la mirada atónita de los solicitantes que esperaban horas y más horas. Los despechados, la turba pedigüeña que en vano le asediaba y bloqueaba, llamábanle «El solitario de Las Arenas», «El ogro de la Sendeja», que era donde tenía su escritorio, y hasta afirmaban, faltando á la verdad, que su carruaje sólo tenía un asiento, para evitarse de este modo toda compañía. Transcurrían meses enteros sin que penetrasen en su despacho otras personas que algún corredor de confianza ó los principales empleados del escritorio, que recibían sus órdenes. Con los otros capitalistas de la población--muchos de ellos compañeros de la juventud, que habían marchado juntos con él en la primera etapa por el camino de

la fortuna--se comunicaba telefónicamente tuteándose, pero en estilo conciso y seco, como si la riqueza hubiese secado los antiguos afectos.

Aresti siguió su marcha á lo largo del muelle, mirando los remolinos del agua enrojecida por los residuos de las minas. Se detuvo un momento para examinar dos barcos de cabotaje, dos \_cachemerines\_ de la costa, con los títulos en vascuence pintados en la popa, y la cubierta obstruida por extraños cargamentos, en los que se confundían los fardos de bacalao con mesas y sillerías embaladas. Ofrecían igual aspecto que los carromatos de los ordinarios de los pueblos, cargados de los más diversos objetos. En uno de los buques, la tripulación se agrupaba á proa en torno del hornillo donde hervía el caldero del rancho. Los barcos estaban tan hundidos á causa de la marea baja, que el doctor, desde la riba, veía el fondo de sus escotillas. Aquellos hombres, que pasaban por bajo de él, tostados, enjutos, habituados á la lucha mortal con el mar cántabro, le hacían recordar á su padre, entrevisto en los primeros años de su vida y del que apenas quedaba en su memoria una sombra vaga.

El doctor, separándose del muelle, pasó á la acera de la Sendeja. El escritorio de su primo estaba en un caserón antiguo y señorial, todo de piedra obscura, con balcones de hierro retorcido y pomos dorados, y un gran escudo de armas que ocupaba gran parte de la pared entre el primero

y segundo piso. Era propiedad de una vieja devota que, por legar toda su fortuna á la Iglesia, se negaba á vender el edificio á Sánchez Morueta, dándose la satisfacción de tener por inquilino á uno de los primeros ricos de Bilbao.

Aresti no osó subir directamente al despacho de su primo, temiendo la resistencia de algún portero nuevo, y las idas y venidas y consultas de los empleados, antes de reconocerle y dejarle paso franco. Prefirió entrar en el entresuelo donde estaba el despacho de los buques de la casa, bajo la dirección de un antiguo amigo de la familia, el capitán Matías Iriondo. Aquella oficina era lo único accesible del edificio, donde se podía entrar á la buena de Dios, sin miedo á esperar ni á porteros inflexibles.

--¿Está el \_Capi\_?...--preguntó Aresti á los escribientes que trabajaban tras un atajadizo de cristales.

--¡Pasa, \_Planeta\_, pasa!--gritó alguien tras una puerta del fondo del corredor.

Y Aresti entró, al mismo tiempo que el capitán, el \_Capi\_ como le llamaba Aresti, abandonaba su escritorio avanzando hacia él con los brazos abiertos.

--Te he conocido con sólo oírte, Luisillo--dijo Iriondo con su voz bronca y discordante de hombre enronquecido por la continua humedad y



obligado á hacerse oír entre los mugidos del viento  
y de las olas.--¡Ay,  
\_Planeta\_!... Te encuentro algo aviejado.

Y había que oír la expresión cariñosa que daba el m  
arino al mote de  
\_Planeta\_ aplicado al doctor. Para él, en su habla  
bilbaína, los hombres  
se dividían en tres clases. Los que trabajaban seri  
amente en cosas de  
utilidad y no tenían mote alguno. Los vagos y vicio  
sos, que no sirven de  
nada, á los que llamaba \_arlotos\_. Y luego venían l  
os \_planetas\_, gente  
simpática y buena, pero sin seriedad ni sentido prá  
ctico; los calaveras;  
los que tienen talento, pero maldito en lo que lo e  
mplean; los artistas  
que hacen cosas muy bonitas que no sirven para nada  
; los que desprecian  
el dinero llegando á la vejez sin salir de pobres.  
¿Y qué mayor  
\_planeta\_ que aquel médico que, pudiendo hacerse de  
oro en Bilbao,  
prefería vivir entre los brutos de las minas?

--¡Ah, \_Planeta\_!--decía sin soltar á Luis de entre  
sus brazos.--Lo  
menos hace medio año que no te veo. Y siempre tan l  
oco, ¿verdad? Siempre  
coleccionando libros y aprendiendo cosas sin sacar  
de ellas provecho.  
¡Apuesto cualquier cosa á que aún no has reunido mi  
l duros!...

Y reía, con lástima cariñosa, de su querido \_Planet  
a\_, al que  
consideraba en eterna infancia, como un niño revolt  
oso que había que  
dejar en libertad. Aresti le examinaba con no menos  
cariño.

--\_Capi\_, pues tú tampoco estás muy joven que digamos. Te probaba más el mar.

--Tienes razón--dijo Iriondo con melancolía.--¡Si al menos pudiese ir todos los días al monte con la escopeta, á cazar \_chimbos\_!... Pero hay que despachar cinco ó seis barcos por semana. Tu primo quiere tragarse el mundo y todos trabajamos como negros... Además, nos hacemos viejos, Luisillo. Tú olvidas que tengo la edad de Pepe, y que ya era yo piloto, cuando tú aún jugabas en Olaveaga en la huerta de tu tío.

Aresti admiraba el vigor del capitán. Estaba en los cincuenta años. Era bajo de estatura, musculoso y fuerte, con cierta tendencia á ensancharse, como si fuera á cuadrársele el cuerpo. Su cara se había recocido, como él decía, en casi todos los puntos de la línea ecuatorial: estaba curtida, con un color bronceado, semejante al de su barba, en la que sólo apuntaban algunas canas. Tenía a las córneas de los ojos con manchas de color de tabaco, y sus pupilas, que siempre miraban de frente, brillaban con una expresión de bondad. Conocía todas las picardías del mundo: había pasado en su juventud por todos los desórdenes de las gentes de mar, que después de meses enteros de aislamiento y privación sobre las olas, bajan á tierra como lobos. Había brindado con todas las bebidas del mundo, incluso con las fermentaciones diabólicas de los negros; se había rozado con hembr

as de todos los  
colores, pardas, bronceadas, verdes y rojas, y, sin  
embargo, después de  
una vida de aventuras, notábase en él la honrada si  
mplicidad de esos  
marinos, ascetas de los horizontes inmensos que, al  
abordar los puertos  
cosmopolitas, sienten el contacto de todas las podr  
edumbres, sin llegar  
á contaminarse con ellas, sacudiéndolas apenas vuel  
ven al desierto del  
océano.

El doctor recordaba los principales detalles de su  
vida, que muchas  
veces había contado el \_Capi\_ de sobremesa en casa  
de Sánchez Morueta,  
con su sencillez de hombre franco y comedido al mis  
mo tiempo, sin parar  
atención en el entrecejo de la señora que temía á c  
ada instante  
extralimitaciones en el relato. No había mar en el  
globo en el cual no  
hubiese navegado alguna vez, ni clase de buque que  
no conociera, desde  
el \_cachemerin\_ al trasatlántico. De joven había he  
cho el cabotaje entre  
el archipiélago de Luzón y las Molucas. El sultán d  
e allá era gran  
amigote suyo, y le invitaba, como muestra de afecto  
, a que escogiese  
entre sus sesenta mujeres amarillas y hocicudas. ¿P  
ara qué? Con un  
tabaco de Manila podía llevárselas él a todas sin p  
ermiso de sultanillo.  
Había trasladado cargamentos de chinos de Hong-Kong  
a San Francisco de  
California; montañas de trigo de Odessa a Barcelona  
; recordaba viajes a  
Australia, a la vela, por el cabo de Buena Esperanz  
a; hacía memoria, con  
sonrisa pudorosa, de sus juergas de la Habana, en p

lena juventud, con ciertos marinos rumbosos como nababs y valientes y crueles lo mismo que los aventureros de otros siglos, los cuales, al bajar a tierra, gastaban en unas cuantas noches la ganancia de sus viajes desde las costas de África con la bodega abarrotada de negros. Al hablar, sentía la nostalgia del azul negruzco e intenso del Océano, del verde luminoso y diáfano del mar de las Antillas, de la larga ondulación del Pacífico y las aguas plomizas y brumosas de los mares del Norte. El Mediterráneo le inspiraba desprecio, con sus puertos como Alejandría y Nápoles, verdaderos pudrideros de todo el detritus de Europa. «Desde Gibraltar a Suez--decía--, ladrones a la derecha y a la izquierda. Antes robaban en el mar, y ahora esperan en los puertos.»

Su amistad con Sánchez Morueta, que databa de la infancia, le había proporcionado un retiro en tierra. Era el inspector de los numerosos barcos de la casa; y además, no cargaba un buque extranjero minerales de su principal que no lo despachase él, acumulando así una pequeña fortuna que le envidiaban sus antiguos compañeros de navegación. Era bilbaíno á la antigua en todas sus aficiones. Su mayor placer era salir el domingo con la escopeta al hombro á cazar \_chimbos\_ en los montes, pajarillos de varias clases, que habían proporcionado un mote á los hijos de la villa. El mayor de los regalos era subirse, en las tardes que no tenía trabajo, á algún \_chacolín\_ del camino

de Begoña á saborear  
el bacalao á la vizcaína, rociándolo con el vinillo  
agrio del país. Sus  
amigos \_chacolineros\_ pasaban por el despacho para  
noticiarle  
misteriosamente cuándo se abría pipa nueva.

--Capitán, esta tarde, donde Echevarri, dan espiche  
á un \_chacolín\_ de  
dos años.

Y el capitán abandonaba su despacho que, por lo des  
arreglado y pobre,  
parecía un cuarto de marinería, sin más adornos que  
una mesa vieja,  
algunas sillas, un botijo en un rincón y algunas fo  
tografías de buques  
en las paredes. Parecía imposible que allí se habla  
se de negocios que  
importaban millones. Un barómetro enorme, dorado y  
con vistosos adornos,  
regalo de Sánchez Morueta, era el único objeto nota  
ble y el que más  
estimaba el capitán, pues, por sus hábitos de hombr  
e de mar, siempre se  
estaba preocupando del tiempo.

--Tenía muchas ganas de verte--dijo Iriondo, ocupan  
do de nuevo su sitio  
ante la mesa.--¡Las veces que he pensado en ir á pa  
sar un día en las  
minas! Allí hay caza ahora, ¿verdad? Sólo que la ge  
nte acomodada parece  
que no se dedica á otra cosa. ¡Ay, \_Planeta\_! Y cóm  
o va á alegrarse Pepe  
cuando te vea. Yo hace cuatro días que no le he hab  
lado. Ya sabes su  
genio: viene, se va, y, cuando quiere algo, me lo d  
ice desde arriba por  
ese tubo que tienes al lado. Es muy bueno Pepe, per  
o con él, cuanto  
menos se habla, mejor. Su debilidad eres tú... tú y

Fernandito, ese ingenierete tan simpático que tiene en los altos hornos. ¡Las veces que Pepe te recuerda! Un día, hablando de tí y de tus planetadas, le oí decir. «Ese chico, ese chico debía estar á mi lado» .

--Oye \_Capi\_; ¿y cómo anda mi prima, la santa doña Cristina? ¿ha metido ya alguna comunidad de frailes en el hotel de Las Arenas?

El capitán cesó de sonreír y por sus ojos cándidos pasó una sombra de inquietud. No podía disimular su turbación.

--No sé... la veo poco. Debe estar como siempre...

Y añadió con repentina resolución:

--Mira, Luisillo: cada uno que proceda como mejor le parezca. Yo á mis barcos, y fuera de ellos nada me importa.

Tras esto, quedaron los dos en silencio, como si el recuerdo de la esposa de Sánchez Morueta hubiera hecho pasar entre ellos algo que helaba las palabras y cohibía el pensamiento. Aresti se levantó para subir al despacho de su primo.

--Por la escalera no--dijo el capitán.--Sube por ahí: es la escalerilla interior y llegarás más pronto. Hasta luego: yo también soy de la cuchipanda. Me ha invitado Pepe y nos llevará en su carruaje.... Si estás falto de apetito, tienes tiempo para hacer coraje. Lo menos hasta las dos no comeremos.

El doctor subió por una escalerilla de madera con cubierta de cristales, que á través de un patio interior ponía en comunicación el entresuelo con el despacho del jefe. Arriba, las oficinas estaban instaladas con mayor lujo: las paredes eran de un blanco charolado; brillaban las mesas y taquillas de madera rojiza, así como los lomos de cobre de los grandes libros de cuentas. Los verdes hilos de la luz y de los timbres corrían por las cornisas de una á otra pieza, y sobre las chimeneas funcionaban relojes eléctricos. Los planos de las minas, las vistas de las fábricas de la casa, adornaban las paredes.

Aresti, después de una corta espera, fué introducido en aquel despacho, del que se hablaba en Bilbao como de un laboratorio misterioso, donde Sánchez Morueta fabricaba raudales de oro con sólo concentrar su pensamiento.

--¿Cómo estás, Luis?...

Lo primero que vió el doctor fué una mano tendida hacia él, una mano firme, velluda y, sin embargo, hermosa; una mano fuerte de héroe prehistórico, que hubiese parecido proporcionada perteneciendo á un cuerpo mucho mayor. Y eso que el primo de Aresti era tan alto, que casi le sobrepasaba toda la cabeza; una cabeza, que conocía la villa entera, virilmente rapada, de ancha frente, y ojos serenos que derramaban hacia abajo una luz fría. Una hermosa barba patriarcal qu

e le tapaba las solapas del traje parecía suavizar los salientes enérgicos de los pómulos y las fuertes articulaciones de su mandíbula robusta y prominente como la de los animales de presa. Tenía cana la barba, gris el pelo y, sin embargo, parecía envolverle un nimbo de juventud, de fuerza serena, de energía reposada y tenaz, que se comunicaba á cuantos le rodeaban. Era hermoso como los hombres primitivos que luchaban con la naturaleza hostil, con las fieras, con los semejantes, sin más auxilio que las energías del músculo y del pensamiento, y acababan por posesionarse del mundo. Aresti, recordando los dos Alcides que con la porra en la mano, y al aire la soberbia musculatura dan guardia á los blasones de armas de la provincia, decía hablando de él: «Mi primo se ha escapado del escudo de Vizcaya».

Era sobrio en palabras, como todos los hombres que tienen el pensamiento y la acción en continuo uso.

Conservó un instante la mano del doctor perdida en la suya, estrujándola con sólo un ligero movimiento, y pasada esta efusión extraordinaria en él, volvióse hacia su secretario, que permanecía de pie junto á la mesa manejando papeles y hojas telegráficas.

--Siéntate, Luis--dijo como si le diese una orden--acabo en seguida.

Y le volvió la espalda, olvidándolo, mientras el secretario sonreía



servilmente al primo de su principal y le saludaba con varias reverencias. Aresti conocía de muchos años á aquel hombrecillo que había comenzado de escribiente en la casa y era ahora el empleado de confianza de Sánchez Morueta. El capitán le llamaba «el perro de doña Cristina» por la protección que le dispensaba la señora y la adhesión absoluta con que él le correspondía. Aresti despreciábale por las sonrisas con que saludaba su parentesco con el amo.

Mientras el millonario leía los papeles, cambiando de vez en cuando alguna palabra con su secretario, el médico, hundido en un sillón, dejaba vagar su mirada por el despacho. Sufrían una decepción al entrar allí, los que hablaban con asombro del retiro misterioso del omnipotente Sánchez Morueta. La habitación era sencilla: dos grandes balcones sobre la Sendeya, con oscuros cortinajes; las paredes cubiertas de un papel imitación de madera; una mullida alfombra y la gran mesa de escritorio con una docena de sillones de cuero, anchos y profundos como si en ellos se hubiera de dormir. En un rincón, una caja de hierro; en otro una antigua arca vascongada con primitivos arabescos de talla, recuerdo arqueológico del país, y en las paredes, modelos en relieve de los principales vapores de la casa y una enorme fotografía del «\_Goizeko izarra\_» (\_Estrella de la mañana\_), el yate de tres mástiles y doble chimenea, que permanecía amarrado todo el año en la bahía de Axpe, como

si Sánchez Morueta hubiese perdido su afición á los viajes. Sobre la chimenea se alineaban en escala de tamaños, fragmentos pulidos de rieles y piezas de fundición, muestras flamantes del acero fabricado en los altos hornos de la casa. Un pequeño estante contenía a libros ingleses, anuarios comerciales, catálogos de navegación, memorias sobre minería y metalurgia. El único libro que estaba entre los papeles de la mesa de trabajo, dorado y con broches, cual un devocionario elegante, era el Yacht Register de más reciente publicación, como si el millonario encadenado por sus negocios, se consolase siguiendo con el pensamiento á los potentados de la tierra que más dichosos que él, podían vagar por los mares. El despacho tenía el mismo aspecto de sobriedad y robustez de su dueño. Todas las maderas eran de un rojo obscuro, con ese brillo sólido y discreto que sólo se encuentra en las cámaras de los grandes buques. Aresti resumía la impresión en pocas palabras; «Allí todo olía á inglés.... Hasta el traje del amo».

Al concentrar la atención en su primo, volvía á admirar sus manos; aquellas manos únicas, que parecían dotadas de vida y pensamiento aparte; que iban instintivamente, entre el montón de papeles, en línea recta y sin vacilación hacia aquello que deseaba la voluntad. Eran como animales independientes puestos al servicio del cuerpo, pero con fuerza propia para vivir por sí solas. Aresti las admiraba con cierto respeto

supersticioso. Donde ellas estuvieran, el dinero y el poder se entregarían vencidos, anonadados. Nada podía resistir á aquellas hermosas garras de bestia luchadora é inteligente. El movimiento de la sangre en sus venas de grueso relieve, parecía el latido de un pensamiento oculto.

Las poderosas zarpas acabaron por amontonar con sólo un movimiento todos los papeles, dando la tarea por terminada, y los ojos grises del grande hombre indicaron al secretario con fría mirada que podía retirarse á la habitación inmediata donde tenía su despacho: una pieza con grandes estantes cargados de carpetas verdes y algunos ejemplares raros de mineral bajo campanas de vidrio.

--Don José, un momento,--dijo el hombrecillo;--me permito recordar á usted el encargo de doña Cristina, ya que está aquí el señor doctor.

Y como Sánchez Morueta pareciera no acordarse, el secretario se inclinó hacia él, murmurando algunas palabras.

El millonario dudó algunos momentos mirando á su primo.

--Es un favor que te pide Cristina--dijo con alguna vacilación.--Al saber que venías hoy, me encargó que subieses un momento á Begoña para ver á don Tomás, ese cura viejo que algunas veces nos visita.

Y como creyese ver en la cara del doctor un gesto d

e disgusto, se apresuró á añadir.

--Anda, Luis; hazme ese favor. Piensa que son mis días y que hay que tener contentas á las señoras. Mi mujer y mi hija se alegrarán mucho. Es una visita corta: el pobre, según parece, está desahuciado de todos. ¿Qué te cuesta darlas gusto?...

En su mirada y su acento había tal tono de súplica, que Aresti aceptó mudamente, adivinando que con ello aliviaba de un gran peso á su poderoso primo. Aquel hombre envidiado por todos, el «hijo favorito de la fortuna», como él lo llamaba, tenía sus disgustos dentro del hogar.

--Goicochea te acompañará--dijo señalando á su secretario.--Toma abajo mi carruaje, y, mientras vuelves, terminaré mi tarea. Hasta luego, Luis.

Y cogiendo una pluma, comenzó á escribir, como si una repentina preocupación le hiciese olvidar por completo á su pariente.

Aresti, llevando al lado á Goicochea en el mullido carruaje del millonario, pasó por varias calles de la Bilbao tradicional, admirando sus tiendas antiguas, adornadas lo mismo que en los tiempos de su niñez. Era igual el olor de zapatos nuevos y telas multicolores fuertemente teñidas. El carruaje comenzó á ascender penosamente por la áspera cuesta de Begoña. Terminaba el desfile de casas. Ensanchábase el horizonte,

extendiéndose entre las montañas los campos verdes,  
y los robledales de  
tono bronceado, interrumpidos á trechos por las bla  
ncas manchas de las  
caserías. El sol asomaba por primera vez en la maña  
na al través de un  
desgarrón de las nubes, y el humo que se extendía s  
obre la villa tomaba  
una transparencia luminosa, como si fuese oro gaseo  
so. Al borde del  
camino levantábanse casas aisladas, ostentando en s  
u puerta el  
tradicional \_branque\_, el ramo verde que indica la  
buena bebida del  
país. Eran los famosos \_chacolines\_ con sus rótulos  
: «Se venden  
voladores», para que el estruendo fuese completo en  
días de romería.

Goicochea, que no era hombre silencioso y creía fal  
tar al respeto al  
primo de su principal permaneciendo callado, hablab  
a de aquellos lugares  
con cierto entusiasmo.

--Me gusta pasar por aquí, señor doctor, porque rec  
uerdo mi juventud...  
los famosos días del sitio. Usted sería muy niño en  
tonces, y ya no se  
acordará.

Animado por la mirada interrogante del doctor, sigu  
ió hablando:

--¿Ve usted dónde hemos dejado la cárcel? Pues poco  
más ó menos ahí  
estaba la línea entre sitiados y sitiadores. Nos fu  
silábamos de cerca,  
viéndonos las caras, y por las noches charlaban ami  
gablemente los  
centinelas de una y otra parte: cambiaban cigarros  
y se ofrecían

lumbre... para matarse si era preciso al amanecer.

--Usted sería de \_los auxiliares\_, como mi primo Pepe,--dijo Aresti;--de los que defendían la villa.

Goicochea dió un respingo en su asiento, pero en seguida recobró su aspecto plácido y contestó con humilde sonrisa:

--¡Quia, no señor! Yo estaba con los otros: era sargento en un tercio vizcaíno y llevaba la contabilidad... Cosas de muchos, don Luis: calaveradas. Entonces tenía uno la cabeza ligera y aún no habían llegado los ocho hijos que ahora me devoran.

Y como si tuviera interés en que el doctor conociese exactamente sus creencias, siguió hablando:

--Por supuesto, que ahora me río de aquellas locuras. ¡Y pensar que en Somorrostro casi me entierran por culpa de una bala perdida!... Ahora ya no soy carlista, y como yo, la mayoría de los que entonces expusimos la pelleja.

--¿Pues qué son ustedes?...

--¿Qué hemos de ser, don Luis? ¿No lo sabe usted?... Nacionalistas; bizkaitarras; partidarios de que el Señorío de Vizcaya vuelva á ser lo que fué, con sus fueros benditos y mucha religión, pero mucha. ¿Quiénes han traído á este país la mala peste de la libertad y todas sus impiedades? La gente del otro lado del Ebro, los \_maketos\_: y don Carlos

no es más que un \_maketo\_, tan liberal como los que hoy reinan, y además tiene los escándalos de su vida impropia de un católico.... Lo que yo digo, don Luis. Quédese la Maketania con su gente sin religión y sin virtud y deje libre á la honrada y noble Bizcaya... . con B alta ¿eh? con B alta, y con K, pues la gente de España para robar nos en todo, hasta mete mano en nuestro nombre escribiéndolo de distinta manera.

Y con el índice trazaba en el espacio grandes \_bes\_ para que constase una vez más su protesta ortográfica.

El carruaje rodaba por los altos de Begoña. Dormía el camino en medio de una paz monacal. A un lado y á otro alzábanse grandes edificios de reciente construcción. Eran conventos ocupados por frailes de órdenes antiguas y religiosas de modernas fundaciones. La piedad de las señoras ricas de la villa había levantado aquellos palacios . Allí iba á parar una parte no pequeña de las ganancias de las minas. La limosna cuantiosa, y los legados testamentarios cubrían de conventos ó iglesias aquella parte del monte Artagán. El silencio monacal, que parecía extenderse por el paisaje, contrastaba con el zumbido de vida que exhalaba abajo la población, dominada á aquella hora por la fiebre de los negocios. De vez en cuando sonaba perezosamente una campana en las torrecillas de ladrillo rojo, llamando á gentes invisibles: se entreabría un portón con agudo chirrido, dejando ve

r una cofia monjil,  
blanca y almidonada y un rincón de huerto frondoso.  
Aresti, influenciado  
por este ambiente, pensaba en los místicos retiros  
de la Flandes  
católica, en sus conventos modernos de escrupulosa  
limpieza y sus  
beguinas cubiertas por tocas nítidas, de movibles a  
las, como mariposas  
de nieve.

Goicochea seguía hablando. Ahora relataba al doctor  
la enfermedad de don  
Tomás, el cura que iban á visitar; «un santo varón»  
que en otros tiempos  
confesaba á la de Sánchez Morueta y que pronto mori  
ría como un justo si  
la Virgen no le salvaba con un milagro. El carruaje  
paró ante la iglesia  
de la imagen famosa, atravesando la Plaza de la Rep  
ública; la República  
de Begoña, que aún conservaba esta denominación de  
los tiempos forales.

Aresti, guiado por su acompañante, entró en la casa  
del cura para ver á  
éste, inmóvil en un sillón, desalentado y tembloros  
o ante la proximidad  
de la muerte. Al reconocer al doctor, con el que ha  
bía disputado más de  
una vez en casa de Sánchez Morueta, el viejo mostró  
en sus gestos cierta  
esperanza. ¡A ver si podía salvarlo con aquella cie  
ncia que había  
ensalzado tantas veces al discutir con él! No podía  
dormir, no podía  
acostarse; se ahogaba. Aresti conoció á primera vis  
ta la gravedad de su  
dolencia. Tenía enfermo el corazón, el órgano rebel  
de á todo reparo. Por  
más que intentó animar al enfermo con palabras aleg  
res, el viejo, con su



astucia aguzada por el miedo, adivinó la ineficacia del remedio, entre aquellos planes de curación que Aresti le proponía por decir algo.

--¡Lo mismo que los otros!--gimió.--¡Ay Virgen de Begoña!... ¡Virgen de Begoñaaa!

El acento desesperado con que llamaba á la Virgen, revelaba el egoísmo de la vida, agarrándose á la última esperanza, implorando un milagro, con la ilusión de que, en favor suyo, se rompiesen y trastornasen todas las leyes de la existencia.

Al verse de nuevo en la plaza, Goicochea miró al templo y se descubrió como si le pesara volver á la villa sin saludar á la imagen.

--Podíamos entrar un momento, ¿no le parece, don Luis? Nos queda tiempo de sobra. ¿Usted, indudablemente, no habrá visto á la Virgen desde que le coronaron como Señora de Vizcaya? Pues está muy bonita. Entremos y yo pediré un poco por el desgraciado don Tomás.

Aresti se dejó conducir. No había estado allí desde que era niño, y le interesaba ver las grandes reformas que la devoción de los ricos de abajo había realizado en aquel edificio, convertido en fortaleza durante las guerras y al que afluían ahora todos los sentimientos del país hostiles á la nacionalidad española y á sus progresos.

Pasaron bajo unas arcadas adosadas al templo; el pa

seo cubierto de todas  
las iglesias vascas, donde en otros tiempos se reun  
ía el vecindario,  
amparado de la lluvia, para tratar los asuntos públ  
icos después de la  
misa. Por algo, la mayoría de los pueblos vizcaínos  
tomaron el título de  
anteiglesias, en época de fueros.

Entraron por una puerta lateral, y mientras Goicoch  
ea marchaba hacia el  
altar mayor, dejándose caer de rodillas ante la Vir  
gen con devoción  
compungida, Aresti paseó por el templo, examinándol  
o. Los  
reclinatorios, los bancos y los altares, llamaron i  
nmediatamente su  
atención. Eran piezas de esa ebanistería parisién d  
el barrio de San  
Sulpicio, puesta al servicio de los fieles, que arr  
egla oratorios para  
las señoras elegantes con el mismo refinamiento con  
que sus compañeros  
de oficio adornan un dormitorio ó un \_budoir\_. El g  
usto artístico del  
jesuitismo contrastaba con la arquitectura del temp  
lo, de un gótico  
sobrio, con grandes sillares sin adorno alguno. De  
las pilastras  
pendían, como banderas de victoria, los estandartes  
de las diversas  
peregrinaciones, y cubrían las paredes lápidas con m  
emorativas en  
vascuence y algunos cuadros horribles, inmortalizan  
do la coronación de  
la Virgen.

Al médico le interesaban más los votos que se exten  
dían por la pared, á  
la altura de sus ojos, cuadritos de una pintura cán  
dida y grosera,  
representando olas alborotadas, barcos próximos á z

ozobrar con los palos  
rotos, y descendiendo de entre los nubarrones sobre  
el casco  
desmantelado, un rayo semejante á una lombriz roja.  
Provocaban la risa  
como obras de arte, pero Aresti los miraba con resp  
eto, viendo en ellos  
el recuerdo de un drama vivido por muchos centenare  
s de hombres. Eran  
votos de la gente de mar, muestras de agradecimient  
o de tripulaciones  
vizcaínas, por haberlas salvado la imagen de Begoña  
de espantosas  
tempestades. Los cuadros más antiguos y borrosos re  
presentaban  
bergantines y fragatas con las velas rotas, encabri  
tándose sobre las  
olas, flotando entre estas algún mástil roto: los m  
ás modernos eran  
vapores espantosamente ladeados por el empuje del m  
ar, con la cubierta  
barrida por el agua. Y Aresti pensaba en la pobreza  
humana que resurge  
siempre ante las catástrofes ciegas de la naturalez  
a; en la fe que  
siente el hombre por lo maravilloso apenas ve en pe  
ligro su existencia.

Goicochea había cesado de rezar y, acercándose al d  
octor, hablábale al  
oído con la satisfacción del que muestra las bellez  
as de su propia casa.

--Mírela usted--decía señalando á la imagen.--¡Qué  
hermosa es! ¡Y qué  
bien le sienta la corona!...

Aresti miraba la imagen, el «fetiche bizkaitarra»,  
como decía él en sus  
cenos con los amigos de Gallarta, y la encontraba g  
rotescamente fea,  
como todas las imágenes españolas que son famosas y

hacen milagros. La cabecita de bebé parecía abrumada por una alta corona, inflada como un globo; hasta sus pies descendía, como un miriñaque, el manto cubierto de toda clase de piedras preciosas. Los diamantes, perlas y esmeraldas arrojadas á manos llenas por la devoción, como si el brillo pudiese aumentar la hermosura de la imagen, esparcíanse también sobre el pequeñuelo que la Virgen mostraba entre sus manos.

--Cuántas joyas ¿eh?--murmuraba con entusiasmo Goicochea.--Esto sólo se ve en este país. Aquí hay religión y riqueza.

El doctor pensaba involuntariamente en el sucio y doliente rebaño de las minas, calculando en cuánto habría contribuido su miseria á aquellos regalos inútiles, colocados por la fe y la ostentación de unos pocos, sobre un madero tallado.

--¡Si usted hubiese visto el acto de la coronación! --continuó la voz de Goicochea con sordina.--Aún me estremezco de entusiasmo recordándolo. Fué cosa de llorar. Catorce obispos asistieron y hubo quince días de peregrinación de Bilbao y los pueblos. Vizcaya entera pasó por aquí: peregrinación de señoras, peregrinación de criadas de servir, peregrinación de obreros; las anteiglesias en masa con sus párrocos al frente, y sermones al aire libre de religiosos de todas las órdenes, y de padres jesuitas: pero sermones buenos de veras, en vascuence: diciendo lo que significaba la coronación de la Vir

gen como Señora de Vizcaya. Fíjese usted bien.... \_¡Señora!\_ Vizcaya sólo ha tenido Señores. Hasta Dios es para nosotros \_Jaungoicoa\_ ó sea «Señor de arriba.» Eso de reyes y reinas es cosa de los \_make tos\_. Desde el día de la coronación de la Señora, que moralmente hemos arreglado nuestras cuentas con los que viven del Ebro para allá, separándonos para siempre. La cosa fué conmovedora: como organizada por los principales del partido.... Pero vámonos, que aquí molestamos hablando.

Goicochea salió del templo huyendo de las miradas que le lanzaban dos aldeanas viejas arrodilladas ante la Virgen.

En el porche de la iglesia continuó dando expansión á su entusiasmo.

--¿Y ha visto usted cuántos milagros? ¿No le enternece eso?...

--Sí--dijo Aresti con gravedad.--A mí me conmueve la piedad de los hombres de mar que vienen aquí descalzos, trayendo su recuerdo á la Virgen, por haber estado próximos á naufragar y no haber naufragado. Gran cosa es la fe. Lo mismo que á ellos, les ocurre casi todos los días á marineros ingleses, suecos ó americanos que son protestantes ó no son nada, y se salvan á pesar de no tener una Virgen de Begoña á quien recomendarse. Además, vaya usted á saber los vizcaínos que se habrán ahogado después de implorar á la Virgen. Esos no han podido venir aquí á

contarlo.

El secretario hizo un movimiento de extrañeza, mirando escandalizado al médico.

--Don Luis--dijo con acento dulzón.--No empiece usted á soltar de las suyas. Mire que no estamos en las minas, sino en la puerta de la casa de la Virgen, y que ésta le castigará.

--No; yo no me burlo de la fe--dijo Aresti.--El hombre es naturalmente cobarde ante el dolor, ante un peligro que supera á sus fuerzas; basta que se considere perdido para creer y esperar en lo maravilloso. Me acuerdo de mister Peterson, un ingeniero inglés empleado en las minas, un protestante muy ilustrado y fervoroso que no perdía ocasión de burlarse de la idolatría de los católicos y de su culto á las imágenes. Un día, un peón despedido por él del trabajo, le dió una puñalada de muerte. Cuando se convenció de que no podíamos salvarle, rompió en lloros y aclamaciones á la Virgen, lo mismo que don Tomás. Se agarró á la misma fe de las mujeres más ignorantes del pueblo. Llamaba á la Virgen de Begoña con un vozarrón que se oía desde la calle.

--¿Y llegó á salvarse?--dijo Goicochea anhelante, con la esperanza de un milagro.

--No; murió á las pocas horas lo mismo que si no hubiera llamado á nadie.

Goicochea, temiendo nuevas impiedades del doctor, desvió el curso de la conversación.

--¡Qué hermosa vista!--dijo señalando la parte de la villa que se alcanzaba desde el porche, junta con un trozo de la ría y las montañas de las Encartaciones con sus cumbres rojas, de tierra removida.--Esto es el más hermoso balcón de Vizcaya. ¡Cuánto trabajo se abarca desde aquí! ¡Cuánta riqueza!...

Luego, añadió en tono confidencial.

--Cuando veo lo mucho que ha prosperado nuestra tierra, comprendo que es imposible volver á nuevas aventuras. Hoy, una tercera guerra civil, otro sitio como el último, mataría á Vizcaya. ¿Qué sería de los altos hornos, de tanta fábrica y tanta vía férrea?... Por esto hemos abandonado, quien más quien menos, nuestra antigua bandera. Para servir á Dios no se necesita de política. Nosotros somos cada vez más intransigentes en lo tocante á la sacrosanta religión; ¿pero pelearse por reyes? Aquí no hay más que Vizcaya y su \_Señora\_ santísima. Pregunte usted si quieren volver á las andadas, á muchos de los contratistas de Gallarta. Yo los he conocido de aduaneros carlistas, descalzos y muertos de hambre, y ahora van camino de millonarios. Vea usted á muchos dueños de las minas que en su juventud cogieron el fusil. \_Necuacuam\_, ninguno sueña remotamente con una nueva guerra. Si en tiempos del

sitio hubiera  
existido tanto negocio como hoy, y tanta riqueza, n  
o habrían llegado las  
cosas á mayores. Los que comulgamos en los sanos pr  
incipios, ya sabemos  
el buen camino. Lo mismo nos da que reine Juan que  
Pedro: lo que nos  
importa es Vizcaya y Dios... Y Dios, ya sabe usted,  
que está por encima  
de la Patria y del Rey.

Como Aresti sonreía socarronamente, el hombrecillo  
pareció intimidarse  
ante su gesto.

--A ver: siga usted, señor Goicochea,--dijo el doct  
or.--Me interesa eso,  
pues, al fin, vizcaíno soy, aunque no tenga el hono  
r de ser  
nacionalista. ¿Y cómo vamos á conseguir que Bizkaya  
(con B alta) se  
emancipe de la odiosa Maketania? Piense usted que e  
lla tiene sus  
\_guiris\_, sus \_ches\_ de pantalones rojos, prontos á  
disparar el fusil  
como en otros tiempos.

Y Aresti, al decir estos motes, remedaba el tono de  
desprecio con que  
había oído á algunos como Goicochea, designar á los  
soldados españoles,  
llamados \_ches\_ en Bilbao, por ser valencianos much  
os de los que  
componían la guarnición durante el sitio.

--Se hará sin guerra. Es asunto de tiempo don Luis:  
de tiempo y de buena  
dirección. Poco á poco se hace camino. O nosotros i  
mpondremos á España  
las sanas costumbres y creencias de los antepasados  
, ó nos aislaremos  
como ciertos pueblos de América, que viven felices,



governados por el  
Sagrado Corazón de Jesús. Allí están los que dirige  
n y son gente que lo  
entiende: allí se prepara el porvenir.

Y señalaba en dirección á la ría, como si al través  
de las inmediatas  
alturas viese con la imaginación la Universidad de  
Deusto, santuario,  
para él, de la sabiduría humana.

--Pues hay para rato, señor Goicochea--dijo el médi  
co saliendo del  
porche en busca del carruaje.

--No diré que no, don Luis. Nuestra redención es al  
go difícil por la  
continua inmigración de gentes que traen con ellas  
las malas costumbres  
de España. Lo peorcito de cada casa, que viene aquí  
á trabajar y á hacer  
fortuna. Son intrusos que toman por asalto el noble  
solar de Vizcaya.  
Cada vez son más: en Bilbao, hay que buscar casi co  
n candil los  
apellidos vascongados. Todos son Martínez ó García,  
y se habla menos el  
vascuence que en Madrid. Esto es uno de los grandes  
males que nos ha  
traído la prosperidad. Pero todo se andará. Yo pien  
so lo que García  
Moreno, aquel gobernante del Ecuador, que, según cu  
entan los padres de  
Deusto, fué el estadista más grande del siglo. ¿Sab  
e usted lo que dijo  
al recibir la puñalada que lo mató? «Dios no muere  
nunca».... Pues eso  
digo yo. Dios no muere y no morirá Vizcaya que, por  
el amor que siente  
hacia su santísima madre, es su hija predilecta.

Ya no dijo más en todo el camino. Al fin, pareció a

moscarse por la  
mirada irónica del doctor y los socarrones movimien  
tos de cabeza con que  
acogía sus palabras. Reconocía en él un digno primo  
de Sánchez Morueta;  
pues el secretario, á pesar de su servilismo exteri  
or, sentía cierta  
repugnancia por su principal, un hombre silencioso  
que, sin alardes de  
impiedad, vivía separado de la religión, pasando me  
ses enteros sin oír  
una misa. Él conocía los hondos disgustos que esta  
conducta  
proporcionaba á la buena doña Cristina, la cual, só  
lo valiéndose de la  
influencia que ejercía su hija sobre el padre, podí  
a conseguir que éste  
las acompañase alguna vez á la iglesia. ¡Que hombre  
s los dos! ¡Imposible  
parecía que fuesen de la tierra vasca, patria de ta  
ntos santos!...

A las dos de la tarde se vió Aresti de nuevo en el  
coche, camino de Las  
Arenas con su primo y el capitán Iriondo. Goicochea  
, invitado también á  
la comida de familia, había salido antes en el tran  
vía.

--Tú no descansas--decía el médico á su primo,--¡to  
dos los días Las  
Arenas á Bilbao!

--Todos los días. Cuando edificué el hotel, creí qu  
e me quedaría meses  
enteros mirando el mar sin ocuparme de los negocios  
. Pero por las  
mañanas voy de un lado á otro, sin saber qué hacer  
y acabo por mandar  
que enganchen. Por las tardes es diferente. Paso tr  
anquilo las horas en  
el jardín, oyendo á Pepita que toca el piano.

--¡La vida de familia!... ¡Tú eres feliz--exclamó el médico.

Su primo le miró con ojos interrogantes, como si en contrase en sus palabras cierta ironía.

--Sí: la vida de familia--dijo.--Es la que más me gusta. Lástima que en este Bilbao no pueda uno gozarla á sus anchas, libre de influencias extrañas. Tú bien lo sabes, Luis.

Y calló, mientras el médico quedaba también silencioso y cabizbajo, como sumido en penosas reflexiones. Pasaban ante la ventanilla del carruaje los hoteles vistosos del Campo del Volantín, donde se albergaba la aristocracia de la villa; después las verjas y escalinatas de la Universidad de Deusto; mientras por el lado opuesto desarrollaba la ría sus revueltas entre los descargaderos y los barcos anclados. Aresti veía ahora en sentido inverso y desde la orilla opuesta el paisaje que había admirado por la mañana en el tren.

Al pasar el carruaje por Olaveaga, los tres hombres rompieron su mutismo, animándose con repentina alegría. Aquella era su patria: allí habían nacido los tres.

Y Aresti, evocando de un golpe todo el pasado, hacía preguntas á sus compañeros, recordándoles los incidentes de la juventud.

Aún veía, como si lo tuviera ante sus ojos, al señor

r Juan Sánchez, el padre de Sánchez Morueta, el patriarca de la familia, el iniciador obscuro de la presente prosperidad, el que de un tirón los despegó á todos del bajo fondo social en que habían nacido. No era del país: había llegado de un pueblecillo de la costa de Santander, estableciéndose en Olaveaga como gabarrero, y casándose con una joven del pueblo, que tenía varios campos en aquella vega de Deusto, que surte de hortalizas y flores á Bilbao. Fué una vida de trabajo: la mujer á la huerta y él á la ría, que era entonces tan peligrosa como el mar, con sus \_aguaduchos\_ ó avenidas que la convertían en torrente y sus revueltas y bajos que hacían zozobrar las embarcaciones. Los buques se quedaban en el abra y las gabarras subían hasta la villa los cargamentos de bacalao y de maderas, necesitando, para esta conducción, de hombres expertos. Ir de Bilbao á Portugalete era entonces un viaje que sólo osaban emprender los atrevidos, tomando pasaje en las barcas que se llamaban \_carrozas\_. La góndola del Consulado, del famoso tribunal de comercio, era la única embarcación que surcaba la ría con frecuencia. Los gabarreros, intermediarios obligados de todo comercio, prosperaban rápidamente, y Olaveaga era el pueblo más rico del Nervión. El señor Juan servía á las casas más importantes, por la confianza que inspiraba su pericia. Jamás había averiado los géneros con un mal tropiezo en los innumerables bajos de la ría ó en la vuelta de la Salve; conocía las a

guas palmo á palmo, y siempre que había que hacer el salvamento de alguna gabarra perdida, le llamaban á él. Así fué reuniendo una fortuna para su hijo único, que andando el tiempo había de ser el famoso Sánchez Morueta. En aquella época, el futuro millonario iba todas las mañanas al instituto de Bilbao, á estudiar Náutica, pues su padre le quería marino, pero de los de altura, para navegar y comerciar en grande, á través de todos los mares, como él lo hacía en la ría. El honrado gabarrero, satisfecho de su suerte, dueño de muchos de los lanchones que surcaban el Nervión, seguro ya del porvenir con lo que llevaba ahorrado, compartía su cariño entre su hijo Pepe y un sobrino mucho menor, que no era otro que Aresti, hijo de una hermana de su mujer. Las dos hembras de aquella familia de hortelanos, se habían unido con hombres de mar; pero la casada con el gabarrero, tuvo más suerte que su hermana menor, que se enamoró de Chomín Aresti, un mocetón de la matrícula de Bermeo, que navegaba por el Cantábrico como patrón de balandros de cabotaje, si empre expuesto á perecer en un día de galerna. A los ocho años de casados, ocurrió la catástrofe. Chomín se ahogó en un naufragio, y la viuda, llevando en brazos al futuro doctor Aresti, que entonces tenía seis años y se miraba con asombro el negro trajecito, lloró desesperadamente por todos los rincones de la casa de su hermana.

--No te apures, mujer--decía el señor Juan.--Otras

están peor que tú,  
que tienes á tu hermana y me tienes á mí. No morirá  
s de hambre, ya que  
según parece, voy para rico. Si el rapaz no tiene p  
adre, aquí estoy yo,  
que rabio, porque la mía sólo me ha dado un chico.

Y así era. El gabarrero hubiera deseado que su muje  
r fuese dándole  
hijos, conforme prosperaba la casa. Sentíase cohibi  
do al no poder llevar  
en sus brazos á aquel mocetón que estudiaba en Bilb  
ao y era tan alto  
como él y mucho más serio. Por esto agarró con un e  
ntusiasmo paternal á  
su sobrino Luis, y los vecinos de Olaveaga le viero  
n á todas horas en la  
gabarra ó por las orillas de la ría, con el pequeño  
cogido de la mano,  
acariciándolo como si fuese un nuevo hijo.

Aresti no conoció otro padre que el señor Juan, y S  
ánchez Morueta fué  
para él un hermano. El mocetón grave, de carácter á  
spero, tuvo para el  
pequeño dulzuras y atenciones que sorprendían á la  
familia.

Cuando el gabarrero iba á Bilbao, llevábase á Luis,  
dejándolo en las  
banquetas de los escritorios mientras ajustaba con  
los señores la cuenta  
de sus viajes. Por las noches lo dormía sobre sus r  
odillas, cantándole  
los viejos zortzicos de los barqueros del Nervión ó  
relatándole patrañas  
que el pobre hombre apreciaba como lo más indiscuti  
ble de la sabiduría  
histórica. Gustábale especialmente relatar el orige  
n de Bilbao. Lo  
habían fundado unos pescadores á orillas de la ría,  
entre las repúblicas

de Begoña y Abando, y andaban tristes y preocupados  
no sabiendo qué  
nombre dar á su aglomeración de chozas. Un día, por  
divertirse,  
arrojaron al Nervión un botijo vacío. \_Bil, bil, bi  
l\_ cantaba el agua al  
penetrar en él y cuando casi lleno se fué á fondo,  
lanza un sonoro  
\_bao\_. Los pescadores gritaron «Bilbao será su nomb  
re». Y el gabarrero  
miraba al pequeño y á las dos mujeres que le escuch  
aban atónitas,  
admirando su sabiduría del pasado.

El tiempo trajo grandes modificaciones en la famili  
a. Pepe, que había  
terminado su carrera en compañía de Matías Iriondo,  
hijo de un vecino,  
se embarcó en un vapor que hacía viajes á Inglaterr  
a. Al poco tiempo, no  
satisfecho de la vida del mar ó deseoso de mayor me  
dro, se quedó en  
Londres, entrando como empleado en una casa vizcaín  
a.

Su madre murió de repente. La encontraron tendida d  
e bruces, sobre un  
surco de aquella tierra gredosa que cultivaba desde  
la niñez, y que su  
marido no podía hacerla abandonar. Había querido, a  
l irse del mundo,  
morir abrazada á aquellas hortalizas que todas las  
mañanas llevaba al  
mercado de Bilbao, con avaricia de aldeana. El seño  
r Juan se sintió más  
unido á su cuñada y su sobrino. El hijo escribía de  
tarde en tarde: la  
ría ofrecía cada vez menos alicientes para él.

Comenzaba á despertar la explotación de las minas y  
se hablaba de  
limpiar el Nervión, convirtiéndolo en un puerto par

a que los vapores  
llegasen hasta el mismo paseo del Arenal. ¡Adiós la  
s gabarras! Y  
descuidando un negocio cuya muerte veía próxima, tr  
anquilo ante el  
porvenir, pues poseía una fortuna de la que se habl  
aba con asombro en el  
pueblo, no tuvo otra ocupación que cuidarse de Luis  
illo y admirar sus  
progresos.

--¡Diablo de rapaz!--decía hablando de él con los v  
iejos camaradas de la  
ría.--¡De dónde habrá sacado tanto talento! ¡Nadie  
hubiera dicho que de  
aquel pobre patrón de Bermeo pudiera salir un hijo  
así!...

Y el gabarrero temblaba de emoción, saltándole las  
lágrimas, cuando le  
hablaban en la villa de su sobrino y de lo satisfac  
tosos que tenía á los  
señores del Instituto. Llegó el momento de que Ares  
ti, á los catorce  
años, escogiera una carrera y el viejo consultó su  
voluntad. A ver ¿qué  
quería ser? ¡con franqueza! Allí estaba el tío Juan  
con la bolsa abierta  
para costearle la carrera que más le gustase... aun  
que quisiera ser Sumo  
Pontífice. Marino no: ya había bastante con uno en  
la familia. ¿Médico?  
¿quería ser médico? Algo más grande y de mayor bril  
lo había soñado el  
gabarrero, sin saber ciertamente lo que era.... Per  
o, en fin ¡vaya por  
la medicina! Y como puesto á hacer las cosas había  
que hacerlas bien, le  
enviaría á estudiar á Madrid. No reparaba en gasto  
más ó menos. Para eso  
había trabajado él, y algo le cosquilleaba la vanid  
ad, la idea de que,



con el tiempo, toda Olaveaga, los descendientes de los que le habían conocido descalzo y despechugado, remando en la ría, entregarían las vidas á su sobrino, viéndolo llegar como una esperanza y llamándolo á todas horas «señor doctor».

Mientras Luis estudiaba su carrera, ocurrió la gran transformación de la familia, el tirón loco de la suerte que sacó de la obscuridad á Sánchez Morueta. Su primo se presentó inesperadamente en Olaveaga. Venía á la conquista de la Fortuna; sabía dónde estaba oculta y llegaba antes que los demás, aprovechando sus estudios y observaciones en país extranjero. El invento de Bessemer, que acababa de revolucionar la metalurgia abaratando la fabricación, hacía necesarios los hierros sin fósforo y ningunos como los de las minas de Bilbao. Iba á comenzar en aquellas montañas un período de explotación loca, de rápidas fortunas: el que primero se apoderase del mineral sería rico como un príncipe. Dinero... necesitaba dinero, para centuplicarlo en poco tiempo. Su padre apenas lo entendió; pero tenía fe en su hijo, le inspiraba respeto su gravedad, aquel pensamiento siempre reconcentrado y en función: y le entregó sus ahorros, vendió las gabarras y hasta la casa nueva que había construido imitando á las mejores de la villa y que era el asombro de Olaveaga.

Entonces comenzó la historia del poderoso Sánchez Morueta, aquella transformación de cuento mágico, atropellándose los

negocios fabulosos,  
las caricias de la buena suerte, como si les faltase tiempo para  
enriquecer á aquel hombrón que veía llegar los millones sin el más leve  
estremecimiento en su rostro impasible. Se apoderó rápidamente de la  
montaña. Allí donde asomaba el mineral de hierro, especialmente el  
llamado \_campanil\_, que era el más rico, allí ponía sus manos de  
vencedor, diciendo: «Esto es mío». Compraba minas para venderlas al mes  
siguiente á los ingleses que llegaban detrás de él. Tenía en el abra los  
vapores á docenas, cargándolos de aquellos terrones rojos que eran como  
oro. Bilbao hablaba de Sánchez Morueta con admiración: sonaba su nombre  
á todas horas. Mientras los demás dormían, él había visto claro; cuando  
la gente comenzaba á despertar, ya era él millonario. Tras sus espaldas  
de luchador victorioso marchaba una corte de ingenieros, contratistas y  
tardíos buscadores de la fortuna.

«Tu primo está loco--escribía el señor Juan á su sobrino.--Esto es un  
escándalo; los millones entran en casa como una inundación. Ahora habla  
de construir una flota de barcos propia para que transporten el mineral  
á Inglaterra: quiere establecer fundiciones en la orilla del Nervión,  
que fabriquen carriles, puentes enteros, cañones, navíos de guerra ¡qué  
sé yo cuántas locuras más! Créeme, Luisillo; esto es demasiado: no puede  
durar».

Y hablaba con asombro de su nueva existencia. Él y

la madre de Luis  
vivían con el grande hombre, en una casa muy hermosa de Bilbao, con un batallón de empleados, sirvientes y parásitos. Una vida de abundancia y de movimiento que hacía pensar melancólicamente á los dos viejos en sus huertecitas de Olaveaga, tan tranquilas y risueñas, al abrigo de los montes, con la ría enfrente como un espejo en los días de sol. Además, el poderoso príncipe de la industria se había casado para hacer dignamente los honores á la fortuna que llegaba. Su mujer era una \_señorita\_ de Durango: (y el antiguo gabarrero, recalcaba con respeto y temor la calidad social de su nuera) una parienta de los principales que Sánchez Morueta había tenido en Londres. Su familia de hidalgos vivía estrechamente de las flacas rentas de algunas caserías: nobleza agrícola que hacía remontar sus blasones á los tiempos casi fabulosos de Vizcaya, á \_Jaun Zuria\_ el Cid vascongado, y que, aturdida por la escandalosa fortuna del hijo del gabarrero, había accedido á emparentar con él. Sánchez Morueta, casi al día siguiente de la boda, había continuado su vida de agitación, de viajes y de encierros en el escritorio. La mujer, de una belleza rubia, áspera y dura, fruncía el entrecejo ante los dos ancianos que vejetaban tímidamente en la casa, como si fuesen unos criados distinguidos, y vivía sola, repartiendo su tiempo entre las iglesias y las visitas á las principales familias de Bilbao. La satisfacción de anonadarlas con su lujo, el goce de

provocar la envidia de las amigas con su riqueza, eran las únicas dulzuras que encontraba en el matrimonio.

Después, cuando Aresti estaba próximo á terminar su carrera, ocurrió la muerte del señor Juan. El viejo se fué del mundo asustado de la fortuna de su hijo, creyéndole loco, presagiando un desquite terrible de la mala suerte, repitiendo tenazmente que «aquello no podía durar». Al presentarse Luis en Bilbao vió á su primo en plena gloria, con su gravedad de hombre fuerte y silencioso, insensible á las desgracias como á los triunfos. Sus párpados ligeramente enrojecidos y la vehemencia con que le apretó sobre su pecho, fueron las únicas muestras de emoción por la muerte de su padre.

--Luis--dijo con brevedad, como si sus palabras fuesen oro,--sigue tu carrera: después irás al extranjero. Estudia... no vaciles ante los gastos. El viejo no ha muerto: si antes era yo tu hermano, ahora soy tu padre.

Y Aresti vivió tres años en París, hizo la vida de estudiante en el Barrio Latino, fué interno en los hospitales, al lado de los más célebres cirujanos, y la fama de sus estudios llegó hasta Bilbao antes que él regresase. Cuando volvió, su carrera estaba hecha, entrando en su prestigio lo mismo el éxito de sus operaciones que la calidad de pariente de Sánchez Morueta.

Su primo había realizado todos sus deseos: una flota en el mar, altos hornos de fundición junto á la ría, casi todo el mineral de Vizcaya monopolizado por él, y el dinero acudiendo á sus manos, embriagándolo con la borrachera de la fortuna.

La madre de Aresti había muerto mientras él estaba en París: había languidecido, como su cuñado, en aquel ambiente de grandeza que la asustaba. El joven doctor no tenía otra familia que la de su primo y se instaló en su casa. Cristina, que había tenido una hija y por los cuidados de la maternidad salía poco de casa, acogió bien al doctor. La acompañaba tardes enteras hablándola de París, la famosa ciudad del pecado, contra la cual se exaltaban los predicadores y que ella solo había entrevisto en un rápido viaje de bodas. De toda la familia del marido, Aresti era el único que lograba despertar en ella cierta simpatía. Además, Sánchez Morueta siempre estaba ausente; sólo le veía por la noche, y aunque la escuchaba con los ojos puestos en ella, su pensamiento estaba lejos, muy lejos. El doctor la entretenía, se enteraba pacientemente de sus murmuraciones sobre las amigas, la daba consejos acerca de vestidos y joyas, recordando \_in mente\_ sus tratos con ciertas amigas de París, encargaba para ella periódicos de modas, y halagaba su vanidad, afirmando que era la señora mejor vestida de Bilbao.

Cristina sólo torcía el gesto y parecía enfadarse con el doctor cuando á éste se le escapaba alguna afirmación impía, ó cuando, sin darse cuenta de ello, se burlaba de la devoción de las señoras y de los predicadores que el entusiasmo de todas ellas ponía en boga. Era n resabios, según Cristina, de su permanencia en un país de vicios, donde se piensa poco en Dios. ¿No podía estudiar y ser un sabio, como muchos padres jesuítas, sin separarse por eso de la religión? Debía sentar la cabeza, y para esto nada como casarse. Ella se encargaba de su matrimonio. Y con la tenacidad de una mujer hastiada de su bienestar y falta de ocupaciones, se dedicó á proponer á Luis todas las jóvenes casaderas que conocía, enumerando sus méritos entre las risas y protestas del doctor.

Un día, le habló con gran decisión. Ninguna le convenía como la pequeña de Lizamendi. La mamá era viuda, con dos hijas; familia muy cristiana, emparentada con Cristina y de lo mejorcito de Vizcaya. Eran ricas, aunque mejor se habían visto en otros tiempos; el padre había gastado mucho en la guerra, arruinándose por la buena causa, como todas las familias decentes del país. Y Cristina daba á entender en su gesto la diferencia inabordable que aún existía para ella, entre la aristocracia antigua, defensora de la tradición, y aquella otra recién formada é hija de la fortuna, á la cual se había dignado descender

Aresti se vió asediado por su parienta. La pequeña de Lizamendi no le parecía mal. La mamá aceptaba, sonriendo, el plan de Cristina, y el doctor encontraba á las de Lizamendi con una frecuencia alarmante en el salón de su casa. Al fin acabó por ceder á los reiterados consejos de su prima, que parecían apoyados por el silencio y la mirada tranquila de Sánchez Morueta. Si había de casarse, no era mala \_proporción\_ la de Lizamendi. Él había soñado algunas veces con la tranquila existencia de familia, con una vida dedicada al estudio y al ejercicio de la profesión, encontrando, al volver á casa una boca sonriente que le besase, unos brazos que vinieran á sorprenderle con repentina caricia, mientras reflexionaba inclinado sobre un libro. Bien veía él que Antonieta Lizamendi era una joven insignificante, educada, como la mayoría de las niñas de su clase, con una instrucción de monja, sin más horizonte que el chismorreo de las tertulias y las visitas diarias á la iglesia. Pero él despertaría aquella alma; él la formaría á su imagen y semejanza. ¡Infeliz doctor!...

Al recordar este período de su pasado, Aresti sonreía amargamente, burlándose de su optimismo. ¡Cambiar él á su mujer! ¡Transformarla!.... Él era quien había estado próximo á anularse, á desaparecer aplastado en el engranaje lento y monótono de esa vida gris de las almas muertas. Se casaron, y Aresti se trasladó á la casa de su mujer

. La madre no quería separarse de la hija; además, la familia, como ella decía, necesitaba un hombre para mayor respeto. El joven médico creyó de buena fe que estaba enamorado de su esposa. Rompiendo la costumbre bilbaína, la acompañaba á todas partes, hacía esfuerzos por avivar el cariño conyugal, por fundirse moralmente con aquella muñeca que se le había entregado, y que una vez cumplidos los deberes conyugales, quería seguir su vida de visitas, novenas y comuniones como en tiempos de soltera. La madre y la otra hermana eran un perpetuo obstáculo, tras el cual se ocultaba la esposa. Lentamente se veía Aresti empujado á un mundo nuevo que no era de su gusto. La fama de sus operaciones era cada vez mayor, y la familia disponía de él como de un objeto de lujo que la daba cierta distinción. Si en un convento había una monja enferma de gravedad, si un padre jesuíta se quejaba del estado de su salud, las de Lizamendi enviaban á Luis, con indicaciones que eran órdenes, contentas de poder servir gratuitamente á los elegidos del Señor. El médico racionalista se veía convertido por su familia en un trotaconventos, curando á gentes que insultaban su ciencia después de aprovecharla y no perdían ocasión de darle las gracias echándole en cara su falta de religiosidad. ¿Dónde estaban sus ilusiones de dedicarse al estudio y ser un sabio? ¿Dónde aquella mujer enamorada y entusiasta que le había dado ayuda con su dulzura en las ásperas investigaciones de la ciencia?



a?...

Aresti, á los dos años de casado, adquirió la convicción de que su esposa no le amaba. Es más: le sirvió de consuelo la certidumbre de que ella no podía amar á nadie. La iglesia, la confesión con el padre de moda, un buen vestido para dar envidia á las amigas y el visiteo entre mujeres, lejos del hombre que no era más que el macho destinado á los negocios y á traer dinero á casa; estas eran todas las aspiraciones de su vida. Además, Aresti adivinaba en las palabras y en los ojos de su mujer extrañas influencias que venían de fuera. En su casa, á solas con Antonieta, presentía la existencia de invisibles fantasmas que le espiaban, que tomaban nota de sus acciones, que á cada arranque de pasión parecían interponerse entre su mujer y él.

--¿Por qué estás siempre leyendo?--preguntaba á veces la joven.--¡Ay, esos libros! ¡Con qué gusto los quemaría!

Con frecuencia, echábale en cara su falta de religiosidad; le oía con sonrisa de lástima, hablar de sus entusiasmos científicos, pensando en los fragmentos de sermón que había escuchado contra aquella ciencia malvada y perturbadora. Las otras dos mujeres de la familia no le herían menos en sus ilusiones. ¡Estaba solo! Más solo que cuando vivía en París, en su cuartucho de estudiante. La diferencia de origen, se acentuaba entre él y su nueva familia. Era en su casa como los esclavos

de Roma, famosos y apreciados por su habilidad en las ciencias ó las artes, pero que en presencia de los señores recobraban su humilde condición, y seguían siendo esclavos.

Al intentar una débil protesta, se aterraba apreciando la separación moral que existía entre él y su mujer.

--Nosotras somos así--decía con altivez.--Cada uno es como se ha educado. Bastante se sufre viviendo con gentes que son de otra clase.

La madre y la hermana iban más lejos.

--Nosotras somos las de Lizamendi--le decían con arrogancia.--¿Y quién eres tú? Un chico de Olaveaga, criado en las gabarras de la ría.

Y con un gesto de soberbia, parecían abrir entre ellas y el médico un abismo que nunca había de llenarse, que le condenaba á eterna separación de lo que él consideraba su familia.

¡Cuántas veces, creyendo acariciar á una mujer, besaba á una estatua fría que se entregaba á él con rigidez de autómata!

Las preocupaciones religiosas, llegaban hasta su dormitorio. «Déjame, Luis--decía su esposa--mañana tengo comunión en las Hijas de María, y necesito hacer examen de conciencia». Otras veces era Cuaresma y el ayuno se extendía hasta la vida conyugal. Aresti se decía amargamente que su mujer no era suya, que disponía de ella menos que á medias, compartiéndola en una

especie de adulterio moral con directores de conciencia que apenas conocía. A veces, Antonieta, en sus momentos de cólera, tenía franquezas que asustaban al doctor. «Soy tu mujer y he de serte fiel, como manda la Santa Madre Iglesia: pero te quiero poco, lo confieso.... ¡Ay, Luis! ¡Cómo te amaría si echases á rodar todos esos libros y fueses á la Iglesia como van las personas decentes!».... Con gran frecuencia notaba en su despacho la desaparición de revistas y libros, que tal vez estarían en manos de cualquier confesor curioso que desde lejos espiaba sus acciones.

Lo que le hacía perder la calma era la insolencia con que la suegra y la cuñada le increpaban apenas osaba resistirse, apoyadas por el silencio hostil de su mujer.

--¿Pero quién eres tú?--le dijeron un día.--Un pobretón que, aunque ganas algo, casi estás mantenido por nosotras. Cuando matabas el hambre en casa del gabarrero nosotras éramos más ricas que hoy. No sirves para otra cosa que para tragarte libros impíos y repetir sandeces de filósofos contra Dios y la religión. ¡Si al menos supieras ganar dinero como tu primo Sánchez Morueta!...

Aresti no quiso sufrir más. ¿Qué hacía entre aquella gente? Por más tiempo que transcurriera, por más que se mantuviese en resignada sumisión nunca llegaría á fundirse con su nueva familia.

Entonces fué cuando pidió á su primo que le enviara de médico á las minas, y, empaquetando los libros que constituían su única fortuna, salió de aquella casa lo mismo que había entrado. ¡Ay, lo mismo no! Había sacrificado su porvenir; había sufrido dos años de amargas humillaciones; ya no podía dignamente unir su destino al de otra mujer dentro de una sociedad gobernada por las leyes más que por los efectos. Además, dejaba á sus espaldas á las tres señoras de Lizamendi, que, para justificar la fuga del doctor, hablaban á todos de la grosería de su carácter y de su perversidad moral, fruto de las doctrinas impías.

Después de esta fuga, la esposa de Sánchez Morueta, casi rompió toda relación con el doctor. Hablaba indignada de él á su marido. ¡Dejar así á la pobre Antonieta, que era un ángel, un modelo de virtud y devoción como todas las mujeres de la familia!... Fué preciso que Sánchez Morueta, con su grave autoridad que no admitía réplicas, manifestase su propósito de seguir recibiendo á Aresti en su casa, para que la esposa se contuviera ante el doctor. Pero terminó entre los dos la antigua amistad. Aresti, aislado en las minas, evitaba el bajar á Bilbao, sabiendo que su mujer visitaba con frecuencia la casa de su primo.

Cuando Sánchez Morueta abandonó la villa para habitar su hotel de Las Arenas, Aresti fué á verle con más frecuencia. Le i

interesaba su sobrina  
Pepita, que acababa de salir del colegio y casi era  
una mujer. Pero en  
estas entrevistas tropezaba siempre con la frialdad  
, cortés en  
apariencia, pero implacablemente hostil de la señor  
a, que así como  
avanzaba en edad, adquiriría fama en Bilbao por sus e  
ntusiasmos  
religiosos. La maternidad y los años, la hacían ret  
irarse de la  
ostentación elegante, abdicar de la supremacía que  
ejercía en las  
tertulias, con sus trajes y sus joyas. Ahora la lla  
maban irónicamente  
«la gran cristiana», y era la primera en todas las  
juntas de las  
asociaciones religiosas y pías fundaciones, sembran  
do á manos llenas,  
en cofradías y conventos, el dinero de Sánchez Moru  
eta.

Aresti, al llegar á este punto de sus recuerdos, fi  
jaba la mirada en su  
primo, sentado junto á él en el carruaje. ¡Ay! Aque  
l tampoco era  
dichoso. La suerte le esperaba todos los días á la  
puerta de su casa,  
para acompañarlo por el mundo, pero no le seguía ha  
sta el interior de su  
hogar. No se veía obligado á romper como él con la  
familia, porque el  
dinero le daba una superioridad irresistible, ponié  
ndolo á cubierto de  
humillaciones; porque con un puñado de su riqueza,  
esparcida sin  
regatear, lograba entretener diariamente al enemigo  
, con el que estaba  
obligado á hacer vida común. Pero se sentía solo: s  
e notaba la amargura  
del aislamiento en su gesto ensimismado y triste, e  
n la alegría

momentánea que experimentaba al ver á su primo, el único que lograba ablandar su carácter huraño, excitando sus confianzas.

El carruaje había dejado atrás la dársena de Axpe, llena de vapores que esperaban turno para la carga; de buques sin flete que dormían en las aguas muertas. Era el hospital de los barcos, según palabras de Iriondo. En medio de aquel pueblo flotante, estaban los yates de los ricos de Bilbao, blancos y ligeros como juguetes, con la cubierta entoldada para resguardar los dorados y las maderas preciosas de las cámaras. El millonario lanzó al pasar una mirada melancólica sobre su yate enorme y gallardo, una mirada en la que vió Aresti la nostalgia de la vida del mar, de los amplios horizontes, de la existencia libre, sin las miserias y preocupaciones terrestres.

Se aproximaban á Las Arenas. El puente de Vizcaya cortaba el horizonte con su red de cables movibles. En la ribera de enfrente, los altos hornos de Sánchez Morueta elevaban sus torreones de fundición, sus numerosas chimeneas coronadas por las nubes de humo multicolor. Bajo los extensos cobertizos notábase el hormigueo de varios miles de obreros. Llegaban arrollados por el viento los estrépitos de la industria, el martilleo poderoso, los resoplidos de las máquinas, el mugido de los convertidores del acero que lanzaban por encima de las techumbres su chorro de chispas y escorias.

Aresti admiraba esta grandeza industrial. ¡Todo era obra de su primo!

--¡Qué hermoso!--exclamó dando con el codo al millonario y mostrándole sus fundiciones.--¡Y pensar que de pequeño has correteado entre los chicos de Olaveaga! Debes estar satisfecho de tu obra. ¿Hay alguien más feliz que tú?...

Sánchez Morueta miró un instante á su primo, con inquietud, como si temiera que se burlase. Después añadió con voz lenta:

--Sí, no estoy descontento de la suerte. Todos hemos prosperado, Luis. A mí me rodea la felicidad: pero es por fuera: en todo lo que se ve.... Ahora, por dentro... por dentro cada uno sabe lo que lleva.

### III

Fué una «comida íntima» la que dió Sánchez Morueta por ser sus días. No estaban en el comedor otras señoras que la esposa del millonario y su hija. Los convidados eran todos de la casa, empleados como el capitán Iriondo, el secretario Goicochea y Fernando Sanabre, el ingeniero director de los altos hornos, ó parientes de la familia como el doctor Aresti y Fermín Urquiola.

Este Urquiola visitaba con frecuencia la casa, por ser sobrino lejano de la señora, aunque Sánchez Morueta no mostraba por él gran simpatía. Era un antiguo discípulo de Deusto, que, después de abandonar la Universidad, seguía á las órdenes de los Padres de la Compañía lo mismo que cuando estudiaba en sus aulas. La juventud de Bilbao, que se llamaba á sí misma distinguida, admirábale por su fuerza muscular y el entusiasmo con que sustentaba las sanas ideas de los buenos padres. Era el organizador y el hombre de acción de todas las asociaciones piadosas. Su ideal consistía en tener á los \_liberalitos\_ en un puño y no dejar que las gentes de la Maketania se apoderasen del país. Pasaba en Bilbao por ser uno de los jóvenes más elegantes, pero cuando llegaban luchas electorales, se le veía con la boina sobre los ojos, empuñando un enorme garrote, al frente de los aldeanos de los pueblecillos inmediatos. La rizada y poblada barba, la nariz aguileña y pesada y sus ojos negros de bohemio, dábanle gran prestigio entre las gentes del campo, porque las hacía recordar la cara adorada de su ídolo.

--¡Se le parece al señor!...--murmuraban.--Tiene toda la cara de don Carlos.

Y á Urquiola, impulsivo y brutal, que hablaba de beber sangre por la más leve ofensa, le satisfacía que los partidarios, por exceso de entusiasmo, relacionasen su nacimiento con los veleidosos amoríos del



fugitivo rey de las montañas. Su familia, arruinada por la guerra, apenas si le había dejado una renta exigua para vivir, y Urquiola se ayudaba buscando la protección de las familias más linajudas de Bilbao, que veían en él un acabado ejemplar de la juventud sana educada en Deusto. Alborotaba en las luchas políticas, llevando á ellas la misma violencia de su partido cuando se batía en los montes. Por las noches mezclábase en los escándalos de ciertas casas del barrio de San Francisco, donde ejercía alguna superioridad sobre las infelices mercenarias de sus cuerpos, por el prestigio de su nombre y la leyenda sobre su nacimiento que le convertía casi en un príncipe. Los amigos tenían fe en su porvenir. Los padres de Deusto le perrotegían, sonriendo benévolamente ante lo que llamaban sus calaveradas. Era exceso de vida: ya le casarían ventajosamente y sería un modelo de caballeros cristinos.

Sánchez Morueta le veía en su casa con disgusto, pero no osaba manifestarlo claramente por consideración á doña Cristina, que parecía orgullosa de su sobrino.

--Este animal viene indudablemente por Pepita--decía Aresti, á quien interesaba Urquiola como un ejemplar raro de egoísmo y brutalidad.

Y se fijaba en su sobrina, la cual, á pesar de las insinuaciones de la madre, mostraba más inclinación por Sanabre, el ingeniero de los altos

hornos, que por aquel pariente cuya petulancia y de  
scaro parecían  
intimidarla. Gustaba la joven de saber por él todo  
cuanto pudiera  
molestar á sus amigas. Urquiola la enteraba de toda  
s las fiestas que  
proyectaban los padres de la Compañía para entretene  
er y conservar bajo  
su dominio á una sociedad ociosa y opulenta; pero u  
na vez agotados estos  
temas, la joven se alejaba de él y permanecía silen  
ciosa, como  
abroquelada por la instintiva repulsión que parecía  
inspirarle el famoso  
discípulo de Deusto.

Aresti veía en su sobrina la niña rica de las famil  
ias de su tierra;  
educada primero por las monjas y dirigida después p  
or el confesor hasta  
en los hechos más pequeños de su existencia; con la  
voluntad adormecida,  
y considerando como un pecado, el más leve intento  
de iniciativa  
propia.

El doctor reconocía que no era gran cosa como mujer  
: la alegría de la  
juventud en los ojos, los cabellos rubios de su mad  
re, y una esbeltez de  
muchacha sana en la que todos los encantos femeníle  
s están aún  
recogidos, como en capullo, sin la majestad exuberan  
te de la forma  
definitiva. A través de su belleza en agraz, adivin  
ábase el esqueleto  
fuerte y anguloso del padre. En sus manos largas, a  
lgo grandes para sus  
brazos delicados, había mucho de Sánchez Morueta. E  
ra la primera  
evolución de la estirpe hacia el afinamiento de la  
ociosidad y el

bienestar, guardando aún los signos de su origen.

Iba cargada de joyas, con la suntuosidad de una aristocracia recién creada que se consume en medio de su lujo, falta de fiestas para lucirlo y siente el ansia de adornarse para pregonar su riqueza y herir la envidia ajena. La hija de Sánchez Morueta era tan admirada como su padre, cuando iba á Bilbao á oír misa en la iglesia de los jesuítas ó asistía por las tardes á las conferencias de las Hijas de María. Los jóvenes salidos de Deusto hablaban con fruición de ella y de los millones del padre. «¡Qué magnífico bocado!» Y cada uno acariciaba la posibilidad de que le tocara la lotería del matrimonio, en un país donde casi nadie se casa por amor y las uniones entre ricos son negocios vulgares convenidos por las familias con la ayuda y buen consejo de algún padre jesuíta.

La comida deslizábase placenteramente. Todos sentían la dulzura del bienestar, la satisfacción de la vida, en aquel comedor, al que daban, el roble tallado y el cuero oscuro de las paredes, una impresión de suntuosidad discreta y señorial. Las grandes piezas del servicio lucían su brillo mate de plata vieja y sólida, trabajada á martillo. Por las vidrieras de las ventanas pasaban y repasaban, mecidas por el viento, las verdes copas de los árboles del jardín. La mesa era servida por criadas jóvenes, de rizados y blancos delantales. Sus caras, sanas y

rojas como melocotones, daban una impresión de perfume primaveral semejante al de las flores que adornaban la mesa.

Aresti estaba sentado al lado de su prima. Hacía mucho tiempo que no la había visto tan amable. Ni la más leve alusión á las de Lizamendi; ni una frase amarga para su impiedad. Sin duda, le agradecía la visita que por la mañana había hecho á Begoña. El doctor, examinándola, encontraba en ella algo de monacal, á pesar de que en honor al día se había cubierto de joyas. Su traje era negro y elegante, pero había en él cierto abandono que no pasaba inadvertido para el doctor, el cual recordaba sus pretensiones elegantes de otros tiempos. Notaba en ella los estragos de la edad, la gordura que borraba bajo el almohadillado de la grasa su antigua belleza de rubia altiva y dura.

--Esta se entrega--pensaba Aresti.--Huele á incienso como las otras.

El médico atraía las miradas y las preguntas de todos los convidados. Era un original que despertaba interés, viviendo como un solitario en la montaña, en medio de la gente de las minas, de la que se hablaba con cierto miedo en aquel interior elegante y rico. Miraban todos á Aresti como si fuese un viajero de vuelta de una exploración por países salvajes y misteriosos, donde la vida era ruda y peligrosa. Las minas se presentaban ante muchos de ellos como un país lejano, que servía para

enriquecer á los potentados de la villa, pero al cual sólo se asomaban alguna vez, regresando apresuradamente. Al recordar las canteras de trabajo rudo y aquellas \_chabolas\_, donde dormían amontonados los hombres, digiriendo con tragos de agua roja las cucharadas de alubias con tocino, sentían la voluptuosidad del egoísmo. El comedor les parecía más hermoso, y sonreían al desfile de manjares, á las \_angulas\_ del país, enrolladas como lombrices en la tartera de plata, á los platos extranjeros que nunca faltaban en la cocina de Sánchez Morueta y á la fila de copas de diversas formas y colores que cada uno tenía delante, y en las cuales iban cayendo los vinos más diversos, desde el \_Tokay\_ y el \_Chablis\_ del principio de la comida, hasta el \_Cordon Rouge\_ y el \_Pomery\_, que servirían al final.

Urquiola hablaba al doctor con el mismo aplomo que si estuviera en el café ó en la sociedad de San Luis Gonzaga, rodeado de aquella juventud piadosa y elegante que le tenía por capitán. Él no era enemigo del pueblo; la Iglesia estaba siempre con los de abajo y el Santo Padre escribía encíclica sobre encíclica en favor de los obreros. Pero el pueblo era para él, la gente de los campos, los aldeanos respetuosos con el cura y el señor, guardadores de las santas tradiciones. Que le diesen á él las buenas gentes de las anteiglesias vascas, religiosas y de sanas costumbres, sin más diversión que bailar el \_aurrea\_ los domingos y la

\_espata danza\_ en las fiestas del patrón, ni otros vicios que empinar un poco el codo en las romerías. Aquella gente vivía feliz en su estado, sin soñar en \_repartos\_ ni en revoluciones; antes bien, dispuesta á dar su sangre por Dios y las sanas costumbres. Que no le hablasen á él del populacho de las minas; corrompido y sin fe; hombres de todas las provincias, \_maketos\_ llegados en invasión, trayendo con ellos lo peor de España, contaminando con sus vicios la pureza del país; siempre descontentos y amenazando con huelgas, deseando el exterminio de los ricos y comparando su miseria con el bienestar de los demás, como si hasta en el cielo no existiesen categorías y clases.

Y ante la mirada acariciadora de su tía, que admiraba sus ardorosas palabras, continuó el fuerte discípulo de Deusto:

--Los míos no saben leer; no saben nada de libertad, derechos y demás zarandajas, y por esto son felices. Esa gentuza de las minas, que casi todos los domingos tiene sus mitins, vive desesperada y ansía bajar un día á Bilbao para robarnos, sin saber que la recibiremos á tiros.

Aresti volvióse hacia su primo, que comía silenciosamente, lanzando alguna que otra mirada al sobrino de su mujer.

--¿Qué te parece, Pepe, cómo piensan estos jóvenes?

Y encarándose con Urquiola, le dijo con una timidez

irónica, dando á  
entender su deseo de rehuir discusiones con él.

--Pues esa pillería venida de... España; ese rebaño  
\_maketo\_ y pecador,  
es el que trabaja y da prosperidad á Bilbao. Ellos  
destrozan su cuerpo  
en las minas, ellos dan el mineral, y sin mineral ¿  
qué sería de esta  
tierra? Los buenos, los del país, no hacemos más qu  
e vigilar su trabajo  
y aprovecharnos del privilegio de haber nacido aquí  
antes que ellos  
llegasen. Son como los negros que en otros tiempos  
eran llevados á  
América para mantener á los blancos. Vienen empujad  
os por la miseria, y  
ya que no podemos agradecer su sacrificio con el lát  
igo, les pagamos con  
malas palabras.

Urquiola encabritábase ante las palabras desdeñosas  
del doctor.  
Abominaba de aquella gente perdida, incapaz de rege  
neración: la prueba  
era que no ahorran, que no hacían el menor esfuer  
zo por salir de su  
estado.

--¡El ahorro!--exclamó Aresti.--¡Ahorrar y enriquec  
erse, teniendo unos  
cuantos reales de jornal, y viviendo rodeados de ge  
ntes de su misma  
clase que les explotan en el alimento y en la casa!  
...

--Eso no--intervino Sánchez Morueta, con autoridad.  
--Ya sabes, Luis, que  
no estoy conforme con tus ideas. El obrero español  
es víctima de la  
imprevisión. En otros países es distinto: el trabaj  
ador se forma un

pequeño capital para la vejez...

--¡Bah! En otros países ocurre lo que aquí. Y lo que hace que el obrero moderno sea rebelde y se entregue á la lucha de clase, es la convicción de que, por más que ahorre sacrificando sus necesidades, no saldrá de su miseria. Los progresos le han cerrado el camino. En los tiempos de trabajo rudimentario, de industria doméstica, aún podía soñar con hacerse patrono; podía con sus ahorros adquirir los útiles necesarios y convertir su casa en un pequeño taller. Pero ahora, Pepe, por mucho que ayune un obrero tuyo, amasando céntimo sobre céntimo, ¿llegará á ser accionista de tus fundiciones? ¿podrá adquirir un pedazo de las minas, con todo el material necesario para la explotación?

--Eso está bien--arguyó Urquiola con acento triunfante.--Este doctor dice á veces cosas muy oportunas. Lo que demuestra que los antiguos tiempos eran los buenos y que, para tranquilidad de todos, hay que volver á la época en que no había progreso y los hombres vivían tranquilos.

Sánchez Morueta miró al joven con unos ojos que alarmaron á doña Cristina, haciéndola temer por su sobrino.

--Eso es una majadería--dijo con calmosa gravedad.--Eso sólo puede decirse á la salida de Deusto. ¡Suprimir el progreso porque trae algunas complicaciones!...



Y aquel hombre siempre silencioso, habló lentamente , pero con gran energía. Era un admirador religioso del capital. Ar esti conocía su entusiasmo frío y firme por el dinero, que, puesto en movimiento por los descubrimientos industriales, había revolucionado e l mundo. El millonario era á modo de un poeta del capital, y sa cudiendo su ensimismamiento, rompió en un himno á aquella fuerz a casi sagrada, puesta en manos de contadísimos iniciados. Ciertamente, que el trabajo, que era un auxiliar indispensable, sufría crisis y miserias, ¿pero por esto había que renegar del progreso, legítimo hijo del capitalismo industrial? La gran revolución moderna era obra de la religión del dinero, en la cual figuraba Sánchez Morueta como el más ferviente devoto. Utilizando los descubrimientos de la ciencia, había multiplicado los productos, y disminuido su valor, poniéndolos a sí al alcance de la mayoría, y facilitando su bienestar. El trabajador del presente gozaba de comodidades que no habían conocido los ricos de otros tiempos. El capital al servicio de la industria había civilizado o territorios salvajes, había destruido fronteras históricas, estaba aboleciendo mercados en todo el globo: él era quien surcaba las tierras vírgenes con los rails de los ferrocarriles, quien removía los mares para tender los cables telegráficos, quien ponía en comunicación los productos de uno y otro hemisferio, venciendo los rigores de la natura

leza y evitando las grandes hambres que habían hecho rugir á la humanidad en otros siglos. Los poderes históricos se achicaban y humillaban ante el capital. Los reyes de los pueblos, soberbios como semidioses sobre sus caballos de guerra, cubiertos de plumas y bordados y llevando tras ellos grandes ejércitos, tenían que mendigar en sus apuros á los capitalistas ocultos en sus escritorios. Detrás de los imperios victoriosos estaban ocultos los verdaderos amos, los que cambiaban la faz de la tierra, venciendo á la naturaleza para arrancarla sus tesoros; la gran república de los capitalistas, silenciosa, humilde en apariencia, y sin embargo, dueña de la suerte del mundo. Y lo que más entusiasmaba á Sánchez Morueta, en esta secta oculta de universal poderío, era que sólo á la capacidad le estaba reservado entrar en ella. La jerarquía industrial no era como las dominaciones sacerdotales ó guerreras del pasado, en las que se figuraba sin otro derecho que el nacimiento. El hijo del capitalista, falto de capacidad, era expulsado por los malos negocios, y un nuevo individuo, aprovechando los residuos de su desgracia, venía á iniciarse en la poderosa secta. ¿Dónde encontrar una institución tan grande y poderosa y á la par tan \_democrática\_ y modesta? ¿Y había locos que pedían la muerte ó la modificación de una fuerza que había transformado la Tierra?...

Aresti protestó. Él reconocía las grandezas del rég

imen capitalista, las ventajas sociales que había reportado á la humanidad con el auxilio del trabajo. El capital encontraba remunerados con creces sus servicios. Pero el trabajo ¿veía recompensados igualmente sus esfuerzos? ¿No se encontraba hoy en el mismo estado de miseria que al iniciarse á principios del siglo XIX la gran revolución industrial?

--Eso es un error, Luis--dijo el millonario.--El trabajo está mejor que nunca. La prueba es que en todo el mundo baja considerablemente el interés del capital, mientras sube con las huelgas y las reclamaciones obreras el tipo de los jornales.

--¡Bah!--dijo el doctor con gesto de desprecio.--¡El aumento de unos reales en el jornal! Remedios del momento; cataplasmas que de nada sirven al enfermo, pues al poco tiempo se restablece el fatal equilibrio, aumentándose el precio de los productos, y el trabajador, con más dinero en la mano, se ve tan necesitado como antes. Son cambios de postura, creyendo engañar con ellos á la enfermedad. Al trabajador de nada le sirve la limosna de un aumento en el jornal : ya sabes que en esto no nos entenderemos nunca. Lo que necesita es justicia, ocupar el sitio que le corresponde, ser dueño de lo que produce.

Las palabras de los dos hombres resonaban en el silencio del comedor. Todos callaban, no osando interrumpirles. Urquiola

era el único que  
sonreía con aire de suficiencia, como si poseyera el  
secreto de aquella  
cuestión.

Doña Cristina, temiendo que la polémica acabase por  
turbar la placidez  
de la comida, intervino, preguntando á Aresti por sus  
amigos de  
Gallarta. Pepita apoyó á su madre. La gustaba conocer las  
excentricidades de aquellos contratistas que no sabían en qué emplear su  
riqueza. Reía con alegría de niña educada aristocráticamente, al  
enterarse de las vulgares diversiones de aquellos ricos de la víspera,  
que, no hacían más que seguir las huellas de su padre.

Todos escuchaban al doctor, el cual, con suave ironía, describió los  
banquetes pantagruélicos de las minas, con sus lluvias de \_Cordón  
Rouge\_. Dentro de sus nuevos y elegantes chalets no eran menos  
originales aquellos ricos, que aún guardaban la boina y los zapatones  
del obrero. Bajaban á la villa con sus esposas, ganosos de hacer alardes  
de riqueza para deslumbrar al vecino, y compraban lo más extravagante y  
chillón, todo lo que en almacenes y tiendas no sabían á quién colocar;  
muebles complicados y bizarros que se cubrían de polvo de mineral, sin  
que sus dueños osasen acercarse á ellos, por miedo á deslucirlos. Cada  
vez que el doctor, después de una visita, quería lavarse las manos,  
quedaba asombrado ante las toallas con más colores que el iris, y las

pastillas de jabón en forma de tigre ó de lagarto que parecían fabricadas para reyezuelos del África. Todos se extasiaban ante el asombro del médico, aceptándolo como una admiración muda. Algunos, como recuerdo de su pasado, guardaban bajo la cama un pellejo de vino, cual si fuese un tesoro. Realizaban la ilusión acariciada tantas veces en su época de pobreza. «Pruébalo, doctor: es de lo más selecto de la Rioja: á tantos duros la arroba.» Otros se cubrían de brillantes las manos y el pecho, pero cuidaban de ellos con meticulosidad supersticiosa, como si fuesen animalillos delicados y frágiles que al menor roce se podían desvanecer. No osaban rascarse porque, según ellos, el pelo rayaba y deslucía las joyas.

Y en su vida monótona, de continuas ganancias y placeres vulgares, sin otras diversiones que la caza, la mesa y las apuestas, encontraban un nuevo toma para sus alardes de riqueza en la educación de los hijos. Los enviaban al extranjero con la esperanza de que superujasen á los señores de la villa. Los padres los querían ingenieros, como los ingleses que venían á explotar las minas: las madres los soñaban elegantes, y de cuerpo delicado, como los señoritos que hacían la parada en la acera del boulevard del Arenal. Unos enviaban sus hijos á Francia; otros á Suiza; el vecino de más allá, guiado por el deseo de excitar la envidia del compañero, empaquetaba su descendiente para

Inglaterra: alguno llegaba hasta Alemania, y todos volvían de allá revolucionando las minas con sus cuellos y corbatas, haciéndose admirar por los trajes, y asombrando á sus madres con la costumbre del \_tub\_, del baño diario, del duchazo á cada momento, lo que escandalizaba á unas gentes que en su juventud dormían vestidas. Pero los instintos hereditarios reaccionaban en todos aquellos retoños de la montaña: resucitaba en ellos el gusto á la antigua vida y poco á poco abandonaban los trajes exóticos, agarraban la escopeta y volvían, como sus padres, á las comilonas, á la caza y hablar de ganancias de miles de duros, acordándose de su educación extranjera como de un sueño.

La apuesta era la pasión más vehemente, el placer más vivo de los ricos encerrados en la montaña. Las pruebas de bueyes y los desafíos de barrenadores hacían que se cruzasen enormes cantidades. Era el culto á la fuerza, la adoración á la brutalidad, con todos los encantos del juego de azar. Tenían en las minas mozos hábiles en el manejo del barreno que gozaban entre ellos el mismo prestigio que un gran torero ó un pelotari famoso. En Gallarta había un jayán, vencedor en todas las apuestas, que los contratistas llevaban á sus cenas, cuidándolo como si fuese una mujer amada, tentándole los músculos para apreciar si su vigor decrecía, engordándolo á todas horas con champagne y fiambres, con igual mimo y cuidado que si fuese un gallo de pelea. Lanz

aban retos á las  
gentes de otros pueblos de Vizcaya y aun de Guipúzcoa, llevando en  
triunfo á su barrenador favorito, para que luchase  
con los más fuertes  
de otras comarcas. Ofreciendo los billetes á puñados, seguían durante  
horas enteras el jadear de su ídolo, atacando con el hierro la piedra,  
hasta que al quedar triunfante, lanzaban sus boinas  
al aire, gritando  
victoria más por el orgullo de la clase que por las  
ganancias de la  
apuesta.

Todo les servía para arriesgar el dinero que la fortuna les arrojaba á  
manos llenas. Se valían para sus porfías lo mismo de la voracidad de los  
perros de caza, que del vigor de los hombres. Algunas semanas antes  
habíanse cruzado muchos miles de duros en una apuesta que aún hacía reír  
al doctor. Tratábase de saber quién sería capaz de tragarse más sopas de  
leche, si los galgos enjutos é insaciables de uno de los contratistas ó  
los barrenadores de otro, muchachotes fornidos de Castilla, de estómago  
sin fondo, que nunca creían llegado el momento de levantarse de la mesa.  
Toda la gente desocupada del distrito acudió á presenciar el  
espectáculo. Se depositaban á puñados los billetes de Banco, como si  
fuesen retazos de papel sin ningún valor; unos por los perros, otros por  
los hombres, mientras arriba, en las canteras, estaban los barrenos y  
el rebaño miserable de los peones se encorvaba, con el pico en alto,  
ante las rojas trincheras.

--Las sopas de leche se servían en cubos--continuó Aresti.--Los galgos, en un momento, ¡zás, zás!, se las tragaban sin pestañear; lo mismo que si le echasen cartas á un buzón. Los jayanes comían lentamente, sin mostrar prisa. Así estuvieron varias horas....

--¿Y quién ganó?--preguntaron varios al mismo tiempo, interesados por la estúpida apuesta.

--¿Quién había de ganar? Los hombres. El que apostaba por ellos me dijo después con su filosofía de palurdo: «Estaba seguro de mis muchachos: el animal, cuando ve satisfecho su apetito, ya no quiere más, y el hombre, como tiene amor propio, puede seguir comiendo hasta que reviente». Y no se equivocaba: dos de ellos me dieron mucho que hacer, y á los pocos días, el cura de Gallarta montado en su burra blanca, los acompañó cantando hasta el cementerio.

A pesar de este final triste, los convidados de Sánchez Morueta reían, encontrando muy interesantes las diversiones de los opulentos patanes.

Era bien entrada la tarde cuando terminó la comida. El capitán Iriondo después de brindar por su principal y amigo se despidió, alegando que tenía á la carga un buque de la casa. El secretario Goicochea se fué con él para dar el último vistazo al escritorio. Las señoras pasaron á una habitación inmediata con Urquiola y el ingeniero Sanabre.



Esperaban á algunas amigas de Bilbao y mientras tanto, harían música. Los dos jóvenes rogaron á Pepita que cantase alguna canción vascongada de las antiguas, tan melancólicas y dulces, distintas completamente del ritmo americano de los modernos zortzicos. Comenzaron á llegar hasta el comedor las escalas y arpeggios del piano.

Sánchez Morueta, con las mejillas enrojecidas por la digestión, mordiendo un magnífico cigarro, habló á Aresti de bajar al jardín. La tarde se había serenado y quería gozar de los últimos rayos de sol en las avenidas que rodeaban su hotel. Los dos primos pasearon por el jardín. Llegaba hasta ellos el movimiento invisible de la ría, el ruido de los tranvías al otro lado de las planchas de hierro que cubrían las verjas.

El millonario mostraba su satisfacción al verse solo con el médico, el único amigo que le inspiraba confianza, y como prueba de cariño le echó sobre un hombro una de sus manazas. Era la primera vez en todo el día, que estaba á sus anchas, lejos de los negocios, terminado aquel banquete con gentes ante las cuales se mostraba abstraído y silencioso. El cariño á su Luis, á quien veía de tarde en tarde, y la placidez de una buena digestión, inclinábanle á las confidencias; y miraba á Aresti con ojos bondadosos é interrogantes, como si sólo esperase una indicación suya para romper á hablar.

--Vamos, desembucha--dijo el médico alegremente.--Y a sé que soy tu confesor y que si callas ante los otros, es porque haces provisión de palabras para mí. ¿Qué te pasa? Aquí tienes el médico de tu alma, como diría uno de esos curas, amigos de tu mujer.

Sánchez Morueta hizo un gesto de indiferencia. Nada le ocurría de extraordinario. Se fastidiaba en su aislamiento: sólo lo tenía un momento alegre cuando se encontraba con él. ¡Cuántas veces sentía el impulso de coger el tren é ir á buscarle en las minas! ¡Pero tenía tantas ocupaciones! ¡Sentía tanto miedo á presentarse en aquel feudo de la montaña, donde todos le pedían algo!... Sólo en Bilbao, condenado á la servidumbre de la riqueza, á vigilar y ordenar la llegada de aquel chorro de dinero que se metía por sus puertas sin desviar su curso, se aburría, falto de deseos y aspiraciones, con el bostezo del que nada espera, que es el más triste de los fastidios.

Había amado y había sufrido como todos los que batallan por un ideal. Sabía lo que era forcejear á zarpazos con la Suerte, para hacerla suya y fecundarla con ardorosa violación. \_Había llegado\_ como los políticos célebres ó los grandes artistas, que empiezan su carrera desde abajo, conociendo la miseria y bordeando continuamente el peligro. Pero estos, aunque se considerasen llegados, siempre esperaban algo nuevo, siempre tenían la ilusión puesta en el mañana; pensaban con

inquietud en la  
combinación política del día siguiente, en la obra  
artística, que les  
bullía en la imaginación, temblando, con el vago te  
mor de la torpeza, al  
ir á darla forma. Pero él... él, todo lo tenía hech  
o: las ambiciones de  
su vida se habían realizado, cristalizándose para s  
iempre. Había querido  
ser dueño de las minas, y suyas eran en su mayor pa  
rte, dándole un  
rendimiento fabuloso, con la regularidad de una fue  
nte tranquila y  
perenne. ¿Para qué quería más? Establecía nuevas fa  
bricaciones, y, al  
poco tiempo marchaban por sí solas con una exactitu  
d desesperante.  
Construía barcos, y no naufragaba uno, para alterar  
con una catástrofe  
la monotonía de su existencia. La desgracia era imp  
otente para él;  
estaba abroquelado y aunque ella corriese á estrech  
arle entre sus  
brazos, la caricia mortal sería un roce insignifica  
nte.

Si sus barcos se perdían, estaban asegurados; si la  
s huelgas cerraban  
momentáneamente sus fábricas, no por esto sufriría  
su capital grandes  
mermas: si se agotaban las minas de Bilbao, él tenía  
a otras y otras en  
distintos puntos de España, que aguardaban la explo  
tación. Era el  
prisionero de su buena suerte: se movía entre rejas  
de oro, en un  
aislamiento de ave bien cebada, que ve el espacio l  
ibre por donde  
revolotean libres los pájaros hambrientos sin poder  
ir con ellos. Amaba  
el mar, y tenía casi á la puerta de su casa un pala  
cio flotante, el

yate, cuya fotografía publicaban los periódicos ilustrados para envidia de los infelices: pero apenas emprendía un viaje, tenía que volver llamado por sus negocios. Además, él era un hombre de familia; se aburría en la soledad del océano ó en los puertos ruidosos, haciendo vida de célibe, fumando y leyendo. Su mujer odiaba los viajes: su hija no conocía mundo mejor que el de sus amigas de Bilbao, y tras cortas estancias en Londres, volvía presurosa á su país, donde era la primera, guardando una instintiva aversión á las grandes ciudades de gente huraña y atareada, entre la cual, ella y su padre pasaban inadvertidos.

El millonario era el esclavo de su propia obra. Había levantado con brazos de titán, en torno de él, la alta torre de su fortuna, y ahora se debatía encerrado en ella, sin encontrar espacio para tenderse y descansar.

No esperaba nada. Aunque descuidase sus negocios, el dinero seguiría viniendo á él, como si fuese incapaz de aprender otro camino. Si la fortuna quería volverle la espalda, sería ya tarde para hacerle sufrir la amargura de su infidelidad. Era tan rico, había llegado tan alto, que estaba á cubierto de toda inquietud. Por un instante había creído encontrar remedio á su aburrimiento, entregándose á la borrachera de la construcción; sacando de la nada la nueva Bilbao; levantando barriadas de palacios sobre los campos yermos, con la misma f

acilidad que en los  
cuentos de hadas. Pero aquello también había pasado  
; encontraba pueril  
levantar colmenas y más colmenas para gentes que no  
conocía; fabricar  
avisperos en que se cobijarían otros tan tristes co  
mo él, pero animados  
siquiera por el amargo placer de envidiarle.

--Me aburro, Luis--decía el millonario.--Siento una  
tristeza sin  
esperanza, sin ilusiones; la tristeza de la buena f  
ortuna, más terrible  
que todas, pues pocos hombres la conocen.

Y mirando en torno de él, abarcaba en sus ojos el m  
agnífico edificio y  
las avenidas del jardín, con sus altas arboledas, s  
us arriates en los  
que comenzaban á asomar las primeras flores, y allá  
en el fondo, el  
invernadero, cuyos cristales, bañados por el sol po  
niente, relucían como  
placas de oro.

Aresti pensaba en la gente mísera y doliente de las  
minas. ¡Ay, si  
aquellos hombres que engañaban su estómago con agua  
sucía, no teniendo  
bastantes alubias para llenarlo, escuchasen al pode  
roso Sánchez Morueta  
lamentarse en medio de la opulencia de su vida!

--Entonces,--dijo el doctor--eres infeliz porque na  
da te falta, porque  
posees todo lo que los hombres creen que les puede  
hacer dichosos.

El millonario movió melancólicamente la cabeza. Sí;  
poseía todo lo que  
da la felicidad aparentemente; por esto á nadie com  
unicaba su tristeza,

para que no le creyesen loco. Únicamente á su primo , que conocía por sus estudios las rarezas de la vida, se atrevía á hablarle.

Interiormente le faltaba todo: deseaba descansar después de aquella marcha ruidosa por la vida, en la cual había hecho, en pocos años, el mismo camino que otras familias de potentados sólo recorren después de varias generaciones. Había conquistado la riqueza, pero era semejante á uno de aquellos forasteros infelices que, al volver á su país, satisfecho de sus ahorros en las minas, se encuentra con la casa destruida y la familia ausente.

Aresti le escuchaba moviendo la cabeza, como si lo que su primo le relataba lo hubiese adivinado desde mucho tiempo antes. Pero al oír su lamento contra la soledad moral en que vivía, le se ñaló con expresión de protesta una ventana abierta del hotel, por donde se escapaban los sonidos del piano y el rumor de varias voces juveniles. «¿Y aquello?»

Sánchez Morueta levantó los hombros con expresión de indiferencia.

--Lo que llaman mi palacio--murmuró--no es para mí más que una casa de huéspedes. Vivo mejor que en la mísera pensión de Londres, donde pasé mi juventud de empleado; eso es todo.

--¿Y tu mujer? ¿Y Cristina?

--¡Mi mujer!--dijo el millonario con amargura:--yo

no tengo mujer: sólo  
tengo una patrona, muy santa, muy virtuosa, que cui  
da de mi vida  
material, y hasta se inquieta algo cuando me ve enf  
ermo. Soy el huésped  
que trae dinero á casa y al que se le corresponde c  
on un poco de  
respeto. No finjas ignorancia, Luis.... Hace tiempo  
que adivinas cómo  
vivimos. Tú, en tu pobreza, no has sido más afortun  
ado que yo con mis  
millones. Tú lo has dicho varias veces; en esta tie  
rra hemos oído hablar  
de alguien que se llama Amor, pero por aquí no ha p  
asado nunca.

Y el millonario revelaba el secreto de su vida cony  
ugal, sin rubor  
alguno, con la confianza que le inspiraba aquel hom  
bre que casi era su  
hermano. Se había unido con Cristina en los albores  
de su fortuna. ¿La  
amaba entonces? No estaba muy seguro de ello. En aq  
uellos tiempos, sus  
amores eran con la buena suerte, y no le quedaba ti  
empo para otros. Se  
había casado por unir una gloria más á sus satisfac  
ciones de triunfador;  
porque le halagaba emparentar con los que habían si  
do sus amos en  
Londres, y aquella señorita, de una aristocracia tr  
adicional y rancia  
completaba la respetabilidad de su riqueza. Pero al  
go de amor había  
indudablemente en ello. Las ocupaciones de su vida  
vertiginosa, los  
continuos viajes, no le permitían con su mujer más  
que pasajeras y  
rápidas intimidades. Pero para él no existía otra m  
ujer en el mundo, y  
era ciego y sordo ante muchas seducciones que le as  
ediaban, atraídas por

su opulencia. Sí: él reconocía ahora que había amado á Cristina con una pasión, en que se mezclaba el deseo á la mujer y el respeto instintivo del hijo del gabarrero á la señorita que había tenido entre sus ascendientes, casi fabulosos, á los señores de Vizcaya. Ahora se daba exacta cuenta de su amor, que en aquella época no hallaba tiempo ni ocasión para exteriorizarse en la intimidad de la vida doméstica. ¡Ah! ¡cuando descansase--se decía entonces--cuando viera asegurada su fortuna, qué feliz sería con aquella mujer, digna compañera de su opulencia, que parecía reinar sobre la gente más en copetada de Bilbao!... Pero llegó el ansiado descanso, y al buscar á su mujer, en vano se esforzó por encontrarla. Tenía ante él una buena madre, una excelente dueña de casa, algo manirrota en sus gastos, pero muy interesada en que los negocios prosperasen: una meticulosa administradora del hogar, que tomaba las cuentas de la servidumbre con la misma minuciosidad que cuando vivía en el arruinado caserón de Durango, y al mismo tiempo sacaba miles de duros de la caja de su marido para restaurar una capilla que fuese más suntuosa que la costeada por alguna de las señoras que se codeaban con ella, en las Hijas de María ó en el salón de visitas de los padres de la Compañía.

Sánchez Morueta, resucitado á la juventud después de su triunfo en los negocios, sufría un desencanto cada vez que se apro



ximaba á su mujer con delicadezas ó arrebatos de enamorado. Cristina le miraba con enojo, como si este cariño extremado la ofendiera, colocándola al nivel de las vendedoras de amor. Para ella, la pasión matrimonial no había de ir más allá de la intimidad, fría y casi mecánica, de sus primeros tiempos de vida común. El matrimonio era para que el hombre y la mujer viviesen sin dar escándalo, procreando hijos para servir á Dios y que no se perdiera la fortuna de la familia. Lo que llamaban amor las gentes corrompidas era un pecado repugnante, propio de gentes sin religión. Tratar un marido á su mujer con melifluidades de esas que sólo se ven en los amantes de comedia, era envilecerla, igualarla con las que viven del pecado. La esposa cristiana había de ser casta en el pensamiento; cuidar de la salud material y moral del esposo, aconsejarle el bien y dirigir el hogar. Más allá sólo iban las mujeres perdidas. Y Sánchez Morueta tropezaba con una estatua impasible, estrellándose en todos sus intentos por darla vida.

Nada malo podía decir ella. Era virtuosa y era fiel. Bien es verdad, que aunque quisiera faltar á sus deberes le hubiese sido imposible. Su carne y su pensamiento estaban muertos para el amor. Jamás recordaba el millonario haber notado en su compañera un momento de abandono, un arrebato de pasión. Cuando él se doblegaba bajo el estremecimiento de la carne, encontraba los ojos de ella impasibles y ser

enos, como si  
estuviera cumpliendo un deber penoso. Los espasmos  
de la materia no  
turbaban su voluntad.

Sánchez Morueta llegó á pensar si Cristina amaría á  
otro, si al casarse  
con él por interés, habría dejado en su pasado algu  
na ilusión que aún la  
perseguía. Pero después de examinar sus predileccio  
nes é intimidades en  
la sociedad elegante y devota que la rodeaba, desec  
hó sus sospechas.  
Ella sólo quería á su esposo, si es que aquello era  
querer. En su  
cariño, no había fuerzas para más. Y convencido de  
que nunca había de  
triunfar sobre una voluntad rebelde al amor, fué al  
ejándose, sin que la  
esposa se mostrase triste y ofendida. Ella misma ay  
udó con no oculta  
satisfacción á este divorcio. Transcurrió el tiempo  
y al abandonar el  
lujo de sus primeros años de matrimonio, para tomar  
sitio entre las  
madres de severa respetabilidad, comenzó á seguir d  
entro de su casa  
ciertas prácticas austeras y casi conventuales. ¡Cu  
ántas veces Sánchez  
Morueta se había visto rechazado con ira, porque er  
a Cuaresma ó estaba  
ella en vísperas de una comunión aparatosa!...

Al establecerse definitivamente la separación, al a  
lejarse él para  
siempre, la mujer pareció agradecérselo con sus mir  
adas, con una mayor  
dulzura en el trato. Era, sin duda, más feliz, libr  
e de la asiduidad  
ardorosa del macho; de aquellas caricias que le rep  
ugnaban como una  
servidumbre cruel de su sexo.

--Es muy honrada, muy virtuosa--dijo con amargura el millonario,--Pero, para mí, como sí no existiera. ¡Ay, Luis; estoy solo! Yo creo que la vida debe ser otra cosa: tanta honradez es inaguantable.

Llegaba hasta el jardín la vocecita de la hija de Sánchez Morueta, cantando al piano el \_Goizeko izarra\_, la invocación melancólica á la estrella de la mañana. La tristeza poética de las montañas vascas esparcíase por el jardín inglés, dorado por el último llamear del sol de la tarde.

--¿Y esa?--preguntó el médico.--¿No tienes á tu hija?...

El potentado se expresó con apasionamiento. Amaba á su hija: era carne de su carne: el único recuerdo de la pasión que había sentido por su esposa. El cariño á Pepita era lo que mantenía las apariencias de paz de su casa: lo único que le ayudaba á sobrellevar la tristeza doméstica. Era como un puente que mantenía la comunicación entre él y su esposa. Por ella continuaba Sánchez Morueta su existencia febril de hombre de negocios. Tenía la obligación de defender lo que la pertenecía por su nacimiento. Su porvenir le causaba á veces gran inquietud. Podía casarla con el hijo de otro potentado: un matrimonio de millonarios en el que no entrase para nada el amor. ¿Pero no era esto perpetuar en la hija la infelicidad del padre? Observaba á Pepita, y se ent

ristecía, adivinando  
en ella una reproducción de su madre. Quería casarl  
a por amor, con un  
hombre al que se sintiera inclinada, pero no veía e  
n ella la menor señal  
de apasionamiento. Se casaría, sin ardor y sin prot  
esta, con el que le  
indicaran sus padres, para continuar con más libert  
ad la vida insípida  
de ostentaciones y de devoción elegante. Ella, como  
las otras jóvenes de  
su clase, veía en la unión con el hombre un medio d  
e independencia, sin  
que el corazón llegara á interesarse. Iría á admini  
strar otro hogar,  
como su madre dirigía el suyo: á cuidar á un marido  
que trajese dinero á  
casa, y alguna vez, abandonando los negocios, entra  
ra un momento en su  
salón. De su padre sólo tenía algo en lo físico: la  
educación y el alma  
eran de su madre. Si Sánchez Morueta, al escoger el  
yerno, se colocaba  
frente á su mujer, era casi seguro que Pepita no le  
seguiría á él.

--La amo--decía el millonario,--la amo á pesar de t  
odo. Pepita me quiere  
á su manera; es cariñosa conmigo, me mima y me ador  
a, especialmente  
cuando su madre la encarga que me pida algo. Pero t  
ambién junto á ella  
me siento solo. Parece que no seamos de la misma fa  
milia, que  
pertenezcamos á distinta raza. No sé explicarme, Lu  
is: tal vez estoy  
loco; pero jamás siento con ellas, que son mi famil  
ia, esta confianza,  
este dulce abandono que tú me inspiras. Y es que tú  
eres de mi sangre;  
el único pariente verdadero.

Aresti seguía moviendo la cabeza, como quien oye una canción harta conocida. No le extrañaba la situación de Sánchez Morueta: era la de muchos poderosos de aquella tierra. Vivían rodeados de todos los goces del bienestar, pero en una pobreza triste de afectos. Los matrimonios eran vulgares asociaciones para crear hijos y que la fortuna no se perdiera. Marido y mujer vivían en aislamiento moral: él buscando consuelo fuera de casa, en amores vergonzosamente ocultados; ella dedicándose a la devoción.

Sánchez Morueta interrumpió estas consideraciones de su primo, como si ansiase decirle toda la verdad. Así era él también: necesitaba amor y amaba. Ya que la alegría de la vida no entraba en su casa, la había buscado fuera de ella. No era un enredo vulgar para satisfacción del sexo: era una pasión que endulzaba el ocaso de su madurez y le hacía soñar y sentir a los cincuenta años, con una intensidad que le retrogradaba a la juventud. Y con arrobamientos de adolescente, recreándose en el relato, recordó toda la novela de su amor.

Había comenzado por una aventura vulgarísima: un encuentro en Biarritz con Judith, una vendedora de amor, de nacionalidad indeterminada, nacida en Francia, pero hija de judíos: una mujer que en plena juventud había corrido medio mundo y conocía casi todos los idiomas europeos. Las relaciones habían ido estrechándose. Apenas se sepa

raba de ella jurando  
no volver á verla, avergonzado de su vileza y acord  
ándose de su hija con  
remordimiento, sentía la necesidad de buscarla de n  
uevo, se proponía á  
sí mismo un negocio que hacía necesaria su presenci  
a en París, ó en  
Madrid, allí donde se encontraba ella, siguiendo su  
existencia errante  
de aventurera del amor, tan pronto viviendo casi ma  
ritalmente y retirada  
del mundo, como exhibiendo su belleza y su voz de f  
alsete sobre los  
tablados de los \_music-hall\_. ¿Qué tenía aquella mu  
jer que le  
trastornaba con el mareo de la embriaguez? Era el e  
ncanto del pecado, el  
sabor agridulce de lo prohibido, el perfume canalle  
sco, que entraba como  
una ráfaga de vendaval en el aburrimiento de su vid  
a, volcando todas las  
preocupaciones y los escrúpulos. Sánchez Morueta, a  
l considerarse  
culpable, se sentía más hombre. El remordimiento er  
a una manifestación  
de vida que le sacaba del letargo de su existencia.

Paladeaba las nimiedades del amor, que turbaban dul  
cemente la vulgaridad  
monótona de su vida. Las cartas de sobra prolongado  
y escritura femenil  
le salían al encuentro en la mesa de su despacho, e  
ntre la  
correspondencia comercial, con un perfume de alcoba  
pecadora que  
estremecía su carne y parecía traerle una ráfaga ca  
rgada de taponazos de  
champagne y música chillona de café concierto. La e  
xpansión, dulcemente  
truhanesca, que le llamaba con los vulgares nombres  
de \_petit coco ó mon

gros cheri\_, hacía-le sonreír juvenilmente bajo su barba venerable. Era una pasión que alegraba el ocaso de su vida, que resucitaba su alma casi en las puertas de la vejez. Amaba como un patriarca de la Biblia, sorprendido en el ambiente tranquilo de su tienda por las gracias felinas de una bayadera asiática.

Había acabado por arrancar á Judith de su vida de aventuras, por instalarla definitivamente en Madrid, como una señora tranquila que vive de sus rentas. Pensó por un momento traerla á Bilbao, pero había desistido de ello, no por miedo á la familia, sino por temor á la villa hipócrita y triste, que toleraba el amancebamiento con criadas y costureras, que cerraba los ojos ó sonreía bondadosa ante el capricho del rico con mujerzuelas que no abandonasen su condición de pobres, pero se escandalizaba y enfurecía ante la \_cocotte\_, la hembra que pusiera en sus sonrisas algo de distinción, y rodeara de una sombra de amor las necesidades de la carne. Otros más valientes que él habían intentado aclimatar aquellas aves pasajeras en ciertos hotelitos del ensanche, y todo el vecindario se amotinó contra las extranjeras. Hasta habían cortado las cañerías del agua y la luz de sus casas, para obligarlas á levantar el campo.

El millonario iba con frecuencia á Madrid por dos ó tres días, pretextando juntas de accionistas ó gestiones cerca del gobierno. Todos

le encontraban rejuvenecido; veían en él algo nuevo é inexplicable, que animaba sus ojos con el brillo dulce de la adolescencia, que parecía dar más soltura á su cuerpo de hombre de lucha, y le hacía cuidar con mayor esmero del adorno de su persona.

--Tú mismo--decía al médico,--te has extrañado de este cambio muchas veces. Es el amor, Luis. Nada como él alegra á los hombres.

Y como si temiera alguna burla del doctor, hablaba de Judith con entusiasmo, queriendo convencer á su primo de que su madurez no hacía mal papel al lado de aquella juventud un poco gastada por el exceso de placeres. Estaba seguro de que le quería. No era que él pudiese inspirar una gran pasión: pero cansada de la antigua vida, se había refugiado en sus brazos para siempre y le amaba con un amor en el que entraba por mucho el agradecimiento. Esto le bastaba. No había más que ver cómo le sonreía, cómo salían á su encuentro los brazos blancos y suaves cuando se presentaba inesperadamente en el hotelito de las afueras de Madrid. Aquella era su verdadera casa: allí pasaba los mejores días, y á no ser por su hija y por la respetabilidad que exigen los negocios, allí iría á terminar su existencia.

Además, un suceso inesperado los había unido más estrechamente: había afirmado aquel idilio oculto que llevaba cinco años de duración. Sólo á un hombre como su primo podía hacerle tal confidencia.



ia... ¡Tenía un hijo!

Y como el doctor Aresti no pudiese contener su asombro, el millonario se apresuró á añadir:

--Tú eres el único que lo sabe: un hijo... ¡mío! ¡bien mío! Un niño de tres años que empieza á hablar, y al verme me llama : «¡El papá de Bilbao!» El amor me da lo que tantas veces deseé en mi casa sin conseguirlo. ¡Un hijo!... No lleva mi apellido, no puedo confesar que soy su padre, pero pienso en él, espero que crezca y ¡ya vendrá á mi lado! ¡ya haré por él cuanto pueda, que será mucho!

Y hablaba enternecido de aquel hogar oculta, de la familia improvisada que era para él la verdadera. Judith, engordando en su bienestar tranquilo; aburguesándose hasta hacer olvidar á la antigua divette aventurera, Sánchez Morueta la quería mejor así: la creía más suya. Y entre los dos, aquel pequeñuelo de una asombrosa precocidad. El millonario se enorgullecía viéndolo tan hermoso, con una belleza afeminada que reflejaba la de la madre, sin ningún rasgo de él.

--Un verdadero hijo del amor--decía el hombretón con sonrisa placentera.--No hay en el pequeño nada de mi fealdad: ni mis manazas, ni esta cara de gigantón. Rubio como el oro, ¡y tan blanco! ¡tan delicado! ¡tan poquita cosa! Parece un bebé de porcelana.

Y recordaba al doctor una de sus frases que gozaban

el privilegio de indignar á las gentes honradas. Los hijos del amor eran siempre los más hermosos: tenían algo de extraordinario, que rara vez se encontraba en los retoños engendrados por las parejas legales, que procrean por deber y por instinto, durante las noches blancas, de placer triste y monótono, en las que los besos tienen el sabor succulento y vulgar de la olla casera.

Sánchez Morueta calló como fatigado por su confesión. En uno de sus paseos habían llegado cerca del hotel, y ahora se alejaban lentamente, sonando á sus espaldas el piano y el abejorreo de las conversaciones de la tertulia de doña Cristina.

--¡Y pensar que podía haber encontrado en mi casa la felicidad que busco fuera, ocultándome como un malhechor!--exclamó el millonario, como si el recuerdo de su familia despertase en él cierto remordimiento.--Pero no creas, Luis, que estoy arrepentido--añadió con resolución.--Yo tengo derecho á ser feliz y la felicidad se toma donde se encuentra.... Pero dí algo, Luis. ¿Qué opinas de todo esto?

Aresti encogió los hombros. De aquellos amores no quería hablar. Si proporcionaban á su primo cierta felicidad, hacía bien en continuarlos. La vida es triste y la pericia del hombre está en alegrarla, en iluminar con brillantes colores los contornos grises de la existencia. Bueno era que aquella mujer le amase según él decía: pero aun

que el amor no existiese, resultaba lo mismo. Lo importante era que él se creyese amado. En el mundo se vive de la ilusión y la mentira, y la mayor desgracia es abrir los ojos.

--Me quiere, Luis, me quiere--interrumpió el millonario apresuradamente.--¿Por qué había de fingir? Si hubiera sabido quién era yo cuando la conocí, aún podría dudar. Pero en nuestros primeros tiempos de amor me creía un hombre de corta fortuna. Tardó mucho á saber que era yo Sánchez Morueta.

El doctor asombrábase ante la firme convicción de su primo. Celebraba su optimismo: así, su dicha no correría peligro. Él no se mezclaba en el asunto. A ser feliz ya que tenía fuerza de voluntad y medios sociales para crearse una segunda familia, que viviría en el foso, mientras arriba, en las tablas, tronaba la otra con todo el aparato de su riqueza. A Aresti sólo le interesaban los infortunios domésticos de su primo, su aislamiento moral dentro de la casa. Lo mismo que á él, les ocurría á otros. Era el eterno obstáculo con que tropezaban todos los que en aquella tierra querían encontrar en la esposa algo más que una compañera y administradora. Unos habían de buscar la alegría de su existencia fracasada fuera de su casa, manteniendo, por cobardía ó egoísmo, las apariencias de un hogar tranquilo; otros, más resueltos y valerosos--él, por ejemplo,--rompían abiertamente,

no queriendo vivir encadenados á un alma muerta y volvían á su existencia de solteros, con la amargura de no poder buscar públicamente una nueva compañera.

Aresti no censuraba á las mujeres de su país. Eran como eran, un poco por la frialdad de la raza nada propensa á apasionarse por lo que no tenga un fin inmediato y práctico, y muchísimo más por defecto de educación, porque los mismos hombres las habían acostumbrado al aislamiento, á la separación de sexos, á asociarse las mujeres con las mujeres, no viendo en el hombre más que una máquina de fabricar dinero é hijos. ¿Qué había hecho al casarse Sánchez Morueta? Lo que todos los poderosos de su país. El matrimonio ajustado por las familias, sin hacer gran caso de la voluntad de los contrayentes: después, el viaje aparatoso de varios meses por Europa, para alardear de riqueza, deseando el marido volver cuanto antes á reanudar sus negocios. Y el mismo día de la vuelta á Bilbao, él, al escritorio, á ganar dinero, ó al club, para vivir entre hombres solos, dejando á la mujer entregada para siempre á las amigas. Y la mujer se refugiaba entre las de su sexo, sin más diversiones que el visiteo y el exhibir trajes y alhajas para envidia de las compañeras, pues hasta la faltaban ocasiones de lucir su riqueza.

No conocían la vida de sociedad con sus fiestas y saraos, como los aristócratas de otros países. Los padres de la Comp

añía, para asegurar su influencia, predicaban contra los bailes, como invenciones del demonio, propias de otras tierras que no habían gozado la gran dicha de heredar las sanas y virtuosas costumbres de Vizcaya. Los teatros funcionaban con los palcos vacíos, sin que á ellos asomara una mujer: las fiestas del verano eran el único esparcimiento anual para todas ellas. Faltas de diversión, ansiosas de reunirse, de oír música, de algo que despertase su sentimentalismo, buscaban en la iglesia su club y su teatro, pasando el día en el templo del Corazón de Jesús, allí donde la arquitectura afeminada y ridícula, cargada de oro y bermellón, el armonium, las voces hermafroditas y las bombillas eléctricas, parecían acariciarlas con un halago que tenía tanto de mundanal como de místico.

Aresti sonreía amargamente. ¡Ay: estaba bien discurrendo aquel asedio, para apoderarse lentamente de la mujer, llegando por medio de ella hasta la dominación del esposo! De ellos era principalmente la culpa, ¿Qué habían de hacer unos seres débiles, faltos de dirección, arrastrados por el especial sentimentalismo del sexo hacia todo lo absurdo? Veíanse obligadas á una vida de harem; siempre mujeres con mujeres, viendo sólo al hombre en el preciso momento del deseo; y el hábil jesuíta se presentaba como un remedio á su tristeza, entretenía su fastidio con una devoción dulzona y afeminada, era el eunuco guardián, el verdadero amo,

dirigiendo á su antojo al tropel de odaliscas cristianas. Así llegaba desde la sombra á apoderarse de la voluntad de los hombres, los cuales se movían, sin conocer el impulso de sus acciones.

Algunos aún se mostraban satisfechos y agradecidos á los sacerdotes, porque proporcionaban dulce entretenimiento á sus esposas, dejándolos en mayor libertad para sus negocios y placeres.... ¡Imbéciles! El doctor se indignaba ante aquella intrusión, que había acabado por cambiar á las mujeres de su país, matándolas el alma, convirtiéndolas en autómatas que aborrecían como pecados todas las manifestaciones de la vida, y llevaban al hogar las exigencias de una dominación acaparadora.

--Tú mismo, Pepe, que te quejas de lo que ocurre en tu casa--dijo el doctor,--¿qué has hecho para evitarlo?...

Sánchez Morueta hizo un gesto de extrañeza. ¿Él? ¿qué podía evitar él? ¿Podía acaso cambiar el carácter de su esposa?...

--Tú has dejado, como los otros--continuó el doctor,--que tu mujer buscara un remedio á su soledad, entregándose á la devoción. ¡Y te extrañas de que Cristina haya ido separándose de tí! Es un caso de adulterio moral, del que sois vosotros casi siempre los culpables. Se comprende lo que á mí me ocurrió: yo no soy rico, y en este país de negocios, el pobre no tiene autoridad sobre la familia. Además, junto á los prejuicios de la que fué mi compañera, estaban

como refuerzo los de  
su madre y su hermana. Pero tú, que tienes la autor  
idad de la fortuna,  
¿cómo has dejado que fuesen apoderándose de una muj  
er á la que amabas,  
separándola de tí? Te quejas de que ya no es tu esp  
osa; pues ese afecto  
que te falta y ha trastornado tu existencia lo tien  
en otros. En tus  
propias barbas han cortejado á tu mujer y te la han  
robado. Sí alguna  
vez piensas vengarte, ve en busca de los que la con  
fiesan.

El millonario sonrió con desdén.

--¡Bah! ¡Los jesuítas! ¡Ya salió tu tema!... Efecti  
vamente, son gente  
antipática; ya sabes que les tengo mala voluntad. Y  
o soy liberal; yo me  
batí en el último sitio como auxiliar, comiendo car  
ne de caballo y pan  
de habas; yo tomaría el fusil otra vez, si volviese  
n los carlistas.  
¿Pero aun crees tú, Luis, en esa leyenda de los jes  
uítas tenebrosos,  
cometiendo los mismos crímenes que ellos atribuyen  
á los masones?...

Y Sánchez Morueta miraba con ojos compasivos á su p  
rimo, sin dejar de  
sonreír.

--No sigas, Pepe--dijo el doctor.--Adivino lo que p  
iensas. Soy un cursi.  
Conozco la frase: es un magnífico pararrayos para d  
esviar el odio que  
instintivamente sienten todos contra esos hombres.  
Es cursi hablar mal  
de los jesuítas, afirmar que constituyen un peligro  
. Lo distinguido, lo  
intelectual, lo moderno, es creer á ojos cerrados e

n cualquier patán  
astuto que, vistiendo la sotana, pronuncia sermones  
vulgares, y pasa las  
horas en el confesionario enterándose de vidas ajen  
as y adorando al  
Corazón de Jesús, que coloca por encima de Dios.

--¡Yo no digo tanto!--exclamó el millonario.--Yo no  
creo en ellos, y  
hasta me río de sus cosas. Pero reconocerás conmigo  
que eso del odio al  
jesuíta es algo anticuado. Sólo aquellos progresist  
as cándidos y  
heroicos de otros tiempos, podían ver la mano del j  
esuíta en todas  
partes y creer en sus venenos y puñales.

--Yo no creo en su tenebroso poderío ni en sus veng  
anzas. En esta tierra  
nadie se atreve como yo á hablar contra ellos, y ya  
ves, nada malo me  
ocurre. Así que me he puesto fuera de su alcance, s  
aliendo de una casa  
que dominaban y viviendo entre gentes que les despr  
ecian, nada pueden  
contra mí. Aislados nada valen: pero hay que temerl  
es allí donde les  
ayuda la imbecilidad, donde la gente va hacia ellos  
. ¿Cómo te explicaré  
lo que pienso? Son como los microbios, que nada val  
en, y, sin embargo,  
llegan á producir una epidemia. Si encuentran un se  
r débil preparado  
para recibirlos, lo matan; pero si tropiezan con un  
o fuerte, dispuesto á  
repelerlos, ellos son los que perecen. No tienen fu  
erza para apoderarse  
de nada por sí mismos. El que les haga frente puede  
estar tranquilo de  
que no lo buscarán. Pero cuentan con el auxiliar po  
deroso de los tontos  
y del sentimentalismo femenino, que avanza en su bus



ca y se ofrece,  
diciéndoles: «Dominadnos, haced de nosotros lo que  
queráis, y dadnos en  
cambio el cielo.»

Aresti no creía, como los enemigos de la Compañía e  
n otros tiempos, en  
la grandeza y el poder del jesuitismo. La sabiduría  
de sus individuos  
era una leyenda. Había entre ellos (que eran miles)  
algunos que se  
distinguían en las ciencias y en las artes, nada má  
s que como  
apreciables medianías. Llevando siglos de existenci  
a, disponiendo de  
riquezas y viajando por toda la tierra, sus famosos  
sabios no habían  
enriquecido á la humanidad con un sólo descubrimien  
to de importancia. Su  
talento consistía en presentar al vulgo las medianí  
as como genios de  
fama universal y colocar á la mayoría restante en s  
itios donde no se  
evidenciase su vulgaridad.

El médico se reía igualmente de su poder. Sólo alca  
nzaba á los que caían  
ante sus confesonarios. El que cortaba toda comunic  
ación con ellos,  
podía burlarse de su poder sin miedo alguno. Eran u  
nos pobres hombrea,  
temibles únicamente para los que viven á su sombra.

Aresti reconocía, sin embargo, que su influencia de  
ntro de la Iglesia  
era mayor que nunca. Cuando Loyola había fundado su  
Compañía, las demás  
órdenes religiosas la despreciaban. Pero por ser la  
más moderna se había  
apoderado de todas, con la fuerza de la juventud. A  
demás, los frailes,

despojados de sus riquezas de otros siglos, tenían ahora que copiar los procedimientos de los jesuitas, que tanto les repugnaban en pasadas épocas. Tenían que marchar á la zaga de ellos, imitándolos para hacer dinero, guardando la actitud humilde del pobre ante el rico. El cuarto voto de obediencia al Papa, peculiar de la Compañía, había hecho indispensable para el Vaticano el apoyo del jesuitismo. Hasta podía afirmarse que el ejército monástico de Íñigo de Loyola había salvado al pontificado en el trance, terrible para él, de la revolución luterana. Era la antigua fábula del hombre y el caballo, puesta de nuevo en acción. El caballo prestaba sus lomos al hombre para que le defendiese y vengase de sus enemigos, pero una vez satisfechos sus deseos, el jinete se negaba á descender, condenándolo á eterna servidumbre. La compañía había salvado al Papa, pero esclavizándolo para siempre. El cristianismo había muerto con la Reforma para convertirse en catolicismo. Ahora el catolicismo ya no era más que una palabra: la verdadera religión era el jesuitismo. El Papa que bendice seguía en el Vaticano; pero el Papa que decreta y disciplina las conciencias, era el General, oculto en el \_Jesu\_ de Roma.

--Esto á mí en nada me interesa--acabó diciendo Aresti.--Yo vivo fuera del gremio, y lo mismo me importa que lo dirija este que el otro.

Su primo hizo un gesto de asentimiento. A él tampoco

o. Él no hablaba con la audacia del doctor, pero vivía de hecho fuera de las prácticas religiosas; no le preocupaban.

--A tí, sí--dijo Aresti con energía.--A tí deben preocuparte. Crees que vives fuera de esa influencia, porque no vas á misa , ni te tratas con curas; pero todo llegará, tú irás, y hasta es posible que te arrodilles ante algún confesonario de la iglesia de los jesuitas. Estás en el círculo de su influencia: te tienen al alcance de su mano por medio de la familia; ya te agarrarán. ¡Apenas si es mal bocado el millonario Sánchez Morueta!

El aludido sonrió. ¡Bah! No eran tan terribles. En Inglaterra se reirían oyéndoles hablar de tales gentes. Allí las despreciaban, si es que alguna vez hacían memoria de ellas.

--¿Pero es que Londres es Bilbao?--gritó exasperado el doctor.--¿Acaso Inglaterra es España? Ya sé yo que se ríen de ellos en todas las naciones modernas y poderosas: únicamente Francia se rasca de vez en cuando para echárselos lejos. Pero vivimos en España, una nación que no concibe la vida sin la Iglesia, y lo que te dije de los individuos, puede aplicarse á los Estados. Contra los fuertes se estrellan y perecen, pero de los débiles, predispuestos al contagio, se apoderan como una enfermedad. Eso de «cursi» podrá aplicarse al que sueña con el jesuita temible, en Londres ó en Berlín: pero aquí

¡vaya con la  
\_cursilería\_! ¡y no puedes moverte sin tropezar con  
ellos!...

--Sí; aquí dominan mucho--dijo el millonario con gr  
avedad.--Yo sé que á  
otros menos poderosos, que necesitan para sus negoc  
ios del apoyo de  
capitales ajenos, los han elevado ó los han hundido  
, enviándoles ó  
retirándoles los accionistas. Se meten en las casas  
y las dirigen...  
pero es allí donde les dejan entrar. Yo, afortunada  
mente, aunque tú  
creas lo contrario, estoy libre de ellos. Me han bu  
scado por mil medios;  
han intentado conquistarme; me han ofrecido indirec  
tamente apoyos que no  
necesitaba. Estoy muy por encima para que puedan ha  
cerme daño. Aquí no  
entrarán por más que se empeñen. Ya lo sabe Cristin  
a: es lo único que me  
impulsaría á romper con ella, á separarme, sin mied  
o á lo que dijese la  
gente. Tú que sonríes y hasta parece que te burlas:  
¿has visto aquí  
alguna vez una sotana? ¿tienes noticia de que venga  
n á visitarnos esos  
señores de la Residencia?

--No: no vienen--dijo Aresti sin abandonar su gesto  
irónico.--¿Y para  
que habían de venir? Hace tiempo que están dentro:  
no necesitan de tu  
permiso. ¿A quién habían de buscar en tu casa? ¿A t  
u mujer y á tu hija?  
Ya les ahorras esa molestia enviándolas tú mismo á  
donde ellos las  
aguardan. Les cierras la puerta de tu hotel, pero a  
ntes les entregas la  
familia....

--Me has repetido lo mismo varias veces: son ilusiones tuyas. Ya conoces mi carácter. He dicho que no entran y no entrarán. Sería un buen golpe para ellos apoderarse de Sánchez Morueta; pero pierden el tiempo.

Aresti estaba pensativo y parecía no oírle.

--El otro día--dijo con lentitud, como si reconcentrase su memoria--leí un drama en francés y me acordó de tí. Era La Intrusa de Mæterlinck, ¿Conoces eso?...

El millonario movió la cabeza: él no tenía tiempo para la literatura.

--La Intrusa--continuó el médico,--es la Muerte, que entra en las casas sin que nadie la vea; pero todos sienten los efectos de su paso.

Y Aresti relató la escena lúgubre de la familia reunida en torno de la mesa, en la penumbra, más allá del círculo de luz de una pantalla verde. En la alcoba cercana está una enferma, con el sopor de la gravedad: fuera de la casa, á lo lejos, se oye afilar una guadaña, rayando el cristal negro de la noche con su chirrido. Alguien debe haber entrado en el jardín. Se asoman y no ven á nadie. Los cisnes graznan asustados, ocultando la cabeza bajo las alas como si pasase un peligro: los peces despiertan en el tazón de la fuente, ocultándose temblorosos: las flores caen deshojadas, las piedras crujen como si las pisasen unas plantas de inmensa pesadumbre... y sin embargo no se ve á nadi

e. Ya suenan pasos en  
la escalinata: la puerta se abre, á pesar de que no  
sopla el viento.  
Hasta la noche parece haber enmudecido sobrecoyida.  
Intenta la familia  
cerrar las hojas y no puede, como si tropezasen con  
un cuerpo invisible,  
con alguien que asoma y se detiene indeciso, antes  
de orientarse. Y  
después, el ser misterioso avanza por la sala. Nadi  
e le ve, pero se  
adivinan sus pasos sobre el tapiz, presienten todos  
que algo pasa ante  
la lámpara verde. Levanta una mano invisible la cor  
tina del cuarto de la  
enferma y vuelve á caer sin que nadie haya entrado.  
¡Un gemido!... La  
enferma acaba de morir. Es la muerte que ha llegado  
hasta su cama  
atravesando todos los obstáculos; la \_Intrusa\_, par  
a la que no hay  
puertas, que avanza invisible, haciendo sentir en t  
orno su oculta  
presencia.

Y Aresti, después de relatar la obra de Mæterlinck,  
miraba silencioso á  
su primo, que parecía no comprenderle.

--En tu casa ocurre lo mismo--dijo tras larga pausa  
.--Crees que ese  
enemigo no ha entrado, porque no le ves de carne y  
hueso sentarse á tu  
mesa y ocupar un sillón en la hora de las visitas.  
Pues hace tiempo que  
llegó hasta tu misma alcoba. Tú te lamentabas de el  
lo hace poco. Todos  
los días vuelve, siguiendo los pasos de tu mujer y  
tu hija cuando  
regresan de la Iglesia de los jesuítas ó de sus jun  
tas de Hijas de  
María. ¿No presientes la proximidad de ese enemigo

invisible? No  
percibes su roce? El último de tus criados lo ve y  
tú estás ciego. Te  
mira á todas horas y conoce tus acciones. Sus ojos  
son ese secretario  
que tienes y ese señorito pariente de Cristina, que  
busca unirse á tí,  
pensando en tus millones más que en Pepita. Sus man  
os son tu mujer y tu  
hija. Ellas te agarrarán cuando te sientas débil; a  
provecharán un  
instante de desaliento para empujarte dulcemente en  
brazos del Intruso.  
Te crees libre de él y ronda á todas horas en torno  
tuyo.

Sánchez Morueta reía ruidosamente.

--Estás loco, Luis. Por algo tienes esa fama de ori  
ginal. La lectura te  
ha trastornado el seso. ¿A qué tanto fantasma, y dr  
amas, é intrusos... y  
demonios coronados? En resumen, todo es porque dejo  
en libertad á mi  
familia, para que se entregue á las prácticas relig  
iosas y se entretenga  
con esa devoción bonita, inventada por los jesuítas  
. ¡Qué he de hacer  
yo, si eso las divierte! ¿Quieres acaso que me Impo  
nga como un tirano de  
comedia, y diga: «Se acabó el trato con los Padres,  
aquí no hay más misa  
que la que diga el cura de Portugaleta en el orator  
io del hotel?» Eso no  
lo hago yo, Luis. Yo soy muy liberal: tal vez más q  
ue tú.

Hablaba con una firmeza británica de su respeto á l  
a libertad. Él no  
quería violentar la conciencia ajena: cada cual que  
siguiera sus  
creencias y que le dejaran á él con las suyas. Libe

rtad para todos. Y recordaba su educación en Inglaterra, la amplitud religiosa del pueblo británico, con sus diversas confesiones, sin que los individuos de una misma familia se molesten ni enemisten por practicar diversos cultos.

Aresti pareció irritado por la calma serena con que su primo hablaba de la libertad.

--Yo también creo lo mismo--exclamó;--pero en un país como ese de que hablas, que apenas si ha conocido la intolerancia religiosa y la persecución por delitos de conciencia. Además, hay allí creencias diversas, y unas á otras se equilibran, amortiguando los efectos. Es una especie de federalismo religioso que no sale de los templos, ni pretende dominar al Estado y dirigir las familias. ¿Pero hablar de libertad absoluta en este país, que es famoso en el mundo por la Inquisición y por ser patria de San Ignacio?... Llevamos sobre las costillas cuatro siglos de tiranía clerical. La unidad católica no está consignada en las leyes, pero ya se encargan muchos de que perdure en las costumbres. Vivimos en guerra religiosa permanente. Los pocos que se emancipan han de estar sobre las armas, dando y recibiendo golpes. ¡Y vienes tú con esa pachorra inglesa hablándome de libertad y de respeto á todas las creencias!... Eso puede ser en otros países; podrá ser aquí, cuando exista esa España nueva, cuyo nacimiento se aguarda hace cerca de un



siglo, que saca la cabeza y luego se oculta, sin de  
cidirse á salir por  
completo de las entrañas de la Historia. No: yo no  
soy liberal: yo soy  
un hombre de mi tiempo, tal como me han formado las  
circunstancias de mi  
país, no como me lo enseñan los libros. Yo soy un j  
acobino; yo quiero  
ser un inquisidor al revés, ¿me entiendes?, un homb  
re que sueña con la  
violencia, con el hierro y con el fuego, como único  
remedio para limpiar  
á su tierra de la miseria del pasado.

Y Aresti, siempre irónico y zumbón, se exaltaba hab  
lando. Latía en sus  
palabras el odio á la influencia oculta que había t  
runcado su vida,  
hiriéndolo en sus afectos de hombre pacífico, impid  
iéndole constituir  
una familia. Él amaba la libertad; pero era la libe  
rtad para el  
mejoramiento y bienestar de la especie humana; para  
ir adelante, hacia  
los nuevos ideales marcados por la ciencia: no para  
retroceder,  
abrazándose á instituciones que estaban muertas des  
de hacía siglos.  
Además, ¿por qué conceder las ventajas de la libert  
ad á los que habían  
empleado antaño su inmenso poderío combatiéndola, a  
rrumbando escombros  
sobre su tallo naciente y ahora, al verla vigoroso  
árbol, querían ser  
los primeros en gozar de su sombra? No: él no recon  
ocía derecho para  
existir á unas creencias que eran la negación de la  
vida; no podía  
conceder la libertad á los tradicionales enemigos d  
e esa misma libertad.

Encarándose con Sánchez Morueta, preguntábale qué h

arí­a si supiera que  
en su escritorio existían hombres que deseaban el naufragio de sus  
barcos, el incendio de sus fábricas, el agotamiento de sus minas, la  
desaparición total de todo lo que era la existencia de su casa. ¿No los  
expulsaría, indignado? Pues esto deseaba él para los enemigos de la  
vida, para los que maldecían como pecados las más gratas dulzuras de la  
existencia; para los que adoraban la castidad antipática de la virgen  
sobre la soberana fecundidad de la madre; y ensalzaban la pereza  
contemplativa, considerando el trabajo como un castigo; y hacían la  
apología de la vagancia y la miseria convirtiéndola en el estado  
perfecto; y tenían el hambre como signo de santidad y apartaban á las  
gentes de las felicidades positivas de la tierra, haciéndolas dirigir  
las miradas á un cielo mentido; y anatematizaban el amor carnal como  
obra del demonio. Eran, en una palabra, los que divinizaban todas las  
miserias, todos los rigores que martirizan al hombre, marcando, en  
cambio, con el sello de la execración las únicas alegrías que están á su  
alcance. Aquellos enemigos de la vida, la insultaban llamándola valle de  
lágrimas. ¿No deseaban salir de ella cuanto antes? Pues á darles gusto y  
que dejaran el sitio libre á los pecadores, á los malvados que aman este  
mundo y se conforman con todos sus defectos y tristezas, sabiendo que  
más allá no existe otro mejor.

Aresti hablaba con una vehemencia feroz, brillándol

e los ojos con fuego  
homicida.

--Eres un inquisidor--dijo su primo sonriendo.--Parece mentira que un hombre \_moderno\_ como tú se exprese de tal modo.

Aresti no quiso protestar. No le infundía repugnancia el mote de su primo. ¿Inquisidor? sea. Toda la España, ansiosa de algo nuevo, sentía lo mismo que él, sólo que no llegaba á razonar sus impulsos. En otros pueblos más adelantados, la crisis religiosa, el paso de la Fe á la Razón, se había verificado dulcemente, en medio del respeto y la libertad. La Reforma, con su espíritu de crítica y libre examen, había servido de puente. Pero en esta tierra había que dar un salto violento, pasar, sin puente alguno, desde las creencias de cuatro siglos antes, aún en pie y poderosas, á la vida moderna. El tránsito había de ser rudo y brutal. Era un ensueño querer guiar al pueblo mansamente, pasito á paso: había que correr, que saltar, derribando lo que aún quedase por delante. Había que tener en cuenta la raza, la herencia triste que pesa sobre este pueblo: su educación intolerante que databa de ayer. En unos cuantos años de vida moderna, que no era propia, sino de reflejo, no se podían extinguir varios siglos de ferocidad religiosa. Todo español lleva dentro un inquisidor. Bastaba ver cómo el más leve atentado que turbaba la paz pública, hasta las clases más elevadas y cultas, pedían la suspensión del derecho y la intervención de la f

uerza. Los ricos  
aplaudían á la guardia civil cuando daba tormento,  
resucitando los  
procedimientos salvajes de la Inquisición; los pobres  
admiraban al  
fuerte, al audaz, viendo muchos de ellos la suprema  
gloria en la bomba  
de dinamita; los gobiernos, ante el más insignifica  
nte motín, abominaban  
de la libertad como si fuese un fardo abrumador...  
En otros tiempos, los  
católicos rancios presentaban sus pruebas de pureza  
de sangre para  
demostrar que estaban limpios de todo origen judío  
ó mahometano. ¿Quién  
podría jurar hoy que no circulaba por sus venas san  
gre de fraile ó de  
familiar del Santo Oficio?

Y el doctor, que había asistido á muchas reuniones  
populares, recordaba  
la gradación de los sentimientos y tendencias de la  
gran masa. Aplaudían  
con un entusiasmo algo forzado, por costumbre más q  
ue por espontáneo  
impulso, los ataques al régimen político. Los reyes  
estaban lejos, y la  
gente pensaba en ellos como en una calamidad casi d  
el pasado, que aún no  
se había extinguido, pero que debía desaparecer fat  
almente, más pronto ó  
más tarde, sin grandes esfuerzos. Les interesaba la  
cuestión social como  
algo positivo relacionado con su bienestar; pero po  
r más esfuerzos que  
hicieran los oradores por exponer las generosidades  
de la sociología  
revolucionaria, la gente sólo veía la ventaja de au  
mentar en unos  
cuantos reales el jornal y trabajar alguna hora men  
os... Pero se hablaba  
del jesuíta, del fraile, del cura, y la muchedumbre

se ponía  
instintivamente de pie, con nervioso impulso, y brillaban los ojos con  
el fulgor diabólico de una venganza secular, y sonaba estrepitoso el  
trueno del aplauso delirante, y se levantaban los puños amenazadores,  
buscando al enemigo tradicional, al hombre negro, señor de España. Las  
huelgas por cuestiones de trabajo se desviaban para apedrear iglesias:  
las manifestaciones populares silbaban é insultaban á toda sotana que  
cruzaba la calle: hasta los motines contra el impuesto de Consumos  
tenían por final la quema de algún convento.

--Y es que el pueblo--continuó Aresti--adivina por instinto cuál es el  
enemigo más próximo, el primero que debe acometer al despertar, y no se  
junta para algo que no dirija contra él sus iras.

El doctor, guiado por un deseo de imparcialidad, reconocía que en  
apariciencia ningún odio ni temor debían sentir las masas contra la  
Iglesia. Los obreros de las ciudades no iban á misa, ni se confesaban;  
vivían separados del cura, despreciándolo. ¿Por qué, pues, habían de  
temerle? Los jesuítas y los frailes sólo visitaban las casas de los  
ricos y no podían esperar los pobres que se introdujeran en sus  
miserables tugurios. ¿Por qué, pues, odiarlos? Era que la masa, por  
instinto, adivinaba en ellos la barrera opuesta á toda tentativa de  
avance. Estancando la vida del país, cortaban el paso á los de abajo.  
Ellos eran los que les habían tenido en la ignoranc

ia durante siglos,  
haciéndoles ver que el pobre carece de otro derecho  
que el de la  
limosna, inculcándoles un respeto supersticioso par  
a el potentado,  
obligándoles á creer que deben aceptarse como dones  
celestes las  
miserias terrenas, pues sirven para entrar en el ci  
elo. Y el pueblo, que  
sólo conseguía ventajas en fuerza de rebeldías y re  
voluciones, se  
vengaba del engaño de varios siglos persiguiendo á  
los impostores.

Además, existía un impulso de fuerza tradicional. D  
a las entrañas de la  
historia patria se desprendía un hálito de santo sa  
lvajismo. El brasero  
inquisitorial ardía durante siglos; el cielo azul o  
bscurecía con nubes  
de hollín humano; reyes, magnates y populacho había  
n asistido entre  
sermones y cánticos á las quemas de hombres con el  
mismo entusiasmo que  
provocan hoy las corridas de toros. Del fondo de la  
tierra clamaban  
venganza miles de seres achicharrados: ancianos cuy  
o único delito fué  
comentar la Biblia, mujeres trastornadas por enferm  
edades nerviosas, que  
después ha explicado la ciencia, niñas inocentes qu  
e seguían con la  
inconsciencia de la juventud las creencias de sus p  
adres.

--España es un país de olvido--decía el doctor.--Aú  
n se estremecen en  
Francia recordando la matanza de San Bartolomé, que  
duró veinticuatro  
horas. ¡Y aquí es cursi decir que hubo Inquisición!  
Hasta cerebros  
poderosos que funcionan como si estuvieran vueltos

del revés se han  
encargado de demostrar que sus castigos no tuvieron  
importancia; que fué  
una institución digna de elogios; como quien dice un  
jueguito para  
divertir al pueblo. En otros países levantan estatuas  
á los víctimas de  
la intolerancia religiosa. Aquí la Iglesia omnipotente  
los ha matado por  
segunda vez, creando el vacío en la historia. De tantos  
miles de  
mártires, ni el nombre de uno solo ha llegado hasta  
el vulgo.

Pero el pueblo era, sin darse cuenta de ello, el  
vengador del pasado,  
Aresti, que vivía en contacto con la masa, apreciaba  
la simplicidad de  
sus ideas, el instinto paladinesco que la impulsaba  
á ser la ejecutora  
de una revancha histórica. Sólo en el pueblo perduraba  
el recuerdo de  
aquella ferocidad religiosa, de aquel crimen repetido  
fríamente en  
nombre de Dios al través de los siglos; de aquellos  
sacrificios humanos  
que recordaban los ritos sangrientos de los fenicios  
ante sus  
divinidades ardientes. Y el desquite llegaba con no  
menos ferocidad,  
como el desahogo de un pueblo que se venga. Intentaba  
ahora, al menor  
motín, quemar los edificios que servían de albergue  
á los representantes  
del pasado odioso; algún día los incendiarían de veras  
con todo su  
contenido humano. Esto parecería brutal, pero era lógico  
en un país  
donde todavía no existe el hombre. Los hombres poblaban  
el resto de  
Europa. Aquí aún no se habían presentado. El hombre  
sería el habitante

de la España nueva; pero antes tenían que evolucionar mucho los actuales pobladores del país, dignos descendientes del inquisidor, educados por él en el desprecio á la vida humana, en la facilidad de inmolarla como holocausto á las creencias. ¿De qué se quejaban los que mañana serían víctimas, si ellos habían envenenado el alma de un pueblo, formándolo durante siglos á su imagen y semejanza?...

El doctor recordaba ciertos mariscos que, segregando el jugo de su cuerpo, forman la concha, el caparazón que les sirve de vestido y defensa. El español no tenía otro jugo que el de la intolerancia, el de la violencia. Así le habían formado y así era. En otros tiempos, el caparazón era negro; ahora sería rojo; pero siempre la misma envoltura: Él estaba orgulloso de la suya. Frente al inquisidor del pasado, el inquisidor en nombre del porvenir. Luego, ya llegaría el hombre, limpio de todo deseo de venganza, sin miedo á enemigos tradicionales, fraternal y dulce, que levantaría el edificio moderno sobre el solar limpio de escombros.

--¡Estás loco!--exclamó Sánchez Morueta riendo.--Por eso te ponen esa fama de hombre que tiene \_cosas\_. Si te tomase en serio, habría para sentir horror por lo que dices.

Aresti se encogió de hombros.

--Pero ven acá, mediquillo chiflado--continuó el millonario.--Reconozco



que esa gente es tan nociva y tan peligrosa como tú dices. Ya sabes que yo tampoco la tengo en gran estima, y me lamento del estado en que han puesto á nuestro país. Pero ¿á qué la violencia? Para acabar con ellos no hay como la libertad. Mueren dentro de ella como los gérmenes que se encuentran en un medio que no es el suyo. Perseguirlos y oprimirlos, es tal vez darles más fuerza, demostrar que se les tiene miedo.... ¡Mucha libertad, mucho progreso, y ya verás como las costumbres de la civilización les empujan hasta el sitio que deben ocupar, sin que osen salirse de él!

--¡Ahora me toca á mí reír!--exclamó el doctor.

Y reía mirando á su primo con ojos compasivos, mientras contestaba á sus razonamientos.... ¡Querer luchar con aquellas gentes, en la amplitud de la libertad, cuando llevaban como ventaja varios siglos de dominación, la incultura del país, la servidumbre de la mujer encadenada á ellos por el sentimentalismo de la ignorancia! ¡Cuando contaban con el apoyo del rico, de tradicional estolidez, que, atormentado por el remordimiento, compra con un trozo de su fortuna la seguridad de no ir al infierno!... Mientras aquellos enemigos existieran, serían estériles todos los esfuerzos para reanimar el país. Sólo ellos se aprovechaban de las ventajas del progreso nacional. Eran los perros más fuertes y ágiles, y se zampaban los mendrugos que la civilización arrojaba al paso, por

encima de nuestras bardas, mientras el pobre mastín español soñaba en medio de su corral, flaco, enfermo y cubierto de parásitos.

Había que fijarse en el trabajo de los padres de la Compañía, que eran los verdaderos representantes del catolicismo, el Estado Mayor del ejército religioso, el único que tenía el secreto de sus marchas y evoluciones y ocupaba las tiendas de distinción. ¿Se engrandecía Barcelona siguiendo el movimiento fabril de Europa? Pues allí ellos. Adquiría Jerez inmensa riqueza con la fama universal de sus vinos, y sobre las techumbres de las bodegas alzábase dominadora la iglesia del jesuíta. Descubría Bilbao sus minas y en seguida se presentaba el ignaciano á pedir su parte, levantando la universidad y el templo; la fábrica de autómatas y la tienda donde se vende la salvación eterna. No había una mancha de prosperidad y riqueza en el miserable mapa de España, que no la ocupasen ellos. En las pobres regiones del interior, condenadas á hambre perpetua y á un cultivo africano, no conocían su existencia. La España mísera quedaba para los curas montaraces y famélicos, para los merodeadores despreciables del ejército de la Fe. Ellos eran como los juncos, que delatan en la estepa la presencia oculta del agua. Donde ellos apareciesen, no era posible la duda: existía la riqueza.

La fábrica nueva, la mina descubierta, los campos r

ecién roturados, la  
codicia de arriba y la miseria explotada de abajo;  
todo se condensaba en  
provecho suyo y venía lentamente á sus manos. Arest  
i se indignaba ante  
la suerte de su país, tierra de maldición, tierra c  
ondenada, que había  
de permanecer en la inmovilidad, mientras se transf  
ormaba el planeta, ó  
si se abría á las caricias de la civilización era e  
n provecho de los  
dominadores acampados sobre ella.

Con el catolicismo no eran posibles los respetos. E  
l que se mantenía  
ante él en actitud puramente defensiva, con la espe  
ranza de que la  
Iglesia imitase su prudencia, estaba vencido de ant  
emano. Los católicos  
de buena fe eran temibles y peligrosos por el conve  
ncimiento de que  
poseían la verdad absoluta. Dios se había tomado la  
molestia de  
hablarles para transmitírsela, y sentían eternament  
e la necesidad de  
imponerla á los hombres, aunque fuese por la fuerza  
, exterminando á los  
espíritus rebeldes que se resistían á recibir el be  
neficio. Podía  
vivirse en paz con todos los errores, siempre que f  
uesen fruto de la  
razón, pues la razón no se considera infalible y es  
tá pronta á  
rectificarse. ¿Pero cómo existir tranquilamente, en  
mutuo respeto, con  
unos hombres que tomaban todos sus pensamientos com  
o inspiraciones  
indiscutibles de la divinidad? En ellos era instint  
iva la violencia; se  
indignaban ferozmente viendo desoído á Dios, que ha  
bla por su boca. Sus  
crímenes del pasado y sus pretensiones del momento,

imponían el deber de  
combatirlos. Podían respetarse sus creencias, pero  
vigilándolos como  
locos peligrosos, teniéndolos en perpetuo estado de  
debilidad para que  
no intentaran imponerse por la violencia.

--¡El respeto á la libertad!--continuó el doctor di  
rigiéndose á su  
primo.--Oyéndote, me pareces igual á un filántropo  
loco, que en una  
colección de fieras, se indignase ante la jaula de  
una pantera.

Y Aresti, en su exaltación, mimaba la escena, al mi  
smo tiempo que la  
describía de viva voz. El filántropo ideal compadec  
ía á la bestia, ¿Con  
qué derecho la tenían entre hierros? La fiera había  
nacido para ser  
libre: tenía derecho á la vida de las selvas, sin o  
bstáculo alguno, como  
en su primera edad, «Goza de tu libertad, pobre pan  
tera», decía  
abriendo la jaula. Y el animal, al salir de un salt  
o, mostraba su  
agradecimiento al libertador haciendo uso de su fue  
rza, abatiéndole de  
una zarpada, desgarrándole el pecho con los colmill  
os.

--Suelta á la pantera de nuestra historia--gritaba  
el médico;--déjala en  
libertad, después que ha costado un siglo de esfuer  
zos colocar ante ella  
unos barrotes por entre los cuales saca las patas s  
iempre que puede, y  
ya verás cómo corresponde á tu candidez de liberal  
á la antigua.

--¿Y qué quieres?--preguntó Sánchez Morueta.--¿Mata  
rla? ¿Crees que eso

es posible, de un golpe?

--Así debía ser: lo nocivo, lo peligroso hay que suprimirlo.

Quedó en silencio Aresti largo rato, y luego añadió con convicción:

--Matar la fiera sería lo mejor. Pero de no ser así, hay que conservarla entre hierros, acosarla, acabar con su fuerza, romperla las uñas, arrancarla los dientes, y cuando la vejez y la debilidad hayan convertido la pantera en un perro manso y débil, entonces, ¡puerta abierta! ¡libertad completa! Y si los instintos del pasado renacen en ella, bastará un puntapié para volverla al orden.

#### IV

El despacho de los ingenieros en los altos hornos de Sánchez Morueta, ocupaba el segundo piso de un edificio de moderna construcción, con las paredes exteriores ennegrecidas por el humo de las chimeneas que se alzaban entre aquél y la ría.

Abajo, en las oficinas, estaban los hombres de la administración, con la pluma tras la oreja, llevando las complicadas cuentas de las entradas de mineral y de hulla, del acero elaborado, que se esparcía por toda España en forma de rieles, lingotes y máquinas, y de los jornales de un

ejército de obreros ennegrecidos y tostados junto á los hornos. Arriba, en lo más alto, estaban los \_técnicos\_, el cerebro que dirigía aquel establecimiento industrial, grande y populoso como una ciudad.

Esta parte de la casa era la única que los trabajadores veían sin odio. Los días de paga, muchos, al salir, miraban con ojos iracundos las ventanas del primer piso, como si fuesen á asomar á ellas los administradores que regateaban el precio de su faena, cercenándolo con multas y descuentos por tardanzas ó descuidos en el trabajo. Si miraban más arriba era con el respeto que á la gente sencilla inspira el estudio.

Aquellos señores que pasaban el día inclinados ante los tableros de dibujo, trazando modelos con una minuciosidad delicada ó alineando números y letras para sus cálculos, eran mirados como seres superiores. El rebaño obrero sentíase en contacto más íntimo con aquellos hombres que se limitaban á dirigirles en su trabajo, que con los otros de la administración que les entregaban el dinero.

Bajaban á ciertas horas del día á los talleres, para dar sus órdenes á los contraмаestres, y volvían á encerrarse en su estudio misterioso, sin que los obreros oyeran de sus labios la menor repulsa. Su jefe era Fernando Sanabre, el cual, mostrando una memoria prodigiosa, conocía á todos los trabajadores, llamándolos por sus nombres

. Cuando ellos veían á don Fernando en los talleres, les parecía el trabajo menos pesado y procuraban que su tarea fuese más rápida, como si el ingeniero hubiese de percibir el producto de sus esfuerzos. Aquel joven parecía tener alrededor de su persona el ambiente de simpatía y atracción de los grandes caudillos, de los apóstoles que arrastran las masas. Había nacido para pastor de hombres; inspiraba confianza y fe. Los que tenían quejas que formular iban á él, aun sabiendo que su influencia no alcanzaba á la administración, y después de escuchar sus consejos se retiraban más tranquilos, como si hubieran conseguido algo.

La sencillez de su trato, la dulzura de sus palabras, aquella sonrisa espontánea, reflejo de un carácter recto, transparente y sin dobleces, cautivaban á unos hombres habituados á la voz imperiosa de los contramaestres y á las respuestas altivas de los escribientes de la dirección.

Vivía como un obrero en una casa del Desierto. Era pupilo de una vieja cuyo marido había muerto trabajando en los altos hornos, y su hospedaje servía para mantener á la viuda. En torno de él había fabricado el afecto de los humildes una aureola de bondad.

Una gran parte de su sueldo la enviaba á su madre y sus hermanas, que residían en la ciudad de Levante donde él había nacido. La pobre señora

había intentado vivir cerca de él, pero temía al clima de Bilbao. Muchos obreros guardaban el recuerdo de una anciana con el pelo blanco peinado en bandos, de anticuada distinción, que paseaba en los días serenos por cerca de la ría, apoyada en sus dos hijas, quejándose de las lluvias frecuentes de aquel país, de la atmósfera cargada de carbón y polvo de hierro, pensando en el sol de Levante, en los campos siempre verdes, en los naranjales caldeados por un viento ardoroso.

Los obreros, al hablar de don Fernando, ensalzaban el interés que mostraba por ellos. Aquel señorito era de los suyos. Sin el menor esfuerzo se llevaba la mano al bolsillo, para auxiliar á algún trabajador que por enfermedades de la familia se veía en trance apurado. El elogio que hacían de él era siempre el mismo: «No tiene nada suyo.» Además, le querían, por verle siempre en guerra con los señores de la administración, en defensa de la gente de los talleres. En las oficinas trabajaban muchos amigos de Goicochea, que se aprovechaba, para colocarlos, de su intimidad con el principal. Eran compañeros suyos de las cofradías de Bilbao, piadosos señores que se preocupaban más de los pensamientos de los obreros que de su trabajo, y valiéndose de ciertos espionajes de taller, los tenían sometidos á continua vigilancia, clasificándolos según sus creencias.

Un día el ingeniero había tenido un choque con la administración, al ver



despedido del trabajo, por fútiles pretextos, á un obrero antiguo. Todos los compañeros recordaban que un mes antes su camarada había enterrado civilmente, con gran escándalo de las devotas del pueblo, á un hijo suyo, y acusaban á los \_culebrones\_ de la dirección de una ruina venganza. Los más exaltados gritaban en son de amenaza. ¿Es que después de matarse trabajando, iban á imponerles á cambio del jornal lo que debían pensar? ¿Tendrían que ir con una vela en las procesiones, como ciertos hipócritas que halagaban de este modo á los amos, para procurarse trabajo? Sanabre tuvo una viva discusión en las oficinas y acabó por presentarse á Sánchez Morueta. El millonario, abstraído en sus negocios, ignoraba la vida interna de sus fábricas, y se indignó contra aquellos empleados, que eran excelentes administradores, pero se aprovechaban de las facultades que él les daba, para imponer sus creencias. Él no quería á su sombra más que trabajo. El obrero volvió á ocupar su sitio y toda la gente de los altos hornos agradeció al ingeniero esta victoria.

Si Sánchez Morueta gozaba de algún afecto entre los miles de hombres que le veían pasar como un fantasma por el edificio de la dirección, era un reflejo del cariño que todos sentían por Sanabre. A aquella gente adivinaba la simpatía que el amo profesaba al ingeniero. Mientras don Fernando estuviese al lado del millonario, no había que temer que

entrarse en los altos hornos el espíritu de purificación santurrón que reinaba en otras fábricas. Él defendía los intereses de su principal, procurando que el trabajo marchase bien; pero fuera de los talleres todos quedaban en libertad. No ocurría lo que en las fábricas y las minas de otros ricos de Bilbao, donde bastaba la lectura de ciertos periódicos ó la asistencia á un mitin, para ser despedido con ridículos pretextos. ¿Qué le pediría al amo aquel don Fernando tan bueno y simpático que no se lo concediese?

Y así era: Sánchez Morueta sentía por Sanabre un afecto casi paternal. Encontraba en él algo de aquel hijo, que en vano había esperado en los primeros tiempos de su matrimonio. Hacía ocho años que se había presentado una mañana en su escritorio con una carta de recomendación de un amigo de Madrid. Acababa de terminar su carrera de ingeniero industrial en Barcelona; era pobre y necesitaba vivir, mantener á su madre y sus hermanas que subsistían de una mísera pensión del Estado. Su padre había sido militar; todos los hombres de su familia eran hombres de guerra: la espada pasaba de generación en generación, como instrumento de trabajo, en aquella familia de levantinos. Pero á él no le gustaba la profesión de soldado: se parecía á su madre. Y Sánchez Morueta, examinando al muchacho, reconocía que efectivamente había en él muy poco de aquella estirpe de guerreros. Era delicado, con las manos

finas, la piel lustrosa, de un moreno pálido, los ojos grandes y dulces, tal vez en demasía para un hombre, y una dentadura igual y nítida, sin esa agudeza saliente que revela el instinto de la presa. El bigote, ensortijado con cierta arrogancia, era la única herencia física de sus belicosos antecesores.

El millonario sintió simpatía por el joven desde el primer instante. Tal vez era la fuerza del contraste entre su rudo cuerpo de luchador y la delicadeza de aquel meridional que ocultaba sus energías, su viveza de carácter, bajo un exterior suave de efebo bigotudo «Parece un tenor»--se dijo el millonario al conocerle. Y desde entonces, encariñado con su idea, no oía ópera alguna, sin encontrar en los ojos pintados de los cantantes y en sus movimientos perezosos, algo que le recordaba á su joven ingeniero.

Sanabre no tardó en apoderarse del afecto de su principal. Aquel hombre de pocas palabras era comprendido inmediatamente por el joven. Muchas veces, antes de hablar, salía al encuentro de su pensamiento, lo adivinaba, cumpliendo las órdenes que el millonario aún no había formulado. Además, el ingeniero tenía sus ideas propias, y las comunicaba con una discreción tan suave, que el principal acababa por creerlas suyas.

Cuando Sánchez Morueta le tomó bajo su protección acababa de fundar los

altos hornos. Sanabre entró en el despacho de los ingenieros como un simple agregado, trabajando á las órdenes de un inglés, que había construido los hornos y era un excelente director, hasta media tarde, pues pasada esta hora, el \_whisky\_, bebido en abundancia durante el día, le impulsaba á las mayores extravagancias. Cuando el inglés volvió á su país, Sánchez Morueta miró con sonrisa paternal á su ingenierillo. «Muchacho, ¿te atreverías tú con todo eso?... ¡Vaya si se atrevió! El millonario reconocía que desde que Sanabre estaba al frente de los altos hornos marchaba la explotación con más regularidad, siendo menos frecuentes los conflictos entre la administración y el ejército obrero. Era un excelente engrasador que, apenas notaba un entorpecimiento en la complicada máquina, acudía á remediar la aspereza con su dulzura y sus buenas palabras. A no ser por él, hubieran surgido varias veces en los talleres la protesta y la huelga.

Los de la administración--por exceso de celo y por antipatía instintiva hacia la masa jornalera, que vivía sin acordarse de la religión, hablando á todas horas de sus derechos,--inventaban á cada paso nuevas reglamentaciones para cercenar algunos céntimos de los jornales ó aumentar el trabajo en unos cuantos minutos. Los protegidos de Goicochea hablaban de la necesidad de «velar por los intereses de la casa», y al mismo tiempo, de meter en un puño á aquella gentuza, cada vez más

exigente y respondona. Pero Sanabre estaba allí y servía de intermediario y pacificador. ¿Qué le importaban á un potentado como Sánchez Morueta algunas pesetas menos? Era indigno que por tan poca cosa entrase en guerra con la miseria aquel hijo de la Fortuna.

El millonario aceptaba silenciosamente la opinión de su ingeniero, y renacía la paz, mientras los \_jesuitones de la Dirección\_ (así los designaban en los talleres), sonreían hipócritamente á Sanabre, agradeciéndole las derrotas con felina amabilidad.

Muchos obreros habían notado cierta transformación en la persona y las costumbres del ingeniero director. Vestía con más esmero, y los que estaban habituados á verle en los talleres con boina y zapatos de suela de cáñamo, sin preocuparse del polvo del carbón ni de las chispas del acero, se inquietaban ahora cariñosamente por los trajes nuevos y los sombreros flamantes adquiridos en Bilbao, que paseaba con su antiguo descuido entre las fraguas chisporroteantes y las nubes negras de los cargaderos. Sus cuellos altos, sus corbatas de vivos colores, llamaban la atención de las mujeres que trabajaban en el carbón, pobres seres enflaquecidos por el trabajo y la bebida, que siempre tenían algo que pedir al ingeniero para remedio de su maternidad miserable.

--¡Chicas: nos lo han cambiado!--se decían;--ya no es don Fernando:

parece un señoritingo de los del Arenal. ¿Quién ser á la novia?...

Su instinto de mujeres adivinaba el amor tras la repentina transformación.

Algunas noches le veían los obreros salir en un coche para Portugalete:

de allí pasaba por el puente colgante á Las Arenas.

De alguna de estas excursiones volvía con una flor en la solapa, conservándola varios días, hasta que se secaba. Los trabajadores que tenían más confianza con él, sonreían al sorprender las miradas involuntarias con que acariciaba este adorno de la solapa, mientras pasaba revista á los talleres.

--¿Cuándo es la boda, don Fernando?--le preguntaban .

Y él contestaba con una sonrisa de enamorado, contento de la vida, como si deseara comunicar algo de su felicidad á cuantos le rodeaban. La visión de un jardín, y de una mujer, marchaban ante él por los negros y ruidosos talleres, embelleciéndolo todo como un rayo de sol.

Una tarde de verano, escribía Sanabre en su despacho, junto á una ventana abierta que encuadraba un pedazo de la ría, con dos vapores, un trozo de cielo azul cortado por varias chimeneas y el monte de la orilla opuesta. Un ingeniero belga, joven de pelo rojo, moretado como un niño, y de bigote erizado, trabajaba cerca de él, y en la habitación inmediata

los delineantes dibujaban sobre los tableros, deteniéndose algunas veces para pedir aclaraciones.

Sanabre parecía inquieto; miraba de vez en cuando á sus subordinados con ojos de azoramiento, y al convencerse de que ninguno de ellos se fijaba en él, volvía á escribir, no en los papeles de marca grande que usaba para sus trabajos, sino en un pliego de cartas que el joven ingeniero parecía acariciar con la pluma, trazando las letras con delicadeza de artista.

Más de dos páginas había llenado, cuando alguien dió con el bastón fuertes golpes en la puerta del despacho y una voz conmovió á todo el personal, habituado á la calma casi monástica de aquella oficina.

--A ver, ¿dónde está ese ingenierete?...

Lo primero que vió Sanabre al levantar la cabeza fue el brillo de unos lentes, y al reconocer al doctor Aresti, abandonó su sillón confuso é indeciso, dudando entre salir al encuentro de aquél ú ocultar la carta.

Los empleados, que le conocían vagamente como pariente del principal, volvieron á enfrascarse en su trabajo, mientras Sanabre, todavía atolondrado por la inesperada visita, le ofrecía una silla junto á la ventana.

El doctor explicaba su presencia allí. Había bajado de Gallarta, llamado

por la mujer de un antiguo contratista que ahora vivía en el Desierto.  
Inconvenientes de la popularidad. Aquellas buenas señoras, aunque se trasladasen á Bilbao ó fueran á vivir al otro extremo del mundo, no querían otro médico que el doctor Aresti, obligándolo á ir de un lado á otro como un comisionista de la salud. ¡Maldito carácter que no le permitía negarse á nada! Y mientras venía la hora de coger el último tren de las minas, se había dicho: «Vamos á echar un párrafo con el ingenierito y de paso veré el gran feudo industrial de mi primo....»

Acariciando con amistosas palmadas á Sanabre, le decía con tono malicioso:

--Desde el día del santo de Pepe que no te había visto. Cuántas cosas han pasado desde entonces ¿eh?... Parece que todo va bien.

Aresti tuteaba al ingeniero, sin conseguir que éste le tratase con igual confianza, pues el doctor le inspiraba cierto respeto, á pesar de su carácter comunicativo. Los escudriñadores ojos de Aresti, habituados al examen rápido de todo cuanto le rodeaba, iban rectos á aquella carta que Sanabre pretendía ocultar.

--Eso no será ningún trabajo de ingeniería--dijo en voz baja y con sonrisa burlona.--Me da en la nariz cierto tufillo de noviazgo.... ¡Vaya un modo de velar por los intereses de mi primo, señor ingeniero! Y de



seguro que en esos cajones hay algo más que planos y estudios. Cartitas de amor, con fina letra inglesa y alguna que otra falta de ortografía: tal vez flores secas y amados cintajos. Muy bien, señor ingeniero. Eso es muy propio de la seriedad de una oficina como esta.

Y reía viendo la confusión de Fernando, el cual instintivamente volvía la mirada hacia los cajones de un secretaire inmediato, desconcertado por la certeza con que el doctor lo adivinaba todo. Temió Sanabre que sus subordinados oyeran alguna palabra del doctor: deseaba salir de allí cuanto antes, y se puso de pie invitando á Aresti á seguirle. ¿De veras que no había visto nunca los altos hornos? Pues aquella tarde era de las mejores: había cuela de mineral. Y salió de la oficina seguido por el doctor.

Abajo, en la inmensa llanura de las fundiciones, surcada por vías férreas y cubierta de polvo de carbón, el médico de tuvo á su guía, como si le interesase más hablar con él, que contemplar la riqueza industrial de su primo.

--Vamos á ver, Fernandito--dijo cogiéndolo por un botón de la americana.--Ahora que estamos solos y no hay miedo de que nos oiga tu gente: ¿cómo van esos amores?...

Sanabre se ruborizó, haciendo signos negativos con la cabeza; pero le desconcertaba la mirada del doctor, fija en él con

la tenacidad  
insolente de los miopes.

--¡Pero ingeniero del demonio! No niegues. ¡Si lo s  
é todo!... Vaya por  
descubierta, para que seas franco conmigo. La seman  
a pasada me lo dijo  
el \_Capi\_ cuando vino á cazar \_chimbos\_ á la montañ  
a. Ya sabes que él es  
hombre que calla y lo ve todo. Nada se le escapa de  
lo que ocurre en  
casa de Pepe. Conque dime, ¿cuándo piensas ser mi s  
obrino?

Sanabre se entregó: con aquel hombre no valían disi  
mulos. Además, el  
doctor le había inspirado una gran confianza y sent  
ía el anhelo de todo  
enamorado por comunicar su felicidad. ¿A quién mejo  
r que al bondadoso  
Aresti, que además aparecía ante sus ojos engrandec  
ido por su parentesco  
con Pepita?... La reserva vergonzosa del ingeniero,  
se convirtió en una  
verbosidad atropellada. Quería contar de un golpe t  
oda la historia de  
sus amores: se extrañaba de que Aresti no sintiera  
el mismo entusiasmo  
que él y le escuchase con gesto irónico, que daba á  
su cara una  
expresión de Mefistófeles bondadoso.

¡Ay, qué tarde aquélla, en la que Pepita, paseando  
por su jardín de Las  
Arenas, y aprovechando una corta ausencia de su mad  
re, le había  
contestado afirmativamente! Era la única vez que Sa  
nabre creía haber  
estado ebrio: ebrio de sol, de azul celeste, de ver  
de de los árboles, de  
aquella luz opalina que derramaban sobre el suelo u  
nos ojos bajos y como

avergonzados, al pronunciar el mágico monosílabo. Lo cierto era que al anochecer salió del hotel de Las Arenas tambaleándose, y eso que durante la comida no osó beber más que agua, por el respeto que le infundía Sánchez Morueta. Junto al puente de Vizcaya había vaciado sus bolsillos, derramando un puñado de pesetas entre la chiquillería que miraba con cierto asombro á un señorito, con el sombrero echado atrás, andando á grandes pasos, como un loco. En Portugalete, al tomar el tren, iba de un lado á otro del vagón, con una nerviosidad que inspiraba cierta inquietud á los viajeros, cantando entre dientes todos sus recuerdos musicales que tenían algo de tierno y amoroso, todos los dúos en que el tenor, con la mano sobre el pecho, jura eterna pasión á la tiple. ¡Qué noche, doctor!... Después se había serenado; su felicidad adquirió cierto sosiego, pero aun así, cada día le traía nuevas y profundas emociones. Llegaba á Las Arenas y temblaba al entrar en casa de Sánchez Morueta, como si éste fuese á presentarse iracundo é imponente, señalándole con gesto mudo la puerta. Tenían que librarse de la vigilancia de doña Cristina, para cambiar la carta que llevaba escrita con la que le entregaba Pepita en un rincón del hotel, ó en una revuelta del jardín: y gracias que contaban con el auxilio de Nicanora, la \_a\_ña\_ de su novia, la ama seca que, después de criar á la niña, se había quedado á su lado disputando su influencia, primero á la institutriz, y

ahora á las doncellas y demás servidumbre femenina de la casa.

Sanabre hablaba conmovido de la ansiedad con que aguardaba las cartas de Pepita; cómo las leía y releía; cuántas veces en mitad de su visita á los talleres, acometía su recuerdo la duda de una palabra, la sospecha de que tal párrafo envolvía cierta frialdad, y volaba de nuevo á su despacho, para deshacer el paquete amoroso, examinando atentamente la letra amada, como un jeroglífico que ocultaba su felicidad. Él no había creído nunca que pudiera amarse tan intensamente. Había conocido á Pepita con la falda corta y el pelo suelto, cuando jugaba en el jardín, bajo la mirada de acero de una inglesa huesuda, que al más leve descuido gritaba como un loro arisco: «¡Miss!...» ¿Quién le hubiera dicho entonces que se había de enamorar de aquella chiquilla? ¿Porque él estaba loco por Pepita, realmente loco, querido doctor!

Y Aresti, sonreía con cierta compasión ante las cosas fútiles que constituyen los grandes acontecimientos para los enamorados, ante las inquietudes y tristezas en que les sumen una palabra, la falta de una sonrisa, cualquier circunstancia que pasa inadvertida en la existencia vulgar.

--Es esta tu primera novia, ¿verdad?--dijo Aresti.--Ya se conoce: todos hemos pasado por eso. Es el sarampión de la juventud. Un signo de fuerza

y de vida. El que no lo sufre es que lleva el alma muerta. Sigue, hijo, sigue.

La única tristeza de Sanabre era la consideración de la gran desigualdad de fortuna entre él y su novia. ¿Qué diría su principal cuando se enterase? Le creería un aventurero que intentaba apoderarse de su inmensa riqueza. En aquella tierra donde se casaban las fortunas y era para muchos la única carrera un buen matrimonio, ¿qué pensarían de un ingeniero pobre que ponía los ojos nada menos que en la hija de Sánchez Morueta?...

Fernando miraba al doctor como si quisiera adivinar su pensamiento. ¿No creería él también que le guiaba el deseo de conquistar de un golpe la riqueza? Esta duda le entristecía. Él amaba a Pepita... porque sí. ¿Quién sabe por qué se quiere?... Tal vez, porque en aquella vida de Bilbao, huraña y de escaso trato social, en la que hombres y mujeres vivían separados, era Pepita la única joven con la que había tenido algún trato, y el amor, que no piensa en diferencias sociales, ni conoce otros obstáculos que los de la naturaleza, le había sorprendido, inflamando sus treinta años, la edad de las grandes pasiones. ¡Ay! ¡Cómo deseaba que ella fuese una pobre que al entregarse a él, le agradeciera no sólo su amor sino su trabajo! ¡Qué! ¿no le creía el doctor?...

--Te creo, muchacho--dijo Aresti--Claro es que no t

e sabrá mal ser yerno  
de un millonario; pero esto es miel sobre hojuelas  
y aquí las hojuelas  
son tu amor. Tú eres de otra raza; tú vienes de abajo, del Sur, de un  
país de sol y de cielo azul, donde la dulzura de la  
vida hace pensar  
menos en el dinero, y se mata por amor, y, se quiere tanto á la mujer...  
¡tanto! que á veces se la da de puñaladas para tirarse luego del pelo  
ante su cadáver. Sois unos animales más vehementes,  
más complicados é  
interesantes que los de aquí. Tengo la certeza de que si esto sigue, aún  
te verán alguna noche con una guitarra, en Las Arenas, cantando  
serenatas ante la ventana de mi sobrina.

Aresti, por no molestar al ingeniero, cambió de tono y le habló con  
gravedad. Podía prepararse á sufrir disgustos. Aquello no sabía él cómo  
podía acabar; lo más probable era que terminase de mal modo.

--Lo sé--dijo Sanabre con tristeza.--Temo al principal cuando se entere.  
Se indignará, sin que le falte razón para ello.

--Mi primo es el menos temible. No tiene opinión formada sobre el  
porvenir de su hija. Tal vez le parezca excelente la idea de que tú, que  
eres un trabajador, continúes su obra. Hay que esperar siempre algo  
bueno de su carácter.... ¡Otros son los que debes temer!

Y hablaban de su prima, la «antipáticamente virtuosa» como él la  
llamaba: aquella Cristina que se creía postergada p

or haberse unido á  
Sánchez Morueta á pesar de que éste le trajo la fortuna. ¿Qué iba á  
decir ahora, en plena riqueza, ante la posibilidad de emparentar con un  
empleado de su casa? Ella sólo apreciaba dos cualidades, como las únicas  
respetables en el mundo: una gran fortuna ó un nombre histórico,  
relacionado con las glorias del país vasco y de la religión....

--Además, ingeniero de Dios--continuó el doctor:--tienes que luchar con  
Fermín Urquiola, que también parece que anda tras de la chica, no sé si  
por impulso propio ó empujado por la madre.

Aquí se irguió Sanabre con el orgullo del hombre que es preferido.  
A ese no le tenía miedo. Estaba seguro de que inspiraba á Pepita una  
aversión irresistible: bastaba ver con qué desprecio le trataba. Aquellas  
niñas criadas junto á las faldas de sus madres, conocían todo lo que  
pasaba en la villa. Al estar juntas, chismorreaban como novicias en  
asiento, que se enteran con curiosidad femenil de lo que ocurre más allá  
de las rejas. Pepita conocía la vida de aquel señorito, mezcla de matón  
clerical y de calavera rústico, que pasaba las noches en las casas del  
barrio de San Francisco y había sido conducido varias veces al juzgado  
por borracheras tumultuosas. No, á ese no podía que rerlo Pepita: lo  
despreciaba á pesar de que la perseguía en las visitas, extremando con  
ella su cortesía empalagosa copiada de los padres de la Compañía. Se

retiraba de él con cierta impresión de asco: como si la pudiera manchar con impuros contagios, á los que ella, en su inocencia, daba formas monstruosas.

--Y de mi sobrina ¿estás muy seguro?--preguntó el doctor fríamente, con forzada indiferencia, como si no quisiera alarmar al joven.

Sanabre sentía la ciega convicción de todo amante. Sí: estaba seguro de que le amaba: ¿Por qué le había de engañar, halagando sus ilusiones? El ingeniero no comprendía la pregunta del doctor.

--Es que sois de diversa raza--continuó Aresti--Tal vez me engañe, pero ¡qué quieres!; desde aquí, sin haber leído vuestras cartas, sin haberos escuchado, apostaríá algo á que, de los dos, tú eres el que quieres más y mejor.

Sanabre quedó silencioso un momento. Parecía asombrado, como si de repente se abriese en su pensamiento una gran ventana por la que veía algo nuevo. Acudían de golpe á su memoria hechos olvidados, palabras en las que no había puesto atención, mil insignificancias que parecían removidas por las palabras del doctor. Tal vez estaba éste en lo cierto. Pepita no parecía tomar el amor con el mismo apasionamiento que él. Era un incidente que alegraba su vida dándole nuevos deseos, pero sin llegar á turbarla profundamente. Mas el ansia de ser amado, de engañarse con dulces ilusiones, el egoísmo varonil, inclinado sie



mpre á creer en una predilección en favor suyo, se sublevaron en Fernando.

--No, doctor: me quiere. Tengo pruebas.

Y las pruebas eran el fajo de cartas que estaba arriba, entre planos y cuadernos de cálculos; hojas de papel satinado, de suave color de rosa, en las que Pepita juraba quererlo «más que á su vida» y terminaba invariablemente «tuya hasta la muerte.» Para Sanabre, estos juramentos eran más solemnes é inconmovibles que las sentencias de un tribunal.

--Pues si ella te quiere--dijo el doctor--¡adelante, muchacho! y á ver cuándo te llamo sobrino.

Sintiendo cierta conmiseración por su optimismo, intentó animarle, disminuyendo los obstáculos ante los cuales se aterraba Fernando. Al padre, á pesar de sus barbas y su entrecejo de gigante, no había que tenerle gran miedo. Era cuestión de que el descubrimiento le pillase de buen talante. Aún pasaría tiempo antes de que se enterase, preocupado como estaba por los nuevos negocios que le obligaban á trasladarse á Madrid todos los meses. Además: él sabía lo que era el amor (¡vaya si lo sabía!) y no era hombre que de buenas á primeras se indignase contra un joven, porque no había sabido resistirse á las inclinaciones de su corazón. Quedaban otros enemigos, y además la malicia de la gente, que creería cálculo lo que era amor.... Pero ¡qué demon

io! un ingeniero no  
era una cosa cualquiera. Justamente, figuraba como  
eterno personaje,  
desde hacía años, en las novelas y los dramas. Al s  
alir sobre las tablas  
ó en el primer capítulo un protagonista joven, nobl  
e, arrogante, que  
sólo abría la boca para decir cosas hermosas y \_pro  
fundas\_, ya se sabía,  
era un ingeniero.

--Lo malo--añadió Aresti, recobrado su tono irónico  
--es que en este  
Bilbao todo es diferente del resto del mundo. El in  
geniero priva en  
otros países como un primer galán del porvenir; per  
o aquí, ¡hijo mío!,  
el héroe de moda, el que arrambla con todo, es el a  
bogado salido de  
Deusto.

Y antes de que Sanabre volviera á hablar de su amor  
, el médico añadió,  
cogiéndole de un brazo:

--Vaya; enséñame todo eso. Piensa que aún tengo que  
ir á Gallarta.

Avanzaron por la llanura negra y rojiza, cubierta d  
e polvo de hulla y de  
residuos de mineral. A cada paso tropezaban con rie  
les que formaban una  
complicada telaraña de vías férreas. Sanabre enumer  
aba todos los medios  
de comunicación que convertían el establecimiento e  
n una red complicada,  
con numerosas agujas y plataformas movibles, para l  
os cambios de vía.  
Tenían un ferrocarril directo á las minas; otro par  
a las mercancías, que  
empalmaba con la vecina estación; vías para los emb  
arcaderos, vías para

comunicar unos talleres con otros: total, muchos kilómetros de rieles que se entrecruzaban en un espacio relativamente reducido. En algunos puntos, al encontrarse las vías, se tendían unas sobre terraplenes y otras pasaban por debajo, al través de pequeños túneles. El espacio estaba cruzado por los hilos del alumbrado y los teléfonos, y los cables de los tranvías aéreos. Entre esta red de acero alzábanse numerosos postes, con sus faros eléctricos semejantes á lunas apagadas. Los guardas paseaban por las vías con la carabina pendiente del hombro y el paraguas cerrado bajo del brazo, vigilando las vallas ó las orillas de la ría por donde se colaban los merodeadores en busca de la \_chatarra\_, acero viejo, piezas de máquinas desmontadas ó rollos de alambre, que vendían en los baratillos de Bilbao. La ría--según decía el capitán Iriondo--era peor que una carretera antigua. Así que cerraba la noche, una turba de merodeadores saqueaba las orillas, llevándose todo lo que estaba suelto en barcas y edificios.

El ingeniero mostraba con orgullo la gran sala de los motores, que aprovechaban el gas de la hulla, al que antes no se daba aplicación. Aquello era obra suya y proporcionaba á la casa, sin nuevos gastos, una fuerza de más de dos mil caballos. Después venían los hornos para hacer el cok, que extraían del carbón, el alquitrán y el amoníaco.

Luego pasaron por el desembarcadero de la hulla. Un

vapor de la casa  
estaba atracado á la riba, tan hondo por el descens  
o de la marea, que  
sólo se le veían la chimenea y los mástiles. En aqu  
élla destacábanse  
pintadas de rojo las enormes iniciales entrelazadas  
de Sánchez Morueta.  
La grúa del descargador avanzaba su inmenso brazo d  
e hierro sobre el  
agua. El tanque, que contenía una tonelada de combu  
stible, salía de las  
entrañas del barco, se remontaba hasta la punta del  
puente aéreo y,  
deslizándose con incesante chirrido, entraba tierra  
adentro para vomitar  
su contenido en una de las varias montañas de hulla  
que se interponían  
entre aquella parte del establecimiento y la ría. O  
tro vapor con bandera  
inglesa, estaba inmóvil, un poco más allá, hundido  
hasta la línea de  
flotación, esperando su turno para descargar.

--Consumimos mil toneladas diarias--decía el ingeni  
ero con  
orgullo.--Necesitamos más de un barco cada veinticu  
atro horas.

Después, enseñó al doctor el triturador del carbón,  
donde trabajaban las  
mujeres entre una nube de polvillo que las cubría l  
a cara, dándolas un  
aspecto de grotesca miseria, con la boca llorosa y  
los ojos enrojecidos,  
en medio de su máscara negra.

Los grandes talleres, para la reparación de las maq  
uinarias de la casa y  
construcción de máquinas nuevas, puentes y hasta ba  
rcos, no atraieron la  
curiosidad del doctor.

--Conozco esto--dijo Aresti.--Lo he visto muchas veces fuera de aquí. Lo que á mí me interesa es la especialidad de la casa, la base de vuestra industria: ver como se convierte el mineral en acero. Y señalaba los altos hornos, las robustas torres gemelas, unidas por el ascensor que subía hasta sus bocas las cargas de mineral y de combustible. Un calor de volcán envolvió á los dos hombres al aproximarse á los altos hornos. Marchaban por plataformas de tierra refractaria, surcadas con una regularidad geométrica por pequeñas zanjás que servían de moldes al mineral en fusión. Por este cuadriculado del suelo corría el hierro líquido al salir de los hornos, tomando la forma de lingotes. La tierra ardía, obligando al doctor á mover continuamente los pies. Los gruesos muros de los hornos irradiaban un calor sofocante que abrasaba la piel. El ingeniero, habituado á esta temperatura, describía con gran calma la función de los altos hornos.

Cada uno de ellos quedaba cargado con tres mil kilos de mineral, mil quinientos de cok y quinientos de caliza. La carga entraba por arriba en los tubos gigantes, y lentamente, en el incendio de sus entrañas, formábase el metal que descendía por su peso hasta salir por la base de las torres. Día y noche ardían los altos hornos: el enfriamiento era su muerte. Calentarlos y ponerlos en disposición de funcionar, costaba una fortuna. Si se apagaban había que derribarlos y hacerlos nuevos: asunto

de medio millón.

Un descuido en el trabajo, una huelga, podía costar la existencia á aquellos gigantes de la industria, que sólo vivían ardiendo y tragando combustible á todas horas. Cuando surgía una huelga en la montaña y los ferrocarriles paralizados no acarreaban mineral, había que echarles carbón lo mismo que si funcionasen. Aquellos enormes tubos de piedra, con su aspecto de grosera pesadez, eran delicados como juguetes de la industria, y podían inutilizarse al menor descuido.

Mientras el ingeniero detallaba sus explicaciones, el médico, asombrado por la enorme mole de las dos torres ardientes que parecían servir de pilares al firmamento, pensaba en el culto del fuego, en la adoración de las razas antiguas al gran elemento creador y destructor, en los ídolos ígneos que cocían dentro de su vientre, en repugnante holocausto, las víctimas humanas.

--Ahora van á sangrar--dijo Sanabre, señalando á un obrero viejo que hurgaba con una palanca en la boca del horno cubierta de tierra refractaria.

Se abrió un pequeño agujero en la base de una de las torres y apareció un punto de luz deslumbradora, una estrella roja de agudos rayos que herían la vista. Se fué agrandando, y un arroyo rojo oscuro, como de sangre de toro, corrió por la tierra con un chispor

roteo ruidoso.

--¿Eso es el hierro?--preguntó Aresti.

--No: es escoria. El hierro vendrá después.

El médico respiraba con dificultad. La tarde de primavera era calurosa.

Al lado de aquellos infiernos de la industria, la vida era imposible. Se enrojecían los ojos; parecía que las pestañas iban á consumirse, secábase la piel sintiéndose en cada poro una aguja ardiente, y los pies movíanse inquietos, agitando las caldeadas suelas de los zapatos.

Aresti admiraba á los trabajadores, que estaban allí como en su casa, habituados á una temperatura asfixiante, moviéndose como salamandras entre arroyos de fuego, enjutos, ennegrecidos cual momias, como si el incendio hubiese absorbido sus músculos, dejándoles el esqueleto y la piel. Iban casi desnudos, con largos mandiles de cuero sobre el cuerpo cobrizo, como esclavos egipcios ocupados en un rito misterioso. El calor les hacía exponer sus miembros al chisporroteo del hierro, que volaba en partículas de ardiente arañazo. Algunos mostraban las cicatrices de horrorosas quemaduras.

Sanabre señaló la boca del horno. Iba á comenzar la colada. No era una estrella lo que se abría en la tierra refractaria: era una gran hostia de fuego, un sol de color de cereza, con ondulaciones verdes, que abrasaba los ojos hasta cegarlos. El hierro descend

ía por la canal,  
esparciéndose en espesa ondulación en las cuadrículas del suelo. Aresti  
creyó morir de asfixia. El chisporroteo del metal al  
ponerse en contacto  
con la atmósfera, poblaba el espacio de puntos de luz,  
de llamas rotas  
en infinitos fragmentos. Eran mariposas azules y doradas  
que  
revoloteaban vertiginosamente con alas de vibrantes  
puntas; mosquitos  
verdosos que zumbaban un instante, desvaneciéndose  
para dejar paso á  
otros y otros, en interminable enjambre. El hierro  
era de un rosa  
intenso al salir del horno con ruidosas gárgaras; rodaba  
por las canales  
con la torpeza del barro, enrojeciéndose como sangre  
coagulada, y al  
quedar inmóvil en los moldes, se cubría de un polvo  
blanco, la escarcha  
del enfriamiento.

El médico no podía seguir junto al horno, y tiraba  
de Sanabre.

--Vámonos, ingeniero del demonio. Esto es para morir.

Aun vieron como, cambiando de dirección la canal del  
horno, arrojaba su  
chorro de fuego sobre un gran tanque montado en una  
vagoneta. Era el  
caldo para los convertidores. Aquel mineral iba directamente  
á  
transformarse en acero. Silbó la locomotora, pequeña  
como un juguete,  
salió á toda velocidad por debajo de los cobertizos  
inmediatos,  
arrastrando el enorme tanque, en cuyos bordes se agitaba  
el líquido  
rojo, siguiendo el traqueteo de las ruedas.



Aresti, casi cegado por tanto resplandor, tomó la mano del ingeniero.

--¡Guíame, Virgilio!--dijo riendo.--Yo voy como el poeta de los infiernos: cuida de que no nos quememos.

Y avanzaba por la plataforma inmediata á los altos hornos, saltando los arroyos de metal en ebullición. Cada vez que pasaba por encima de una de las zanjás, una bocanada de fuego subía por sus piernas hasta la cruz de los pantalones.

--¡Por fin!... Aquí se respira--dijo el doctor al descender de la meseta donde sangraba el mineral, poniendo los pies en tierra firme.

Pasó un buen rato limpiándose el sudor y haciéndose aire con el pañuelo.

--Parece mentira, Fernandito--dijo con su acento zumbón--que viviendo aquí tengas ánimo para pensar en amores. Yo soñaría con un botijo grande, inmenso cual una de esas torres, lleno de agua fresca como la nieve.

--Pues aún nos queda por ver otro infierno: sólo que este es más \_pintoresco\_.

Y el ingeniero guió al doctor hacia el taller de los convertidores. Eran enormes campanas colocadas casi al ras de la techumbre, en espacios abiertos, para que esparciesen sus chorros de chispas. Los encargados de

voltearlas cuando lo exigían las operaciones de la carga, llegaban hasta ellas por unas pasarelas de acero.

Sanabre se entusiasmaba hablando del convertidor de Bessemer; el gran descubrimiento industrial que había abaratado el acero, enriqueciendo á Bilbao al mismo tiempo, pues exigía minerales sin fósforo, como los de las montañas vizcaínas. Antes del invento, el acero se fabricaba en los hornos antiguos por medio del puldeo, un procedimiento más lento y más caro; pero ahora todo el metal para vías férreas, que era el de más salida, lo fabricaban con rapidez vertiginosa. Y el ingeniero describía, con un arrobamiento de devoto, las funciones del admirable convertidor, que simplificaba la industria. El hierro era purificado dentro de él por una gigantesca corriente de aire que inutilizaba el carbono, el silicio y el manganeso: así se formaba el acero. No era de clase tan superior como el Siemens, por ejemplo, pero servía perfectamente para los rieles de los caminos de hierro; la gran necesidad de la vida moderna.

Aresti apenas le oía, aturdido como estaba por la grandeza del espectáculo. Era un rugido inmenso que conmovía la techumbre del taller, y hacía temblar la tierra: un escape de fuerzas y de fuego por la boca del convertidor, á impulsos de la corriente de aire comprimido que venía del vecino edificio, donde estaban las grandes máquinas inyectoras. El metal en ebullición arrojaba por la boca superior d

e la campana un  
torbellino de chispas, un ramillete de fuego. ¡Pero  
qué chispas! ¡qué  
fuego! Era aquello tan grande, tan inconmensurable,  
que Aresti  
recordaba, como un juego sin importancia, la salida  
del metal de los  
altos hornos.

Soplaba la campana su ensordecedor rugido y subía r  
ecto por el espacio  
un surtidor que se abría en lo alto como una palmer  
a roja, esparciendo  
plumas de luz, hojas azules, anaranjadas, de un ros  
a blanquecino,  
descendiendo después para apagarse antes de llegar  
al suelo. De vez en  
cuando, la campana era volteada por ocultos obreros  
, y se cerraba su  
chorro luminoso; pero de nuevo tornaba el cono haci  
a arriba y surgía el  
chorro con mayor rugido, con tonos azulados que iba  
n pasando por todos  
los colores del iris. Fuera del taller aún era de d  
ía. El sol, en el  
ocaso, iluminaba el suelo, más allá de los cobertiz  
os; pero los ojos,  
deslumbrados por este resplandor de incendio, lo ve  
ían todo negro, como  
si hubiese llegado la noche.

El acero líquido caía en moldes de forma cónica. Un  
a grúa movía los  
moldes, volteándolos cuando el acero se solidificab  
a; y aparecía el  
lingote cónico, en forma de pan de azúcar, de un bl  
anco rosa, como si  
fuese de hielo con una luz interior, esparciéndose  
las cenizas de su  
enfriamiento al abandonar la envoltura. Cada lingot  
e era depositado en  
un carrito, del que tiraban dos obreros, y avanzaba

lentamente hacia los  
hornos de laminación, solemnemente luminoso, de un  
brillo divino, como  
si fuese un ídolo arrastrado por sus fieles.

Aresti ya no sentía el asfixiante calor. Le entusiasma-  
ba la original  
belleza del espectáculo. Allí quería ver él á ciertas  
gentes que sólo  
aspiraban la poesía en el polvo de lo antiguo, negan-  
do toda sensación  
artística á los descubrimientos modernos. Ningún po-  
eta había dado una  
impresión de grandeza como la que se experimentaba  
ante aquel invento  
industrial. El infierno imaginado por el vate flore-  
ntino resultaba un  
juego de chicuelos. No era preciso emprender un lar-  
go viaje para admirar  
el Vesubio. ¿Qué volcán más hermoso que aquél? Los  
hombres, al amparo de  
la ciencia, hacían poesía sin saberlo; la poesía vi-  
ril, la de las  
fuerzas de la naturaleza.

Y así seguía el doctor, desbordando su admiración e  
n entusiásticas  
palabras ante el mugidor ramillete de fuego. La vis-  
ta de los obreros que  
manejaban los bloques incandescentes y los arrastra-  
ban fuera del taller,  
pareció volverle á la realidad. Saltaban en torno d  
e ellos las moléculas  
del acero ígneo, como moscardones de mortal picadur  
a. Llevaban los pies  
cubiertos de trapos, y tenían que sacudirlos con fr  
e cuencia para  
librarse de las mordeduras del metal. Pasaban por e  
ntre los lingotes al  
rojo blanco con la tranquilidad de la costumbre. El  
más ligero roce con  
aquellos infernales panes de azúcar, convertía inst

antáneamente la carne  
en humo, dejando el hueso al descubierto. Podían ma-  
tar á un hombre con  
su contacto, sin dejar en el ambiente más que un le-  
ve hedor de  
chamusquina, un poco de vapor: después, nada.... Y  
los conos diabólicos  
atraían con su luz y su blancura, confundiendo las  
distancias, como si  
gozasen de movimiento y vida y se metieran ellos mi-  
smos carne adentro,  
evaporándola.

Aresti pasó al taller de laminar: iba atolondrado p-  
or el ruido y el  
calor. Había perdido el instinto de la conservación  
en aquel mundo de  
incendios y de fuerzas ensordecedoras. Sentía capri-  
chos de niño, una  
tendencia á acariciar aquellos bloques tan refulgen-  
tes, tan bonitos, con  
su blancura sonrosada, que podían comerse su mano c-  
on sólo el roce.

Pasaban los lingotes por un nuevo calentamiento en  
los hornos y al  
salir de ellos caían en el tren de laminar, una ser-  
ie de cilindros que  
los torturaban, los aplastaban, adelgazándolos en i-  
nfinita prolongación.  
Los obreros, casi desnudos, con enormes tenazas, ma-  
nejaban y volteaban  
los lingotes por entre los cilindros, que se movían  
lentamente. La masa  
de acero enrojecida, pasaba arrastrándose junto á s-  
us pies, como una  
bestia traidora. Marchaba hacia ellos queriendo lam-  
erlos con su lengua  
de muerte, pero en el momento en que iba á tocarles  
, un hábil golpe de  
las tenazas la arrojaba entre los cilindros de dond-  
e salía por el

extremo opuesto, para volver á entrar, siempre cambiando de forma.

Avanzaba el lingote desde la boca del horno cabeceando, como un animal rojo, ventrudo y torpe; lanzaba un rugido al sentirse agarrado y surgía por el lado opuesto convertido en una viga de fuego, corta y encorvada: y en sucesivos pases adelgazábase, se estiraba con ruidosos quejidos, como protestando de la dolorosa dislocación, hasta que, por fin, no era más que una cinta incandescente que tomaba la forma del riel.

El médico, una vez satisfecha su curiosidad, miraba á los obreros negros y recocidos por aquella temperatura de infierno, atolondrados por el ruido ensordecedor, sudando copiosamente, teniendo que remover pesadísimas masas en una atmósfera que apenas permitía la respiración. Aresti comprendía ahora la injusticia con que había censurado muchas veces el alcoholismo de aquellas pobres gentes. Pensaba en lo que haría él, de verse condenado por la fatalidad social á aquella labor que embotaba los sentidos y parecía evaporar el cerebro en un ambiente de fuego. Una sed eterna, semejante á la de los condenados, martirizaba á aquellos infelices. ¡Qué otro placer al salir de allí, que la paz y la sombra de la taberna, con el vaso delante que daba una alegría momentánea, engañando al hombre con ficticias fuerzas para seguir aquella vida de salamandra!...

El médico pasó de largo ante los hornos de puldeo,

y al salir al aire  
libre se detuvo jadeante, con la curiosidad hartos  
atisfechos. A lo lejos  
veíanse ondular como lombrices rojas, bajo extensos  
cobertizos,  
interminables cintas de acero. Allí estaba la fabri-  
cación del alambre.  
El ingeniero hablaba de lo \_curiosa\_ que era esta ma-  
nipulación, pero  
Aresti no quiso seguirle.

--Ya he visto bastante--dijo con acento de cansancio.  
--Esto es un gran  
espectáculo... para el invierno.

Allí, á cielo raso, oyendo de lejos el estrépito de  
las máquinas, viendo  
cruzado el espacio por las columnas de humo de las  
chimeneas, gozaban  
los dos de la frescura del crepúsculo.

--Es una vida dura--dijo el doctor, que seguía pen-  
sando en los obreros  
del fuego.--Me dirán que este trabajo horrible es una  
consecuencia de  
los progresos de la industria y que hay que res-  
petarlo en bien de la  
civilización. Conforme: pero el infeliz que ha de ga-  
narse el pan de este  
modo, bien puede quejarse de su perra suerte, si es  
que le queda cerebro  
para pensar.... ¡Y aun se extrañan algunos de que es-  
ta pobre gente no se  
muestre contenta, y crea que el mundo está mal ar-  
reglado y no es un  
modelo de dulzura!

Sanabre aprobaba las palabras del doctor. Él, podía  
apreciar á todas  
horas la dureza de aquel trabajo, sentía una comi-  
seración infinita por  
los obreros, cerrando los ojos ante sus defectos. É

l era \_algo  
socialista\_; pero sólo con el doctor Aresti se atre  
vía á hacer tal  
confesión.

--Lo más amargo de la miseria de estas gentes--dijo  
el médico--no  
consiste sólo en las privaciones que sufren y la ru  
deza con que ganan el  
pan. Está en el ambiente desmoralizador que les rod  
ea.

Y Aresti describía el sufrimiento psicológico que h  
abía sorprendido en  
todo ejército obrero acantonado en torno de Bilbao,  
en las minas y las  
fábricas. Los peones de las canteras vivían como be  
stias, ¿pero acaso  
comían y dormían mejor los labriegos del interior d  
e España? Para  
muchos, la vida de las minas hasta constituía un me  
joramiento de su  
bienestar, comparada con la existencia mísera de be  
stias desamparadas  
que llevaban en sus terruños los años de sequía y m  
ala cosecha. En las  
fábricas eran los jornales superiores á los del res  
to de la península y  
no se sufrían los grandes paros á que se veía oblig  
ada la industria  
pobre y vacilante de otras ciudades. Y sin embargo,  
en las minas y en  
las fábricas todo el que trabajaba sentía un sordo  
rencor, una ira  
reconcentrada, un anhelo irritado de justicia, como  
si á todas horas  
fuesen víctimas de un robo audaz, de un despojo inh  
umano. Era el  
malestar moral, la protesta contra los caprichos de  
la Fortuna que  
acababa de pasar por allí, á la vista de todos, toc  
ando á algunos y



volviendo la espalda á los demás.

El explotador de la mina había sido jornalero al lado de muchos que ahora eran sus peones; al dueño de la fábrica lo habían conocido los trabajadores casi tan pobre como ellos. Las riquezas eran recientes; las habían visto formarse los mismos que sufrían su servidumbre. El bracero que en su país miraba con tradicional respeto á los que eran dueños de la tierra por el nacimiento y la herencia, se revolvió aquí con audacia revolucionaria contra el compañero enriquecido. El obrero industrial, habituado á sufrir en otras partes la tiranía de las sociedades anónimas, monstruos acéfalos de la industria, irritábase á cada momento contra el gran patrono de reciente formación.

Todos habían presenciado el despertar de la riqueza; habían tomado parte en él; era cosa suya; y más que la miseria, les atormentaba el sufrimiento moral de la desigualdad, la decepción de haber vivido en medio de una racha loca de la Suerte sin aprovecharse de ella. Era el malestar de todas las aglomeraciones humanas de formación reciente; de las ciudades nuevas y las comarcas mineras que empiezan su vida; la comparación eterna entre la propia miseria y la fortuna loca y caprichosa que empuja á los otros; la convicción del fracaso, más viva y dolorosa, ante las rápidas elevaciones presenciadas todos los días, la tristeza por el bien ajeno, que amarga el pan, agria el vino y hace

soñar en venganzas colectivas, viendo un robo en cada paso hacia adelante que da el afortunado.

El ingeniero reconocía la certeza de las observaciones del doctor. La situación de aquella gente era mala: su mejoramiento con las huelgas y los aumentos de jornal, era de un efecto momentáneo. Él creía, como Aresti, que aquel malestar sólo tenía un arreglo; cambiar la organización del mundo y proclamar la Justicia Social como única religión y única ley, suprimiendo la caridad que no es más que una hipocresía que coloca la máscara de la dulzura sobre las crueldades del presente. Pero aparte del malestar general que reinaba en todo el mundo, reconocía también aquel otro especialísimo descubrimiento por el doctor; el de los despechados, que veían enriquecerse á sus compañeros de miseria, ascender velozmente, mientras ellos continuaban en la miseria.

Los dos hombres iban con lento paso hacia la puerta de salida, en la penumbra del crepúsculo, á través de las líneas férreas, subiendo y bajando los terraplenes del inmenso establecimiento industrial.

--Lo que me irrita--dijo el doctor--en todas estas grandes fortunas que se forman de la noche á la mañana, es su ineficacia, su infecundidad para el bien de las gentes. Ya sabes que yo soy enemigo de la riqueza individual, pero, ¡qué demonio! hay que reconocer que en otros países

hace algún bien y sirve para algo. En los Estados Unidos, por ejemplo, esos tíos que atraen el dinero á sus manos, con una buena suerte escandalosa é indecente, y que mueren dejando centenaes de millones, tienen, al menos, la discreción de hacerse perdonar con obras útiles. El uno funda una universidad, el otro un museo, el de más allá una biblioteca; todos dejan algo que sirve para la emancipación y perfeccionamiento de aquellos á quienes explotaron durante su vida. Pero aquí el rico se guarda el dinero y cuando siente la comezón de perpetuar su nombre, construye un convento ó funda una capilla. Si se preocupa del porvenir es para que en lo futuro continúe la imbecilidad del presente.... Ya sabes cómo defino yo al rico de esta tierra, con gran escándalo del vulgo, que me cree loco. «Un señor que pasa su vida haciendo al obrero toda clase de charranadas para llevar mucho dinero á su mujer... y que su mujer se lo dé al jesuíta....» Aún quedan algunos potentados como mi primo que se defienden: pero, créeme: si aquí no viene una revolución, esto será otro Paraguay: aquí todos trabajamos, sin saberlo, para el jesuíta.

Estaban cerca de la puerta, cuando Aresti se detuvo para protestar de nuevo contra su tierra.

--Además, me indignaba la tristeza de este país. Cuando Bilbao era una villa comercial y de obscura vida, tengo la certeza de que la gente se

divertía mejor. Ahora, con la riqueza, es un convento. En el mundo todos se alegran cuando la fortuna les entra por las puertas. Las ciudades mineras, con su aglomeración de gentes diversas y sus fortunas improvisadas son, como los puertos famosos, grandes centros internacionales de diversiones, de vida atropellada y alegre. Hasta los bandoleros celebran francachelas cuando acaban de dar un buen golpe.... Por aquí ha pasado la Fortuna y, sin embargo, vivimos en perpetua Cuaresma; llevamos la tristeza en el alma, como aquellos señores vestidos de negro del tiempo de los Austrias.

El ingeniero, escuchándole, veía el cuadro de la villa, aburrida sobre el montón de sus riquezas, bostezando con tedio monacal en medio de una prosperidad loca. Los ricos aumentaban su fortuna, sin otro goce que el de la posesión; adornando sus casas con un lujo que nadie había de admirar, pues el retraimiento de la raza y los escrúpulos religiosos se oponían á las fiestas de sociedad.

Aresti tronaba contra la vida de las gentes opulentas. Viajaban por Europa como viajan las maletas, insensibles y sin enterarse de nada, y al volver á Bilbao, seguían su vida de escrúpulos y nimiedades. Si alguna vez se reunían en un salón las grandes familias, quedaban las jóvenes á un lado y los muchachos á otro, mirándose de lejos, como si la alegría expansiva de la juventud fuese un delito y el amor una

monstruosidad. Tal vez en este aislamiento huraño,  
\_guardador de la  
inocencia\_, les ocurría lo que á ciertos escritores  
de la Iglesia que,  
atenaceados por la castidad, describían placeres in  
auditos, aberraciones  
monstruosas que nunca habían existido, abriendo con  
esto nuevos  
horizontes á la desmoralización.

¿De qué le servía á la villa ser tan hermosa? El do  
ctor hablaba con  
entusiasmo de la belleza material y moderna de Bilb  
ao: su ría bordeada  
de fábricas y docks, que parece un trozo del Támesis  
; sus altos palacios  
blancos del ensanche, su muchedumbre atareada que l  
lena á todas horas el  
puente del Arenal. ¡Magnífica jaula! Pero los pájar  
os mudos, con la  
cabeza caída, tristes.

--Esto es hermoso, Fernando, pero con la belleza de  
un cementerio bien  
cuidado. Falta la alegría, falta el alma de un pueb  
lo libre, que cuando  
termina el trabajo quiere entregarse á la vida. Muy  
bonitas esas calles  
nuevas con sus inmensas aceras; pero les falta algo  
para ser calles de  
ciudad: debían circular por sus aceras unas cuantas  
docenas de  
\_cocottes\_ elegantes y hermosas; vendedoras de amor  
, que con cierto arte  
educasen á esa juventud habituada á la vida unisexu  
al de Deusto y de la  
cofradía de San Luis.

El ingeniero protestó, con el rubor del enamorado q  
ue vive en plena  
idealidad.

--¡Pero, don Luis!; usted propone cosas... enormes.

Aresti pareció irritarse. Lo que él proclamaba era la vida, la juventud, el amor, tal como los concebía. Respetaba la virtud, pero no consideraba necesario que tuviese gesto de vinagre y piel de esparto. Además, porque la mercenaria del amor, de aspecto tolerable, estuviese desterrada de las calles, ¿resultaba acaso la villa una población de costumbres

virtuosas? Con la vida y sus instintos no se juega. Si la entorpecen su curso en nombre de una moral de locos, rompe por donde puede, esparciéndose en arroyos fangosos. Él conocía su Bilbao. Los jóvenes, emborrachándose para matar el fastidio, agarrándose en bailes públicos con cocineras y criadas, buscando el amor en su forma más bestial, sin el más leve barniz mundano que lo idealizase. Por esto llegaban muchos al matrimonio encanallados, viendo en la mujer la bestia del deleite, sin sospecha de que la hembra es un ser sensitivo, que necesita algo más que el contacto sexual. En el foso de aquella villa, tan virtuosa a estilo católico, florecía el vicio bajo las formas más antipáticas.

Aresti, en sus visitas de médico, había conocido los barrios altos de la villa, el albergue de las servidoras de la prostitución. Todas eran pequeñas, flacas, de rostro aniñado, con el raquitismo de la miseria. Las había de treinta y cinco años, que se presentaban con la falda

corta, la trenza en la espalda, imitando grotescamente el ceceo de la infancia. Era el género más solicitado. El instinto reprimido, al no encontrar el fruto sano y hermoso en plena madurez, buscaba en su aberración el verdor agrio que excita los nervios. Los directores de la vida en aquel país la descoyuntaban formándola á su gusto, haciendo un crimen del instinto del sexo, obligándolo á refugiarse en inmundos rincones. Los ricos que podían proporcionarse las dulzuras amorosas con su más seductora decoración, entraban al amparo de la noche, ocultándose como criminales en casas frecuentadas por soldados y marineros. Otros, más audaces, asediaban á la costurerilla de la familia y comenzaban con ella una novela de amor, insípida y vulgar, conservándola en la casa de los padres que aceptaban sin protesta el amancebamiento á cambio de la protección del rico. Se desterraba al amor para permitir el negocio. La cortesana estaba proscrita por cara y peligrosa: pero se toleraba el padre pobre que transige con la prostitución de la hija, porque ayuda á ir viviendo y se oculta en la propia casa.

¡Ni amor, ni bailes, ni trato social entre los dos sexos; ni expansiones de la juventud! Aresti lo declaraba irritado: la vida estaba momificada en su país. Era un cementerio muy hermoso, en el cual no había más seres vivos que los pájaros negros que lo cubrían con sus alas. Sólo en las últimas capas sociales existía algo de alegría, allí donde llegaban

amortiguadas ó no llegaban las influencias de la religión.

El doctor únicamente había sentido el roce de la vida, algún domingo por la tarde, en los chacolines de las afueras ó en la explanada de la Casilla, donde las criadas y los obreros danzaban, al son de orquestas callejeras, los bailes vascongados y de la montaña de Santander.

Los demás estaban muertos por el fastidio ó corrompidos por la opresión. Conocía jóvenes ricos, sin otras aspiraciones que cambiar ocho veces de traje todos los días. Otros iban en automóvil por las calles, sin rumbo determinado, parándose ante una casa para subir de nuevo en el vehículo y seguir la marcha, como sí huyesen del fastidio que iba tras ellos.

¿Y para eso servía la riqueza? ¿Y ésta era la alegría de un pueblo opulento, que teniendo una existencia que embellecer la martirizaba y ennegrecía con el tedio, creyendo en otra vida problemática, bajo el testimonio de ciertos hombres que tampoco la habían visto?...

El doctor terminó enérgicamente sus protestas, viendo próximo el momento de tomar el tren.

--Gran cosa es la virtud, Fernandito: yo la admiro y la venero cuando sonrío y no se coloca en frente de la vida. Pero mi tierra, triste y con el alma muerta, es tan virtuosa, ¡tan virtuosa! que, créeme, ¡hijo



mío!... tanta virtud me da asco.

V

Doña Cristina daba el último toque á sus cabellos rubios, que ya comenzaban á encanecer, al mismo tiempo que con el rabillo del ojo seguía en un espejo la marcha del reloj colocado sobre el mármol de una chimenea.

Eran las tres de la tarde, y á las cuatro tenía que asistir en Bilbao á una junta de señoras católicas, de la que era presidenta, en el Colegio del Sagrado Corazón.

Pepita no la acompañaba. Decía estar enferma; se quejaba de dolores de cabeza, sentía un malestar general; en fin, cosas de muchacha, y doña Cristina la dejaba en el hotel bajo la vigilancia de la \_a\_ña Nicanora.

Sánchez Morueta estaba en Madrid desde hacía una semana, muy atareado por los nuevos negocios que todos los meses hacían necesaria su presencia en la capital. Su esposa aceptaba con gusto estas ausencias. No era que el millonario se opusiese á los gustos de su mujer é interviniera en su vida; pero se sentía mejor cuando estaba sola, sin ver aquellos ojos fríos, que no transparentaban el más leve reproche, y que á ella se le antojaba que la seguían en todos s

us movimientos, como  
una protesta muda.

Pepita presenciaba desde un rincón el tocado de su madre. No se la escapaba el gran cambio que ésta había sufrido. Los trajes elegantes de otro tiempo, se apolillaban abandonados en el guardarropa, sin que nuevos encargos á París y Madrid vinieran á sustituirlos. Se preocupaba algunas veces de las galas de su hija; quería verla elegante, y la aconsejaba mirando los periódicos de modas, con la misma bondad con que una persona mayor discute con un niño sobre juegos.

Iba siempre vestida de negro, con telas pobres y sin brillo. Pepita notaba en sus ropas interiores un abandono, una rudeza, que algunas veces llegaba á rebasar los límites de la higiene. Revelábase en ella el desprecio á la carne, de los devotos fervientes; el abandono físico, la santidad cantada como mérito celestial en la vida de muchos santos.

Deseaba mortificar su carne, y su hija la veía en la mesa repeler los mejores platos, los que en otros tiempos eran más de su gusto, afirmando que ahora le repugnaban. De su dormitorio habían ido desapareciendo poco á poco todos los muebles que significaban ostentación ó comodidad. En el resto de la casa tronaba el lujo suntuoso y sólido, mientras en su cuarto sólo quedaba una cama de criada, angosta y dura, que había hecho bajar de las buhardas, y un Cristo grande y ensangrentado que ocupaba casi un lienzo de pared, entre dos cromos de vivos

colorines

representando á Jesús y á María, abriéndose el pecho para ofrecer sus corazones inflamados.

Muchos días las criadas encontraban la cama intacta. La señora--según ellas afirmaban en sus conversaciones de la cocina--dormía en el suelo ó no dormía. Sus ropas interiores, que cada vez llegaban con mayor retraso á las pilas del lavadero, tenían salpicaduras de sangre. Una doncella había recogido olvidado sobre su cama, un horrible cinturón de esparto, un cilicio de los más sencillos que fabricaban ciertas monjitas de Begoña.

Todos en la casa adivinaban las mortificaciones á que sometía su cuerpo la señora, y sin embargo, la veían sonriente, con una dulzura melosa en la voz y en el gesto, elevando los ojos á la menor contrariedad y exclamando: «Todo sea por Dios.» En ciertos momentos se dejaba arrastrar por su carácter imperioso, como si llevase en el cuerpo algo que exacerbaba sus nervios con oculta molestia, pero al momento replegábase dentro del caparazón de su bondad y con los ojos pedía perdón por su arretrato.

El marido no parecía advertir el abandono físico y la transformación moral de su esposa. Hacía años que no pisaba el suelo de su cuarto. Cuando hablaba con ella volvía la vista ó la miraba con ojos vagos y sin pensamiento, que parecían no verla. Ni una protesta

, ni una pregunta,  
como si en el fondo le complaciese esta transformac  
ión que le apartaba  
de ella, haciendo imposible todo retroceso.

Pepita seguía, con una expresión de lástima en los  
ojos, el tocado  
rápido de su madre, que se peinaba á ciegas sin el  
menor rasgo de  
coquetería.

--Mamá, ponte la capota negra; es muy bonita y te s  
ienta bien.

Doña Cristina movió la cabeza.

--No, hija, nada de sombreros. Eso pasó. Cada cosa  
á su edad. Ya soy  
vieja y no está bien que quiera lucirme en unas reu  
niones que son para  
bien de la religión.

--¿Pero si es una capota muy \_seria\_, muy \_religios  
a\_?

--La mantilla, hija; lo tradicional, lo que llevaba  
n las gentes buenas y  
antiguas, antes de que llegasen tantas maldades del  
extranjero.

Y aquella mujer todavía hermosa, con el encanto sab  
roso de la madurez,  
que ensanchaba sus formas, aterciopelándolas, parec  
ía complacerse con  
dolorosa coquetería en apreciar en el espejo, mient  
ras se colocaba la  
mantilla, las canas que cortaban el esplendor rubio  
de su cabellera, las  
ojeras azuladas y dolorosas, su boca plegada por un  
gesto lloroso, como  
si estuviera en perpetua oración.

Doña Cristina iba á salir.

--Mamá, ya sabes mi encargo--dijo Pepita.

--No lo olvido--contestó la madre con sonrisa bondadosa.--No debía hacerlo, porque la mentira siempre es un pecado; pero, en fin, puede mentirse cuando no es en perjuicio de tercero. Tiraré por tí del hilito, para que las buenas madres no se enteren de tu pereza.

Pepita imitaba la estratagema inocente de muchas de sus compañeras cuando no querían asistir á las reuniones de las Hijas de María. En el salón del colegio había un gran cuadro con los nombres de las congregantas y al lado de cada uno de ellos, un cordoncito azul con una pequeña bola de marfil. Al entrar las señoras tiraban cada una de su cordoncito para marcar la asistencia de este modo, y las amigas se encargaban algunas veces de hacerlo por las ausentes, engañando á las monjas, que, terminada la reunión, examinaban la lista con una curiosidad meticulosa.

Pepita, pensando en el cuadro, veía el salón de reuniones de las Hijas de María con su lujo monástico y el mapa de la Orden, que era el principal adorno de la pared; un mapa de colores acaramelados, en el que figuraban Europa y América, marcándose con pequeños corazones inflamados las poblaciones donde el jesuitismo femenino tenía establecidos sus colegios. El Atlántico, de un azul de confitería, h

abía sido rebautizado  
con un nuevo título: \_Océano de Bondad\_. Y nadie po  
día adivinar el  
sentido de esta bondad, atribuida al Atlántico por  
la monja autora del  
mapa.

Doña Cristina salió apresuradamente. Ante la escali  
nata del hotel, la  
esperaba el automóvil, una máquina soberbia que hab  
ía costado á Sánchez  
Morueta cincuenta mil francos en París y de la que  
apenas hacía uso,  
habitudo como estaba al carruaje de sus primeros a  
ños de opulencia, el  
cual, al mecerle sobre los relejes del camino, le h  
acía pensar en sus  
negocios, como si el movimiento sacudiese sus ideas  
adormecidas. El  
automóvil era para las señoras. Pepita apreciábalo  
en mucho porque era  
un motivo de envidia para las amigas; doña Cristina  
consideraba como un  
homenaje á la Fe, el llegar en él á las puertas de  
la iglesia de los  
jesuítas. Era el \_dernier cri\_ de la devoción; daba  
á entender, según  
ella, que el progreso no está reñido con el dogma.

Doña Cristina dió al \_chauffeur\_ la orden de llegar  
pronto á Bilbao y el  
vehículo salió á toda velocidad por entre los tranv  
ías y carruajes que  
llevaban la gente á Las Arenas. La señora de Sánche  
z Morueta pensaba en  
la importancia de la reunión. Iban á tratar la conv  
eniencia de una nueva  
romería á Begoña, tan ruidosa como la de la coronac  
ión de la Virgen, y  
no sabían si hacerla en el mismo año ó dejarla para  
el siguiente.  
Convenía organizar un alarde de fuerzas, reunir tod

o el país vascongado  
amante de las tradiciones y que subiera entre bande  
ras y cánticos al  
monte Artagán, como protesta contra las gentes de l  
as minas y las  
fábricas, que se entregaban al monstruoso socialism  
o, y contra los  
\_maketos\_ de la villa y sus hijos que ya se conside  
raban de la tierra,  
gentes que hablaban de República y de anticlericali  
smo y llamaban en sus  
mitins \_fetiche\_ y \_nido de ratas\_ á la milagrosa i  
magen de la patrona  
de Vizcaya.

A la reunión de las señoras habían de asistir como  
directores é  
inspiradores el Padre Paulí, un jesuíta batallador,  
que estaba de moda  
en el púlpito y el confesonario, y Fermín Urquiola,  
que era su hombre de  
acción, «mi brazo derecho», según decía aquel tribu  
no de la Compañía.

Doña Cristina admiraba á su sobrino viendo el afect  
o con que le trataban  
los Padres, cómo le hacían partícipe de sus proyect  
os en bien de la  
religiosidad del país. Era casi una pasión lo que s  
entía por Urquiola.  
Cuando la visitaba, veía en él al representante de  
aquellos sacerdotes  
tan queridos, que de este modo indirecto entraban e  
n su hogar. Fermín  
era una prolongación de la Compañía que llegaba has  
ta ella. Sentía una  
amarga decepción de enamorada, al no poder pasar en  
la casa residencia  
del salón de visitas. Quería saber cómo era Deusto  
por dentro, aquel  
templo de la sabiduría envuelto en el misterio: y e  
l sobrino, en sus

visitas al hotel, cada vez más frecuentes, la deleitaba hablándola largas horas de los lugares que ella no podía ver por oponerse las reglas de la Compañía á las visitas femeniles.

Entreteníala Urquiola con las minuciosidades de la vida de cada Padre, enumerando sus méritos: uno había viajado por países salvajes; otro sabía seis idiomas; el de más allá tocaba el violín como un ángel ¡y todos tan modestos, durmiendo en celdas pobres de una pulcra curiosidad, dejando por las noches en una bolsa, colgando de la puerta, las ropas y los zapatos que limpiaban los fámulos, y vistiéndose al romper el día, para emprender su santa obra!... Vivían con cierto desahogo, pero por ninguna parte se veían las riquezas de que hablaban los impíos. ¡Y todos humildes y amables, olvidados por completo de su brillante pasado, y eso que los había entre ellos que habían sido grandes en el mundo! Por eso los Padres de la Compañía tenían algo de príncipes arrepentidos, ocultos bajo la sotana de la obediencia.

La Universidad de Deusto aún interesaba más á doña Cristina. ¡Cómo lamentaba ella no poder entrar en aquel palacio, tantas veces admirado al ir y volver á su casa; no poder correr por la montaña de su parque, y ver de cerca el San José, que dominaba el paisaje, bajo su dosel de luces eléctricas! La sabiduría de los buenos Padres se revelaba en todos los detalles del establecimiento. Allí estudiaban los hijos de las



principales familias de España. La nobleza rancia y los ricos de sanos principios, recluían á sus vástagos en la santa escuela. Allí no corrían el peligro, como en las universidades laicas, de tropezar con profesores revolucionarios, y la ciencia antigua y moderna se servía después de bien pasada por el tamiz de Santo Tomás y otros grandes sabios de la Iglesia, únicos depositarios de la verdad.

El edificio estaba dividido en cuatro cuerpos independientes, y los alumnos en cuatro secciones que vivían aisladas, evitándose con este acordonamiento muchos pecados y ciertas propagandas. Las secciones sólo se contemplaban de lejos en contadas fiestas del año ó al verificarse algún acto literario en el gran salón, que parecía un teatro con su patio y sus galerías. En el techo pintado al fresco, veíanse las figuras de San Ignacio y los Padres más famosos de la Compañía, todos entre nubes, revoloteando camino del cielo.

Abajo, en el patio, estaban los invitados, los parientes masculinos de los alumnos, y en las galerías los estudiantes de las cuatro estaciones que, al verse frente á frente, se examinaban con curiosidad, como vecinos de una misma casa, que sólo se tropiezan de tarde en tarde. Iban los más puestos de \_smoking\_, muy elegantes, como hijos de buenas familias que eran. Los mayores se rizaban el bigote y lucían las sortijas. De una galería á otra se miraban con gemelos, lo mismo que en

el teatro, enterándose unos de otros. «Aquel pequeñito, guapo, es de Salamanca y muy rico... Ese moreno simpático es andaluz.» Y después de mirarse largamente, se saludaban con la mano... ¡Angelitos!

Los actos literarios eran controversias entre los alumnos de punta, ensayadas previamente por los maestros. El estudiante que había de hacer las objeciones, oponiendo reparos á las santas doctrinas, era preparado con anticipación. Llevaba aprendidas unas cuantas tonterías, que representaban las ideas modernas y el otro alumno las rebatía y pulverizaba en un periquete, triunfando de este modo la fe sobre la impiedad de la falsa ciencia moderna.

Un año, Urquiola, siendo estudiante del último curso, se había cubierto de gloria sustentando un tema propuesto por los maestros tras larga deliberación. «¿Los Borbones, subiendo al cadalso en Francia, expiaron los atentados de su familia contra la Compañía de Jesús?»... Urquiola sostuvo la afirmación, demostrando que la guillotina había sido un medio indirecto de Dios para castigar á los reyes que osaron expulsar de sus dominios á los jesuitas. ¡Muerte é infierno para los que se atrevían á perseguir á los verdaderos representantes de Jesús! ... Su contradictor mantuvo opiniones de dulzura y olvido, objeciones humildes y tímidas, preparadas por los maestros. Pero con gran disgusto de todos, no pudieron continuarse los ejercicios, pues no faltó

quien indicase á los  
Padres de Deusto que era peligroso pagar con tales  
juegos literarios la  
bondad de los que les habían abierto de nuevo las p  
uertas de España.

En las Pascuas de Navidad, el salón de actos se con  
vertía en un teatro.  
Hasta en esto admiraba doña Cristina el talento y l  
a virtud de los  
Padres. ¡Si todos los teatros fuesen como aquél, po  
drían asistir sin  
miedo las madres cristianas! La música era de las z  
arzuelillas y  
revistas en boga: pero en la letra está el pecado,  
y las palabras eran  
de ciertos Padres aficionados á la versificación. L  
a mujer estaba  
excluida de todas las obras. Con el mismo ritmo con  
que las chulas  
cantan «la falda de percal planchá», moviendo las c  
aderas, un alumno  
cantaba las dificultades del Derecho Natural con ta  
nta gracia, que hasta  
parecía sonreír el sombrío San Ignacio que volaba e  
n el techo. \_La  
viejecita\_ se titulaba \_El viejecito\_: todas las ob  
ras perdían su título  
femenino, y si en ellas figuraban dos amantes, conv  
ertíanse en dos  
primitos, compañeros de colegio, que, agarrados de  
la mano jurábanse  
quererse mucho, estudiar y ser obedientes y humilde  
s con sus maestros...  
¡Serafines del cielo!

Doña Cristina conmovíase con el relato de estas fie  
stas. Bien se notaba  
que su sobrino se había educado en aquella Universi  
dad. Así era tan  
caballero, tan cristiano, y dedicaba sus músculos d  
e atleta á la buena

causa de Dios. No era como la juventud que llegaba de Madrid contaminada por las malas ideas, con un libertinaje en las costumbres que corrompía el país.

La esposa del millonario se sublevaba cuando oía hablar de las calaveradas de Urquiola, queriendo negarlas y acabando por defenderlas con repentina bondad. ¡Descarriós de la juventud y malos ejemplos de los muchachos que no habían sido educados en Deusto! Pero su fondo era bueno y aquello pasaría. Urquiola estaba reservado para altos destinos, ahora que se mezclaba en las luchas políticas. Tenía buenos directores y ¡quién sabe si llegaría á ser diputado, repitiendo la palabra de Dios, allá en Madrid, donde todos viven olvidados del cielo! Ella y su sobrino se bastaban para volver á Bilbao al buen camino, siempre que no les faltase el consejo de los sabios Padres.

Y la esposa de Sánchez Morueta, acariciando estos pensamientos, corría en su automóvil hacia la villa, dejando tras las ruedas nubes de polvo.

Pepita, desde una ventana de su cuarto, siguió un momento la marcha del vehículo y al verle desaparecer, esparció su mirada por el paisaje, con la vaguedad melancólica de los que se sienten enamorados y perciben en todo lo que les rodea una nueva vida.

Nunca le había parecido tan hermoso el paisaje como en aquella tarde de verano. Estaba habituada á verlo desde su infancia,

y, sin embargo,  
ahora le encontraba algo nuevo, cual si acabase de descubrirlo.

Las gentes que pasaban al borde de la ría, por la carretera de Las Arenas, le parecían más simpáticas que las de otros días. Eran familias de Bilbao que bajaban del tranvía para ir á la orilla del mar. Un grupo de obreros pasaba, camino del \_chacolín\_, por entre un bosquecillo de pinos. Cantaban á gritos, excitados por la proximidad del mar, el «\_Boga, boga, marinero\_» de Iparraguirre y el coro del bardo vascongado sonaba de tal modo en el alma de la joven, que casi la hacía llorar. La ría brillaba bajo la caricia del sol, temblando sus ondulaciones como los fragmentos de un espejo. Más allá del puente de Vizcaya, cuya plataforma iba y venía pendiente de su manojó de cables, transportando carruajes elegantes, carretas de bueyes y pasajeros llegados en el tren de Portugalete, extendíase el abra como un desgarrón del cielo, moviendo sus aguas de un azul plumizo. El mar libre, chocaba en la línea del horizonte contra la muralla del rompeolas, coronándola de una nube de espuma que corría de un lado á otro como el humear de una locomotora invisible.

Al volver Pepita la vista tierra adentro, contemplaba, avanzando sobre la ría, un pedazo de Londres bañado por un sol meridional; todo aquel pueblo de cobertizos fabriles é innumerables chimeneas sobre el que

pesaba el poderío de Sánchez Morueta y que esparcía en el espacio sus torbellinos de humo sonrosado por la luz de la tarde.

Bilbao estaba invisible. El horizonte cerrábase en el fondo, con un escalonamiento de montañas. La joven conocía los nombres de todas aquellas cumbres. Las había visto durante muchos años todos los días, al saltar de la cama, unas veces brumosas y delineando apenas su contorno sobre el cielo, otras veces rojas, con las manchas de sombra de sus barrancos y oquedades, destacándose sobre la inmensidad azul. Las más próximas, que parecía iban á tocarse con la mano, eran Luchana y el pico de Banderas. Después sobresalían sobre ellas, á una enorme distancia, en pleno riñón de Vizcaya, los gigantes del país, el Mañaría y el Gorbea, y entre los dos, como una giba inaccesible, cubierta de nieve, la Peña de Amboto, misteriosa y legendaria, en la que se desarrollaban los cuentos más tenebrosos de la imaginación vasca. Pepita recordaba sus terrores de la niñez, cuando su \_año\_, para imponerla silencio, la amenazaba con llamar á la \_Dama de Amboto\_, especie de hada maléfica, hija de un \_Jaun\_, de un caudillo legendario, que vivía como encantada en lo alto del peñasco y únicamente salía de su cueva para quemar las mieses, matar niños y perseguir á los pobres aldeanos con toda clase de maleficios.

La joven permaneció mucho tiempo abstraída en la co

ntemplación del  
paisaje. De vez en cuando miraba hacia el puente co  
lgante, como si  
pretendiera reconocer á alguien de los que pasaban  
la ría. Creyó por un  
momento ver algo blanco que se agitaba en la plataf  
orma: tal vez un  
pañuelo que le saludaba con cierta discreción como  
temeroso de atraerse  
la curiosidad de la gente. Después ya no vió nada y  
creyendo en un  
engaño del deseo siguió contemplando el paisaje, co  
n mirada vaga,  
sumiéndose poco á poco en una dulce somnolencia.

La joven despertó al sentir en su espalda la mano d  
el \_aña\_.

--\_Ése\_ está ahí--dijo con tono misterioso.--Habr  
que bajar al jardín.

A la melancolía sucedió en la joven la inquietud, e  
l temor. Había venido  
preparando desde mucho tiempo aquella entrevista co  
n Fernando Sanabre, y  
al llegar el momento temblaba como si fuese á reali  
zar un delito. La  
\_aña\_ reía ante los temores de la señorita, á la qu  
e trataba con la  
misma familiaridad que cuando era niña. ¡Inocente!  
¿Qué mal podía haber  
en aquel encuentro de novios, en plena tarde, en un  
jardín y bajo la  
mirada de ella, que era como su madre? Pero Pepita  
no lograba  
tranquilizarse: el respeto y el miedo á su mamá la  
dominaban. Esperaba  
que de un momento á otro apareciese la severa figur  
a de doña Cristina  
tras un arriate del jardín.

Solamente había accedido á la entrevista después de

los infinitos ruegos  
de Fernando. Este se desesperaba por no haber habla-  
do ni una vez á solas  
con su novia, teniendo que contentarse con las rápi-  
das palabras  
cambiadas al entrar y salir en la casa de su jefe ó  
con las cartas que  
llevaba y traía la \_año\_ complaciente.

Pepita quería que se encontrasen en el jardín, á la  
vista de la  
servidumbre, creyendo esto menos censurable que rec-  
ibir al ingeniero  
dentro de la casa.

Cuando la joven se vió bajo los árboles, Fernando a-  
travesaba ya la  
verja, haciéndose de nuevas ante el portero, al sab-  
er que la señora no  
estaba en casa. Venía á visitarla y á enterarse de  
paso de cuándo  
regresaría don José de su viaje; pero ya que la señ-  
orita estaba en el  
jardín, pasaría á saludarla.

Los dos jóvenes quedaron indecisos, con la emoción  
de la timidez, al  
verse frente á frente.

--¡Vaya, pasearos! dijo animosamente la ruda Nicano-  
ra.--Deciros algo:  
hablad sin miedo. Aquí estoy yo para avisar si algo  
ocurre.

Y poco á poco fué quedándose rezagada, dejando que  
los novios anduviesen  
lentamente, la vista en el suelo, con el atolondram-  
iento del que ha  
pensado muchas cosas para decirlas y no sabe cómo e-  
mpezar.

De vez en cuando se miraban sonriendo. Él la acaric



iaba con los ojos,  
poniendo en su gesto toda la pasión, que se revolvió  
a inquieta, no  
encontrando palabras para exteriorizarse. El silencio  
del jardín, la  
calma de aquella tarde de verano parecía adormecer  
el pensamiento de los  
dos, dando una vida extraordinaria á sus sentidos.  
Creían percibir  
considerablemente agrandados los movimientos del corazón,  
los latidos de  
la sangre al pasar por las arterias de sus sienes.  
Poco á poco  
envolvíales la alegría de la naturaleza, cómplice de  
las dulzuras del  
amor; el canturreo del agua desgranándose en el tazón  
de una fuente, el  
crujido de los troncos al estallar sus cortezas á impulsos  
de la savia,  
el lento murmullo de las hojas moviéndose solemnemente  
en el espacio  
caldeado, entre nubes de insectos que brillaban al sol  
como un  
chisporroteo de oro.

Fernando fué el que habló primero, comenzando como  
todos los amantes con  
la expresión de la felicidad que sentía al verse por fin  
junto á la  
mujer amada. ¡Cómo había deseado aquel momento!...  
Recordaba las horas  
de muda contemplación, allá en su despacho de los altos  
hornos, con la  
vista fija en las cartas de ella, como si la letra de  
Pepita le hablase  
misteriosamente y su sonrisa brillara entre los renglones.

--Mira, nena--decía el ingeniero subiendo de tono en su  
apasionamiento.--Tu voz, tu divina voz es lo que más  
me conmueve. Yo

creo que te quise siempre; desde que te conocí, siendo aún muy niña. Te amaba sin darme cuenta de ello; pero el día en que ví claro, en que supe que te quería, fué escuchando una de esas canciones vascongadas, tan dulces, tan tristes, que parece que cantas con el alma.

Fernando se había dado cuenta de su amor oyéndola cantar el \_Goizeko izarra\_, la invocación á la estrella de la mañana. Él no entendía la letra, pero la música, ¡ah la música! había penetrado en él hasta lo más hondo, como un arañazo que despertó su alma. Después había hecho que le tradujesen la letra.

--Ya la sé--continuó el joven--la conozco y creo en ella: siento su infinita ternura, «La estrella de la mañana, sin mancha alguna brilla en el horizonte: pero á tu lado, querida mía, palidece y casi no se ve...» Eso es lo que yo pienso, mi vida.

Y con el énfasis de todo enamorado, la comparaba con el astro del amanecer, resultando que la amante vencía á la estrella en hermosura y esplendor.

Pepita, tranquilizada ya, reía ante el entusiasmo hiperbólico de su novio. ¡Qué exagerado! ¡Qué... romántico! ¿Pero era verdad que le causaba tanta impresión su voz?... Y se extrañaba de buena fe, de que una canción pudiera conmoverle tan hondamente. Ella cantaba por distraerse: parecíale una locura tomar en serio lo

que se dice con  
acompañamiento de música: todo eran falsedades dulces,  
inventadas por los artistas para alegrar la vida; muy bonitas, eso  
sí, pero al fin mentiras.

Por la memoria de Fernando pasó, como una ráfaga de viento helado, una frase que varias veces había oído al doctor. Aquella raza aparte, sentía una afición loca por la música: cantaba en todos los momentos de su vida, y sus cantos tenían la tristeza melancólica del paisaje; pero la emoción era de labios afuera, un sentimentalismo exterior que se perdía en el aire.

--No, nena--dijo el amante.--Es tu alma entera lo que pones, sin saberlo, en tu voz. Tú eres para mí la estrella de la canción; pero no te diré como al final de ella: «Adiós para siempre, adiós». Si yo te perdiese después de ser amado, no sé qué sería de mí. Dí que me quieres, Pepita, dí que me amas.

La joven, con cierto pudor, resistíase á decir de viva voz lo que tantas veces había escrito en sus cartas.

--¿No lo sabes?--respondió evasivamente.--¿No te lo he dicho muchas veces?

--Pero, repítelo, quiero oírlo de tus labios. Dí que me amas.

Y Pepita, mirándole por primera vez en los ojos, dijo con cierta

gravedad, como poniendo en sus palabras el peso de un juramento solemne:

--Sí, te quiero: te amo, Fernando.

¡Oh aquella mirada!... Fué para el ingeniero lo mejor de la entrevista, y la recogió en su memoria, esforzándose por conservar la con toda su luz, para que le acompañase en las largas horas que pasaba allá en la fundición entregado á la vida de los recuerdos.

Sanabre se convencía de que era amado por Pepita. Su mirada, su voz, valían más que todos los papeles preciosos que guardaba en su despacho. Ella que se burlaba con indulgente superioridad, al oírle hablar de canciones y de estrellas, influida por el positivismo de su raza, mostrábase sincera al mirar al hombre. Fernando era para ella ese ideal abstracto que se forja toda mujer al sentirse enamorada por primera vez: el hombre modelo, conjunto de gracia y de fuerza, de sentimentalismo y energía, capaz de enternecerse ante una flor y de pelear como una fiera; ese personaje, en fin, mezcla de tenor amoroso y de paladín membrudo, creado por las novelas, que nunca se ve en la realidad y que turba los sueños de las vírgenes.

--Sí, te quiero--repetía Pepita.--Por mí no temas, no seas niño, nunca me dirás adiós.

--Bebé, ¡dulce bebé!--exclamaba con entusiasmo el ingeniero.--¡Cuánto te amo! ¡Qué feliz soy!...

Y el \_año\_ Nicanora, que los seguía á corta distancia, oyendo muchas de sus palabras, sonrió con cierta lástima. Todos los novios eran lo mismo; iguales los aldeanos que los señoritos; alguna diferencia en las palabras, y nada más. Sólo sabían decirse tonterías, poniendo en sus voces tanta solemnidad, como si la existencia del mundo dependiese de lo que se dijeran. ¡Ah la juventud!... Y seguía sonriendo con indulgencia de veterano ante el entusiasmo de los dos jóvenes.

Fernando, más tranquilo después de las palabras de su novia, hablaba del por venir. Trabajaría; ¡quién sabe hasta dónde puede llegar un hombre! Desde que estaba enamorado, sentíase con nuevas fuerzas para el trabajo. Bullían en su pensamiento ciertas invenciones industriales, que, de realizarse, darían nuevas ganancias á Sánchez Morueta.

Pero el recuerdo de su jefe abatió las ilusiones del ingeniero.

--¿Que dirá tu padre cuando conozca nuestros amores? Ya conoces por mis cartas la inquietud que esto me causa; me roba el sueño muchas veces... ¿Y tu madre? ¡Qué miedo la tengo!... Somos muy felices amándonos, pero el porvenir nos guarda muchos dolores. ¡Si todos en tu familia fuesen como el doctor!...

Y hablaba con entusiasmo de Aresti, de la bondad con que seguía sus amores.

--Sí, mi tío es muy bueno--dijo Pepita hablando del doctor como de un pariente lejano, del que sólo se acordaba la familia de tarde en tarde.--¡Lástima que tenga esas ideas! Es un \_planeta\_ muy simpático, pero mamá cree que está loco.

Lo incierto de su porvenir, llevó de nuevo á los dos jóvenes á hablar de sus amores.

Fernando sentía miedo. Los padres de ella proyectarían casarla con el vástago de alguna familia millonaria; tal vez con un señorito de escasa fortuna, que pudiera ofrecerla viejos títulos de nobleza. En todos pensarían antes que en él, que no era más que un servidor intelectual de la familia. ¡La perdería amándola tanto!... ¡La diferencia de fortuna, la maldita ley de clases, les cerraría el camino, separándolos!...

--Tonto, ¡pero si yo sólo te quiero á tí!--decía la joven sonriendo.

Y el ingeniero, conmovido por estas palabras, en un arranque ingenuo de agradecimiento, intentó coger las manos de su amada. Ésta las retiró detrás del talle, frunciendo las cejas con gesto duro.

--Quieto, ¿eh?--dijo pasando sin transición de la dulzura á la altivez, con una voz que no parecía la misma, ofendida, como si el joven intentase una monstruosidad.

De nuevo pasó por Fernando el recuerdo del doctor Aresti, de una de sus paradojas atrevidas que le valían la fama de loco. «Este es un país sin corazón, donde nunca se ha visto que una muchacha se escape con el novio.»

Sanabre quedó largo rato cohibido y como avergonzado por el brusco movimiento de la joven. Pepita parecía arrepentida de la viveza de su protesta, pero callaba, aguardando á que fuese él quien reanudase la conversación.

--Tal vez quiera tu madre que Fermín Urquiola sea tu marido--dijo el ingeniero tristemente.

La joven aprovechó la ocasión para recobrar su voz tierna de enamorada.

--Con ese, nunca, ¡nunca!

Y habló de la repugnancia que le inspiraba Urquiola, con sus petulancias de buen mozo, cortejando á un tiempo á varias señoritas de la villa y escogiendo entre ellas, con la frialdad del cálculo, la que mejor le conviniera por su fortuna. Además, conocía su vida. Las jóvenes, en las tertulias, hablaban de él á hurtadillas, como de un don Juan que atraía á las tontas con el maléfico encanto de sus calaveradas. Todas sabían que tenía una mujer, allá en Bilbao la Vieja, una antigua costurera con la que vivía maritalmente. Hasta había oído decir que tenían hijos.

--¡Oh! Con ese nunca, ¡nunca!--repetía con gestos de repugnancia.

Ella era incapaz de rebelarse ante su madre: pero o saba ponerse frente á ella, en la apreciación de los méritos de aquel pariente tan querido por doña Cristina. Y como si al pensar en Urquiola recordase algún defecto moral de su novio, preguntó á éste con dulzura:

--Dime, Fernando. ¿Tú tienes religión? ¿Es verdad que piensas como mi tío?... Dime que no, Fernando; dime que no.

El ingeniero miró á su novia, que le contemplaba con ojos interrogantes, de una candidez alarmada, como si temblase ante su respuesta. Sanabre recordó un momento á Fausto en el jardín de Margarita. Otra muchacha inocente, aunque menos apasionada que la burguesilla germánica, le preguntaba á él en un jardín cuál era su religión. Sintió impulsos de romper en un himno á sus creencias humanas, como el fantástico doctor. Pero el miedo al ridículo le contuvo; su instinto le avisó el riesgo de alarmar á un alma soñolienta.

--Sí, vida mía, tengo religión--dijo evasivamente.--Creo que el hombre debe ser bueno y feliz sobre la tierra y para ello trabajo.

Pepita pareció no comprenderle y habló de su madre. Si le hacía aquella pregunta era porque doña Cristina, que se acordaba pocas veces de Fernando, no viendo en él más que un dependiente, h



abía dicho un día que  
era igual á su primo el doctor.

--¡Si supieras cuánto me hizo sufrir el pensamiento  
de que esto fuese  
verdad! No quise decírtelo en las cartas; pero dese  
aba que nos viésemos  
para convencerme de que no es cierto. Ahora estoy t  
ranquila. Ya lo decía  
yo; ¿si eso no puede ser? Fernando es bueno: algo l  
oco, eso sí, un  
poquito romántico, como todos los que no son de est  
a tierra; pero es  
imposible que piense los mismos disparates que el p  
ecador de mi tío.

Y aproximándose al joven como si se ofreciera, con  
una dulzura que  
contrastaba con la huraña repulsión de poco antes,  
añadió:

--Ya que crees en Dios, ¿por qué no vas, como los m  
uchachos de Bilbao, á  
confesarte con los Padres? ¿Por qué no te veo nunca  
en la Residencia?...

Sanabre se encogió de hombros, no sabiendo qué deci  
r, mientras Pepita  
seguía hablando. Él indudablemente iría á misa todo  
s los domingos en la  
iglesia más próxima ó los altos hornos, ¿verdad? Y  
en sus ojos se leía  
por anticipado la afirmación á la pregunta, como si  
no pudiera  
ocurrírsele la sospecha de que el joven pasase sin  
oír misa los días  
festivos... Poco le costaba bajar a la villa, frecu  
entando la iglesia de  
la Residencia. Dios estaba en todas partes, pero el  
la--no sabía  
explicarlo bien--creía que en aquel templo tan boni  
to y tan cómodo se

hallaba más cerca. Además, la religión era allí más distinguida: sólo se veían personas decentes.

--Tengo mucho que hacer--dijo el ingeniero evadiendo la respuesta.--Yo pertenezco á mis deberes. El trabajo también es una religión.

La joven siguió hablando, inspirada ahora por el egoísmo del amor. Nada perdería aproximándose á los Padres, intentando hacerse simpático á ellos. Eran personas muy buenas que se interesaban por los demás, trabajando por su felicidad. Para ellos no existían obstáculos: todo lo hacían llano con su sabiduría. Había que seguirlos con los ojos cerrados. ¡Si ellos quisieran ayudarles! ¡ay; entonces sí que no tendrían que temer nada!...

--Fernandito--decía con voz acariciadora.--Ve por allí; hazte simpático: tengo la certeza de que mamá te miraría mejor si algún Padre la hablase de tí... ¡Y yo sería tan dichosa!...

--Veremos, veremos--murmuró indeciso el ingeniero.

Dudaba, con cierta esperanza, ante el camino tortuoso que le proponía su novia. Experimentaba la cobardía del amor, y cerraba los ojos. Él, que era capaz de los mayores esfuerzos por conseguir á la mujer amada ¿por qué había de sentir remordimientos ante un medio que tal vez era el del éxito?...

--Te quiero--dijo con entusiasmo.--No hay nada que

me detenga para  
llegar hasta tí. Buscaré á esos Padres, iré á la Re  
sidencia, seré  
\_luis\_: todo lo que tú me digas. ¿Pero y si á pesar  
de esto tu familia  
no me admite? ¿Y si tu madre quiere casarte con otr  
o?...

Sanabre abordaba por fin la gran cuestión que su in  
quietud amorosa  
traía preparada; lo que más le había hecho desear a  
quella entrevista.

Pepita bajó los ojos indecisa y pensativa. No osaba  
mirar á su novio  
como si temiera que este leyese en su pensamiento.

--Dí, mi vida--seguía preguntando el ingeniero.--¿Y  
si se oponen á  
nuestro amor?... Si nos separan ¿que harás tú?

La joven eludió la respuesta, diciendo con ternura:

--Yo te quiero mucho, Fernando. Te amo.

--Lo sé, y mi alma se llena de alegría al escuchart  
e. Pero hablemos  
seriamente: dejemos los romanticismos, como tú dice  
s. Yo soy pobre y tú  
eres inmensamente rica. ¿Serías capaz de cambiar tu  
vida de opulencia  
por una existencia modesta al lado de un hombre de  
trabajo, que te  
amaría mucho... mucho?

Pepita no pareció conmoverse ante el cambio de vida  
que la proponían, ni  
sintió miedo ante la modestia de que le hablaba el  
ingeniero.

--Tú trabajarás, Fernando: tú serás rico.

Y lo decía con su convicción de muchacha feliz que no creía en la posibilidad de la miseria; como si ésta estuviera reservada á gentes de otra raza y no pudiese llegar á ella ni á ninguno de los que la rodeaban. Vivir sin las ventajas de la riqueza, que la hacían ser la primera en todas partes, le parecía un absurdo del que era innecesario hablar.

--¿Y si tus padres te ordenan que me olvides? ¿Y si nos separan?...  
¿Serás capaz de resistirte á su voluntad? ¿Les desobedecerás para ser mi mujer?...

Se agrandaron los ojos de Pepita con expresión de asombro, como si escuchase algo inaudito, como si ante ella se abriese un peligro no previsto ni imaginado, algo monstruoso que rebasaba los límites de lo humano.

--Te quiero, Fernando: yo no te olvidaré nunca.

Y no dijo más. Su novio la acosaba con preguntas. Quería conocer su valor ante el futuro peligro, apreciar la fuerza de su voluntad, medir la extensión de su amor; pero ella, con la cabeza baja, eludía tenazmente la respuesta, siempre con el mismo juramento: «Te quiero, te amo.» ¿A qué hablar de lo que aún estaba por venir? Ya pensarían los dos lo que debía hacerse cuando llegase el momento.

Quedaron en un silencio doloroso. Ella parecía ofen-

dida de que se le  
quisiera obligar á violentas resoluciones: él pensa  
ba de nuevo en el  
doctor, en aquella guitarra trovadoresca de que le  
había hablado el  
burlón Aresti al describir su vehemencia amorosa. R  
ealmente, eran de  
razas distintas; sentían las pasiones de diverso mo  
do. Y el ingeniero  
adivinaba algo de ridículo en su situación, como si  
realizándose las  
irónicas fantasías del doctor acabasen de sorprende  
rle dando su serenata  
ante el hotel del millonario.

Aún pasearon mucho tiempo los dos amantes. Detenían  
se para contemplar  
una flor rara, seguían con atención infantil los sa  
ltitos de los  
pájaros corriendo por los andenes. Al enfriarse un  
tanto su  
apasionamiento, se daban cuenta de lo que les rodea  
ba y veían por  
primera vez el jardín con todas sus bellezas, como  
si hasta entonces  
hubiese permanecido oculto entre nubes.

Sanabre deseaba irse. Comenzaba á caer la tarde y p  
odía presentarse doña  
Cristina. Pero al mismo tiempo pensaba con miedo en  
las horas de  
angustia que le esperaban allá en los altos hornos,  
si se retiraba  
llevando sobre el alma el peso de su decepción.

--¡Cuando menos, dime que me querrás siempre!--dijo  
cogiendo una mano de  
Pepita, como si hubiese olvidado la protesta de ant  
es.--¡Dime que,  
ocurra lo que ocurra, no me olvidarás!

--Sí; te quiero: no podré olvidarte nunca.

Y dejaba su mano entre las de Fernando, sin resistirse, con la misma tolerancia con que se entrega un objeto precioso al niño enfurruñado, para consolarle. El ingeniero quería olvidar y acariciaba con arrobamiento aquella mano que recordaba, al través de su figura, la potente garra de Sánchez Morueta.

La intervención del \_año\_ interrumpió su embriaguez amorosa. El portero acababa de abrir la verja y el automóvil de la casa, tras un retroceso para reanudar su marcha, entraba lentamente por la avenida principal del jardín.

Corrieron los jóvenes, seguidos por el \_año\_, hacia la entrada del hotel, para salir al encuentro de doña Cristina.

Al descender ésta del automóvil y ver á Pepita con el ingeniero, miró severamente al \_año\_. Pero la mujerona le contestó con otra mirada arrogante de vieja servidora, que se permite por su antigüedad no admitir repulsas. Aquel señorito había venido de visita y se había paseado con Pepita por el jardín, siempre bajo su vigilancia: ¿qué mal había en ello?...

Sanabre no pudo ocultar su turbación al saludar á la señora de su jefe. Había venido para saber cuándo regresaría don José de su viaje.

Doña Cristina le contestó duramente. Podía haberse ahorrado la molestia

de la visita, preguntando por teléfono.

--Es que, además, deseaba ver á ustedes--dijo Sanabre.

--Muchas gracias--contestó con altivez la señora.--Agradezco su atención. ¿Entra usted?...

Y con los ojos le daba á entender que podía retirarse.

La joven vió como se alejaba su novio, humillado y cabizbajo. Después subió á su cuarto, esperando de un momento á otro la temible aparición de su madre encolerizada.

No subió. Pepita creyó oír á lo lejos su voz temblorosa de ira y la del \_año\_ que le contestaba con no menos acritud.

Por la noche, al reunirse en el comedor, doña Cristina miró á su hija con insistencia, pero sus palabras fueron breves.

--Que sea la última vez--dijo--que recibas visitas, ni dentro de casa... ni en el jardín. También es casualidad, venir ese... individuo, la misma tarde en que te quedas sola, diciendo que estás enferma.

Y sus ojos parecían penetrar en la joven, como si quisieran escudriñar el alma; pero Pepita permaneció impasible, con ese sereno disimulo que no se aprende, que es instintivo en la mujer y se agranda con el amor.

## VI

El amanecer era de verano, sin una nube en el cielo  
 , delatándose la  
proximidad de la salida del sol con un celaje de co  
lor de sangre que  
apagaba el último parpadeo de las estrellas.

Despertaba Bilbao. Silbaban las locomotoras anuncia  
ndo los primeros  
trenes para Portugalete y Las Arenas, y pasaban cor  
riendo por el Arenal,  
con la comida envuelta en un pañuelo, los obreros q  
ue tenían su trabajo  
en las orillas de la ría. El Nervión mostrábase ent  
re la bruma de su  
profundo cauce, con una brillantez azulada de acero  
 . Dos anchas fajas de  
barro marcaban en los malecones el descenso de la m  
area. Apagábanse en  
la parte alta de la ría las luces de los \_anguleros  
\_, que durante la  
noche iluminaban el cauce como una procesión de inv  
isibles penitentes.  
Las aves marinas, atraídas por el resplandor rojizo  
de la iluminación de  
la villa, revoloteaban sobre los tejados y tendían  
sus alas hacia el  
mar, siguiendo la tortuosa calle de la ría hasta la  
inmensa plaza del  
Abra.

Comenzaban á abrirse los establecimientos de la gen  
te pobre; abacerías,  
tabernas y bodegas. Sonaban los esquilonos llamando  
á los fieles á misa  
y como atraídas por ellos pasaban mujeres viejas, v  
estidas de negro, con  
aspecto mixto de bruja y dueña, y ese tufo de ropa  
antigua, semejante al



olor de la piedra mohosa de los templos. A lo lejos  
contestaban á las  
campanas el silbido de las locomotoras, el chirrido  
de los cabrestantes  
de los barcos y los gritos de las \_cargueras\_ que r  
eñían por  
preeminencias en el trabajo, al comenzar su vaivén  
de los buques á  
tierra, con la cabeza abrumada por los fardos.

Por las calles comenzaban á rodar los carros de la  
\_sarama\_ recogiendo  
el estiércol: las vendedoras de \_fotes\_ llamaban á  
las puertas  
repartiendo los panecillos del desayuno.

Las criadas que pasaban por el Arenal con la cesta  
al brazo, camino del  
mercado de San Antón, y las aldeanas que se detenía  
n á descansar por un  
momento, dejando en el suelo los cestos de verduras  
y las cantimploras  
de leche, volvieron la cabeza hacia la Sendeya al o  
ír el \_taf-taf\_ de un  
automóvil. El vehículo pasó veloz por la gran plaza  
, desapareciendo,  
ensanche adelante, al otro lado del puente.

Las que eran de la villa, conocieron á la esposa y  
la hija de Sánchez  
Morueta, sentadas tras el \_chauffeur\_ de ancha gorr  
a y aspecto  
extranjero; las dos vestidas de negro, con mantilla  
s que casi las  
cubrían los ojos.

Las criadas se abordaban haciendo comentarios. Aque  
lla gente rica aun  
madrugaba más que ellas. Irían á la iglesia de la R  
esidencia á  
confesarse con los padres jesuítas. Allí iba todo e  
l señorío.

El automóvil aceleró su marcha por las amplias calles del ensanche, desiertas á aquellas horas, y paró con violenta rapidez entre los carruajes que estaban estacionados ante la iglesia del Sagrado Corazón, una obra prodigiosa de confitería arquitectónica, en la que el blanco de las ojivas se combinaba con el color rosa de los muros.

Doña Cristina no entraba nunca en aquella iglesia sin sentir un cosquilleo de bienestar. Experimentaba igual satisfacción que si penetrase en un salón elegante, donde sin esfuerzo alguno, con una dulzura casi voluptuosa y sin molestos contactos, se ganaba la salvación del alma.

Reconocía una vez más el talento de los buenos Padres al admirar la decoración del templo. Era \_gótico\_, pero no tenía la crudeza blanca, la sobriedad desnuda de las viejas catedrales. La arquitectura ojival se convertía en polícroma: el oro y el bermellón chorreaban por los nervios de los pilares, y los arcos apuntados: las bóvedas, eran azules con estrellas de oro, como un cielo de teatro. Esta belleza, tan \_bonita\_, sólo podían imaginarla los Padres de la Compañía.

Y la de Sánchez Morueta, pensaba en su pariente el doctor, como siempre que había de indignarse contra alguna impiedad. Recordaba su comparación del hermoso templo con el forro interior de uno de esos

baúles que usan las criadas, matizados de chillones colorines. ¡Decir tal cosa, cuando todo estaba en aquella iglesia discurrido y ordenado para comodidad y suave placer de los fieles! El órgano desgarrador y tempestuoso había sido reemplazado por el armónium; en vez de los santos negruzcos y horripilantes de la antigua devoción española veíanse imágenes sonrientes de fresco charolado, correctas y distinguidas cual corresponde á un culto de personas decentes; las lámparas de luz eléctrica, en gran profusión, sustituían á los cirios humosos que con su olor de cera daban mareos á las señoras.

Doña Cristina y su hija fueron pasando entre las filas de penitentes arrodilladas á los lados de los confesonarios. Para ser verano estaba muy concurrido el templo. Pero la de Sánchez Morueta reconocía la influencia de la estación en la clase de público. Las señoras eran menos que en el invierno. La \_gente baja\_, menestrales acomodadas, y viejas beatas de medios de vida problemáticos, se aprovechaban del veraneo de las señoras distinguidas, para apoderarse del templo bonito y de sus santos sacerdotes.

Pepita y su madre se arrodillaron cerca de un confesonario; el que más gente tenía formada ante sus rejillas. Tardaría mucho en llegarles el turno para la confesión.

Al reconocer á las dos señoras, hubo un movimiento de respeto y

curiosidad en la doble fila de mujeres arrodilladas  
, vestidas de negro y  
con la mantilla sobre los ojos. Dos viejas se levantaron ofreciéndolas  
su puesto en la fila. Doña Cristina hizo un signo de aprobación con la  
cabeza y abriendo su portamonedas dió una peseta á cada una de ellas.

Las dos beatas se alejaron en busca de otro confesionario menos  
concurrido. Realmente á ellas les agradaba poco el Padre Paulí á pesar  
de su fama. Siempre escuchaba con impaciencia, cuando á través de la  
rejilla percibía el olor agrio de las mantillas viejas. Mostraba prisa  
con aquellas intrusas que se mezclaban en su elegante rebaño.

La madre y la hija, al verse cerca del confesonario  
, con sólo dos  
penitentas por delante, abrieron sus libros de oraciones, y descansando  
las carnosidades de su cuerpo sobre las piernas dobladas, aguardaron con  
calma.

Doña Cristina experimentaba la emoción de la doncella que tiene la  
proximidad del hombre amado.

El Padre Paulí era un varón famoso. La buena señora admiraba su energía,  
su fuerza de voluntad, viendo en él algo de San Ignacio, que había sido  
militar antes que santo y guardaba bajo su sotana la audacia del hombre  
de guerra. No había más qué leer los papeles liberales, enterarse de los  
escándalos que habían provocado, hasta en Madrid, las palabras y los

actos del Padre Paulí, para convencerse de que nadie trabajaba como él por la causa de Dios. No iba con tapujos y miedos como muchos sacerdotes que sólo hablaban de piedad y perdón para los enemigos, y de la dulzura de Jesús. Era el jabalí de la Iglesia, que al verse en terreno favorable, en aquella tierra donde crecía frondoso el bosque de la fe y de la sumisión ciega, saltaba iracundo, repartiendo colmillazos á todos lados. «A los enemigos de la religión, palo», decía con fiera arrogancia, que enardecía á su laico auxiliar Fermín Urquiola.

No perdonaba medio para propagar sus belicosos propósitos. Sus sermones en las grandes romerías, en las fiestas de la Asociación de la Vela Nocturna y otras corporaciones que le tenían por director, eran arengas de caudillo, hablando de matar ó morir como los paladines de las Cruzadas, por el sagrado Corazón de Jesús. Su celebró folleto «A las señoras católicas», publicado en vísperas de unas elecciones, había dado que hablar hasta en el Congreso de los Diputados.

Era un hombre de lucha que iba recto á su fin, atropellando las doctrinas religiosas para defender la religión. En su folleto tronaba contra el lujo de las mujeres y el dinero que desperdiciaban en la caridad. Nada de vestidos nuevos ni de limosnas; todo debían dedicarlo á las elecciones, á comprar votos, á corromper la voluntad de la gente, para sacar triunfante al candidato de Dios y deshonor

rar de paso aquella  
institución del sufragio, que borrando las clases y  
colocando el pequeño  
al nivel del grande, trastornaba las leyes de la an  
tigua sociedad.

Doña Cristina recordaba los incidentes de la lucha  
ruidosa, en la que  
fué victorioso caudillo el Padre Paulí. Las señoras  
, amenazando con no  
comprar en los establecimientos cuyos dueños votase  
n al candidato  
liberal; el dinero, entrando en los barrios popular  
es como un veneno que  
enloquecía á la gente y la hacía terminar sus dispu  
tas á palos y tiros;  
las damas ricas, deslizándose en los tugurios de lo  
s miserables,  
arrogantes como amazonas, con el bolso abierto y el  
paquete de papeletas  
electorales. Y enfrente de este gran ejército maneja  
do por el Padre  
Paulí, un candidato de una buena fe paradisíaca, qu  
e hacía discursos  
sobre la regeneración material de la nación y la po  
lítica hidráulica,  
pidiendo canales y pantanos, como si á un país cual  
Vizcaya, en el que  
llueve todo el año, pudiera interesarle lo que sólo  
importaba á los  
\_maketos\_, en sus llanuras de Castilla secas, bajo  
un sol de África.  
Hasta había comulgado solemnemente la víspera de la  
elección, en una  
iglesia popular, para que su candidatura perdiera t  
odo carácter  
antirreligioso. ¡Infeliz! ¡como si estas habilidade  
s valiesen con la  
Iglesia que es maestra en ellas! ¡cómo si no supies  
en los buenos que  
quien no está á sus órdenes en cuerpo y alma, está  
contra ella!...

En esta lucha casi reciente, cuyo triunfo saborean envalentonadas las gentes religiosas, y que esparcía en torno del enérgico jesuíta un prestigio de caudillo invencible, había roto doña Cristina los últimos restos de la intimidad puramente amistosa que aún existía entre ella y su marido. Los liberales buscaron el auxilio de Sánchez Morueta, recordándole que había peleado durante el sitio, y el millonario entregó mil pesetas para la elección. El mismo día doña Cristina, con la amplia libertad de que gozaba en el manejo del dinero, dió dos mil duros al Padre Paulí. Al conocerse en Bilbao las dos ofrendas, cayó sobre Sánchez Morueta el desprecio y la burla de ambos bandos. Doña Cristina tembló en el primer momento ante el silencio de su esposo. Le parecía escuchar la risa irónica del doctor Aresti, allá en las minas. Temía la explosión ruidosa del gigante que se veía ridiculizado por una mujer, que no era para él más que una administradora del hogar. Pero transcurrieron los días y siguió callando, como si pasada la primera impresión de cólera, sólo le inspirasen desprecio aquellas contrariedades, y no quisiera turbar con nuevas querellas el bienestar animal que encontraba en su casa.

Doña Cristina también había perdido su primitiva inquietud al transcurrir el tiempo y se mostraba satisfecha, sonriendo modestamente ante las amigas que la felicitaban por este rasgo d

e independencia  
conyugal, para mayor gloria de Dios. El elogio del  
Padre Paulí valía  
por todos los terrores que le había hecho sufrir el  
gesto hosco de su  
marido. El jesuíta la comparó en una reunión de señ  
oras con las mujeres  
fuertes de la Biblia y con un sinnúmero de santas,  
todas princesas ó  
consejeras de reyes. «Con señoras tan valerosas, pr  
onto volverá el  
reinado de Jesús sobre la tierra.» Urquiola era otr  
o panegirista que en  
las reuniones de jóvenes católicos ensalzaba, entre  
risas, la gran treta  
que su tía había jugado á aquel marido gigantón con  
cara de vinagre.

Después del ruidoso triunfo, la piadosa señora entr  
aba en aquella  
iglesia como si fuese su casa, creyendo que el comp  
añerismo de la  
victoria y su tan comentado sacrificio, la unían á  
los buenos Padres  
como si fuese de su familia.

El confesor, después de despachar á varias penitent  
as, sacó la cabeza  
por delante del sagrado cajón, lanzando una rápida  
mirada á la fila de  
señoras, mientras musitaba algunas oraciones.

--Me ha conocido--pensó doña Cristina con orgullo--  
No tardará en  
despedir á la que está delante.

Pensaba en la natural sorpresa del confesor al verla  
allí en verano. La  
afluencia de veraneantes en Las Arenas y Portugalet  
e, aumentaba el  
servicio religioso en las iglesias de ambos pueblos  
, y ella, sólo de



tarde en tarde hacía sus visitas al templo de la Residencia. De seguro que el buen Padre pensaba: «Algo extraordinario le ocurre á mi hija de confesión.» Y así era efectivamente.

No peligraba la salud de su alma ni traía ningún grave pecado que la abrumase con su peso. Pero el jesuíta quería que se le dijera todo, absolutamente todo lo que alteraba el pensamiento de sus penitentas, único medio de que éstas fuesen bien dirigidas, y ella llegaba para una confesión extraordinaria, como esposa y como madre cristiana.

Primeramente, quería hablarle de cierta carta sorprendida en el despacho de su esposo.

Sánchez Morueta había llegado el día anterior, después de una permanencia de dos semanas en Francia, por asuntos del comercio: millonarios extranjeros, que veraneaban en Biarritz y con los cuales había de tratar nuevos negocios. Esto, según él daba á entender en sus escasas palabras. Pero doña Cristina dudaba ya de todo desde que dos días antes de que regresase el millonario, había encontrado revolviendo los papeles de su mesa, una carta de color gris, perfumada de ámbar y con la firma de una mujer, una tal Judith, que debía ser una pagana, una pecadora, á juzgar por su nombre y su manera de escribir. Ella no había entendido gran cosa; la letra era de rasgos desordenados y fantásticos y además estaba en francés. Pero las pocas palabras q

ue había podido  
adivinar, y más que esto, su instinto femenino, la h  
icieron comprender  
desde la primera ojeada que era una carta de amor,  
escrita con el mayor  
desenfado. ¡Qué asco! Toda la castidad de doña Cris  
tina, su horror á la  
carne vil, se revolvió al contacto de aquel papel.  
No quiso verlo más y  
lo abandonó en el mismo sitio donde lo había encont  
rado. Sabía lo  
necesario: su marido tenía una amante: tal vez por  
esto pasaba tanto  
tiempo fuera de Bilbao...

En el primer momento, doña Cristina experimentó una  
sensación  
desconocida; un deseo de protestar, como si fuese o  
beto de un robo.  
Sintió por Sánchez Morueta un interés más grande qu  
e en los primeros  
tiempos de su matrimonio. La mujer despertaba en el  
la irritada por la  
infidelidad. Tal vez iba á conocer el amor á impuls  
os de la cólera. Pero  
aquello sólo duró un instante: su alma, que parecía  
despertar é  
incorporarse, volvióse del otro lado y continuó su  
sueño.

Si Pepe tenía una querida ¿á ella qué? Mejor: su in  
diferencia encontraba  
una justificación. Viviría más segura en su castida  
d: se sentiría más  
fuerte, pudiendo echar algo en cara á aquel hombre  
que parecía dominarla  
con su silencio. Era lo que á ella le faltaba. Doña  
Cristina se había  
irritado muchas veces por no poder alegar ninguna f  
alta contra aquel  
hombre que vivía tranquilo, sin acordarse de la rel  
igión, cerrando su

casa á los ministros de Dios.

De aquella carta pecadora le había quedado el principio impreso en la memoria: «\_Mon gros loup cheri\_». ¿Qué querría decir esto? Y adivinando algo horrible y grotesco á la par, como los diablos panzudos pintados en ciertas estampas, sonreía en medio de su repugnancia, pensando en la figura algo ridícula de su esposo, con su barba de patriarca, enamorando á una de aquellas perdidas que se burlaban de los hombres, devorándolos.

Nada le importaba en el fondo este descubrimiento, pero quería comunicárselo al Padre Paulí, y que éste la ayudara con sus consejos. Además, tenía que hablarle de la niña, rogando que la diese un buen repasón. Estaba en la edad de los caprichos y las \_tonterías\_, y ella, después de la tarde en que la había sorprendido en el jardín con el ingenierillo, sentía cierta intranquilidad. Hasta había efectuado un registro minucioso en el cuarto de la niña, presintiendo cartitas escondidas, algo que revelase la certeza del noviazgo. Nada había encontrado; pero le daba el corazón que algo existía. Tal vez lo guardaba oculto la \_añoa\_ Nicanora, complaciente siempre con la señorita.

Había terminado su confesión la señora arrodillada delante de ella, y doña Cristina ocupaba ya la rejilla, esperando que fuese absuelta la del lado opuesto. Se abrió por fin el ventanillo y Pepita vió por encima de

los hombros de su madre una sombra que murmuraba:

--¡Hola Cristina! ¡hija mía! ¿A qué obedece esta visita tan extraordinaria?...

Pepita no oyó más: su madre pegó la cabeza á la rejilla, ahogándose las palabras de la penitenta y el confesor en un confuso murmullo.

La joven, sentada sobre los talones, sintiendo de la dura carne juvenil la incrustación de los tacones de sus botas, leía en su devocionario automáticamente, mientras pensaba lo que diría al confesor.

Estaba junto á su mamá y llegaban hasta ella algunas de sus palabras como un lejano susurro.

Pepita comprendió que su madre hablaba de una carta que debía interesarla mucho, á juzgar por las veces que la nombró. La joven púsose á temblar pensando en las que tenía ocultas, como una prueba de delito, allá en su hotel de Las Arenas. Pero doña Cristina levantó la voz un poco más, como si tuviese que hacer un esfuerzo para soltar algo penoso y Pepita la oyó decir con gran dificultad, vacilando á cada sílaba «\_Mon... gros... loup... cheri...\_»

No: aquello no iba con ella... ¿Pero por qué decía su madre tales cosas? ¿Qué lobo era aquel, en francés, que su madre llevaba tan trabajosamente hasta los oídos del buen Padre? Y Pepita se mordía los labios para no

reír, sin saber ciertamente por qué le regocijaba esta frase que no había encontrado nunca en sus libros cuando la enseñaban francés.

Luego cesó de oír. Hablaba el confesor, y su voz, a hogada por la rejilla, gangosa y obscura por la costumbre del recato, llegaba hasta Pepita como el balbucear de un pequeñuelo: «Ña... ña... ña». Debía reñir á la madre á juzgar por lo encogida que ésta se mostraba, con la cabeza entre los hombros, como si la abrumase el interminable regaño del confesor.

La voz de doña Cristina volvió de nuevo al oído de su hija:

--Es verdad Padre: yo tengo la culpa. ¡Pero es una esclavitud tan dura!... Yo no he nacido para eso. Ya sabe usted que mi vocación me llamaba á otra parte. Pero la juventud se engaña si empre y ¡era yo entonces tan niña!...

Calló, y de nuevo volvió á susurrar como un aleteo el «Ña... ña... ña» siempre con tono de reproche durante muchos minutos.

--¿Cree usted Padre--volvió á murmurar la señora--que no he hecho yo nada por atraerle al buen camino? El día mejor de mi vida sería aquel en que le viese al lado de los buenos, ayudando á Dios con los bienes que le ha dado, aconsejándose de personas sabias y virtuosas como ustedes... Pero Padre: usted no lo conoce; es inabordable; sie

mpre me ha causado  
respeto y miedo. Lo repito; yo no he nacido para es  
to: me repugnan los  
hombres.

Volvió á sonar el «Ña... ña... ña...» más imperioso  
, como si diese una  
orden, y doña Cristina achicábase ante la reja, obe  
diente á su director,  
pero anonadada por el sacrificio que la imponía.

--Lo haré, Padre, lo haré. ¡Si supiera usted el asc  
o que eso me produce!  
¡Tan tranquila que yo vivía!... Pero obedeceré, ya  
que no hay otro  
remedio. Dice usted bien: haberlo pensado antes de  
casarme. Son  
sacrificios que impone Dios para la conservación de  
l mundo: exigencias  
de la vil materia... Obedeceré, Padre, ¡pero cuánto  
me cuesta! ¡qué  
repugnancia, Dios mío!...

El «Ña... ña... ña» tomó una expresión interrogante  
.

--Sí, Padre, sí: seré otra. Volveré como en otros t  
iempos, á preocuparme  
de la envoltura terrenal. Espero que en el cielo me  
recompensen este  
sacrificio. Copiaré las seducciones mundanas para s  
ervir á Dios.

El murmullo del confesor sonó largamente, como si d  
iese consejos. De vez  
en cuando, le interrumpía doña Cristina con sus afi  
rmaciones de  
penitenta sumisa.

--Así lo haré, Padre.

--\_¿Ña... ña... ña?\_

--Ya he olvidado esas cosas, pero procuraré acordar me de mis tiempos de vanidad.

--\_¿Ña... ña... ña?\_

--¿Quiere usted que sea hoy mismo? ¿Después de haber recibido al Señor?... Bien: porque usted lo dice. Será un nuevo sacrificio.

Callaron un instante el confesor y la penitenta. Doña Cristina volvió la cabeza, como si descansase antes de entrar en la segunda parte de su confesión; y al ver tan próxima á Pepita, fijos en el devocionario sus ojos cándidos, se pegó más á la rejilla. La joven y a no oyó más que un lejano susurro, sin distinguir una palabra.

Al terminar la confesión, la madre fué á arrodillarse en el centro del templo y Pepita ocupó su puesto. Poco rato tuvo que esperar. El confesor despachó rápidamente á la penitenta del lado opuesto, y volvió á abrir el ventanillo.

--Hola, buena pieza. ¿Eres tú?--dijo cariñosamente á Pepita.--¿Ya has hecho el acto de contrición? Pues á ver esos pecadillos, á hacer la colada del alma, que aquí está el Padre Paulí para absolver á las niñas que son buenas y sumisas.

Y mientras la joven iba soltando con automática regularidad los pecados de siempre, murmuraciones en las visitas, mentiras sin importancia,

deseos de humillar á las amigas, desobediencias á su madre, miraba á través de la rejilla al famoso jesuíta, su cara sin una arruga, la nariz aguileña, aquella sonrisa dulce que parecía acariciar, pero que á ella le causaba cierto miedo, como si fuese una tenaza irresistible que extraía las verdades por hondas que se ocultasen.

--Bien, ¿y qué más?--dijo el jesuíta cuando ella se detuvo dando por terminada la enumeración de sus pecados.

--Nada más, Padre. No recuerdo otros pecados.

--Rebusca bien en tu conciencia, hijita. ¿Nada de nuevo ha ocurrido en tu vida desde la última vez que nos vimos? Piénsalo. Mira que con el Padre Paulí no valen engaños: que hasta mí llega un pajarito que me cuenta todo lo que hacen las niñas embusteras, y que yo sé cuándo me dicen la verdad y cuándo me mienten.

Pepita comenzaba á sentirse intranquila ante la sonrisa interrogante y maliciosa del confesor. Aquel hombre lo adivinaba todo, según afirmaba su madre. Con él de nada servían los tapujos. Y su inquietud convirtiése en miedo cuando vió que el sacerdote cesaba de sonreír y la hablaba con los ojos en alto, con la misma voz solemne que conmovía desde el púlpito á la distinguida muchedumbre de sus fieles.

--Oye, hija mía. Una vez érase una princesa más bonita que tú, y más rica, pues sus padres eran reyes...



Y describía á la princesa ideal, sin perdonar el de  
talle de sus trajes,  
sus carrozas y los galanes que mariposeaban en torn  
o de ella.

--Un día, en un sarao de la corte, cuando más llama  
ba la atención por su  
hermosura y su elegancia, danzando con el hijo de o  
tro rey, los  
cortesanos lanzaron un grito de horror. Por la boca  
de la princesa  
asomaba, y volvía á ocultarse para aparecer de nuev  
o, la cabeza de una  
horrible serpiente... ¿Sabes lo que era aquella inm  
unda bestia? Pues un  
pecado que la princesa había querido ocultar á su c  
onfesor y que tomaba  
la forma de un reptil para no abandonar su cuerpo.

Y el Padre Paulí, con su voz trémula de predicador  
horrorizado, hacía  
estremecer á la joven. El final de la historia no e  
ra más  
tranquilizador. La serpiente acababa por morder en  
el corazón á la  
princesa, y la desdichada descendía con el peso de  
su pecado á los  
infiernos.

--Vamos, hija mía--dijo el confesor tras una pausa,  
para recobrar su  
sonrisa después de la historia horripilante.--Tú er  
es más buena que la  
princesa: tú no querrás perder tu alma ocultando la  
s faltas al confesor.  
Aquí tienes al Padre Paulí que es un buenazo con la  
s niñas que no  
mienten, pero que tiene una correa para castigar á  
las que son malas y  
rebeldes. Vamos, Pepita, como si hablastes con una a  
miga; ya sabes que yo  
para tí, como si lo fuera... ¡Tú tienes un novio!

--No, Padre--dijo Pepita con voz trémula, intentando todavía defenderse.--Es un amigo... Un amigo, ¡pues!... que lo distingo de los demás... que le tengo cierta simpatía...

--¡Vaya por el amigo!--exclamó bondadosamente el confesor.--Y este amigo te escribe cartitas y tú las contestas á hurtadillas de mamá. No digas que no: no mientas... ¿Callas? Quedamos, pues, en que existen las cartas y en que os habéis visto y hablado en el jardín de Las Arenas. ¡Si es inútil negar! ¡Si yo todo lo sé por el pajarito!...

Y el jesuíta insistía complacido en aquella ñoñez del pajarito, como si fuese un supremo rasgo de ingeniosa malicia.

La joven acabó por confesarlo todo y el Padre Paulí tomó entonces un tono solemne:

--Pues, hija mía; tengo que decirte que has cometido un grave pecado, pero á tiempo estás de arrepentirte y purificarte de él. Lo has hecho, indudablemente, sin saber lo que hacías, porque tú eres buena y espero que el arrepentimiento te volverá á la gracia de Dios. ¿Tú sabes lo grave que resulta tu falta? ¡Una muñeca como tú, una mocosa que debe vivir agarrada á las faldas de su madre y no sabe una palabra de lo que es el mundo, querer arreglarse por sí misma el porvenir, y engañar á mamá, escuchando las proposiciones de un hombre, sin saber si éste puede

ser del gusto de sus padres y de las personas de buen consejo que los rodean! Vamos que merecías una zurra, como las chicas malcriadas que hacen alguna diablura.

Y su mano blanca se movía tras la rejilla con burlesca expresión de amenaza.

--Tú, que eres aficionada á lecturas como todas las jovencitas del día, pídele á tu madre un libro titulado «\_La entrada en el mundo.\_» Si ella no lo tiene, te lo dará tu primo Urquiola que seguramente lo sabe de memoria. Es una obrita del Padre Bresciani traducida y arreglada por otros Padres no menos sabios de la Compañía. Se la regalamos á los muchachos, cuando salen con la carrera terminada de nuestra Universidad de Deusto y es una guía completa de lo que debe pensar y hacer en el mundo todo joven cristiano. El que la sigue al pie de la letra no necesita más para ser un modelo de caballeros católicos y excelentes padres de familia. Lee ese libro, Pepita: busca los capítulos que se titulan «\_La elección de estado\_» y «\_Antes que te cases\_»... y verás lo que le corresponde hacer á la juventud cristiana para conservar pura su alma y no ofender á Dios. Para la elección de estado hay que meditar mucho antes, poniendo el pensamiento en Dios y en la santísima Virgen, tal como lo dispone en sus «Ejercicios Espirituales» el bienaventurado y glorioso compatriota nuestro San Ignacio de Loyola. La esposa debe

escogerse después de la oración, de la meditación, del examen atento; y especialmente, ¡fíjate bien en esto, criatura!, «de spués del consejo maduro y reiterado de vuestros amigos prudentes, de vuestros maestros, y sobre todo, de vuestro director espiritual.» Así lo dice el libro.

Y el confesor recalcaba lo del director espiritual, como si éste fuese el personaje más importante entre todos los citados .

--¿Qué es el director espiritual?--continuó.--El libro lo dice claramente: «Es un segundo padre que la Iglesia os da para que dirija vuestras almas. Dejaos guiar en todo por ese fiel amigo. Si los padres se oponen á vuestro casamiento, creed que será por vuestro bien. Si os queda alguna duda sometedla á la censura prudente de vuestros confesores, y si éstos se oponen, resignaos; pues si las cosas no salen á medida de vuestros deseos es porque saldrán conforme á la voluntad de Dios que es lo que más os interesa. Eso del amor, no es más que \_galantería\_ mundana, inventada por poetas y novelistas defensores del pecado, que nunca puede dominar á una alma cristiana.» Ahí tienes, chiquita, todo un compendio de sabiduría que siguen los jóvenes al salir de nuestras aulas, y son felices. ¿Y esto, que respetan y acatan muchachos con más barbas que un granadero, que poseen toda la ciencia de nuestra Universidad, lo atropellas tú, muñeca ignorante? ¿Te atreves á

buscar marido por tu propia cuenta y á tener amoríos, cuando hombres que ostentan títulos académicos no osan poner los ojos en una mujer sin venir aquí antes á decirme: «Padre Paulí, he pensado en Fulana ó en Zutana: ¿me conviene?» y se van tan satisfechos de los consejos del Padre, siguiéndolos fielmente?... ¡Ay, Pepita... Pepita! Bien se conoce que en tu casa falta una buena dirección á pesar de que mamá es casi una santa. Bien se ve que hay en tu familia hombres descarriados, como ese médico loco de las minas que ha hecho infeliz á su pobre mujer, y que entran allí gentes de todas clases que llevan con ellas la impiedad del siglo.

La joven sentíase anonadada, reconociendo de pronto la inmensidad de su pecado. El confesor continuó con una sonrisa dulce:

--Y ese señor ingeniero que te ha trastornado el seso, será poco más ó menos como tu tío el médico.

--¡Ay, no, Padre!--se apresuró á decir Pepita aprovechando la ocasión para defender á su novio.--es muy buen católico: me lo dijo el otro día cuando hablamos en el jardín.

--¡Hum, hum!--tosió el jesuíta--¿Dónde ha estudiado? En alguna de esas escuelas donde sólo enseñan lo que llaman ciencia y que no es más que puro materialismo, sin acordarse para nada de Dios. ¿Católico y no lo conozco?... ¿Católico joven y no viene por aquí?...

--Me prometió que vendría, Padre. Dijo que se confesaría aquí; que se inscribiría en los \_Luisés\_, que haría todo lo que yo le mandase. Crea usted, Padre, que no es malo.

--¡Je, je!--rió maliciosamente el confesor.--No está mal la resolución.

Pero nosotros, esas conversiones de última hora con vistas al matrimonio, las miramos con desconfianza: dan siempre malos resultados.

El Padre Paulí es viejo y sabe mucho del mundo para que pueda engañarlo

un boquirrubio de esos á la moderna. Queremos en nuestro jardín árboles

que hayamos plantado nosotros, guiándolos desde que son tiernos... Y tú,

hija mía, ¡con qué calor defiendes á ese hombre! Veo que el peligro era

más grave de lo que creía. Si persistes en esa mala pasión, contra la

voluntad de tus padres y de tu director espiritual, estás en pecado y no

podré darte la absolución. ¿Entiendes?...

Tembló la joven ante esta amenaza, proferida con voz imponente.

--Pero tú eres buena--continuó el jesuíta cambiando de tono--y tú

obedecerás. Mañana me envías todas las cartas que te engas de ese hombre:

un paquetito á nombre mío y que lo entreguen al portero de la

Residencia... Y hoy mismo, sin excusa alguna, le escribes cuatro letras

á ese individuo. «Muy señor mío: por no disgustar á mis padres... ó por

consejo de mi director espiritual...» en fin, tú lo

escribirás bien: las  
mujeres, tenéis talento para esas cosas. Lo que importa es hacerle  
saber, de un modo que no deje lugar á dudas, que todo acabó, que ya no  
te acuerdas de él, que lo pasado fué una falta de la que te muestras  
arrepentida... ¿Estamos?

Pepita movió la cabeza afirmativamente, con los ojos llorosos, sin que  
adivinase el confesor si esta emoción era por la pena del rompimiento ó  
por el miedo que le inspiraba su pecado.

--¡Tonta! ¡tontita!--dijo para tranquilizarla.--¡Si todo esto es por tu  
bien!... ¿Quién es ese hombre? Un cualquiera, un ingeniero como hay  
tantos, un trabajador de levita, qué necesita de protectores como tu  
padre para ganar la comida. ¡Mire usted que estaría bien, ver á la hija  
de Sánchez Morueta casada con un ganapán, de esos que creen ser los  
hombres más útiles de nuestro siglo, porque echan rayas y manejan  
números! Eso de las princesas casándose con pastores, sólo se ve en las  
comedias. Aún es pronto para casarte: cuando llegue tu hora, obedece á  
tus padres, á mamá sobre todo, pues las mujeres saben más de estas  
cosas. Confía en el Padre Paulí, que es tu amigo, tu segundo padre, y  
entre todos ya verás cómo te elegimos un hombre que te hará feliz y aun  
elevará más tu rango en el mundo.

Calló un momento el jesuíta, como si preparase un avance decisivo.

--¡Con unos muchachos tan distinguidos y de tanto porvenir que salen de nuestra Universidad!... Una joven como tú--continuó--merece unirse con una gran fortuna ó un gran nombre. Fortuna ya la tienes, por la bondad de Dios, que ha derramado sus dones sobre tu padre. ¡Pues á casarse con un muchacho de porvenir y de talento, que sea en lo futuro un hombre de Estado, y se cubra de gloria sirviendo á Dios y á su país! Eso no es difícil encontrarlo. Ahí tienes, por ejemplo, á tu primo Urquiola.

Pepita hizo un mohín de protesta. No: ese no.

--¿Por qué no, chiquilla? ¿Tienes algo que decir de él? Es uno de los alumnos de \_punta\_ que han salido de nuestra Universidad. Con una docena como él, Bilbao sería nuestro por completo, y esta población aparecería como otra Covadonga, desde la cual emprenderíamos la reconquista de España encenagada en un liberalismo que es libertinaje, y olvidada de Dios... Comprendo por qué tuerces el gesto: chismes y enredos de tertulia, murmuraciones de las amigas, que por exceso de atracción en el pobre Urquiola, sólo saben hablar de él. ¡Ya las arreglaré yo á esas maldicientes!... ¿Y sabes por qué se ocupan tanto de Fermín? Porque éste no pone los ojos en ellas; porque saben que hace tiempo se siente inclinado hacia tí, con el amor honesto y respetuoso de un joven cristiano. Las que te hablan contra él, es porque te tienen envidia.



Después de este hábil halago á la vanidad de la joven, continuó con una expresión de bondad y tolerancia:

--Yo no digo que Urquiola sea un santo. Tampoco lo fué nuestro padre San Ignacio antes de que le iluminase la divina gracia. Ya ves, era militar, y con esto queda dicho todo. Tan vanidoso, tan enamorado de su persona y de gustar á las damas, que al quedarle en la pierna un hueso saliente después de ser herido en el cerco de Pamplona, se lo hizo aserrar, para que no se notase bulto alguno en las altas y elegantes botas que entonces se llamaban \_botas polidas\_... Urquiola es joven, y rebosa en él la energía, el exceso de expansión y de fuerza que ha puesto al servicio de Dios. Yo no digo que no cometa sus pecadillos; pero has de pensar, hija, que en el mundo no somos todos iguales, que las faltas cambian según los medios de vida de quien las realiza, y, por ejemplo, lo que es pecado en el hombre que vive tranquilamente en su casa, rodeado de su familia, á la que debe dar ejemplo, no lo es en el soldado que hace la guerra y va errante por el mundo. Eso es Fermín; un soldado, un combatiente de la buena causa, y se le deben dispensar ciertas cosas, porque las necesidades de la campaña le obligan á vivir fuera de su mundo... Pero ya verás cómo cambia, cómo sienta la cabeza el día que tenga á su lado una esposa cristiana, buena y virtuosa. ¿Sabes por qué le miran con tanto agrado tus amigas? Porque están seguras de su

porvenir. Fermín será diputado en las primeras elecciones, figurará en Madrid, ¡y quien sabe á lo que puede llegar, cuando se cambie la suerte de esta nación, que seguramente se cambiará, de no olvidarnos Dios!...

Callaba Pepita, sin hacer el menor signo de aprobación ó protesta ante las palabras del jesuíta, y éste se detuvo, creyendo haber avanzado demasiado. Por aquel día bien estaba con lo dicho.

--No creas que tengo un interés especial en que sea Urquiola quien haga feliz tu vida. Tal vez tu mamá lo defienda con más tenacidad que yo, pues de su sangre es y conoce sus méritos. Por mí, si no es ese, que sea otro. De sobra los hay en la juventud brillante, es peranza de la patria y de la religión, que sale de Deusto. Lo que yo quiero es que escojas como todas las doncellas católicas y decentes, sin disgustar á tus papás y desobedecer á tu director. Tú eres de una familia cristiana y debes seguir sus costumbres. Mírate en el espejo de tus padres: se unieron con el consentimiento de sus familias, sin violencias ni disgustos y la fortuna les sonríe, y son felices, y tienen para su vejez un consuelo tan hermoso como tú, que eres buena y no querrás amargar los últimos años de su vida.

Y el confesor hablaba gravemente, sin el más leve mohín, de la felicidad conyugal de los Sánchez Morueta.

--Basta por hoy. He dicho á tu madre que vengáis po

r aquí con más  
frecuencia. Ya iremos hablando de lo que te convien  
e, pues tiempo  
tenemos de sobra. Esa almita anda algo loca y hay q  
ue tener mucho  
cuidado con ella. ¿Quedamos en que me enviarás esas  
cartas, para que  
nunca puedas volver á leerlas, cayendo de nuevo en  
el pecado?

--Sí, Padre.

--¿Escribirás hoy mismo á ese señor dando por termi  
nadas para siempre  
las locuras?

--Sí, Padre.

--Muy bien: vamos á la absolución.

Y musitando sus latines, el Padre Paulí bendijo á l  
a joven al través de  
la rejilla: después sacó la mano por el frente del  
confesonario para que  
se la besase. Mientras abría el ventanillo opuesto  
preparando una  
sonrisa como saludo á la nueva penitenta, Pepita fu  
é á arrodillarse al  
lado de su madre.

Comulgaron tras una breve espera, después de rezar  
su penitencia y  
salieron del templo, saludando con inclinaciones de  
cabeza á las amigas  
que aún estaban arrodilladas ante los confesonarios  
.

El automóvil emprendió el regreso á Las Arenas sigu  
iendo la ribera de la  
ría que parecía irradiar fuego bajo el torrente ard  
oroso del sol.

Doña Cristina sonreía al paisaje, encontrándolo más hermoso que otros días.

--¿Pero no has notado, Pepita, qué alegría da el recibir al Señor? Dí que hemos empleado bien la mañana.

Al entrar en el hotel se entristeció el rostro de la señora, como si se aproximase un peligro que quería olvidar.

Las dos mujeres se encerraron en sus habitaciones. Pepita pasó horas enteras con la pluma en la mano, mordiendo la punta nerviosamente, rompiendo pliegos sin que llegasen á satisfacerle las cartas que escribía. Por fin entregó un sobre cerrado á la \_añ a\_ Nicanora, rogándola que aquella misma tarde fuese á los altos hornos para entregarlo á don Fernando. Todas las preguntas de la curiosa campesina fueron inútiles. La niña estaba de mal humor y no quería contestar.

Doña Cristina permaneció invisible hasta la hora de la comida. Llamó varias veces á su doncella que iba de un lado á otro, llevando dobladas sobre el brazo muchas piezas de ropa interior y varios vestidos. Toda la servidumbre cambiaba signos de asombro, como si en la casa ocurriese algo extraordinario. Doña Cristina revolvía su olvidado guardarropa.

Al bajar Pepita al comedor, enfurruñada y triste por su esfuerzo epistolar, no pudo contener la admiración, viendo á su madre.

--¡Pero, mamá! ¡Qué guapa estás! ¡Qué elegante te has puesto!...

Guapa... sí que lo estaba; con sus cabellos de oro peinados por la doncella, y una capa de menjurgos de tocador que re frescaban, con llamativa juventud, su madurez de rubia carnosa. ¿Pero... elegante?... Llevaba un traje de seda clara, con los colores algo apagados y polvorientos; una pieza magnífica que había llegado á Bilbao desde un taller de la \_rue de la Paix\_ cuatro años antes, cuando ella volvía ya la espalda á las vanidades del mundo.

Había engordado mucho desde entonces: la seda del pecho, cruelmente estirada, parecía próxima á estallar á impulso de los ocultos y comprimidos globos; la falda, amplia en otros tiempos, se ajustaba como un mallón sobre las caderas.

--Qué, ¿te parezco bien?--dijo la madre, pavoneándose como una niña ante la admiración de su hija, que había conocido aquella moda y al verla resucitar inesperadamente, sentía la extrañeza que causa una resurrección histórica.

Al moverse doña Cristina sonaba el subversivo \_frufru\_ de sus finas ropas interiores y se esparcían en el ambiente los perfumes que se había prodigado con cierta indiscreción.

Sánchez Morueta que leía un periódico sin notar la presencia de su

mujer, acabó por levantar la cabeza.

--¿Qué te parezco, Pepe?--dijo ella con una sonrisa que contrastaba con el temblor de su voz.

El millonario deslizó una rápida ojeada sobre su incitante esplendor de fruto maduro.

--No estás mal--y fijó de nuevo sus ojos en el periódico.

--Ahora voy á volver á la elegancia. Quiero gozar la vida antes de que llegue la vejez. Nuestra hija va á tener en mí una rival. ¿Qué dices á esto, Pepe?...

--Harás bien:--y siguió leyendo, sin saber lo que leía, con el pensamiento lejos, muy lejos.

La comida fué triste. El millonario había llegado de su último viaje con un gesto melancólico, que desaparecía de pronto, dando lugar á extrañas nerviosidades.

Él, que pasaba siempre por el hotel como un sonámbulo, sin reparar en los detalles de la vida doméstica ni dirigir la palabra á la servidumbre, venía regañando desde el día anterior con todos los de la casa, y bastaba una respuesta para que cerrase los puños como si fuese á golpear á todos.

Pepita también estaba triste; pero le pesaba el silencio que reinaba en el comedor y hacía preguntas á su padre sobre la vi

da de Biarritz,  
queriendo que le describiera alguna \_toilette\_ de l  
as muchas que habría  
visto en aquella sociedad elegante.

Sánchez Morueta se esforzaba por contestar á gusto  
de su hija. Era la  
única persona ante la cual se abatía su mal humor.  
Hablabá con la cabeza  
baja, evitando mirar á su mujer, sentada enfrente.  
Varias veces sus ojos  
se habían encontrado con los de Cristina, fijos en  
él con una expresión  
desconocida. Esta caricia muda que tenía algo de sú  
plica, le causaba  
por su novedad cierta molestia.

Después de comer, el millonario se entró en su desp  
acho.

Cristina dejó pasar mucho tiempo y cuando los arpeg  
ios del piano la  
hicieron saber que Pepita estaba en el salón, se di  
rigió con paso  
resuelto en busca de su marido.

Tembló al dar un golpe en la puerta para anunciar s  
u presencia. Se  
acordaba de los cuentos de la infancia; de aquellas  
niñas medrosas que  
iban en busca del ogro.

Al entrar en el despacho vió el gesto de asombro de  
Sánchez Morueta, que  
creía en la llamada de un criado: notó el movimient  
o instintivo de sus  
manazas, para ocultar bajo los papeles varios plieg  
uecillos de diversos  
colores que releía con gesto hosco.

Aquellas cartas ella las conocía. Por una asociació  
n de recuerdos,

volvió á su memoria el «\_Mon gros loup cheri\_», y sin saber por qué, sintió una tentación infantil de reír ante el gigante de aspecto imponente; de arrojarse á su cuello, repitiendo, como Dios le diera á entender, aquella frase de \_cocotte\_, que debía encerrar algún misterio mágico para apoderarse de los hombres.

--¿Qué quieres? ¿qué ocurre?--preguntó el marido con extrañeza.

¿Querer?... Bien se lo decían aquellos ojos agrandados por el lápiz de tocador, en los que el instinto femenino ponía el fuego que no lograba dar la pasión: los pasos felinos, de gata enardecida, con que se aproximaba entre el susurro acariciador de sus ropas interiores.

Al estar junto á él, no supo qué decir ni cómo empezar y apelando al recurso de la acción, abarcó en sus brazos de blancas carnosidades, los hombros del temido ogro.

--¡Pepe... Pepe!--murmuró con voz tenue, como un gemido dulce.

Y su boca se abrió paso entre las barbas patriarcales, con besos ardorosos.

El grande hombre vaciló un momento, atolondrado por la onda de carne femenil que caía sobre él, por el perfume incitante que le envolvía, por los labios suaves que buscaban los suyos, enredando la barba en los dientes de láctea blancura.



Pero fué la debilidad de un instante, que pasó como una ráfaga. Su mano poderosa apartó á la mujer, y ésta se sintió perdida, ante aquellos ojos fríos que parecían no verla, como si su atención, su pensamiento, su alma, pasasen por encima de ella para ir lejos, muy lejos.

Después, la voz del marido sonó en el silencio de la habitación, lacónica, triste y monótona:

--Es tarde, Cristina, es tarde.

## VII

Estaba el señor Goicochea á media mañana, trabajando en su despacho contiguo al de Sánchez Morueta, cuando se incorporó en el asiento con sorpresa, viendo entrar á su principal.

Tres días antes había salido para Biarritz, manifestando á su secretario que tardaría unas dos semanas en regresar, y se presentaba inesperadamente, con una cara que daba miedo. ¿Qué negocio se le habría torcido al grande hombre, hasta el punto de hacerle perder su solemne gravedad?...

Su voz sonaba trémula y algo aflautada; una voz de ira; sus ademanes aparecían descompuestos, y lo que más asustaba al secretario, era que

hablaba mucho, que había perdido su concisión característica y vacilaba envolviendo en palabras y más palabras sus tardos pensamientos.

--A ver, Goicochea; que lleven á casa el equipaje que está abajo. Avise usted por teléfono que luego iré.... No, diga usted que no voy, que no me esperen á comer. Iré á la noche. ¿Pero, qué hace usted ahí parado, mirándome como un bobo?... ¡Eh, alto! no se vaya usted tan pronto. A ver, ¡que suba el \_Capi\_! Llame usted á don Matías. ¡En seguida; listo!...

Goicochea salió del despacho temblando, al pensar en el día que le esperaba. Conocía el carácter de su gigante: pocas rachas, pero buenas, como él decía. Sólo muy de tarde en tarde, le había visto perder la serenidad y enfurecerse; pero guardaba un vivo recuerdo de sus arrebatos.

Cuando subió el capitán Iriondo, encontró á Sánchez Morueta paseando casi á saltos por el despacho, como una bestia enjaulada, las manos atrás y la cabeza baja. Tardó algún tiempo en ver á Iriondo, que no pasaba de la puerta.

--Pepe, ¿qué tienes?--dijo el marino con el acento afectuoso de un antiguo camarada.

--Nada: cosas mías, no te ocupes de mí.... Vas á llamar al teléfono de las minas y que busquen á mi primo Luis, que le dig

an que venga en  
seguida.

--Pero, hombre, no será tan pronto como quieres. Gallarta está lejos: él tiene sus ocupaciones...

--¡He dicho que venga en seguida!--gritó el millonario.--Dile que le necesito al momento; que estoy enfermo, que voy á morir... cualquier cosa. ¡Que venga pronto!... Y Luis vendrá, porque me quiere de veras: es mi único amigo.

--Está bien--gruñó el capitán.--Los demás somos unos perros.

Y encogiéndose de hombros salió del despacho. Sánchez Morueta siguió su paseo á grandes zancadas, con la cabeza baja, como si fuese a embestir contra los planos y modelos de buques colgados de las paredes.

De pronto se detuvo en la puerta de la habitación contigua, mirando con ojos feroces al secretario, que se había escurrido hasta su mesa para continuar el trabajo. El pobre hombre tembló al verse enfrente de su irritado principal.

--Señor Goicochea: va usted a hacerme el... pinturreo favor de largarse inmediatamente. Necesito estar solo; váyase a tomar el sol, adonde le dé la gana.... ¡al capacho! pero márchese en seguida.

Miraba al secretario de tal modo, que éste creyó que iba a recibir algún golpe sí tardaba en obedecer. Y cogiendo el sombrero

o, salió  
apresuradamente.

Las oficinas parecían desiertas. Todos los empleados se encorvaban ante sus papeles, temblando al oír tras de los cortinajes aquella voz furiosa, que matizaba sus órdenes con interjecciones y juramentos verdaderamente extraños en tan grave personaje.

En el escritorio se hizo el mismo silencio de las casas donde existe un enfermo. Sánchez Morueta, después de una hora de incesantes paseos, se dejó caer en uno de los sillones ingleses, anchos y profundos, tocando antes un botón eléctrico.

Entró un ordenanza con aire azorado.

--Tráeme un café.... pero bien fuerte.

Cuando llegó el café, Sánchez Morueta fumaba un cigarro enorme, uno de los habanos que le enviaban de Cuba, elaborados directamente para él, con su nombre y su retrato en la sortija, y cuya adquisición era motivo de orgullo entre la gente menuda que laboraba en la Bolsa ó en los negocios de minas.

Transcurrió otra hora, sin que el millonario diese señales de existencia. El timbre sonó de nuevo en el silencio del escritorio y corrió el criado al despacho.

--Trae otro café.

Sánchez Morueta fumaba el tercer cigarro, á juzgar

por las dos colillas  
arrojadas á sus pies, sobre el pavimento de madera  
encerada, tersa como  
un espejo. Los balcones estaban cerrados, tal como  
los había encontrado  
al llegar, y el ambiente se llenaba de humo, se hac  
ía irrespirable, sin  
que él se diese cuenta de ello.

Mucho después de medio día, cuando los empleados se  
deslizaron sin ruido  
para ir á comer á sus casas, volvió á trotar el cri  
ado hacia el  
despacho, atraído por el timbre.

--Dile al capitán que suba--dijo el millonario.

--Don Matías no está, señor--contestó el criado.

Por primera vez se le ocurrió á Sánchez Morueta mir  
ar el gran reloj de  
la chimenea. ¡Cómo había pasado el tiempo! Y más po  
r la fuerza de la  
costumbre que por necesidad, quiso comer, ya que á  
aquella hora todos  
hacían lo mismo.

--Ve á donde el Suizo y trae la comida. Lo que te d  
en... lo que á tí se  
te ocurra. Sobre todo, un buen café: no lo olvides.

Cuando volvió el criado con una gran bandeja llena  
de platos y  
coberteras brillantes, la atmósfera del despacho er  
a más densa. El  
millonario seguía fumando, inmóvil en su sillón, co  
n la vista vaga y  
como perdida en un punto lejano, muy lejano.

Apenas tocó los platos que el criado colocaba sobre  
una mesa. Bebió un

poco de vino, probó la fruta y se abalanzó por fin al café, como si éste fuese su único alimento. Después hizo seña al criado para que se llevase los platos casi intactos.

--Mira, hijo mío--dijo con dulzura inesperada.--Llévate todo eso; cómetelo y que de salud te sirva.

Al quedarse solo encendió otro cigarro, adoptando en su sillón aquella inmovilidad en la que parecía soñar con los ojos abiertos.

Sánchez Morueta no supo ciertamente si llegó á dormirse. Era un sopor dulce que no le hacía perder de vista cuanto le rodeaba. Pero en esta actitud, el tiempo transcurría para él inadvertido, y sentía el bienestar del que en nada piensa.

Cuando, á la caída de la tarde, entró el doctor Aresti en el despacho, el millonario se reanimó, volviendo de un golpe á la vida.

--¡Esto es un horno!--gritó el médico,--¡Aquí no se puede respirar; qué humareda; parece un incendio!

Y se fué á los balcones, abriéndolos para que se disolviera la nube de tabaco en que se envolvía su primo.

--¿Qué pasa?--dijo Aresti cuando pudo respirar con algún desahogo.--¿Qué te ocurre, Pepe? ¿Estás enfermo? A ver esa cara...

Y después de examinar el rostro de su primo, hizo un gesto de asombro.

Efectivamente; algo malo le ocurría. Parecía avieja  
do de un golpe en más  
de diez años: los pómulos salientes, los ojos hundi  
dos, con una  
expresión de tristeza y desaliento. Además revelaba  
una gran fatiga  
física, como si no hubiese dormido en algunas noche  
s.

--¡Vamos á ver; ¿qué tienes? Cuenta, hijo, cuenta.

Sánchez Morueta sintió el mismo dolor que si de pro  
nto se abriesen en él  
ocultas heridas. La presencia de su primo despertab  
a los pensamientos  
dolorosos, adormecidos por la embrutecedora somnole  
ncia.

--¡Ay, Luis!--suspiró el gigante con un acento casi  
infantil, cogiendo,  
las manos de su primo.--Mi vida terminó. Han matado  
todas mis  
ilusiones... ¡Se fueron!... ¡se fueron!

Y se abandonaba, como si quisiese caer sobre Aresti  
, abrumando la  
pequeñez del doctor con su corpachón.

--¡Energía, Pepe! ¿Qué es esto, que te desplomas co  
mo una señorita  
desvanecida? ¡Firmes, vive Cristo! Sólo te falta ec  
harte á llorar como  
los chiquillos. A ver: serenidad, y suelta todos tu  
s pesares. Veamos  
por qué crees terminada tu vida, cuando eres el hij  
o de la suerte.

El millonario fué á hablar, y Aresti le interrumpió  
de nuevo:

--Por lo que pueda convenirte, te advierto que Fern  
ando, tu ingeniero,

aguarda ahí fuera. Lo he encontrado en la estación del Desierto, y al saber que habías llegado vino conmigo. Quiere hablar: dice que te esperaba con impaciencia.

Sánchez Morueta hizo un gesto de desprecio. Que aguardase. Algún asunto urgente de la fundición. ¿Qué le importaban á él los altos hornos, y las minas y los barcos? Que se perdiese todo: que se lo llevase la mala suerte. ¡Para lo que servía la riqueza!... Y revolvía sus ojos furiosos por los planos y modelos del despacho, como si maldijera del poderío industrial, haciéndolo responsable de su desgracia.

En aquel momento aborrecía al muchacho que esperaba en las oficinas. ¡La juventud! ¡la insípida y antipática juventud! Aquel ingenierillo no tenía otros medios de vida que los que él le diese: ni riqueza, ni poder, y sin embargo, era posible que por sus pocos años, por su cara de madamita con bigote, no le ocurriera lo que á él con todos sus millones. ¡Cristo! ¿Para qué servía, pues, el dinero?

Aresti se impacientaba.

--Bueno, hombre: deja en paz á ese chico, y si no quieres verle en seguida, que aguarde. Pero cuéntame, Pepe ¿qué te pasa?

--¡Judith!...--gimió el millonario.--Ya sabes quién digo...

Y vacilaba antes de seguir hablando, como avergonza



do de revelar su  
tristeza.

--Sí, Judith--dijo Aresti animándolo para que hablase.--Aquella francesa, ó judía, ó lo que sea, de la que me hablaste con entusiasmo... la madre de aquel niño tan hermoso... el \_hijo del amor\_. Estoy enterado. ¿Y qué ha hecho la tal Judith? ¿Alguna perrada? ¿La has sorprendido con alguien? ¿Ha huido y no sabes dónde está? Habla, hombre: cuenta sin miedo. Ya sabes que soy tu confesor y por mucho que me digas, nada me cogerá de sorpresa.

Aresti hablaba con tranquilidad, como si desde mucho antes esperase lo que su primo iba á contarle; seguro de que aquella novela de amor, desarrollada en el ocaso de la madurez, había de tener un desenlace triste.

Sánchez Morueta comenzó á hablar con lentitud, como si le doliese, con profundo desgarrón, el remover sus recuerdos. Pero, pasado el primer dolor, se animaba, se enardecía, embriagándose en la amargura de su desgracia.

Había conocido por primera vez el tormento de los celos. Desde algunos meses antes, se mostraba triste, con nerviosidades y arrebatos impropios de su carácter. ¿No lo había notado Aresti?

De pronto tomaba el tren para presentarse por sorpresa en aquel hotelito de Madrid, nido ilegal y misterioso de su felicidad

.

Varias cartas anónimas le habían avisado las infidelidades de Judith. Alguna buena alma que conocía su dicha y deseaba turbarla: tal vez una antigua compañera de la *\_divette\_*, envidiosa de su bienestar. Y el grande hombre de la industria, aquel pastor de millones que tenía miles de brazos á sus órdenes y flotas en el mar como un príncipe de la moderna realeza, había descendido durante algunos meses á una vida de espionaje, de astucias miserables, para convencerse de la certeza de las denuncias.

--¡Ay, el amor, Luis!--exclamaba.--¡Cuán pequeños nos hace! ¡Cómo nos envilece cuando llega tarde, á una edad en que queremos, sin la certeza de que nos quieran!... Ahora me avergüenzo, pensando en las cosas á que he tenido que descender. ¡Y si no fuese más que esto!...

Al llegar el verano, Judith había ido, como de costumbre, á una casita que el millonario le había comprado en Biarritz. Así la tenía más cerca de Bilbao. Allí se había convencido de que no le engañaban los misteriosos avisos.

Hablábanle éstos de cierto individuo de existencia cosmopolita, un *\_monsieur Jules\_*, joven, hermoso y elegante, de problemática vida; un aventurero que invernaba en la Costa Azul, sirviendo de *\_croupier\_* en los casinos de Niza, Menton y Monte Carlo, y en ver

ano pasaba á las  
estaciones elegantes de los Pirineos. Judith parecí  
a conocerle mucho  
tiempo. Era más joven que ella, y con el furor de u  
na hembra que se da  
cuenta de su próximo ocaso, se agarraba á aquel pro  
fesional de la  
hermosura viril que, satisfecho de su persona, deja  
ba que las  
aventureras de las estaciones de placer se disputas  
en el honor de  
acapararlo, con toda clase de concesiones y sacrifi  
cios.

Sánchez Morueta, después de la lectura de los anóni  
mos, recordaba haber  
oído su nombre de labios de Judith en los momentos  
de abandono, hablando  
de él como de un amigo antiguo. Sabía, además, que  
el aventurero había  
pasado largas temporadas en Madrid ocupando su siti  
o, todavía caliente,  
apenas emprendía el regreso á Bilbao. Ahora se daba  
cuenta de las  
peticiones de Judith, cada vez mayores: de aquel af  
án de riquezas, de  
«asegurar su posición», como ella decía, con una vo  
racidad creciente,  
como si la guiase un oculto consejero.

El millonario no lamentaba su generosidad. ¡Qué pod  
ía importarle este  
chorreo de riqueza que no marcaba la más leve desni  
velación en su  
fortuna y le proporcionaba la dicha! Lo que le enfu  
recía haciéndole  
abandonar su asiento con nervioso salto, era el rec  
ordar lo ridículo de  
su situación. Él, Sánchez Morueta, un hombre en ple  
no vigor, y que á  
tantos causaba miedo, ¡convertido en ese tipo grote  
sco del anciano

verde, engañado y \_pagano\_, eterno personaje de todos los cuentos y las comedias parisienses! Él había sido \_le vieux\_ del que se ríe la pareja joven, enamorada y feliz, mientras devora alegremente sus billetes de Banco. ¡Dios de Dios! ¡Y por respeto al nombre que llevaba, por miedo á la familia y á las malditas conveniencias sociales, había salido de la triste aventura sin matar á ninguno de los dos!...

--¡Pero, hombre, siéntate!--decía el doctor asustado al verle ir y venir por el despacho como un loco.--No golpees los muebles. Ya sé que de un puñetazo eres capaz de romper esa mesa. No los has matado y has hecho muy bien. ¿Acaso eres tú el primero, ni serás el último, de quien se burle una pájara de esas? Sigue contando... sigue.

Tardó el millonario algún tiempo en recobrar su calma, y al reanudar el relato pasó de un salto á la escena final de su novela amorosa, á la última entrevista con Judith dos noches antes, en aquel hotelito de Biarritz donde había pasado los mejores veranos de su vida.

Sánchez Morueta había llegado sin avisarla, sorprendiendo al \_monsieur Jules\_ casi ocupando su sitio. Realmente la sorpresa no había sido completa. No le había visto: sólo había adivinado su presencia en el desorden de la habitación, en los detalles que revelaban una fuga rápida, mientras la doncella de Judith le entretenía ante la puerta cerrada.

Después, la escena había sido horrible entre él y su amante. ¡Ay, la mala hembra! ¡Qué franqueza tan cruel la suya! ¡Qué deseo de acabar de una vez, de plantearle descarnadamente lo anormal y repugnante de la situación! Podía haber seguido engañándole; negar una vez más; mantenerlo en la dulce ceguera que le adormecía, sin fuerzas para buscar la verdad. «Vivimos de mentiras: sólo el engaño es dulce», decía ella en las horas de abandono, cuando en brazos de Sánchez Morueta recordaba su pasado de aventuras. Pero ahora ya no quería mentir; estaba enamorada de su \_Jules\_, enamorada frenética, con celos de fiera al ver que se lo disputaban otras más jóvenes; y para atraérselo para siempre, legalizando su situación, no vacilaba en atropellar al amante rico, en destrozarle el alma con su cínica franqueza.

¡Ay, cómo adoraba á aquel bergante, sólo porque era joven y guapo! ¡Con qué insolencia había proclamado su pasión!... El millonario revolvíase con furia al recordar la escena. Veía los ojos de ella, de una provocación insolente, unos ojos de loba en celo y aún creía oír sus desgarradoras palabras, en la jerga internacional que tanto le regocijaba en los primeros tiempos de su amor.

--Sí, \_mon vieux\_. Lo estimo, lo amo. Con el amor no se \_badina pas\_. Si tú me quieres, sea; pero no has de atormentarme con celos; has de ser amigo del pobre \_Jules\_. Y si no, la puerta está ab

ierta. Será lo mejor.  
\_Voilà.\_

La cínica proposición había hecho rugir al gigante, levantando sus zarpas con furor homicida. Pero ella ¡la maldita! tenía la tenacidad glacial, la audacia insolente de las malas hembras que nacen para ser asesinadas. Le miraba insultante, con la boca apretada y un gesto de desafío.

--Sí, pégame; eso es muy español. Mátame, como matan en tu tierra á las mujeres, cuando no quieren amar. Anda, \_don José\_; ya estamos en el final de \_Carmen\_. ¿Dónde guardas la navaja?...

Él había sentido desplomarse de un golpe todo su furor. Se dió cuenta de su debilidad, de su insignificancia ante aquella hembra curtida en los peligros de la existencia errante. Y lloró como un miserable, suplicó vilmente para que no lo abandonase. Hasta creía recordar que se había arrodillado, agarrándose á sus piernas, sintiendo la desesperación de perder aquella carne adorada, cuyo tibio perfume parecía despedirse de él al través de la batista que la cubría.

Sánchez Morueta, hablaba á su primo con la cabeza baja, como un criminal, que, con voz sorda confiesa su crimen, y únicamente cerrando los ojos adquiere la fuerza necesaria para seguir mostrando su conciencia.

Había sido un miserable. Le repugnaba el recuerdo d

e su debilidad, las  
lágrimas con que había mojado durante toda la noche  
el cuello insensible  
de aquella mujer.

Ella se había apiadado del dolor del gigante, de la  
mueca desesperada  
del pobre patriarca, y con la conmiseración materna  
l que siente toda  
mujer por un hombre que llora, lo había tomado en s  
us brazos, apoyándole  
la cabeza en uno de sus hombros desnudos, acaricián  
dole las barbas  
encanecidas.

La gratitud y la lástima la hacían ser bondadosa, c  
on palabras de triste  
consuelo. ¡Ah, \_gros coco\_! Había que tomar la vida  
tal como se  
presenta; aceptar las cosas buenamente, sin empeñar  
se en pedir  
imposibles. Cada uno se enamoraba á su hora. Él la  
quería, siendo casi  
un viejo: ¿por qué se extrañaba de que ella, siendo  
joven, tuviese  
también su momento de debilidad, enamorándose de aq  
uel \_Jules\_ que  
poseía para las mujeres un encanto malsano y domina  
dor?

Se luchaba por la vida, por librarse de la pobreza,  
y cada cual  
trabajaba á su modo, sin acordarse del corazón, par  
a asegurar su  
porvenir. Pero después, con el bienestar llegaba la  
dulce tontería del  
amor. Esto había hecho él, pasando la juventud abso  
rbido en la caza de  
la riqueza, para enamorarse como un muchachuelo, en  
la época en que  
otros no tienen ilusiones. Lo mismo le ocurría á el  
la al ver asegurado

su bienestar, y convencerse de que su juventud marcaba hacia el ocaso.  
¿Por qué no había de conocer su verdadero amor con sus penas y alegrías después de haberse rozado insensiblemente con tantos hombres?... ¡Ah mon vieux! Había que tomar la vida con serenidad filosófica. A cada cual su turno.

Después intentaba consolarle hablando del pasado. No debía desesperarse el enorme bebé que se adormecía llorando sobre su hombro. Podía afirmar que había sido amado más que muchos otros. Primeramente, le había querido con una simpatía pálida y pasiva, por que era bueno con ella, porque la había sacado de su antigua vida de artista errante, dándole la respetabilidad y el bienestar de una mundana que se retira. Después le había admirado, con una admiración rayana en el amor, al apreciar su poder para los negocios, su fuerza creadora que hacía nacer nuevas industrias, el poder mágico, que esclavizaba el dinero, la inteligencia que hacía danzar los millones, sin que ninguno se saliera de línea. Ella adoraba á los fuertes, y le hubiera amado siempre, de no presentarse el otro, con algo que no podía explicar. Tal vez era el encanto de la corrupción y de la juventud, que la enardecía, haciéndola cometer locuras; pero aun así confesaba que no podía compararse aquel hombre con su viejo tan bueno y tan generoso... ¿Por qué no había de aceptar el obstáculo como lo hacían otros? Aún podían ser felices: los



tres vivirían en santa calma sabiendo respetarse. Ella no olvidaba que poseía una fortuna, gracias á él: era buena muchacha y haría lo necesario para que su protector no sufriese. Pero el millonario contestaba con voz quejumbrosa, impotente ya para revolvase.--«Yo solo, yo solo.» Judith se indignaba. \_¡Grosse bête, va!\_ Lo que él pedía era imposible. Ella no podía separarse del que amaba, y tampoco quería mentir: ella tenía corazón.

El doctor interrumpió á su primo, que se complacía con doloroso deleite en detallar los recuerdos de aquella noche.

--¿Pero, y el niño? ¿Y el \_hijo del amor\_?--preguntó con cierta ironía.

Sánchez Morueta miró al médico con unos ojos que pedían piedad. Recordaba el entusiasmo con que había hablado á Are sti del pequeñín: renacían en su memoria las palabras al describir su belleza delicada: «un verdadero hijo del amor, tan hermoso que en nada se me parece.»

--No te burles, Luis, es una crueldad. Tú lo adivinaste, sin duda, cuando te hablé de él. También esta ilusión ha desaparecido. No queda nada... nada. Esa mujer no deja el menor rastro de su paso por mi vida. Se lo ha llevado todo... todo.

Y recordaba, cómo por segunda vez sintió el instinto homicida al ver la sonrisa burlona con que acogió ella el recuerdo del pequeñuelo. ¡Ah, la

cruel! ¡Con qué sencillez le había arrebatado la última ilusión,  
diciéndole que no era hijo suyo, comparando su belleza delicada con la  
de aquel tunante que llenaba su pensamiento! ¡Qué tirón tan doloroso en  
su alma!... Esta vez, Judith, á pesar de su insolencia, había sentido  
miedo ante el gesto desesperado de \_su viejo\_. Pero ¡ay! aquella mujer  
de carácter doble é inexplicable era invencible. De sus crueldades,  
hacía un mérito. Manteniendo en el millonario la ilusión de la  
paternidad, podía seguir explotándolo. Así se lo había aconsejado su  
amante. Pero ella era una buena muchacha y no quería mentir cuando  
llegaba la hora de las explicaciones. Aun pretendía que su antiguo  
protector le agradeciese la cruel confesión. No: el niño no era su hijo.  
Y lo repetía satisfecha, como si de este modo afirmase más sus derechos  
sobre el hombre amado, colocando el pequeñuelo como un compromiso eterno  
entre ella y el \_amante de corazón\_.

Sánchez Morueta salió de aquella casa con el alma rendida por los  
cruelles descubrimientos. ¡Ni amor, ni hijo! Sólo la convicción del  
fracaso; la tristeza de haber creído en una dicha que él mismo se  
forjaba engañándose, y un profundo desgarrón en su dignidad, el arañazo  
del ridículo en que había vivido durante varios años, que él creía los  
mejores de su existencia.

Vagó todo el día por Biarritz como un sonámbulo. Por la noche, el deseo

amoroso fué más fuerte que su voluntad, y sin darse cuenta de á dónde se dirigía, se vió de pronto llamando á la puerta de Judith.

Fué en vano. Ella temía, sin duda, la repetición de otra noche como la anterior: sentía miedo, y tal vez cansancio de luchar con la pegajosidad de un amor desesperado. Nadie le respondió. Judith había huido con su amante y el pequeñuelo. Adiós, para siempre. La ilusión de varios años desaparecería sin dejar rastro.

--Más vale así--dijo el doctor.

--Sí: mejor es que haya huido.

Sánchez Morueta se avergonzaba al pensar en su cobardía de la segunda noche. Se tenía miedo á sí mismo. Adivinaba que, viéndolo de nuevo á Judith, hubiese pasado por todo, se habría sometido á una situación envilecedora, á cambio de conservar algo de la antigua ilusión, una sombra de felicidad á la que agarrarse.

Se hizo un largo silencio. El millonario, después de terminado el relato, se hundió en el sillón, anonadado, sin fuerzas, como si al echar fuera de sí el peso doloroso de los recuerdos, cayera sobre él, de un golpe, el cansancio de la noche anterior pasada en vela, el desfallecimiento del hambre.

--Y ahora, ¿qué piensas hacer?--preguntó Aresti.

--¿Y tú me lo preguntas?--dijo con desaliento el mi

llonario.--¡Qué sé  
yo! No puedo pensar. Dímelo tú, que sabes más de la  
vida. Desde anoche  
que no tengo otro deseo que verte: me faltaba el ti  
empo para llegar aquí  
y llamarte. Tú eres lo único que me resta...

Y miraba al doctor con ojos suplicantes, mientras é  
ste se encogía de  
hombros, dudando de la eficacia de sus remedios par  
a salvar á su primo.

--Me siento mal, Luis--dijo quejumbrosamente Sánche  
z Morueta.--Yo me  
conozco. Este disgusto no quedará aquí: sentiré sus  
consecuencias más  
adelante... ¿Qué voy á hacer? ¿Qué me aconsejas? ¡P  
or tu vida, dímelo!

Y suplicaba con acento desesperado, tendiendo sus m  
anos, como un ciego  
que no osase moverse é implorase un guía.

--¿Qué quieres que te aconseje?--dijo el médico.--L  
o que yo te puedo  
decir, te lo diría cualquiera. ¿Piensas buscar á es  
a mujer?...

El millonario hizo un gesto negativo. No, ¿para qué  
? Aquello había  
terminado. No podía olvidarla; eso nunca: le dolía  
la decepción, pero el  
mismo odio con que pensaba en ella, era un signo de  
que no tan  
fácilmente iba á librarse de su recuerdo. Sufría en  
silencio, intentando  
curarse: sería un hombre y, en los momentos de desa  
lento, el recuerdo  
del ridículo en que había vivido bastaría para darl  
e fuerza. Pero, ¡ay!  
¡cómo le aterraba la soledad de aquella existencia  
que aún le quedaba

por delante! ¡Qué miedo le causaba la monotonía de una vida sin ilusiones!

--Vaya, Pepe: no hay que ser niño--dijo el doctor con autoridad.--Ni estás solo, ni te hallas tan falto de afectos. ¿No deseas mi consejo? Pues ahí lo tienes. Vuelve los ojos á tu casa: procura unirte á tu familia. Invéntate una felicidad para tu uso, como esa que te forjaste al lado de una desconocida. Imagínate que tu mujer te adora, y aunque no sea cierto, esa mentira resultará menos dolorosa que la otra, pues no conocerás la infidelidad, ni los celos.

El millonario movió tristemente la cabeza. ¡La familia! ¡Su mujer! También esta retirada era imposible por culpa de aquella mala hembra.

Entre él y Cristina se habían agrandado las distancias; no podía esperar una reconciliación. Él, en su enardecimiento amoroso, no había negado los hechos la tarde en que su esposa le sorprendió en su despacho. Y con la falta de escrúpulos del dolor, relataba á Aresti su escena con Cristina, la frialdad con que había acogido sus caricias, y después, la explicación tempestuosa entre los dos: ella echándole en cara su infidelidad: él aceptándola con altivez, como una consecuencia de la separación moral en que vivían.

El doctor le escuchaba pensativo.

--¿Cristina fué en busca tuya?--preguntó con cierto

asombro.--Pues  
vuelve á ella y la encontrarás. No te asustes por l  
o ocurrido entre  
vosotros. O te buscó porque en ella ha despertado u  
n repentino afecto  
por tí (y permite que te diga que esto es extraordi  
nario) ó porque  
alguien se lo ha mandado. De un modo ú otro, vuelve  
: ella te aceptará.

Sánchez Morueta le miraba con incertidumbre.

--Vuelve, hombre--continuó el doctor:--es la única  
solución que puedo  
ofrecerte. Ya sé que esto no es gran cosa para tí,  
con esa necesidad de  
amor que sientes cerca de la vejez; pero siempre se  
rá un remedio para  
llenar ese vacío de tu vida que tanto te asusta. Si  
yo estuviera dentro  
de tu piel encontraría otros medios para emplear mi  
actividad,  
fabricándome ilusiones. ¡Ah, si yo tuviese tus riqu  
ezas y tu poder!...

El millonario adivinaba el pensamiento de su primo,  
acogiéndolo con un  
gesto desdeñoso. ¡Dedicar su vida á los de abajo: s  
er una especie de  
santo laico que empleara su fortuna, no en limosnas  
infecundas, sino en  
emancipar moralmente á los parias del trabajo, prop  
orcionándoles el pan  
de la instrucción! ¡Fundar grandes escuelas, univer  
sidades, etc., como  
aquellos ricachones de que hablaba el médico!... ¡B  
ah! ¿Y qué placer  
podía proporcionarle esto?... Su egoísmo profundo d  
e hombre de presa,  
sin otros ideales que la vanidad y el goce de su pe  
rsona, se reía del  
doctor. En el mundo sólo tenía importancia lo que s

e relacionase con él.

¡A ver cómo no reventaban todas las gentes por cuya triste situación se preocupaba su primo! Si él era infeliz con toda su fortuna, ¿por qué habían de ser dichosas semejantes garrapatas?...

Otra vez volvió á hacerse un largo silencio entre los dos. Terminaba la tarde; á lo lejos sonaba la sirena de un vapor. El buque en marcha hizo acordarse á Aresti del ingeniero que esperaba afuera, en las oficinas, más de una hora.

--Pepe... ese muchacho. Te advierto, para que no te coja de sorpresa, que viene á despedirse de tí. Se marcha de Bilbao. Hemos venido hablando de esto todo el camino. Ha tardado algunos días á decidirse, pero ahora esperaba con impaciencia tu regreso, para manifestártelo.

--¡Se va!... ¿Y por qué?...

--¡Qué sé yo! Cosas de muchachos. Creerá que ya no puede vivir aquí. Tal vez sufra como tú el mal de amores. En él no resulta extraño: es cosa de la juventud.

Sánchez Morueta no preguntó más. Adivinaba en la sonrisa del doctor algo que no quería conocer. Al mismo tiempo le causaba alegría la posibilidad de que el joven sufriera como él. Era un consuelo egoísta y feroz ver que á todos llegaba la desgracia, sin reparar en años ni en gallardías... Por esto accedió al ruego de su primo, haciendo llamar al

ingeniero. ¡A ver, que pasase aquel compañero de de sgracia!...

Fernando no quiso sentarse; tenía prisa por volver á los altos hornos después del tiempo perdido; deseaba cumplir sus deberes hasta el último momento.

Venía para manifestar su deseo de marcharse, de abandonar el puesto tan pronto como el jefe le designase un sucesor. Y hablaba con la vista baja, como si temiese que el millonario pudiera leerle su secreto en los ojos.

Sánchez Morueta se deleitaba apreciando el trastorno de aquella cara juvenil. ¡Oh! A este también le había mordido la mala bestia; llevaba la señal en su palidez, en la tristeza de sus ojos.

De pronto, sintió por él la fraternidad dolorosa de los penados, unidos eternamente por la misma cadena.

--¡Te vas, hijo mío!... ¿Es algún disgusto allá en la fundición?... ¿Acaso quieres ganar más?... Si es por dinero, habla.

El ingeniero contestó con gestos negativos. Ni disgusto ni ambición de dinero. Era que se había cansado de vivir allí; sentía la nostalgia de ver países nuevos: le arrastraba la movilidad de carácter de los de su tierra. Iría á Asturias ó á Cataluña; tal vez se embarcase para América; aún no se había buscado un nuevo puesto, pero acariciaba la ilusión de



llevar con él á su madre á un clima que fuese mejor . Por esto sólo se marchaba.

El millonario, ante la sonrisa de Aresti y la indecisión de las palabras del joven, se convenció de que éste mentía.

Sanabre siguió hablando. No olvidaba la bondad con que le había distinguido su jefe: sentía alejarse de su lado, pero estaba resuelto á la separación y tardaría en irse lo que tardase en encargarse de los altos hornos otro ingeniero. Mientras tanto, allí estaría á sus órdenes.

--¡Te vas, hijo mío!--exclamó el millonario con repentino enternecimiento.--Ya sabes que te he querido casi como un hijo. Allí donde estés, si necesitas algo de mí, habla; si quieres volver, vuelve. No nos despidamos ahora. Iré á verte: vendrás á...

El ingeniero, levantando la cabeza con repentina vivacidad, le interrumpió. Cuando quisiera algo de él, mientras estuviese en la fundición, podía darle sus órdenes por teléfono. Ya se verían, si Sánchez Morueta visitaba los altos hornos; y si su principal no iba por allá, pasaría él por el escritorio antes de marcharse. Sánchez Morueta nada dijo ante un deseo tan claro de evitar toda visita al palacio de Las Arenas.

--Adiós, hijo mío... Hasta la vista.

Y estrechó con efusión la mano del joven.

Al quedar solos Morueta y su primo, el millonario, trastornado por tantas emociones, se dejó caer en el sillón.

--Todos se van, Luis. Ese muchacho era otro de mis afectos. Se hace el vacío alrededor de mí... Y ahora, al volver á mi hogar, la frialdad de la casa de huéspedes, la ausencia del cariño.

--No, Pepe--dijo al doctor.--Tengo la certeza de que ahora encontrarás allí lo que en otro tiempo deseaste. Tu mujer de seguro que te espera.

--¿Y tú? ¿Me abandonarás también tú?...

--Yo nunca--dijo Aresti.--Pero de poco puedo servirte. Soy un hombre, y lo que tú necesitas, no está á mi alcance el dártelo. La alegría de tu vida sólo puedes encontrarla en tu casa... Ahora... lo que yo no sé aún es á qué precio vas á pagarla.

## VIII

El grande hombre estaba enfermo. Había transcurrido cerca de un mes sin que Aresti fuese á verle, pues no quería despertar con su presencia los recuerdos del millonario.

De vez en cuando, llegaban á él vagas noticias del estado de Sánchez Morueta por los contratistas de las minas. Don José no iba al

escritorio; don José estaba enfermo en su palacio de Las Arenas. No era caso de gravedad: inapetencia, cansancio. Quería abarcar demasiado y los negocios minaban su salud.

--Es la crisis que él temía--pensó el médico.--Pero cuando no me llama sus razones tendrá... Debe haber cambiado mucho aquella casa.

Y seguía en Gallarta, con el propósito de no visitar á su primo hasta que éste le llamase.

Un día, en Bilbao, se encontró en el Arenal con el capitán Iriondo. El marino se extrañaba de que Aresti no hubiese visitado á su primo.

--No es que yo crea que va á morir--dijo el capitán --pero muchacho, anda muy malucho. No sé qué mala mosca le ha picado de algún tiempo á esta parte. No come, está tristón, pasa el día sentado, dejándose cuidar por su mujer y su hija como si fuese un niño. En fin, que no es ni sombra de lo que fué. Y eso que aquella casa ha cambiado mucho. Doña Cristina parece otra; nunca la he visto tan alegre.

Y describía á la esposa de su amigo hermosa por una nueva juventud, yendo por la casa con aire altivo, como si hasta entonces no se hubiera considerado con verdadera autoridad para dirigirla; vistiendo con tanta elegancia como su hija; olvidada ya de aquellos trajes oscuros que la daban el aspecto de una beata.

Cuidaba y mimaba á su marido con gran cariño y él l  
a seguía en sus idas  
y venidas por las habitaciones, con unos ojazos que  
revelaban la ternura  
del agradecimiento.

En fin, querido \_planeta\_--continuó el capitán--que  
parecen unos novios.  
No sé qué diablos habrán andado en esto, pero los d  
os son otros,  
completamente.

Aresti sonreía.

--¿Entonces--preguntó--la casa de mi primo será un  
nido de amor?

--Hombre, yo te diré--repuso el capitán con cierta  
vacilación.--Me gusta  
que estén así, tan amartelados, pero no me place to  
do lo que allí veo.  
Por ejemplo, tienes á todas horas metido en el hote  
l al fantasmón de  
Urquiola, que se pavonea por los salones como si ya  
fuese el amo. Doña  
Cristina no hace nada sin consultárselo. Además, ¿t  
e acuerdas de  
Nicanora, el \_aña\_? Pues la han enviado á su pueblo  
con todo lo  
necesario para comprarse unos terruños y un par de  
vacas. Me han dicho  
que la echó doña Cristina, después de una escena al  
go fuerte... Pepita  
parece embobada ante Urquiola. Tal vez no le tenga  
gran voluntad, pero  
la mamá los aproxima, y ya verás como esto acaba en  
boda. Ese cachorro  
de Deusto tal vez sea mi jefe. ¡Cristo! ¡Y para est  
o me expuse á que me  
rompieran la cabeza cuando al sitio!...

--Y Pepe ¿qué dice?...

--Pepe no tiene voluntad. Habla menos que nunca, y á todo lo que ordena su mujer contesta que sí con la cabeza. Por dentro tal vez pensará otras cosas, pero no se atreve á contradecir á su Cristina, á darla un disgusto, metiendo en cintura á ese atrevidillo... Yo creo que debías ir á verle.

--¿Yo?... No me ha llamado. Además, no me tiente ese cuadro de familia: allí no hago yo falta.

--Sí, hombre, debes ir. Pepe desea verte: siempre que voy me pregunta por tí. No te llama... ¿qué sé yo por qué? Tal vez por no contrariar á su mujer. Puede que algunas veces haya tenido el llamamiento en la punta de la lengua y no se atreva... Ya sabes que el \_Capitán\_ es muy franco. Allí no te quieren: te tienen miedo. Hasta creo que el oficioso Urquiola ha metido en la casa á un médico de su cuerda. Pero el pobre Pepe piensa en tí. Ve á verlo y le darás un alegrón. ¡Valiente cosa te importa la mala cara que pueda hacerte tu parienta!...

Aresti pareció encabritarse oyendo esto. ¿Conque tenían á su primo en una especie de secuestro manso, para que no le vieran, y llamaban á otro médico como si él hubiese muerto?... Pues allá se iba al instante. Sentía curiosidad por ver de cerca la nueva dicha del millonario. Al mismo tiempo le regocijaba pensar en el mal gesto que pondrían aquellas gentes ante su presencia inesperada. ¡Caería en Las

Arenas como una  
bomba. ¡Je, je, je! Y riendo se despidió del capitán,  
para subir en el tranvía.

Cuando á media tarde entró en el hotel de Sánchez Morueta,  
encontró en un salón á su prima y su sobrina con el imprescindible  
Urquiola.

Antes de entrar, mientras le anunciaba una doncella,  
oyó un rumor de voces, hablando con apresuramiento, y después un ruido  
de pasos y de faldas en fuga.

--¡No quiero verle!--gritó una voz sofocada que el  
médico creyó reconocer.

Al entrar en la habitación notó algo que denunciaba  
aquella fuga misteriosa. El gesto con que le recibió su prima,  
le dió á entender lo inoportuno de su llegada.

El doctor pensó que las que habían huido para evitar  
su presencia eran las de Lizamendi. Aquella voz que protestaba  
era, sin duda, la de su mujer.

La entrevista fué glacial, sin que la esposa del millonario  
hiciese el menor esfuerzo por disimular la antipatía que le  
inspiraba el médico. Sus ojos azules le miraban con fijeza  
desdeñosa. ¿A qué se presentaba allí? ¿Quién le había  
llamado? Doña Cristina se sentía ahora dueña absoluta  
del suelo que pisaba. Ella á un lado con los suyos,  
y el médico

á otro. Era un extraño odioso: la sangre de nada valía cuando las almas se separaban para siempre.

Pero el doctor despreció esta hostilidad. Hablaba como si no se diera cuenta de la sonrisilla insolente del abogado de Deusto; del gesto asombrado y medroso con que le contemplaba su sobrina como si fuese un aparecido.

Aresti quiso ver á Morueta, y doña Cristina miró con inquietud á una puerta inmediata, como temiendo que el doctor llegase á pasarla.

--No sé si podrás verle--dijo con los labios apretados.--Está delicado: no gusta de recibir visitas.

--¡Bah! Los médicos entramos donde hay enfermos...

Y sin esperar el permiso de la señora, púsose de pie y se dirigió á la puerta que comunicaba el salón con el despacho del millonario.

Al levantarse el tapiz, Sánchez Morueta dió un grito de alegría, reconociendo á su primo.

--¡Luis! ¡Luisito!...

Y le tendió las manos sin abandonar el sillón. Aresti le abrazó. Realmente, el grande hombre no gozaba de buena salud. Había adelgazado mucho, su barba era casi blanca, los ojos los tenía hundidos, y en su rostro enjuto se marcaban los pómulos con agudas aristas, pareciendo la

nariz más grande y pesada.

Estaba leyendo un pequeño libro, y pasado el primer momento de expansión se apresuró á ocultarlo en uno de sus bolsillos, como si temiese que Aresti leyera la cubierta del volumen.

Doña Cristina siguió al médico, quedando de pie cerca de los dos hombres, con ceño imponente, vigilando sus expansiones fraternales.

Aresti se hacía explicar todos los síntomas de la enfermedad. Conocía aquello: no era más que un trastorno moral que se reflejaba en el organismo. Calma y dulzura era lo que necesitaba.

--¡Un trastorno moral! Eso es--dijo la señora con voz áspera.--Siempre que hablastes con tanta verdad. Pepe vivía demasiado ... agitado. Por fortuna, está en buenas manos y curará. La calma y la dulzura ya sabe él cómo se adquieren.

Y á continuación, para cortar la entrevista, recordó á su marido la conveniencia de hablar poco, de no cansarse, de estar solo.

--¡Pero, si es Luis!--dijo el gigantón sin atreverse á mirar á su esposa.--¡Si con este tengo el mayor gusto en hablar! ¡Si deseaba mucho que viniese!... Ya ves, es el último que queda de mi familia. Somos como hermanos.

Y su acento humilde parecía excusarse de este cariño, pedir perdón á la



esposa por un afecto superior á su voluntad. Se notaba en él la abdicación del marido que vuelve hacia su mujer con el peso de una falta y teme á cada momento que le recuerde su pasado.

Apareció Pepita en la puerta haciendo señas misteriosas á su madre y ésta la siguió fuera del despacho. Indudablemente, se marchaban las de Lizamendi, aprovechando la ausencia de Aresti y que rían despedirse de las señoras.

Al quedar solos los dos hombres, el médico se aproximó á su primo. Les dejarían solos muy poco tiempo y deseaba enterarse de la verdadera situación del millonario. ¿Cómo vivía en su casa? ¿Era feliz?...

Sánchez Morueta sólo supo hablar de su mujer.

--Es un ángel... un verdadero ángel. Debías ver cómo me cuida, de qué cariño me rodea. Conserva su geniecillo dominador; pero no es más que deseo de aislarme, de tenerme siempre cerca de sus faldas. Soy otro hombre, Luis. Esta tranquilidad no tiene precio. Estoy como el que descansa después de una marcha forzada; no me atrevo á moverme.

Pero, á pesar de su dicha, mostraba gran timidez, como si adivinase la fragilidad de aquella paz que le envolvía, y temiese romperla con el más leve movimiento.

--¿Y \_aquello\_?--preguntó misteriosamente el doctor.  
--¿Se olvidó ya por

completo?...

El hombrón palideció como si despertase junto á un peligro é hizo un movimiento con sus manazas pretendiendo apartar en el espacio las palabras de su primo. No debía recordarle \_aquello\_ : le causaba vergüenza y repugnancia.

Ya no pudieron hablar más. Entró doña Cristina, pero esta vez seguida de su hija y Urquiola. Después de despedir á las amigas, se trasladaban al despacho para sentarse en torno de Sánchez Morueta, interponiéndose entre él y el doctor, como si quisieran evitar todo contacto entre ambos primos.

Debía ser esta irrupción obra de doña Cristina, dispuesta á hacer comprender rudamente al médico su deseo de cerrarle para siempre las puertas de la casa. Aresti veía los ojos de los tres, fijos en él, como si le dijeran: «¿Qué haces aquí? Vete: tú no eres de los nuestros.»

El millonario acogía con una sonrisa la solicitud con que se aproximaban á él, y le rodeaban como si temieran que escapase. Miraba á su primo con satisfacción. ¡Cómo le querían! ¿eh? ¡Cómo sentían la necesidad de no dejarlo solo, resarciéndole de la antigua frialdad! ¡Oh, la familia!...

Hasta á Urquiola alcanzaba su gratitud. No podía permanecer indiferente con aquel muchachón que le llamaba tío á boca llena, extendiendo á él su

lejano parentesco con la señora. Además le protegía en sus deseos de enfermo. Cuando doña Cristina, atendiendo las indicaciones del médico, le ocultaba los cigarros, Urquiola buscábalos, y, echando á broma la prohibición, obsequiaba al tío.

Aresti sonreía ante la solicitud de acólito respetuoso con que mimaba á Sánchez Morueta, adivinando sus antojos de enfermo; la rapidez con que le ofrecía una cerilla, apenas se apagaba entre sus débiles dedos el cigarro con que le había alegrado poco antes.

Doña Cristina miraba al joven, que parecía indeciso, no sabiendo cómo iniciar la realización de algo que había prometido. Al fijarse Urquiola en el libro que asomaba á un bolsillo del millonario, habló del mérito de la obra.

--¿Le gusta á usted, tío? ¿Verdad que es muy profunda? Pues el segundo tomo todavía es mejor.

Y antes de que el tío pudiera contestar, Urquiola se dirigió á Aresti, como si sólo por él hubiese hablado del libro. Era una de las obras más notables que se habían publicado en el siglo: las «\_Respuestas á las objeciones más comunes contra la religión\_» del Padre Segundo Franco, un jesuíta italiano, de inmenso talento. En este libro se echaban por tierra todas las mentiras de los enemigos del catolicismo; su falsa ciencia, que no es más que soberbia, sus embustes contra la Inquisición

y contra todos los grandes hechos de la Fe, que se presentan como crímenes. Al que lo leía no le quedaba otro remedio que convertirse. Todo lo de la Iglesia quedaba justificado claramente en sus páginas, con esa fuerza de razonamiento que sólo poseen los Padres de la Compañía. El que aún estaba en el error era porque no conocía el libro.

--Usted debía leerlo, doctor--dijo con impertinencia el abogado de Deusto.

Aresti conocía la obra. Recordaba haber hojeado, cuando vivía en casa de las de Lizamendi, aquel solemne monumento de la estolidez, en el que se probaban los mayores absurdos con argumentos al alcance de cualquier vieja devota. El importuno consejo de Urquiola le irritó:

--Joven--dijo con gravedad desdeñosa,--hace muchos años que leo lo que mejor me parece, sin necesidad de consejero.

Sánchez Morueta bajaba la cabeza para no encontrar la mirada de su primo, como si le avergonzase el descubrimiento del libro.

Pasaron en silencio un largo rato. Doña Cristina y su sobrino seguían mirándose. Parecían dispuestos á hostilizar al doctor, á exasperarle, buscando un rompimiento para que no volviese más a la casa. La señora animaba al joven con sus ojos para que entablase una discusión con el médico.

Urquiola habló de la gran peregrinación á la Virgen de Begoña, que preparaban todas las personas decentes de Bilbao para el mes de Septiembre. Mucho había costado de organizar, pero sería una fiesta tan hermosa como la de la Coronación; un alarde de la Vizcaya religiosa y honrada que quería ser libre y volver á sus antiguos tiempos de grandeza.

Aresti se había impuesto la prudencia, adivinando las intenciones de sus enemigos; pero sentía agitarse su carácter batallador y rebelde ante el abogado, cuyas palabras le irritaban.

--¿Y qué tiempos fueron esos?--preguntó irónicamente.

Urquiola, dichoso por poder mostrar ante Pepita y su madre aquella oratoria ruidosa que tantos éxitos le había valido en los ejercicios literarios de Deusto, acometió impetuosamente. ¡Parecía imposible que un vizcaíno hiciese tal pregunta! ¿Qué tiempos habían de ser? Los del Señorío; cuando Vizcaya era independiente y estaba gobernada por los \_Jaunes\_ prudentes y valerosos; cuando la mala peste del \_maketismo\_ no había aún invadido la santa tierra del árbol de Guernica; cuando los vascos en Padura, en Gordexola y en Otxandino hacían morder el polvo á los españoles, del mismo modo que siglos después, en nuestra época, sus descendientes habían derrotado á los \_guiris\_ y los \_ches\_ de pantalones

rojos que enviaba España para acabar con los últimos restos de sus libertades.

Aresti sonrió con desprecio. ¡Ya habían salido Padura y las otras dos batallas contra los castellanos! Dichoso país aquel, tan falto de historia que tenía que inventarla, dando la importancia de glorias nacionales á tres miserables combates de horda, allá en los tiempos de Mari-Castaña; tres contiendas á peñazos, golpes de cachiporra y de hacha, un poco mayores nada más que cualquier riña de romería.

--No: Vizcaya no tiene apenas historia--continuó el doctor,--y por esto posee la energía de los pueblos jóvenes. Su grandeza empieza ahora; sólo que los enemigos de lo moderno no lo ven. Su gloria es reciente y está en la ría, en el puerto, en las ruinas y las fábricas, en los buques que pasean por todos los mares la bandera de su matrícula, en el esfuerzo colosal de dos generaciones que han trastornado la naturaleza para explotarla. Los vizcaínos que en otros tiempos iban en sus barquitos á la pesca de la ballena, valen más, para mí, que todos esos héroes cabelludos y zafios que en Padura gritaban \_¡sabelian, sabelian sarrtu!\_ avisándose que debían herir con sus chuzos á los españoles en el vientre. Este es un país que no ha dado en los tiempos pasados más que obispos y marinos. Ahora despuntan los únicos hombres notables que puede producir esta raza con sus especiales condiciones.

¿Ve usted ahí á mi  
primo que no sueña con la gloria histórica, ni se p  
reocupa de lo que  
pensarán de él en el porvenir? Pues es el verdadero  
héroe, el paladín  
moderno. Ha hecho él más por la gloria de Vizcaya c  
on sus empresas  
industriales, que todos aquellos \_Jaunes\_, sucios,  
barbudos y llenos de  
costras.

Urquiola calló, desconcertado ante este elogio á su  
querido tío,  
temiendo que el millonario tomase la menor respuest  
a como un atentado á  
la gloria de su nombre. Pero doña Cristina vino en  
su auxilio para que  
la discusión no quedase ahogada.

--No te esfuerces, Fermín. Al doctor le importan po  
co las santas  
tradiciones de Vizcaya. Lo que á él le molesta es v  
er á todo un pueblo  
rendir homenaje á nuestra santa Patrona, en la que  
él no cree.

Aresti se encogió de hombros. No le molestaba ningun  
a de aquellas  
fiestas: eran para él espectáculos curiosos, en los  
que estudiaba el  
afán por lo extraordinario, por las protecciones oc  
ultas que  
experimentan la debilidad y la ignorancia. Él daba  
su verdadero valor á  
la manifestación del próximo mes de Septiembre. Lo  
religioso era en ella  
lo de menos. La gran masa inconsciente subiría al m  
onte Artagán, con el  
deseo egoísta de ganarse el agradecimiento de la Vi  
rgen: pero la  
dirección la llevarían los que soñaban con la indep  
endencia vasca, y los

jesuítas, que insistían en sus alardes, temiendo la propaganda social de las minas y el espíritu antirreligioso de los trabajadores de la villa.

Al oír mentar á los jesuítas, Urquiola dió un respiro en su asiento.

Ahora se sentía en terreno fuerte: era como si atacasen á su familia. Y

miró á las dos mujeres, como invitándolas á que presenciase el gran vapuleo que iba á dar al impío... ¿Qué tenía que decir de los jesuítas?

Eran unos sacerdotes sabios, prudentes y buenos, que se sacrificaban por dirigir á las gentes hacia la virtud. Ellos, siguiendo al glorioso San

Ignacio, habían contenido la infernal propaganda de Lutero, atajando la

revolución religiosa, prestando á los pueblos latinos la gran merced de

evitarles este contagio. Eran el brazo derecho del Papa; los que

mantenían en toda su pureza el catolicismo. ¿Y sabios?... Él mismo

conocía en Deusto á un Padre que hablaba cinco idiomas...

Aresti le interrumpió:

--Yo conozco empleados de hoteles que poseen más lenguas y sin embargo, el mundo ingrato no ensalza su sabiduría.

Urquiola, herido por este sarcasmo, hizo un movimiento como si fuese á

caer sobre el doctor, pero se repuso inmediatamente. Él estaba allí como

apóstol: quería aplastar al impío, de cuya ciencia hablaban con respeto

muchos tontos. Y continuó su apología del jesuitismo, hablando de su



fundación, como si fuese un punto de partida para la  
humanidad. Ya  
conocía él todas las calumnias lanzadas contra la or-  
den. ¡Mentiras de la  
masonería, que temblaba de cólera y miedo ante los  
hijos de San Ignacio!  
Se hablaba de la rapacidad de los jesuitas, de su c-  
odicia, de su afán  
por atesorar dinero. Embustes de los impíos y de ci-  
ertas órdenes  
religiosas, roídas por la envidia, que no reparaban  
que al herir á los  
ignacianos socavaban el más fuerte cimiento del cat-  
olicismo. ¡A ver!  
¿dónde estaban esos tesoros? ¿Quién los había visto  
?... Y aunque los  
tuvieran, ¿qué? Como decía muy bien un Padre de la  
Compañía en uno de  
sus libros, el mundo nada perdía con que fuesen ric-  
os, pues dedicaban  
su dinero á la instrucción levantando Colegios y Un-  
iversidades. También  
les echaban en cara el que sólo buscasen el trato c-  
on los ricos y los  
poderosos, educando únicamente á los jóvenes de nac-  
imiento distinguido.  
¿Y qué se probaba con esto?... La igualdad es un mi-  
to de los impíos;  
hasta en el cielo hay jerarquías y los Padres se de-  
dicaban al cultivo de  
los de arriba, de los que por su nacimiento ó su fo-  
rtuna estaban  
destinados á ser pastores de hombres, dejando la gr-  
an masa que ellos no  
podían evangelizar, al cuidado de los sacerdotes de  
l clero bajo.  
Agarrándose al tronco estaban seguros de poseer las  
ramas: educando á  
los privilegiados en el santo temor de Dios, manten-  
ían el espíritu  
religioso en las instituciones directoras, en los l-  
egisladores, los

magistrados, los militares, afirmando el porvenir más sólidamente que si buscaban al populacho ignorante y tornadizo, siempre dispuesto á dejarse engañar por absurdas propagandas...

¡Ah, el populacho! ¡Con qué asco hablaba Urquiola de la masa sin voluntad que se dejaba arrastrar por falsos sabios, de pretendida ciencia! Se indignaba pensando en la ceguera de aquel rebaño, que en los conflictos de la miseria se revolvía contra los sacerdotes y especialmente contra los jesuítas. Si surgía una huelga, apedreaban los conventos de la Orden; si al ir en manifestación por la calle veían á un cura, lo silbaban y lo perseguían; en sus mitins, cuando querían insultar á uno de sus opresores, le llamaban jesuita. ¿Qué daño podían hacer los Padres á toda aquella gente que pedía aumento de jornal ó menos horas de trabajo? No tenían minas ni fábricas, no eran dueños de empresas industriales, no explotaban al trabajador, ¿por qué, pues, iban contra ellos? ¿No era natural que dejasen en paz á los sacerdotes y se lanzaran únicamente contra los ricos? ¿A qué mezclar la religión en las cuestiones del trabajo?...

Y el abogado miraba á Aresti con superioridad, seguro de haberle aplastado con estos argumentos aprendidos en Deusto, sin reparar en que, por defender á sus maestros, atacaba á Sánchez Morueta.

El doctor sentíase irritado por el aire de triunfador

or que tomaba el  
joven ante las dos mujeres, las cuales parecían admiradas de sus  
palabras. Arrojó de su ánimo todo escrúpulo de prudencia, sintió el  
deseo de escandalizar á su devota prima, de exponer sus ideas sin  
consideración alguna, cerrándose para siempre las puertas de aquella  
casa. ¡Le querían echar, pero él se iría antes!... Y habló con una  
calma, con una suavidad en la voz, que contrastaba con la audacia de su  
pensamiento.

A él no le extrañaba que el ejército de la miseria, en sus protestas y  
rebeldías, se dirigiese contra los sacerdotes ignacianos, á pesar de que  
éstos no tomaban parte directa en las empresas industriales. Eran los  
directores y los educadores de los ricos. Ellos daban forma á la clase  
superior; la moldeaban á su gusto. Los tiros de los desesperados, no  
iban, pues, mal dirigidos. Parecían en el primer momento caprichosos y  
locos, errando á la ventura, pero en realidad herían al verdadero  
enemigo. Los desheredados, los infelices adivinaban con el instinto de  
la desesperación dónde estaba la causa de sus males. La sociedad tenía  
por base la moral cristiana, una moral que en tiempos remotos podía ser  
oportuna, pero que había fracasado al contacto de la vida moderna.

El hombre de hoy debe ocuparse de hacer su trabajo sobre la tierra, de  
modificar incesantemente el ambiente natural y social en que vive; y el

cristiano no da importancia á una sociedad por la que pasa transitoriamente y cuyos intereses no deben preocuparle, pues su verdadera vida está más allá de la muerte. Veinte siglos lleva de experiencia la moral cristiana y ha dado de sí todo lo que tiene dentro. Su fracaso es visible por todas partes. Desconoce la justicia en la tierra, dejándola para el cielo; pasa indiferente ante el derecho de los oprimidos, queriendo consolarlos con la esperanza de que en otra vida que nadie ha visto, encontrarán satisfacción á sus dolores. Su única fórmula clara es la de la fraternidad universal; «ama á tu prójimo como á tí mismo», y sin embargo, transige con la guerra, bendice al fuerte, declara que el hombre es por naturaleza malo y corrompido, que únicamente se purifica cuando Dios le concede su gracia, y si no la tiene, si vive fuera de la comunidad santa, es el hijo del pecado, el ser diabólico al que hay que perseguir y exterminar.

Urquiola y doña Cristina se miraban escandalizados.

--¿Y la caridad?--gritó el abogado. ¿Y la sublime caridad de la moral cristiana?

--¡La caridad!--contestó el médico sonriendo con sarcasmo.--Es el medio de sostener la pobreza, de fomentarla, haciéndola eterna. Los desgraciados la odian por instinto, al recibir sus limosnas: evitan el

buscarla mientras pueden, viendo en ella una institución degradante, que perpetúa su esclavitud. Ese es otro de los grandes fracasos de la moral cristiana.

Recordaba la maldición de Jesús á los ricos, su promesa de que les sería más difícil entrar en los cielos «que un camello por el agujero de una aguja». Y, sin embargo, todos los humanos, desoyendo á Jesús, reclamaban el peligro de ser ricos: todos se exponían sin miedo alguno á las llamas del infierno, por acaparar los bienes de la tierra.

Los hombres, sin excepción, deseaban ejercer la caridad, tomándolo todo para sí, y no dando más que aquello que juzgaban innecesario ó que no podían guardar.

La caridad no influía para nada en el progreso de los humanos: antes

bien, era un obstáculo. No suprimía la esclavitud, no trocaba las formas de la propiedad, y en cambio justificaba y santificaba la división de los ricos y pobres. Los desdichados, en sus rebeliones, no se

equivocaban al odiar una religión que exige al miserable que se resigne

con su suerte y no reclama de los ricos más que una caridad de la que

ellos son los únicos jueces, pudiendo graduarla conforme á su egoísmo.

Los desesperados veían que, así como amenguaba la fe abajo, era arriba,

entre los ricos, donde la religión encontraba sus defensores, á pesar de

que su Dios los había maldecido.

Los privilegiados empleaban la religión como un escudo. «Nada de esperar

en la tierra la justicia para todos. Estaba en mano  
s de Dios y había que  
ir á la otra vida para encontrarla. Mientras tanto,  
el pueblo podía ser  
feliz en su miseria con la esperanza del paraíso de  
spués de la muerte;  
dulce ilusión, supremo consuelo, que los revolucion  
arios sin conciencia  
le quieren arrebatarse...»

Así se expresaban los que tenían interés en que con  
tinuase en la tierra  
todo lo mismo, á la sombra protectora de las creenc  
ias. ¿Cómo no habían  
de indignarse los infelices contra una religión que  
les cerraba el  
camino de la justicia y el bienestar aquí abajo, pa  
ra no darles más que  
la quimérica esperanza de una justicia divina que l  
os ricos pueden  
sobornar con dádivas á los sacerdotes?

El cristianismo había engañado al pobre, manteniénd  
olo en su triste  
estado con la esperanza del cielo y la amenaza del  
infierno. Era el  
carcelero espiritual que sostenía durante veinte si  
glos el extremo de su  
cadena. Ya que había llegado el instante de la revu  
elta ¡sus y á él!...  
Era el enemigo secular; los demás habían crecido á  
su amparo... El odio  
á toda religión era instintivo allí donde las masas  
obreras despertaban.  
Dios era para los trabajadores el primero de los ge  
ndarmes, una especie  
de funcionario invisible de la burguesía, al que re  
tribuían los ricos  
sus buenos servicios, levantándole viviendas, derra  
mando el dinero á  
manos llenas entre los que se llamaban sus represen  
tantes...

Doña Cristina abanicábase furiosamente las mejillas enrojecidas. ¿Qué horrores iba soltando aquella voz suave é irónica que parecía acariciarla con profundos arañazos?... Ahora se arrepentía de haber provocado al impío y hacía señas á Urquiola para que no le contestase. Deseaba que se hiciera un silencio penoso, que se fuera de allí empujado por la sorda y desdeñosa hostilidad de todos. Pero el discípulo de Deusto temía aparecer vencido á los ojos de Pepita, é interrumpía al doctor con exclamaciones burlonas ó con gestos escandalizados. «Está loco: este hombre está loco.» Aprovechando una pausa de Aresti, colocó la objeción que tenía preparada. Criticar era fácil. Pero ya que el doctor encontraba tan defectuosa la moral cristiana, debía decir cuál era la suya.

Aresti sonrió, mirando con lástima al joven. Era posible que no lo entendiese: aquellas cosas no las enseñaban en Deusto. Además, una moral con todos sus preceptos, no se fabrica de la noche á la mañana como un sermón de los padres de la Compañía. Bastante había hecho el pensamiento moderno en menos de un siglo; y aún estaba en la primera etapa de su marcha hacia el infinito. Pero aun así, su moral, una moral para la tierra, sin sanciones celestes, encaminada al bienestar positivo de los humanos, tenía forma.

--Yo--dijo Aresti con sencillez--adoro la Justicia

Social como fin y  
creo en la Ciencia como medio.

Urquiola rompió á reír con una carcajada insolente.  
¡La ciencia! ¡La  
moderna ciencia de los revolucionarios y los impíos  
! Ya sabía él lo que  
era aquello. Y la definía con arreglo al libro de un  
Padre famoso de la  
Compañía. «Cogiendo un catecismo del Padre Ripalda  
y escribiendo \_no\_  
donde el catecismo dice \_sí\_ y \_sí\_ donde dice \_no\_  
, se tiene hecha y  
derecha toda la pretendida ciencia moderna.» Urquiola  
se pavoneaba con  
esta definición que convertía el catecismo en centro  
de todos los  
pensamientos humanos, colocando al Padre Ripalda por  
encima de todos los  
grandes hombres de la historia. Doña Cristina, creyendo  
que esta  
definición tan clara era obra de su sobrino, admiraba  
su talento.

Pero el abogado no se fijó en esta admiración, enardecido  
por la  
proximidad de su triunfo. Allí quería él al doctor,  
¿Conque la ciencia  
podía servir de medio é instrumento á la moral?...  
En Deusto, aunque  
Aresti no lo creyera, también les enseñaban algo de  
la ciencia moderna.  
Levantaban nada más que una punta del velo que ocultaba  
este cúmulo de  
impiedades, para aplastarlas con el santo peso de las  
buenas doctrinas.  
Él conocía un poquito de la ciencia moderna, para apreciar  
su grosero  
materialismo, incompatible con todo ideal, é instrumento  
de toda  
desmoralización.



El hombre era una bestia para aquella ciencia. El i  
nstinto reemplazaba  
al alma: nada del Dios omnipotente que había formad  
o el mundo: nada de  
existencia espiritual después de perecer la materia  
. Esta vida sólo  
tenía por escenario la tierra. Luego de la muerte u  
n poco de  
podredumbre: polvo: nada. Como no existía otra vida  
, no existían  
castigos y todos podían hacer lo que mejor placiera  
á sus instintos, sin  
miedo á la cólera de Dios. ¡La bestia libre y sin s  
anción alguna! Ya que  
no había que temer á los castigos, ¿para qué renunci  
ar á la satisfacción  
de los apetitos? ¿Por qué imponerse privaciones res  
petando á los  
semejantes?... ¡A burlarse de nuestros antecesores,  
unos tontos que  
contenían sus pasiones por la esperanza del cielo ó  
el miedo al  
infierno! Los fuertes deben aplastar á los débiles:  
los débiles deben  
apelar á la astucia y la maldad para salvarse de lo  
s fuertes. A nadie  
hemos pedido venir al mundo, y nadie nos exigirá cu  
entas cuando volvamos  
á confundirnos con la tierra. El vicio es lo mismo  
que la virtud: el  
crimen y la bondad valen igual: vivamos y gocemos t  
odo lo que nos sea  
posible, sin escrúpulo alguno, ya que nadie nos ha  
de pedir cuentas.

--¿Es esta su moral, doctor--preguntaba irónicament  
e el abogado.--¿No es  
esto lo que se desprende de la ciencia moderna?...

Las dos mujeres mostraban su admiración por Urquiol  
a con miradas de  
lástima al médico. Hasta Sánchez Morueta, que perma

necía con la cabeza  
baja, como molestado por una polémica cuya intención adivinaba, levantó  
los ojos fijándolos con cierta extrañeza en el abogado. Aquel muchacho  
no se expresaba mal. Ya no le creía tan necio, y pensaba si su mujer  
tendría razón al elogiar sus cualidades.

Aresti acogió la sarcástica descripción de aquella sociedad sin Dios,  
con rostro impasible. Si la religión era un freno para los apetitos y  
las violencias ¿por qué la criminalidad era más frecuente en los pueblos  
atrasados y devotos que en aquellos otros de mayor cultura? ¿Cómo era  
que los mayores crímenes de la historia habían coincidido con los  
períodos en que el entusiasmo religioso era más ardiente?

El médico hablaba en nombre de la ciencia, para la cual la falta de  
moralidad y el crimen sólo son resultados de la incultura ó de una  
regresión parcial del cerebro. Además, ¿de dónde sacaba Urquiola que  
porque no existiese una sanción divina para la moral, porque el hombre  
no sintiera el temor á los castigos eternos, se había de entregar á la  
violencia atropellando á sus semejantes? El hombre de mentalidad  
desarrollada, sabía que aunque condenado por la naturaleza á  
desaparecer, no por esto desaparecería la humanidad de la que forma  
parte. Sólo el ser inculto y brutal, con el egoísmo de la ignorancia  
podía incurrir en tales crímenes. Sólo podían pensar así los pobres de

inteligencia que forman la principal masa de todas las religiones; los que no ven en el mundo nada más allá de su propia individualidad egoísta; los que sólo aman la virtud como un pasaporte para entrar en la vida eterna, y sí hacen algún bien es con la idea de que giran una letra sobre el porvenir para que se la paguen con un puesto en el cielo.

Quedaban aún muchos seres de una mentalidad limitada, semejante á la de los hombres primitivos, que sólo se preocupaban de sus personas ó, cuando más, de sus familias. Cada uno de ellos concibe la vida como si su individualidad fuese el centro del universo, no interesándole más que lo que ve y lo que toca. Esos, en su egoísmo, tienen tal concepto de la importancia de su persona, que necesitan que ésta se perpetúe después de la muerte, admitiendo como indispensables los cielos y los castigos inventados por las religiones.

El hombre emancipado por la ciencia, se preocupa de la suerte de la humanidad tanto ó más que de la de su individuo. Sabe que es un componente de una familia infinita, siente la solidaridad que le liga á su especie, está seguro de que su pensamiento vivirá aún después de haberse corrompido su cerebro y no se satisface con la saciedad de sus sentidos. Tiene la inteligencia más desarrollada que los órganos animales, y sus mayores placeres residen en ella. Por lo mismo que no duda de que su organismo material ha de morir para

siempre, siente la  
necesidad de dejar rastro de su paso por el mundo con una buena acción.  
En vez de querer inmortalizarse como los devotos en un bienestar celeste  
(deseo egoísta que ningún beneficio proporciona á los demás), desea  
sobre vivirse en la especie, que es eterna, procurando á ésta la parte  
de bienestar ó felicidad á que puede contribuir con el trabajo de su  
vida. ¿Qué moral más generosa?... El ensueño individual y egoísta de un  
cielo falso é inútil, lo sustituye el hombre moderno con el ideal  
colectivo, que está de acuerdo con su razón y le procura las más altas  
satisfacciones morales.

--Hacer el bien á los semejantes--continuó Aresti--sin esperanza de  
recompensa ni miedo al castigo, como lo hacemos los impíos modernos, los  
hombres del \_materialismo\_, es ser más idealista que el devoto que  
compra su parte de paraíso con oraciones que no remedian ningún mal de  
la tierra.

El doctor se exaltaba, elevando su voz, al comparar la moral de las  
religiones y aquella moral de los pensamientos elevados y nobles que se  
desarrollaba al tranquilo amparo de la ciencia. ¿Cómo poner al mismo  
nivel al egoísta crédulo que con unos cuantos sacrificios y  
mortificaciones cree comprarse una eternidad de alegría en el cielo, y  
al hombre moderno, que hace el bien sin creer en futuras recompensas, ni  
en el agradecimiento de divinos fantasmas, únicamente

te por la alegría de  
socorrer al semejante, por la solidaridad que debe  
existir entre todos  
los que tripulan el barco errante de la Tierra!...  
Así habían procedido  
siempre los grandes mártires y los genios. Era la m  
oral de los héroes de  
la humanidad: en otros siglos se había mostrado ais  
lada, pero ahora iba  
generalizándose, conforme agonizaban los dogmas, co  
mo una afirmación de  
la conciencia colectiva.

Doña Cristina y su hija miraban con extrañeza al do  
ctor sin hacer el  
menor esfuerzo por comprender sus palabras. Estaba  
loco: todo aquello  
eran \_filosofías alemanas\_, monsergas confusas que  
habían inventado los  
impíos para ocultar su maldad, cuando tan claro y s  
encillo era creer en  
Dios y seguir lo que la Iglesia enseña. ¡Ay, si est  
uviera presente el  
Padre Paulí, que tan soberanas palizas soltaba desd  
e el púlpito á los  
\_filósofos\_!...

Urquiola ocultó con una sonrisa de superioridad des  
deñosa la turbación y  
desconcierto de su pensamiento ante las palabras de  
l doctor. De aquello  
no le habían hablado en Deusto ni una palabra, y co  
lérico por lo que  
consideraba una derrota, deseoso de salir del paso  
como en sus trabajos  
electorales, con arrogancias de valiente, lamentaba  
la presencia de  
Sánchez Morueta. De no estar el millonario, hubiera  
hecho la cuestión  
personal y en nombre de la inmortalidad del alma y  
de la moral  
cristiana, hubiese atizado unos cuantos puñetazos a

l impío, luciendo  
ante las señoras sus energías de apóstol.

Aresti, arrastrado por el entusiasmo, no podía callarse. El sofisma religioso, tolerando en la tierra la injusticia sin más consuelo que la esperanza en un mundo mejor, era demasiado grosero para las inteligencias modernas. La moral no consistía, como la proclamaba el cristianismo, en achicarse, en recogerse en sí mismo, en amputar los naturales instintos, en hacerse pequeño para pasar por el camino estrecho de la gloria celeste, sino en aceptar la vida tal como es, en amarla en toda su plenitud. La vida espiritual no era el egoísmo de un individuo, sino la comunión con las aspiraciones colectivas de la humanidad. El hombre moderno no debía perder el tiempo preguntándose sobre el origen del mal ó si la naturaleza está corrompida por el pecado: las dos grandes preocupaciones de la moral cristiana. Bastábale saber que la naturaleza, buena ó mala, se modifica ó transforma por el trabajo. Poco importaba el origen del mal: lo interesante era combatirlo y vencerlo, sin optimismos ni pesimismo, llevando como único guía el esfuerzo continuo hacia el mejoramiento.

El hombre estaba condenado á hacerlo todo por sí mismo, sin la esperanza de fantásticas protecciones. El trabajo es su ley. El oficio de ser hombre era glorioso y duro. Sólo podía contar con un apoyo: la Ciencia. El progreso de los conocimientos positivos, la indu

stria y la evolución  
incesante de las sociedades, modificaban la concepción de la vida y de sus fines. El hombre moderno, valiéndose de la crítica, tenía una idea justa de los límites de sus conocimientos. Ni soberbias, ni desmayos de humildad. No pretendía conocer lo absoluto ni el origen de las cosas.  
¿Pero es que las religiones las conocían tampoco? ¿Eran racionales las explicaciones de los que creían en una Providencia amparadora de la injusticia, y en un plan de creación ideado por unos hebreos nómadas é ignorantes?

En cambio, el hombre conocía mejor, gracias á la ciencia, el mundo que le rodeaba. Si no sabía la causa primera de muchos fenómenos, había descubierto y utilizado las relaciones que los ligan, y en vez de ser siervo de la naturaleza, como en los tiempos de barbarie religiosa, la tenía á sus órdenes, haciéndola trabajar para su comodidad y sustento. Ante él se abatían obstáculos que parecían eternos: la mecánica aprovechaba las fuerzas naturales; modificábase la faz de la Tierra: suprimíase el espacio al acortar las distancias, y el planeta parecía empequeñecerse, haciéndose cada vez más confortable, como una habitación dentro de la cual la humanidad encontraba satisfechas todas sus necesidades.

El hombre ya no quería fundar su moral sobre lo desconocido, sobre Dios, el fantasma bondadoso ó terrible de la infancia de

la humanidad. Tampoco podía tolerar la moral cristiana, basada en la resignación y en la abstención. Esta moral no era más que un arte de mutilar la vida bajo el pretexto de guardar sus formas más altas, ó sea las espirituales.

--Hay que aceptar la vida tal como es, y vivirla toda entera--decía el médico con entusiasmo.--Nuestra moral es simple y valiente: se resigna á la compañía de los hombres, sabiendo que no existen los ángeles, y los acepta tales como son. No pasa la vida orando y contemplando lo perfecto y lo eterno, sino que arrostra el encuentro de lo malo y de lo feo y hasta los busca ya que existen, para combatirlo; y triunfar de ellos. No mira al cielo, pues sabe que no lo hay: examina la tierra que es la realidad, y en vez de tener las manos siempre juntas en el rezo, que salva el alma, empuña los rudos instrumentos de trabajo, labora, lucha, suda en su eterna batalla con el sueño por transformarlo y embellecerlo, pensando que las fatigas del presente serán buenas obras para la humanidad del porvenir. Nuestra moral tiene callos en las manos. No son, como las de la monja, blancas, suaves, con palidez de nácar, cruzadas sobre el pecho, mientras, los ojos en alto buscan á Dios.

Sánchez Morueta contemplaba con admiración á su primo. ¡Ah; su Luis!  
¡Que hombre!... Su pensamiento tímido y fluctuante sentíase arrastrado por las palabras del médico. Le entusiasmaba aquell



a apología de la actividad universal. Él era un sacerdote privilegiado y feliz del trabajo. Explotaba su estado embrionario, y aunque los fieles clamaban contra él, queriendo arrojarlo de la iglesia obrera, le satisfacía que la ensalzase.

La esposa apretaba los labios, palideciendo ante el desconcierto de su sobrino, el cual no podía asir muchas de las ideas del doctor. Con su instinto agresivo de mujer devota intervino en la conversación, queriendo auxiliar á Urquiola.

--No entiendo esa moral--dijo á Aresti con voz ruda.  
--Nada me importa: esa queda para... sabios como tú. Nosotros, los brutos, nos contentamos con el Catecismo. Pero ya que tanto te ocupas de hacer feliz á la humanidad, ¿por qué no te acuerdas de la pobre de tu mujer?...

Y hablaba con sorda cólera de la de Lizamendi, que muchas veces lloraba al visitarla, recordando el pasado. Se veía en una situación difícil, ni soltera, ni viuda; eludiendo hablar de su estado, o cultándolo casi, para que nadie pudiese creer que era ella la culpable de la separación. Y doña Cristina se indignaba al decir esto. ¡Qué había de ser ella! Tan buena, la pobrecita; tan religiosa; una alma pura de ángel...

--A eso conduce vuestra moral--añadió con dureza.--  
A hacer infeliz á una pobre criatura, buena como una santa.

Aresti calló. Parecía atolondrado por la injusticia del ataque. ¡Él, convertido en verdugo de un ángel! ¡Y aquel ángel era su mujer, y Cristina le echaba en cara su crimen después de haber visto la aspereza humillante con que le trataban las de Lizamendi!... Prefirió acoger en silencio el ataque, sin más protesta que un encogimiento de hombros.

Pero la de Sánchez Morueta no quería verle así. Una voz lanzada, sentía un deseo nervioso de insultarlo, de dar pretexto para un rompimiento ruidoso y que no volviese.

--Ya que no crees en nada de la religión--dijo tras una larga pausa, con una sonrisa dulce que daba miedo,--tampoco creerás en Jesús... ¿Qué es para tí nuestro divino redentor?

¡Con qué alegría habló Aresti, lentamente, con voz suave é incisiva, como si quisiera que cada palabra suya fuese una bofetada sobre aquellos ojos azules que le miraban con desprecio!...

--¿Jesús?... Fué un gran poeta de la poesía moral. Yo amo su recuerdo con la ternura de la compasión, viendo la inutilidad y el sarcasmo de su sacrificio. Sus sucesores han trastornado sus doctrinas, explicándolas y practicándolas al revés. Su asesinato fué una conspiración de las autoridades constituidas, gobernantes, ricos y sacerdotes, los mismos que hoy son sus devotos y explotan su recuerdo.

Doña Cristina púsose de pie con nervioso impulso. Había escuchado las explicaciones sobre la moral, para ella confusas, guardando cierta calma, á pesar de que adivinaba ataques al cielo y á Dios. Pero esto de ahora iba contra Jesús; y la indignaba, más aún que si hubiesen negado su existencia, aquello de llamarle poeta. ¡El hijo de Dios un poeta! Para una millonaria era este el más refinado de los insultos.

--¿Has oído, Pepe?--gritó mirando á su esposo.--¿Y tú consientes estas atrocidades en tu casa?

Los ojos tímidos de Sánchez Morueta iban de su mujer á su primo, como asustado en su interna somnolencia por el inesperado choque.

--Me voy--siguió gritando doña Cristina al ver la indecisión de su esposo.--No quiero escuchar más á este hombre.

Y dirigiéndose á Pepita, añadió:

--Niña, vámonos. Bastantes atrocidades has oído. Dale gracias á tu padre, que te permite aprender en casa cosas tan horribles.

Las dos mujeres salieron del despacho. Urquiola se levantó, dudando un momento entre seguirlas ó acometer al doctor. Aquel era el momento de presentarse como un paladín de la fe, de hacer la cuestión personal en nombre de Jesús y que se tragara el médico á puñetazos aquello de «poeta», que no le indignaba á él menos que á doña

Cristina. Pero le inspiraba gran respeto la presencia del millonario, temía disgustar \_al tío\_ y acabó por marcharse en busca de las señoras.

Quedaron largo rato Aresti y Sánchez Morueta, con la cabeza baja, como anonadados por el incidente. El doctor fué el primero en romper el silencio.

--Pepe, adiós--dijo con voz triste, abandonando su asiento, y tendiendo una mano á su primo.--Yo no te pregunto como tu mujer «¿y tú consientes eso?» Al fin es tu esposa y con ella has de vivir.

--¡No te vayas así!--exclamó el millonario con ansiedad.--De seguro que estás enfadado; adivino que no vas á volver. No riñas conmigo: Cristina es así, ¿y qué voy yo á hacerla? Tú mismo lo has dicho. La familia... la paz de la casa... Ella es buena y me quiere: pero tiene esas ideas y á las mujeres hay que respetárselas. La verdad es que tú también has estado fuertecito...

--Adiós, Pepe--volvió á repetir el médico, abandonando aquella manaza que ahora caía débil y sin voluntad.--Que seas muy feliz.

--Pero nos veremos, ¿eh? ¿Vendrás á verme al escritorio?... Esto pasará: ya sabes que otras veces también habéis regañado...

--Adiós, adiós.

Y el doctor Aresti, sin escuchar á su primo, que le seguía formulando excusas, salió de allí, con la convicción de que dejaba muerto á sus espaldas todo su pasado; de que acababa de romperse aquel parentesco fraternal y perdía lo último que le restaba de su familia.

## IX

A mediados de Agosto se inició una agitación de protesta entre los obreros de las minas.

Los contratistas de Gallarta, al reunirse por las noches con el doctor Aresti, hablaban de los síntomas de rebelión en las aldeas de la cuenca minera. En la Arboleda los peones clamaban contra las cantinas, afirmando que los capataces eran los verdaderos dueños, y que el obrero que no se surtía de víveres en ellas era despedido del trabajo. En Pucheta, que era donde vivían los más levantiscos, habían ido á navajazos un día de paga, por negarse dos trabajadores á satisfacer su deuda en la tienda de un protegido de los contratistas. Se hablaba de un gran mitin en la plaza mayor de Gallarta, al que asistirían todos los mineros para acordar la huelga, en vista de que no era admitida su petición en favor del pago semanal. Desde el kiosco que ocupaba la música los domingos, hablarían los amigos del puebl

o, aquellos obreros de Bilbao emancipados del yugo de los patronos, que se dedicaban á la propaganda de las doctrinas socialistas y á la organización de las fuerzas obreras. Y mientras llegaba el momento de la rebeldía, los representantes del partido en la cuenca minera, que eran en su mayoría taberneros, derramaban en la irritada masa el consuelo del alcohol y de las teorías revolucionarias.

El \_Milord\_, en la tertulia de los contratistas, hablaba, con alarma, de los pinches de las minas. Aquellos diablejos que llevaban el cuchillo en la faja, y á los que no se atrevían á maltratar los peones por miedo á sus venganzas de gato, le infundían mucho miedo. Ellos eran la vanguardia ruidosa de todas las huelgas, comprometiendo á los hombres con sus audacias, haciéndolos ir más allá de lo que se proponían. Algunas veces habían osado apedrear de lejos á la guardia civil, cuando en vísperas de revuelta paseaba sus tricornios por los caminos de la montaña. Ahora, el \_Milord\_ hablaba con terror de frecuentes robos de dinamita en los depósitos de las canteras. Los cartuchos debían ocultarlos los pinches en previsión de lo que ocurriera. ¡Buena se iba á armar!...

Al atrevimiento de los muchachos había que añadir la cólera estrepitosa de las mujeres, que hablaban de arrojarse en fila sobre los rieles de los planos inclinados y de los ferrocarriles, impidiendo

iendo toda  
circulación de mineral para que se generalizase la  
huelga hasta la ría,  
y se cerrasen las fundiciones, y el puerto se llena  
ra de buques  
inactivos esperando una carga que no llegaría nunca  
.

--Esto se pone feo, don Luis--suspiraba el admirado  
r de  
Inglaterra.--Esto va á ser la muerte de las minas.

Para darse cuenta de lo crítico de la situación, ba  
staba ver que los  
peones gallegos tomaban el tren y se iban á su país  
. Aquellos hombres  
eran capaces de rebelarse por su interés personal,  
pero apenas  
presentían protestas colectivas, escapaban asustado  
s hacia su país. Las  
huelgas les olían á política, á algo peligroso en q  
ue no debían  
mezclarse los pobres. Y avisados de la bronca que p  
reparaban los  
compañeros, deslizábanse prudentemente hacia su tie  
rra, con el propósito  
de volver cuando todo pasase, aprovechándose entonc  
es de las ventajas  
que los otros pudieran conseguir.

--¡Pero, malditos!--exclamaba el doctor, oyendo al  
\_Milord\_ y á otros  
contratistas.--¿No es justo lo que piden? ¿Qué meno  
s pueden reclamar que  
el cobro semanal y comprar su alimento donde mejor  
les convenga?...

Los contratistas torcían el gesto, excusándose en l  
a inercia de las  
costumbres. Eran los señores de la villa, los miner  
os ricos, las  
empresas extranjeras, los que debían dar el ejemplo

. Ellos á lo antiguo  
se atenían. Además, el miedo á la huelga no causaba  
gran impresión en el  
fondo de su ánimo. Por grande que fuese el paro en  
el trabajo, poco  
perderían; el mineral no iba á desaparecer en las c  
anteras; aguardaría á  
que fuesen á arrancarlo, si no en un mes, al siguie  
nte, y si no al otro.  
Tenían para vivir, y se rendirían antes que ellos l  
os que necesitaban  
el jornal para no morirse de hambre.

El cura don Facundo se indignaba, no como contratis  
ta, sino como pastor  
del rebaño rebelde. No había religión, cada vez se  
entibiaba más la fe,  
y así andaba todo de perdido. La propaganda diabóli  
ca de los obreros de  
Bilbao había llegado hasta la gente sencilla y sufr  
ida de la montaña.

--Ya mueren aquí las gentes sin llamarme, tan tranq  
uilas, como si fuesen  
perros--exclamaba indignado.--Cada vez hay menos en  
tierros. Ya van al  
cementerio sin acordarse de don Facundo, escoltados  
por centenares de  
badulaques que se pirran por molestar á la Iglesia  
asistiendo á eso que  
llaman actos civiles. Señores... ¿entierros civiles  
en las  
Encartaciones! ¿Quién podía figurarse que veríamos  
esto?...

Y el cura insistía en lo de los entierros, como si  
de todos los actos de  
hostilidad ó indiferencia para la religión, fuese e  
ste el más  
escandaloso y que más profundamente hería su pudor  
de sacerdote.



A pesar de la agitación obrera, los amigos de Arest i sentíanse atraídos por otro asunto, del que hablaban con gran interés en sus francachelas nocturnas.

Existía pendiente una apuesta ruidosa, en la que se interesaban todos los notables de Gallarta. El \_Chiquito de Ciérvana\_, el barrenador famoso, había recibido una especie de reto de un desconocido de Guipúzcoa, para que midiese sus fuerzas con él. El encuentro debía verificarse en Azpeitia, el centro de las fiestas vascas. Los ricos de allá hablaban con desprecio de las gentes de las minas, como si no fuesen capaces de tomar parte en la apuesta, presentándose en Azpeitia al lado de su barrenador.

Los contratistas de Gallarta gritaban enardecidos. ¡Vaya si irían! ¡Y menuda paliza les aguardaba á los guipuzcoanos pretenciosos! ¡Atreverse con el \_Chiquito de Ciérvana\_, que era la gloria más grande de las Encartaciones! Miles de duros apostarían ellos contra las pesetas que pudieran ofrecer aquellos rurales de Guipúzcoa, que vivían del miserable cultivo de la tierra. Y en sus reuniones nocturnas acordaban los detalles de la apuesta, con arreglo á lo convenido por cartas y hasta por mensajeros, con los lejanos enemigos. El próximo domingo sería la lucha en la plaza mayor de Azpeitia. Marcaban el número de perforaciones que los dos barrenadores harían en la piedra y la duración de la

apuesta.

Olvidaban las minas y el malestar de los obreros, para no pensar más que en este desafío de destreza y vigor. Era la apuesta más famosa de cuantas habían concertado aquellos hombres, en su afán de arriesgar al dinero que con tanta facilidad llegaba á sus manos.

En esta lucha se interesaba el espíritu de clase y el patriotismo. Vizcaínos contra guipuzcoanos: la gente de las Encarnaciones contra aquellos patanes que intentaban comparar sus burdos barrenadores de las canteras de caliza con los de las minas de hierro, que eran casi unos artistas.

Al aproximarse el día de la lucha, mostraban los contratistas los fajos de billetes de Banco, con los que habían de abonar á los \_pobres cuitados\_ de Guipúzcoa. El \_Chiquito de Ciérvana\_ era vigilado y mimado como si fuese una tiple hermosa. No iba á las minas, y acompañaba por las noches á los contratistas, preocupándose todos ellos de lo que comía y bebía.

--¿Cómo va ese valor?--le preguntaban tentándole los brazos duros y elásticos, que parecían de acero, pasándole las manos por el pecho con una suavidad casi femenil, golpeándole el tórax y complaciéndose en su resonancia, que revelaba salud y vigor. Y el \_Chiquito\_ se dejaba agasajar con sonrisa de ídolo, irguiendo su pequeño

cuerpo de músculos  
recogidos y apretados, mientras los admiradores aspiraban al examinarle  
el olor agrio de sus sobacos sudorosos como si fuese un grato perfume.

Ganaría, como siempre. Y mientras llegaba el domingo, con su estruendosa  
victoria, lo atiborraban de alimentos y le hacían beber champagne, mucho  
\_Cordón Rouge\_, como si el vino de los ricos afirmase de antemano su  
superioridad sobre aquel rival que sólo conocería la dulzona \_sangardúa\_  
de sus montañas.

Los contratistas obligaron al doctor Aresti á que les acompañase á  
Azpeitia. Ellos no gozarían la victoria por completo de no presenciarse  
su ilustre amigo. Y el doctor, que habituado al afecto de aquellos  
admiradores rudos y entusiastas, no podía separarse de ellos, acabó por  
ser de la partida. En fuerza de oírles hablar de la apuesta sentía  
interés por ella.

Era el único que dudaba del triunfo. La gente de Azpeitia debía conocer  
el trabajo del \_Chiquito\_. Los de Gallarta, en cambio, no sabían quién  
era aquel contendiente desconocido. Cuando la gente de Azpeitia iniciaba  
el reto, estaba segura indudablemente de la superioridad de su  
barrenador.

Aquello parecía una encerrona: había que ser prudentes. Pero los amigos  
del doctor le contestaban con risas. ¿Dejarse vencer el \_Chiquito\_?... Y

como prueba de su confianza, enseñaban de nuevo los fajos de billetes. Más de cincuenta mil duros iban á apostar entre todos, si es que los de Azpeitia tenían redaños para hacerles cara. Había que correrles, echándoles el dinero á las narices; así aprenderían á no ir otra vez con retos á los bilbaínos de las minas.

La partida, el domingo al amanecer, fué casi una expedición triunfal. El \_Chiquito\_ había salido el día antes con varios de sus admiradores para estar bien descansado en el momento de la apuesta. Los que llegaron después con el doctor eran los más respetables, y llevaban con ellos el convoy de la expedición, enormes cestos de fiambres encargados á los mejores restaurante de la villa, cajones de champagne, cajas de cigarros. Ellos mismos, al repasar las vituallas alababan su previsión. Sólo en Bilbao se sabía comer: lo demás era tierra de salvajes, país de pobreza donde moría uno de hambre ó de asco, aunque fuese persona de las que \_tienen cartera\_.

Los mineros ricos hicieron en Azpeitia una entrada de invasores. Había comenzado ya la fiesta con las apuestas de bueyes, y una muchedumbre de caseros y de gentes del pueblo se agolpaba y estrujaba en la plaza y las calles inmediatas. Aquellos hombres de largas blusas y boinas mugrientas, apoyados en fuertes garrotes, miraban con asombro, como si fuesen de una raza distinta, á los arrogantes mineros, que se llamaban á

gritos y se abrían paso reclamando el auxilio del alguacil, única autoridad que guardaba el orden del inmenso concurso, sin más arma que un mimbre blanco. La gente sobria y humilde, habituada á los cultivos de escaso rendimiento de la montaña, admiraba los ternos nuevos y lustrosos de los contratistas, sus boinas flamantes, las gruesas cadenas de oro sobre el vientre y sus manos de antiguos obreros con dedos gruesos de uñas chatas, abrumados por enormes sortijas.

Eran los forasteros, los ricachos que llegaban á la fiesta llevando una verdadera fortuna en sus bolsillos. Para conocer su importancia bastaba con fijarse en las miradas que lanzaban á las gentes y las casas, con altivez de magnates que descienden á mezclarse en una diversión campestre. ¿Y entre aquellas míseras gentes estaban los que habían osado desafiarles?... \_¡Pobres cuitados!\_

Precedidos por el alguacil, subieron algunos de ellos á los balcones de la plaza, ocupados en su mayor parte por mujeres. Otros tomaron sitio en primera línea, junto á la cuerda que marcaba un gran rectángulo limpio de gente en medio de la plaza, como liza donde se verificaban los juegos. Allí se hacían las apuestas de última hora entre los empujones de la gente. Los caseros, apoyando sus manos en las espaldas que tenían delante, se empinaban para ver mejor. De vez en cuando un empujón formidable; una avalancha que amenazaba romper la cuerda. Pero bastaba

que se levantase en alto el mimbres alguacilesco ó que se movieran las boinas rojas de la pareja de migueletes guipuzcoanos, para que al momento se iniciase un retroceso, quedando inmóvil el gentío.

Aresti, desde un balcón, veía cuatro masas oscuras de boinas, encuadrando el espacio libre, en el cual dos parejas de toros arrastraban penosamente unas piedras más grandes que las muelas de un molino, bloques enormes que al moverse dejaban detrás de ellos la tierra profundamente aplastada.

La alegría de los ejercicios físicos, el enardecimiento ruidoso de las fiestas de la tuerza, agitaba al gentío. Tiraban los bueyes penosamente, como si fuese á estallar la testuz bajo el yugo, es forzándose entre los gritos y los pinchazos de los conductores que los azuzaban coreados por sus partidarios, y cada vez que una piedra, con nervioso tirón, avanzaba algunos pasos, sonaba un clamoreo de los espectadores. Los pechos se hinchaban con angustia, como si quisieran comunicar su fuerza á las abrumadas bestias.

Era una diversión de raza primitiva, de pueblo en la infancia que aún no ha llegado á la vida del pensamiento y admira la fuerza como la más gloriosa manifestación del hombre. La dura necesidad de ganarse el pan con el trabajo físico, hacía del vigor un culto, convertía en diversión los alardes de resistencia de los más fuertes, admi

raba como héroes á  
los grandes partidores de leña ó á los expertos bar  
renadores, y para dar  
carácter de fiesta á todos los esfuerzos del múscul  
o en el diario  
trabajo, asociaba á sus juegos al buey, manso y suf  
rido compañero de la  
miseria campestre.

El doctor, ante estos placeres rudos y violentos de  
l pueblo primitivo,  
recordaba las fiestas griegas, embellecidas al trav  
és de los siglos por  
el encanto del arte. Aquellos juegos al aire libre,  
sencillos y burdos,  
de una inmediata utilidad, recordaban involuntariam  
ente los Juegos  
Olímpicos.

--Sí; se parecen--pensaba Aresti.--Pero como se ase  
mejan el ave de  
corral y el águila, porque las dos se cubren de plu  
mas.

Cansado del monótono espectáculo que ofrecían los b  
ueyes, tirando entre  
el clamoreo del gentío que no se fatigaba del largo  
plantón, el doctor  
se distrajo examinando el aspecto de las casas y la  
s personas.

Veía Azpeitia por primera vez, aquel hermoso rincón  
del territorio  
vasco, que sólo de lejos rozaba la vía férrea, y en  
el cual parecían  
haberse refugiado el espíritu y las tradiciones de  
la raza. Aquella  
tierra era la de San Ignacio. A pocos minutos, en e  
l centro del valle,  
estaba Loyola con su convento inmenso, cuya fealdad  
de caserón-palacio  
tentaba la curiosidad del doctor. La sombra de la R

residencia madre, de  
aquel edificio semejante a un cuartel, en el que se  
reunían los  
comisionados del jesuitismo, llegando de todos los  
puntos de la tierra,  
cuando había que elegir un nuevo General de la Orde  
n, parecía proyectar  
su sombra sobre el valle y las montañas, formando l  
os pobladores á su  
imagen.

Aresti veía en la muchedumbre muchas caras que le r  
ecordaban la faz de  
San Ignacio. Aquellos rasgos duros, impasibles, de  
helada firmeza, que  
se consideraban como signos característicos de una  
personalidad famosa,  
resultaban comunes á toda una raza.

El médico se fijaba igualmente en las mujeres de lo  
s balcones. Tenían  
las formas más pronunciadas que las hembras vizcaín  
as, con algo de  
voluptuoso y mórbido que hacía recordar el título d  
e «Andalucía vasca»,  
que muchos daban á Guipúzcoa; pero en su mirada hab  
ía una expresión  
varonil y enérgica que hacía pensar en las fanática  
s heroínas de la  
Vendée. El odio al \_guiri\_, al español de pantalone  
s rojos llegado de  
las más lejanas provincias para expulsar al rey leg  
ítimo, pasaba como  
una herencia de generación en generación. Todos los  
hombres de edad  
madura que ocupaban la plaza habían vestido, segura  
mente, el capote de  
los tercios guipuzcoanos y se acordaban del monarca  
de las montañas, con  
su gran barba negra y la boina blanca sobre los ojo  
s.



Eibar, con la muchedumbre obrera de sus fábricas de armas, liberal y poco religiosa, estaba próxima, y, sin embargo, parecía al otro extremo del mundo, como si los montes que separaban ambas poblaciones fuesen infranqueables.

Las casas de Azpeitia ostentaban en todas las puertas grandes placas del Corazón de Jesús. Era el único signo exterior de religiosidad: ni alardes de fe ni entusiasmos provocadores. Eso quedaba para los pueblos donde flaquea la devoción y la verdad divina tropieza con enemigos. En todo el valle parecía sobrevivir el espíritu religioso, tranquilo y confiado, de la Edad Media, la época que menos se preocupó de la fe, por lo mismo que aún no habían levantado la cabeza la duda y la impiedad. Mostrarse el espíritu de rebelión en una tierra que había pisado el bendito San Ignacio, era tan absurdo, tan inconcebible, que sólo el suponerlo hubiera hecho reír a aquella gente taciturna, orgullosa de haber dado al mundo un santo de fama universal.

Pasado medio día, terminaron las pruebas de los bueyes y se desparramó el gentío por la población. Lo más interesante de la fiesta, las luchas de los aizkoralaris ó partidores de leña y la apuesta de los barrenadores, quedaba para la tarde.

Aresti y sus amigos comieron en el casino del pueblo, alarmando á los del país con los taponazos del champagne y la exhibición de las carteras

repletas de billetes que arrojaban sobre las mesas con afectado desprecio. Llegaban nuevas gentes por todos los caminos, atraídas por la fama de la gran apuesta de la tarde. Aresti había salido a la calle huyendo de la atmósfera posada del casino, cargada de gritos y nubes de tabaco. Veía llegar los coches llenos de gente: las carretas ocupadas por familias mientras el aldeano marchaba a la cabeza de la yunta, guiándola con su larga vara; grupos de caseros en mangas de camisa, con la chaqueta y la boina al extremo del garrote que llevaban al hombre como un fusil.

Cerca de la plaza, vió el médico que la gente se detenía ante una taberna, formando compacto grupo y mirando á lo alto. En un balcón cantaba un viejo, de tan elevada estatura, que su boina parecía tocar el alero. En la calle se había hecho espontáneamente un gran silencio, y el viejo, inmóvil y grave, seguía su canturria con cierta seriedad sacerdotal. Cuando terminó su última estrofa en vascuence, con una entonación aguda, todo el concurso prorrumpió en risotadas, que contrastaban con la gravedad del cantor. Pero aún no se había extinguido la carcajada del público, cuando sonó una nueva voz más aguda y estridente desde el balcón de otra taberna, y Aresti vió á un jayán que cantaba como si contestase al viejo, mientras éste le escuchaba sin pestañear, preparando mentalmente la contrarréplica.

El doctor conocía á aquellas gentes. Eran los \_versolaris\_, los trovadores éuscaros que se mostraban en todas las fiestas. La poesía florecía en las tabernas con el bullicio de la embriaguez. Eran rudos campesinos que no sabían leer, pero que mostraban cierto ingenio y una gran facilidad de improvisación. Sus versos sólo tenían de tales las rimas, con una completa ausencia de sentimiento poético. Lo que la muchedumbre admiraba en ellos era el ingenio satírico, lo grotesco del chiste y, sobre todo, la facilidad en la respuesta.

En estas batallas de viva voz, un \_versolari\_ iniciaba el tema, seguro de que al momento surgiría la contestación de sus rivales; y así, prolongándose el razonamiento de unos á otros, agarrando cada cual el hilo de la interminable canturria donde lo abandonaba el enemigo, hacían pasar al público embobado horas enteras. Estos vagabundos se mantenían de sus versos, y en plena vida rural, llevaban la existencia independiente de fiera miseria y alegre parasitismo de los artistas de la bohemia en las grandes ciudades.

Aresti admiraba la sencilla fe de aquel pueblo niño que reía las gracias de los \_versolaris\_ y admiraba sus chistes inocentes, incapaces de producir la más leve impresión en un hombre de la ciudad. En esta sana alegría encontraba el médico la gravedad del hombre del campo, su alma sobria á la que basta la más insignificante broma p

ara alegrarse. Eran  
espíritus nuevos, eternamente infantiles que al pon  
erse en movimiento  
divertíanse con cualquier cosa. Sabían que los \_ver  
solaris\_ eran  
graciosos por tradición y esto bastaba para que tod  
os rieran aun antes  
de comprender sus palabras.

El doctor observaba una vez más el carácter de la p  
oesía entre los  
hombres del campo. La naturaleza estaba ausente cas  
i siempre de los  
versos populares. Las estrofas campesinas, cantan g  
uerras y amores, la  
tristeza de la partida y la alegría del retorno, ce  
los y desesperación,  
ó se ejercen en la burla de los convecinos: pero nu  
nca describen la  
belleza de los campos, ó la majestuosa serenidad qu  
e desciende del  
cielo. Viviendo en la eterna monotonía de las belle  
zas naturales, no ven  
en ellas nada de extraordinario, sintiendo con más  
intensidad los  
sucesos que tocan de cerca á sus personas. Tal vez  
son ciegos para la  
hermosura de la tierra, condenados á luchar con ell  
a eternamente, á  
vencerla y violarla para sacar de sus entrañas el s  
ustento.

Más de una hora llevaban los \_versolaris\_ lanzándos  
e razonamientos de  
balcón á balcón. Ahora eran cuatro los contendiente  
s y la muchedumbre  
volvía sus cabezas á un lado ó á otro, según el sit  
io de donde partía la  
voz. Todos los trovadores recibían como popular hom  
enaje las carcajadas  
del público, pero el que parecía triunfar era un vi  
ejo desdentado y de

cara maliciosa, sacristán de una anteiglesia de Vizcaya que tenía gran renombre por el atrevimiento de sus chistes. De vez en cuando algún admirador salía al balcón ofreciendo el jarro á su poeta, y éste, después de largo trago, acometía con nueva fuerza sus canturrias.

A media tarde, cuando gran parte de la plaza estaba en la sombra, corrió á ella la gente, oyendo el silbido del \_chistu\_, que hacía locas escalas, acompañado por el monótono baqueteo del tamboril. Los \_versolaris\_ se ocultaron. Iba á comenzar la parte más interesante de la fiesta.

Los mineros bilbaínos, rojos y sudorosos en su digestión de ogros, fumando como chimeneas y eructando el champagne, ocuparon los mejores sitios desafiando á todos con sus retos. ¡A ver! ¿quién quería apostar? No había que tener miedo por cantidad más ó menos: \_había cartera\_ de sobra para todos. Y exhibían ante la mirada atónita de los caseros, habituados á la vida sobria y humilde de la montaña, aquellas riquezas en fajos de papel mugriento. Los más acomodados del país se acercaban á ellos, aceptando sus apuestas con una sonrisa que parecía implorar perdón.

La fiesta comenzó por la lucha de los \_aizkoralaris\_. Habían colocado en el centro de la plaza varios troncos enormes, sujetos por palos hincados en la tierra, para que no rodasen. Sonó de nuevo el

\_chistu\_ y el  
\_dambolin\_, y salieron los partidores de leña, llev  
ando al hombro sus  
hachas relucientes. Arrojaron á un lado las boinas  
y alpargatas, y  
subiéndose sobre los troncos, comenzaron su trabajo  
.

Un rugido que equivalía á un aplauso, acogió sus pr  
imeros golpes. Los  
mineros aplaudieron con las manos, como si estuvier  
an en las corridas de  
toros de Bilbao. Protegían con su benevolencia á aq  
uellos partidores de  
leña, como gente humilde que en nada podía interesa  
rles. En las minas de  
Bilbao no se partían troncos: podía, pues, conceder  
se algún mérito como  
leñadores á aquellos rústicos.

Las hachas subían y bajaban, abriendo profundo surc  
o, en las muescas  
marcadas en los troncos. Volaban las astillas y cad  
a vez que sonaba un  
golpe más fuerte, más certero, extendíase por la pl  
aza un rumor de  
aprobación. El inmenso público adivinaba la marcha  
de los cortes sin  
necesidad de verlos. Habitados todos á hacer leña  
en el monte, conocían  
los diversos ruidos de las hachas como si éstas hab  
lasen. Sabían, por el  
crujido de la madera, lo que faltaba á cada tronco  
para partirse. Alguno  
de los \_aizkoralaris\_ iba delante de los otros; les  
avanzaba por  
momentos; su corte se aproximaba rápidamente al fin  
: hasta que de  
pronto, un crujido especial, que no podía confundir  
se, hizo estremecer  
el gentío hasta los últimos límites de la plaza. Ac  
ababa de partirse un

tronco. Y todos rugieron de entusiasmo, empujándose sobre la punta de los pies, queriendo pasar sobre los hombros del vecino, para saber quién era el vencedor.

Salieron los leñadores con el hacha al hombro, saltando la cuerda, confundiéndose con el gentío que comentaba los incidentes de la lucha, y otra vez sonó el pito y el tamboril, mientras las yuntas de bueyes arrastraban al centro de la plaza dos enormes piedras. Llegaba el momento emocionante, la hora del suceso que había atraído á Azpeitia tanta gente. Iba á comenzar la lucha de los barrenadores.

La muchedumbre callaba como los grandes públicos de las plazas de toros, cuando se aproxima la suerte decisiva. El tamborileiro hacía sonar sus instrumentos como en un valle desierto. La gran masa hizo un paso adelante, y casi rompió la cuerda, cuando los dos barrenadores salieron al espacio libre.

Todos querían ver á los contendientes y se empujaban, ansiando pasar su mirada por encima de los hombros que tenían delante.

El barrenador guipuzcoano era un mocetón mofletudo, de ojos abobados, ruboroso y con cierto miedo, al verse objeto de todas las miradas. El \_Chiquito de Ciérvana\_ se pavoneaba con la palanca al hombro, presuntuoso como un torero en el redondel, como un pelotari célebre en

la cancha, mirando á las mujeres que ocupaban los balcones.

--¡Olé, mi niño!--gritaban los mineros. \_¡Ené el Chiquito!...\_ Ahora se va á ver lo bueno de las minas. ¡Aquí \_hay cartera\_ para él!

Y mezclando los gritos del país con los que habían aprendido en las plazas de toros, arrojaban más allá de la cuerda sus boinas y sus carteras, pero llamando en seguida á los chicuelos para que las recogiesen. El \_Chiquito\_ sonreía bajo la ovación tumultuosa de sus protectores, viendo al mismo tiempo una señal de su triunfo en el gesto taciturno y miedoso de su contrincante y en la ansiedad silenciosa de todos los del país, que apostaban por el guipuzcoano. Los dos se despojaron de boinas y alpargatas y con los pies desnudos subieron sobre las piedras, en las cuales estaban marcados los redondeles que debían perforar. El trabajo duraría dos horas: el que antes lo terminase ó llegase más adelante sería el vencedor.

Colocáronse ambos barrenadores, cada uno sobre su piedra, con las piernas juntas y los talones tocándose. Entre los pies desnudos que formaban un ángulo, subía y bajaba la barra de acero abriendo el orificio. La más leve desviación, podía herirles, destrozarles un pie, con aquel hierro movido por hercúlea fuerza. Pero no había que temer: sus brazos mostraban la regularidad de una máquina.



Cada uno de los contendientes iba escoltado por una pareja de amigos. Eran los padrinos que les asistían en la lucha. Se inclinaban y levantaban al mismo tiempo que ellos, doblándose al compás de los movimientos del perforador, sirviendo de péndulo que regulaba el vaivén del trabajo. Al mismo tiempo, excitaban al compañero con sus gritos: rugían \_¡haup! ¡haup!\_ al doblarse por la cintura, señalando cada golpe con esta exclamación. Los padrinos, con los brazos inactivos, pero con los pulmones cruelmente dilatados por la angustia, se cansaban más aún que el barrenador.

Los dos esperaban con las barras levantadas por encima de la cabeza. Dieron la señal los directores de la apuesta y en la plaza estalló una aclamación semejante á la que acoge la partida de los caballos en una carrera. Después se hizo el silencio. Sonaban los golpes del acero y el \_¡haup! ¡haup!\_ de los acompañantes con una regularidad mecánica, interrumpidos algunas veces por el \_¡brrrr!\_ de los barrenadores, que al respirar jadeantes, parecían escupir su cólera sobre la piedra enemiga.

Aresti sintió deseos de reír, viendo cómo se doblaban aquellos monigotes humanos que seguían con sus cuerpos el esfuerzo de los contendientes, fatigándose en un trabajo inútil, para transmitirle su energía.

Transcurrieron algunos minutos. El \_Chiquito\_ traba

jaba más aprisa que  
su rival. Subía y bajaba la palanca con tanta rapid  
ez que apenas se la  
veía. Su cuerpo era una mancha indecisa y borrosa p  
or el continuo  
movimiento; sus acompañantes no podían seguirle. De  
tuvo un instante y  
cambió de sitio, continuando su trabajo. Los minero  
s adivinaron que  
pasaba á la segunda perforación, dando por terminad  
o el primer agujero.  
¡Y su contrincante aún estaba en el mismo sitio!...

--¡Olé, \_Chiquito!--gritaron agitando sus manos ca  
rgadas de  
pedrería.--\_¡Haupt!... ¡haupt!\_

Y en discordante coro juntaban sus voces á las de l  
os dos vizcaínos que  
servían de auxiliares á su barrenador.

La lucha se desarrollaba con la lenta y aplastante  
monotonía de todos  
los espectáculos de fuerza. Aresti, interesado por  
el final del combate,  
entretení el aburrimiento de la espera comparando  
á los dos  
contendientes. Eran el arranque impetuoso y la dest  
reza inteligente del  
nervio, luchando con la calma tenaz y la serena fue  
rza del músculo. El  
hombre-caballo frente al hombre-buey. El \_Chiquito  
de Ciérvana\_,  
vehemente en su trabajo, dejaba atrás al enemigo co  
n sólo el primer  
arranque: el otro seguía su marcha sin darse cuenta  
de lo que le  
rodeaba, sin apresuramientos ni desmayos, como si n  
o escuchase á los que  
mugían junto á su oído \_¡haupt! ¡haupt!\_ Él era quien  
reglamentaba los

movimientos de sus padrinos, sin apresurarse ni dejarse arrastrar por ellos como lo hacía su contrincante.

En cambio, el \_Chiquito\_ deteníase algunas veces, lanzaba en torno una mirada satisfecha, se escupía en las manos, y agarrando de nuevo el perforador continuaba el trabajo. Su burdo contendiente aún no se había detenido una sola vez: golpeaba la piedra, con la cabeza baja, mostrando la pasividad resignada del buey que abre un surco sin fin.

Pasó una hora sin que ningún incidente alterase la marcha de la lucha. El guipuzcoano abría sus perforaciones, pasando de una á otra sin levantar la vista. El \_Chiquito\_ le llevaba aún un agujero de ventaja como al principio del combate. Los mineros de Bilbao continuaban en su alegría insultante. ¡Aún admitían apuestas! Ofrecían un duro por cada peseta que quisieran arriesgar en favor de aquel cutido. Y no ocultaban su asombro cuando veían aceptadas sus proposiciones por las gentes del país. ¡Qué zonzos! ¡Y cómo iban á perder el dinero! ...

La segunda hora de la lucha se desarrolló en silencio. La gente parecía anonadada por la monotonía del espectáculo. La espera interminable embotaba los sentidos, dificultando toda emoción. Por esto no hubo gritos de triunfo ni exclamaciones de protesta, cuando comenzó á iniciarse la ventaja del barrenador lento é incansable, sobre el

\_Chiquito\_ que hacía temblar la piedra bajo el rayo de su palanca.

Aresti presentía este suceso desde mucho antes. El \_Chiquito\_ se detenía á descansar jadeante: ya no lanzaba ojeadas en derredor con expresión de triunfo, sino con la opacidad de la angustia. Habíanse sucedido al lado de él varias parejas de padrinos, fatigados de seguirle en el relampagueo de su trabajo; pero los que ahora le acompañaban tenían que gritar \_¡haup, haup, haup!\_ con más lentitud, esforzándose en vano por animarle y enardecerle, tirando de él con la palabra como si fuese una bestia cansada y vacilante que se encabritase bajo el látigo, sin poder salir de su paso.

El médico sentía angustia examinando á los dos contentientes, con la cara pálida, sudorosos, las piernas inmóviles y como petrificadas, el busto en incesante vaivén, los brazos hinchados por el esfuerzo; y recordaba á otros que habían caído en aquellas apuestas brutales, muertos como por un rayo, heridos en el corazón por el exceso de actividad.

Los mineros miraban al barrenador rústico, y después cambiaban entre sí ojeadas de asombro. ¡Pero, aquel animal, no descansaba nunca! Palidecían como si de golpe se alterase su digestión, poniéndose de pie dentro de su estómago, todas las buenas cosas traídas de Bilbao y rociadas con \_Cordón Rouge\_. Presentían la posibilidad de la der

rota: parecían olerla  
en el silencio que pesaba sobre la plaza, en la misma gravedad de sus  
enemigos.

Algunos más enérgicos se revolvían contra la posibilidad del fracaso.  
¡Venir de tan lejos, para que se burlasen de ellos unos pobretones!...  
Renacía su avaricia de antiguos miserables, que turbaba muchas veces  
con detalles de ruindad sus alardes de ostentación.  
Habían apostado más  
de ochenta mil duros, ¿é iban á dejarlos entre las uñas llenas de tierra  
de aquella gente? ¡Cristo! ¡Cómo se reirían de los mineros!...

Los más furiosos saltaron la cuerda, y haciendo retirarse á los  
acompañantes del \_Chiquito\_, se colocaban á ambos lados quitándose las  
chaquetas y las boinas. Se doblaban en incesante vaivén, á pesar de su  
corpulencia; mugían \_¡haup, haup!\_ con toda la fuerza de sus pulmones,  
como si con sus gritos pudieran hacer entrar más adentro la palanca del  
barrenador.

El \_Chiquito\_ cobraba nuevas fuerzas al ver junto á él á sus  
protectores, y partía en una carrera loca de furiosos golpes, espoleado  
por nerviosa energía: pero el cansancio de los músculos tornaba á  
imponerse, y el acero sonaba quejumbroso en la piedra, sin avanzar gran  
cosa.

--¡Arrea, ladrón!--mugían sus ricos padrinos--¡Fuerza... porrones! ¡Me

caso con tu madre!...

Y de este modo iban intercalando en el continuo \_¡h  
aup, haup!\_ toda  
clase de interjecciones amenazantes, de monstruosos  
juramentos que  
hacían encabritarse al barrenador como si recibiese  
un latigazo, para  
caer de nuevo en el desaliento.

Faltaban pocos minutos para terminarla apuesta. El  
\_Chiquito\_ estaba en  
la mitad de un agujero y aún le faltaba abrir otro.  
Su contendiente  
había comenzado el último sin apresurarse y sin des  
cansar, lanzando en  
torno una mirada triste de buey fatigado que contem  
pla el horizonte con  
el deseo de que se oculte pronto el sol, para volve  
r al establo.

Los mineros ansiaban una catástrofe, un temblor del  
suelo, algo que les  
permitiese huir de allí, sin encontrarse con los oj  
os de aquellas  
gentes. El silencio con que acogían su victoria mol  
estábales más aún que  
los gritos irónicos de algunos forasteros, que paro  
diaban la  
fanfarronería de los bilbaínos, ofreciendo un duro  
por un real, en favor  
del guipuzcoano.

Terminó la lucha sin la explosión de entusiasmo que  
esperaba Aresti. El  
gentío se abalanzó sobre el vencedor que miraba en  
torno de él con ojos  
de idiota y se dejaba arrastrar inerte y sin fuerza  
s hacia una taberna  
próxima.

Buscó el doctor á sus compañeros y no vió á ninguno

. Habían desaparecido  
como evaporados por la derrota. Fuése en busca de ellos y encontró á muchos en la puerta del casino subiendo á los coches, con el deseo de huir de allí cuanto antes, como si el suelo les quemase las plantas. En el desorden de la fuga parecían marchar á tientas, sin fijarse en él.

Dentro del casino encontró al \_Chiquito\_ tendido en una banqueta, envuelto en una manta, sudoroso y pálido, con el aspecto de un niño poseído de terror. Frente á él, aún lanzaban sus últimas maldiciones algunos de las minas.

--¿Qué dice usted de esto, doctor?--preguntaron á Aresti con desesperación.

Y el médico sonrió, levantando los hombros. Era de esperar: habían civilizado demasiado á su ídolo: lo habían hecho conocer el champagne, le habían arrancado de su barbarie primitiva y al encontrarse con otro de su clase, recién salido de la cantera, forzosamente había de ser el vencido.

Todos ellos sentían la necesidad de insultarlo antes de irse. De buena gana hubieran golpeado aquel paquete inerte que sollozaba encogido en la banqueta. Le echaban en cara el vino y los manjares con que le habían atiborrado á todas horas.

--¿Oyes, ladrón, lo que dice el doctor? Tu afición al champagne.

Estarías borracho y por eso nos has hecho perder, cochino. Ochenta mil duros, ¿te enteras, sinvergüenza? Más de ochenta mil duros hemos perdido por tu culpa.... Por allá no vuelvas: te mataremos á patadas si apareces en las minas.

Cada cual se alejaba, después de desahogar su cólera, con la precipitación loca de la fuga, sin preocuparse de los compañeros, sin acordarse de invitar al doctor, con el egoísmo de la derrota que borra toda amistad.

El infeliz barrenador, al verse solo con Aresti rompió á llorar.

--¡Don Luis! ¡Don Luis!...

Y su voz tenía el mismo acento de súplica infantil que los lamentos de los mineros cuando veían aproximarse el doctor á las camas del hospital.

Todo lo había perdido en un instante. ¡Adiós comilonas y agasajos, el trato con los ricos, todo lo que le hacía ser mirado con envidia por sus antiguos compañeros cuando se dignaba subir á las canteras acompañando á los contratistas! Era un héroe, un ídolo y volvía de pronto á ser un trabajador.... Menos aún, pues no encontraría un puesto en las minas. Si volvía allá serían capaces de matarlo: le aterraban como un remordimiento las grandes cantidades que había hecho perder á los señores.



--Me iré--gemía.--¡Cómo se burlarán ahora de mí!...  
Me embarcaré en el  
primer barco que salga para América.

Un grupo de gente del pueblo le interrumpió. Venían  
para llevarse al  
\_Chiquito\_: querían agasajarlo con la generosidad que  
da la victoria. No  
debía entristecerse: ya habían visto todos que era  
un gran barrenador.  
Otra vez ganaría él. Además, la cuestión había sido  
con aquellos señores  
tan fanfarrones: él no era más que un \_mandado\_. Su  
contrincante le  
esperaba en la taberna, para beber juntos como buenos  
camaradas.

Y se lo llevaron, rodeándolo respetuosamente, como  
un testimonio de su  
gloria, con los mismos honores que una bandera cogida  
al enemigo.

Aresti volvió á la plaza. Comenzaba á obscurecer; la  
gente se había  
esparcido por las calles inmediatas, agolpándose á  
las puertas de las  
tabernas. Los \_versolaris\_, cada vez más ebrios, es  
poleados por el gran  
suceso, improvisaban á rienda suelta, cantando el  
triunfo de los de la  
tierra, con alusiones á los ricos de las minas, que  
provocaban el  
regocijo de los aldeanos.

Iban alejándose en sus carreras las familias de los  
caseros. Los grupos  
de campesinos bebían el último trago con los del  
pueblo, antes de  
emprender la marcha, deseosos de relatar los  
incidentes de la famosa  
lucha durante la velada en la casería.

En la plaza sonaban el pito y el tamboril con cadencias de baile. Se había reunido toda la gente joven para celebrar la victoria con un \_auresku\_, la gran danza vasca que tenía algo de rito primitivo. Un ágil bailarín que era el conductor del \_auresku\_ lo iniciaba con el paso solemne de la invitación. Echaba la boina en tierra, y después de pedir la venia al alcalde que presidía el acto, se dirigía con una serie de minuciosos trenzados y saltos de extraordinaria agilidad, á invitar en el corro á la mujer que deseaba elegir como reina del baile. No había ejemplo de que ninguna hembra vasca, por alta que fuese su posición social, se negase á este honor. Aresti había visto á señoras de la rancia nobleza admitiendo el \_auresku\_ con campesinos y marineros. Era una danza ceremoniosa y parca en los contactos; el hombre y la mujer apenas si en las diversas figuras se tocaban las puntas de los dedos. Ella no hacía más que completar el cuadro, mientras él, al son de las interminables escalas del pito, parecía hablar con los pies, con la mímica guerrera de los pueblos primitivos, con saltos prodigiosos y alardes inauditos de agilidad gimnástica, que recordaban á Aresti las danzas de ciertas tribus vistas por él en el Jardín de Aclimatación de París.

El público elogiaba la soltura del bailarín de Azpeitia. Un viejo casero hablaba á sus amigos en vascuence á espaldas del do

ctor. Aquel  
\_aurreku\_ no le llamaba la atención; él los había  
visto danzados por  
reyes en los buenos tiempos de la guerra. Y recorda  
ba cierto \_aurreku\_  
bailado por don Carlos en Durango, en un convento d  
e monjas, sin pecado  
para nadie, por ser la danza vascongada la más hone  
sta del mundo.

Aresti, al cerrar la noche, buscó refugio en un fon  
dín que servía de  
alojamiento á muchos que iban al santuario de Loyol  
a. Él sentía también  
el deseo de visitar en la mañana siguiente aquel co  
nvento, como una  
curiosidad que le resarciría de su viaje. Después e  
staba seguro de  
encontrar en el tren de Bilbao á muchos de sus comp  
añeros que habrían  
ido á pernoctar en Azcoitia, en Eibar y en otros pu  
eblos, huyendo del  
lugar de la derrota.

El doctor pasó la noche en un cuarto de paredes enj  
albegadas cubiertas  
de estampas de santos, y con un crucifijo sobre la  
cama. La hospedería  
era como una antesala del convento.

A las seis de la mañana salió del pueblo, siguiendo  
el camino recto que  
atravesaba con geométrica rigidez el valle de Loyol  
a. Había caído  
durante la noche una suave lluvia de verano, refres  
cando los campos y  
limpiando de polvo los caminos. Las altas montañas  
estaban encaperuzadas  
de niebla, dejando ver en sus pendientes, por entre  
los rasguños del  
vapor, la nota blanca de los caseríos y las manchas  
cobrizas de los

robledales. Los rebaños se esparcían por las faldas marcándose sobre el verde fondo, como enormes piedras blancas, las ovejas de gruesos vellones. A lo lejos, sonaba el chirrido de invisibles carretas.

Aresti llegó al monasterio á las siete. Su aspecto monumental y aparatoso, su fealdad solemne, contrastaban con la soledad y el silencio de los campos. Los gorriones perseguíanse en la doble escalinata de la iglesia, y revolando de ciprés en ciprés, iban á posarse sobre la estatua de mármol de San Ignacio. A ambos lados de la avenida que da acceso al monasterio, dos paseos cubiertos de plantas trepadoras, dos túneles de hojarasca, ofrecían su fresca sombra de tonos verdosos.

El doctor contempló con cierta admiración el edificio enorme y aplastante. No podía negársele carácter propio. Los jesuítas tenían un arte suyo; el de la ostentación y la carencia de gusto. No había obra arquitectónica de su propiedad que no la marcasen con su sello, como si quisieran ser conocidos de lejos.

La fachada de la iglesia, que ocupaba el centro del monasterio, era toda de piedra. Las columnas sostenían un frontón adornado con un escudo de armas gigantesco. La balaustrada se coronaba con enormes pináculos rematados por esferas. Detrás escalaba el espacio la cúpula del templo, de un gris de globo hinchado, rematada igualmente por pináculos y bolas,

lo que la daba cierto aspecto de pagoda chinesca.

A ambos lados de la iglesia, extendíanse las dos alas del monasterio, de rojo ladrillo, con triple fila de ventanas: dos cuerpos de edificación, enormes, sin ningún signo religioso. El monasterio, desprovisto de la cúpula, hubiese parecido un cuartel del siglo XVIII.

A un lado extendía su corriente el río Urola, pasando bajo un puente metálico: al otro se alzaba una gran casa con suntuosidades, de aspecto lujoso, en la que estaba el hotel para los ricos que llegaban á hacer ejercicios espirituales y no podían pernoctar en el monasterio.

Aresti entró en la iglesia: una rotonda de clara luz, cubierta de mármoles de vivos colores. ¡Ah, el templo risueño y bonito! Los altares eran hermosos, como los platos montados de un banquete. Mármoles de color de caramelo, de color de miel, de suave fresa, de un verde de fruta escarchada, de una blancura tierna de merengue. Sentíase el deseo de morder aquella piedra, pulida como un espejo, que daba á los ojos una sensación de dulzura. Las imágenes eran sonrientes, charoladas y bonitas, como si hubiesen salido de un escaparate de confitería. Los segmentos de la cúpula estaban ocupados por grandes escudos de las naciones donde la Orden ignaciana había adquirido más arraigo; las provincias de la Compañía, como ella las llamaba en su ensueño de

dominación universal.

El doctor abandonó la iglesia después de haber distraído con su presencia á algunas señoras vestidas de negro, que rezaban arrodilladas ante el altar mayor. Debían ser huéspedes del hotel, devotas de distinción, venidas de muy lejos, para hacer los ejercicios en la casa del santo.

En el atrio, un mendigo se le aproximó, con esa solitud de todos los parásitos que viven á la sombra de un monumento frecuentado por viajeros. De una barraca, situada junto á la escalinata, en la que se vendían fotografías y objetos piadosos, salieron corriendo dos chicuelas para ofrecerse igualmente. ¿El señor deseaba ver la casa de San Ignacio?...

Se indignó el mendigo ante esta concurrencia. ¡Largo de allí! ¿No tenían bastante con lo que robaban, vendiendo retratos y rosarios?... Y él fué quien guió al médico, por un ancho corredor que conducía á un patio descubierto. Allí estaba la portería. Tiró de una cadena, sonó una campana oculta, se abrió un ventanillio, y el mendigo, después de hablar por él, se dispuso a retirarse, extendiendo la mano para recoger unas cuantas piezas de cobre.

--Ahora mismo saldrá el hermano.

Pasó el doctor mucho tiempo en el patio, cuyas baldosas conservaban el

agua de la lluvia nocturna. Todo un lado lo ocupaba la fachada de la antigua casa de San Ignacio. Al agrandarse el monasterio, había abarcado en sus nuevas construcciones al viejo castillete de Loyola, dejándolo dentro de su recinto, pegado á la nueva edificación .

La pequeña casa, que aún parecía más mezquina al ser tragada por el monasterio, resultaba lo más hermoso de toda aquella balumba de albañilería pretenciosa. Era un castillete de dos cuerpos, que revelaba el período de transición del siglo XV: la diversidad de gustos superpuestos de aquella España católica que aún tenía moros en su territorio. El cuerpo inferior, el más grande y fuerte, era de grandes bloques de pedernal labrado, con pocas ventanas, y éstas pequeñas y profundas como saeteras: una verdadera muralla para vivir á cubierto de sorpresas y asedios. El cuerpo superior era ligero, construido con ladrillos rojos, marcándose sus dos pisos con dos fajas de dibujo árabe, y en los cuatro ángulos cuatro torrecillas delgadas, cuatro minaretes, que daban al remate el aspecto de una alegre corona . Abajo estaban la sombría alarma, el perpetuo miedo á los bandos que desgarraban el país vasco, los ventanucos para dar paso al arcabuz; arriba la elegancia, copiada de los árabes; la alegría en la construcción, de un pueblo artista; las ventanas graciosas como ajimeces moriscos, para soñar en ellas á la caída de la tarde, después de haber leído

o un libro de  
caballerías.

Aresti creyó encontrar en este edificio algo de la dualidad de carácter del caballero Íñigo de Loyola en los tiempos de su juventud. Al cristalizarse sus aspiraciones, al tomar su voluntad forma definitiva, el alegre coronamiento, el castillete morisco se había convertido en humo, se había derrumbado, quedando únicamente en pie la base pétrea, sombría, con su tono lúgubre de cárcel y fortaleza al mismo tiempo.

Se abrió la portería y salió el hermano.

--¡Santos y buenos días!--dijo con voz melosa, inclinando la cabeza al mismo tiempo que levantaba los ojos para apreciar de una rápida mirada al visitante.

Era un joven que llamaba la atención por la delgadez del cuello que hacía más enorme su cráneo, y por la forma de sus orejas abiertas como abanicos, como si quisieran despegarse. Detrás de ellas la piel florecía con un sinnúmero de costras y escoriaciones, unas secas ya, otras rezumando, con una frescura que atraía á las moscas.

Era el hermano encargado de enseñar la casa del santo. Por debajo de las sotanas asomaban unas zapatillas de paño, con las que andaba sin el menor ruido: un calzado de espionaje que le permitía, como á los demás servidores del monasterio, deslizarse por los claus



tros silenciosos sin  
turbar el aislamiento de los Padres.

Atravesó el patio hablando á Aresti de las suelas de su calzado, que eran de paño y se mojaban en los charcos de la lluvia. Una mortificación más. ¡Todo sea por Dios!... Y entraron en el castillete, convertido interiormente en capilla. Allí hacían las señoras sus ejercicios no pudiendo entrar en el monasterio.

Subieron la escalera, adornada con imágenes en cada rellano, y entraron en la antigua cámara, transformada en capilla. Lo primero que llamaba la atención del visitante era la escasa elevación del techo. Podía tocarse con la mano, parecía que iba á aplastar con la pesadez de su grueso artesonado, todo cubierto de oro, con florones en sus profundos encuadramientos.

El hermano explicaba con cierto orgullo el origen de los cuadros y las telas que adornaban las paredes. Eran regalos de princesas y reinas: testimonios de agradecimiento, de las altas conciencias sometidas á la Compañía. En el fondo estaba el altar, y en su parte baja, detrás de un vidrio, admiraban los devotos un verdadero interior de museo de figuras de cera. San Ignacio tendido en una colchoneta leía un libro, vestido con gregüescos y capotillo de vueltas de velludo como un galán del teatro clásico. Una batería oculta de luces eléctricas iluminaba esta exhibición de feria.

El hermano no podía ocultar su admiración cada vez que explicaba el significado de esta parte del altar, no obstante los años que llevaba enseñándola á los forasteros. Aquella figura de cera era de don Íñigo de Loyola, cuando aún no pensaba en ser San Ignacio ni en fundar la Orden. Le representaba herido, con la pierna atravesada de un arcabuzazo en el sitio de Pamplona y leyendo la historia de la Virgen, que fué el punto de partida de su conversión.

Con voz de \_cicerone\_ convencido, el hermano explicaba á Aresti la historia del santo.

--Dios le llamó á su gracia cuando estaba convaleciente, y se olvidó de todo, á pesar de que era un caballero muy galán y mundano Porque nuestro santo padre San Ignacio era militar, ¿sabe usted?.. . militar.

Y esta palabra tomaba en boca del lego un tono de admiración y respeto. El pobre hombre, canijo y encogido, adoraba la fuerza, la arrogancia, los uniformes vistosos, y al recordar que el iniciador de la Orden había sido soldado, sonreía con cierta malicia, como si pensase en los devaneos y buenas fortunas de los hombres de guerra, de las cuales alguna habría tocado al santo, cuando aún no pensaba en serlo. Le llenaba de orgullo la nobleza y el carácter caballeresco de la juventud del fundador, pensando en las otras Ordenes, que no tenían entre sus

iniciadores más que eremitas miserables, santos pios, salidos de las últimas capas sociales.

Mientras hablaba el hermano, el doctor, mirando el monigote de cera, tendido en la colchoneta, pensaba en el hombre sombrío, en el vasco de carácter complicado, que llenó el mundo con su nombre, siendo cada período de su vida una contradicción violenta. Primero, el soldado presuntuoso y elegante, martirizando y amputando su cuerpo por parecer bello, y perder la rudeza propia de su país. Después, al convencerse de que en la vida mundana sus triunfos han terminado, el fanatismo de la raza que surge con toda la fuerza de una voluntad poderosa.... Entonces le trastorna la locura de la santidad: es humilde y fiero al mismo tiempo, se convierte en matón de la Virgen, queriendo dar de puñaladas á un morisco que blasfema de ella, y poco después se deja apedrear por los chicuelos de Salamanca, que le toman por un demente, viendo sus piadosas extravagancias, remedo de las de San Francisco de Asís. Pero la dulzura poética del solitario de la Umbría, su santidad soñadora, no cabe en el carácter positivo y práctico de un vasco. Ya que se dedica á Dios, ha de ser con un objeto terrenal e inmediato. Bueno es ser santo, pero debe servir para algo que se vea y se toque. Los instintos de hombre de pelea renacen en él. Ve que la Iglesia combatida por la protestante luterana necesita un fuerte auxilio, y lleva á la religión la disciplina del

campamento, fundando, no una Orden, sino una Compañía, organizando un ejército negro que ofrece á los Papas, formando los soldados en el molde de su férrea voluntad, sin afectos de familia, sin pensamiento propio, con la rigidez de los autómatas, con esa insensibilidad que hace invencible. El asceta se convierte en caudillo y en esta tercera parte de su vida, el vagabundo apedreado por la chiquillería, toma aires de vice-papa, se hace llamar general por los suyos, reside en Roma entre los príncipes, interviniendo en las complicadas intrigas europeas, y muere satisfecho de su poder y de haber salvado momentáneamente al catolicismo conservándole los pueblos latinos.

Aresti admiraba á Íñigo de Loyola como un ejemplar acabado de su raza, incapaz de ilusionarse por largo tiempo en cosas materiales, sacando instintivamente el poder y la riqueza de la santidad ascética, por la que habían pasado tantos otros con el cuerpo atormentado por la penitencia, comidos de parásitos, sin otra fortuna que la soga ceñida á los riñones.

Había sido un admirable comerciante de la religión: un talento práctico surgido á tiempo para salvar la tienda de Roma amenazada de quiebra, ordenando sus negocios, dándoles nuevo rumbo y fundando su Compañía, aquel disciplinado cuerpo de comisionistas del catolicismo que viajaban por toda la tierra, explotando las pasiones y las debilidades humanas,

para la mayor gloria de su Dios.

El hermano sacó al médico de su ensimismamiento, en señándole la parte superior del altar. En un relicario de oro estaba el corazón del santo. Era lo único que allí conservaban del fundador. El cuerpo, como sabía todo el mundo, estaba depositado en el \_Jesu\_ de Roma.

--Sí: lo conozco. Lo he visto--dijo Aresti.

Sin saber por qué, sintió la necesidad de deslumbrar con un embuste al simple lego, el cual parecía convencido de que la humanidad entera se interesaba por las cosas de la Orden, sin que ni un solo hombre ignorase dónde estaba el cuerpo de San Ignacio.

--¡Ah! ¡El señor ha estado en Roma!--exclamó el hermano mirándolo con cierta admiración, como si de repente creciese ante sus ojos.

--Sí--dijo Aresti sintiendo de nuevo la necesidad de mentir, para que le admirase aquel pobre hombre.--Estuve cuando la última peregrinación.

El hermano modificó sus palabras y gestos. Ya no era Aresti para él uno de tantos viajeros de los que llegaban atraídos por la curiosidad; muchos de ellos, extranjeros herejes, procedentes de países que despreciaban á la Compañía. Era uno de la familia, casi podía considerarse como de la casa; y el hermano mostró empeño en enseñárselo todo minuciosamente, desbordándose en palabras, con

la locuacidad del  
que pasa mucho tiempo condenado al silencio.

Se detuvo en una puertecita inmediata al altar, inclinándose para ceder el paso á aquel señor tan simpático. Era una pequeña habitación, sin otro adorno que un retablo.

--Aquí estaba enfermo nuestro santo fundador,--dijo con voz meliflua--y aquí fué su conversión. Pidió á la familia un libro de caballerías para entretenerse, pero como Dios tenía puestos sus ojos en él, hizo que nadie encontrase libros de tal clase y eso que abundaban en la casa. Entonces leyó una historia de la Virgen é inmediatamente sintióse tocado por la gracia y decidió dedicarse á la vida santa, renunciando al mundo.

Después, el lego buscó en la pared, señalando una grieta que la cruzaba.

--Mire usted esto, caballero. Por fuera aún se ve mejor; llega hasta el suelo partiendo las piedras del muro.... Esta grieta la hizo el diablo. En el mismo momento que el santo decidió dedicarse á Dios, tembló el suelo y se estremeció toda la casa, quedando esta abertura como recuerdo. Era el demonio que acogía de este modo la resolución del santo.

--Sería de rabia--dijo Aresti con gravedad imperturbable.

--De rabia y de miedo--contestó el hermano con modestia.--Tal vez el

maligno tembló, adivinando que el santo iba á fundar nuestra Orden.

Pasaron á otra habitación en el extremo opuesto de la capilla. Cada vez que el lego veíase ante el altar, caía de rodillas, causando la admiración del médico, por el gesto con que rezaba su corta oración. El cuerpo quedaba recto, con las manos cruzadas sobre el pecho, mientras el cuello se prolongaba hacia adelante, como el pescuezo de una jirafa que quisiera tocar el cielo.

--En esta habitación--dijo el lego--nació nuestro santo fundador. Aquí tuvo también el hermano Garrido su revelación portentosa. Usted habrá oído hablar de ella....

Pero viendo que el señor permanecía impasible, dijo con cierta impaciencia:

--Pero usted sí que sabrá quién era el hermano Garrido.

--¡Oh! mucho--dijo Aresti, que oía por primera vez este nombre.

--Ya esperaba yo--continuó el lego--que un señor como usted conocería al hermano Garrido. Los padres de Roma piensan canonizarlo apenas pase el tiempo preciso.

Y hablaba con entusiasmo de este hermano, como si fuese una celebridad universal, bastando citar su nombre para que todos repitiesen sus glorias. En aquel mismo cuarto, estando en éxtasis

el hermano Garrido,  
se le había presentado la Virgen anunciándole con v  
eintidós meses de  
anticipación, el asalto de los conventos y la degol  
lación de los  
frailes, en los primeros años del reinado de Isabel  
II.

--Entonces--dijo Aresti--los padres de la Compañía,  
avisados con tiempo  
no serían víctimas de las turbas.

--A algunos mataron en el Colegio Imperial de Madri  
d--contestó el  
lego.--El hermano Garrido era modesto, y se calló l  
a revelación, no  
haciéndola pública hasta después que llegó aquí la  
noticia de los  
asesinatos.... Era muy humilde el hermano Garrido.  
Por esto será algún  
día un santo más de nuestra Orden.

Había terminado la visita á la casa de San Ignacio.  
De un momento á otro  
llegarían las señoras para hacer sus ejercicios en  
la capilla. Pero el  
hermano sentía cierta pena por separarse tan pronto  
de aquel señor  
devoto que le escuchaba sin pestañear como si le ad  
mirase.

--¿Quiere usted ver el monasterio?--le preguntó.

Esta invitación no la hacía á todos los visitantes:  
pero con él era  
distinto; él había ido á Roma en peregrinación y ha  
bía visto el cuerpo  
de San Ignacio. Pasaron del castillejo al monasteri  
o por una galería  
cubierta, en la que trabajaban varios obreros con p  
antalones y blusas  
del mismo azul celeste que el manto de la Virgen. E



ran hermanos jóvenes  
que trabajaban de carpinteros y albañiles; mocetones de la montaña que  
deseaban emanciparse del terruño, prestando sus brazos á la Compañía  
para el trabajo reposado y lento de las casas de religión; libres ya de  
la lucha por la vida, y teniendo de antemano asegurada la salvación  
eterna, sólo con obedecer ciegamente á los superiores.

--¿Quiere usted subir á la biblioteca?--preguntó el hermano.--Tiene poco  
que ver: todo en ella es antiguo.

--Lo antiguo era lo mejor--dijo Aresti con gravedad.

--Usted está en lo cierto. ¡Ay, si todo el mundo pensase tan sanamente  
como usted! No como la gente de ahora que sólo lee novelas y libros  
malos contra la religión.

La biblioteca estaba en el último piso; una gran sala, por cuyas  
ventanas entraba á raudales la luz del sol, viéndose desde ellas los  
montes inmediatos, verdes y limpios de niebla. Unos cuantos cuerpos de  
la estantería contenían diversas ediciones de clásicos griegos y  
latinos, encuadernados en pergamino. Otros guardaban los autores  
teológicos, y el resto estaba ocupado por todos los libros escritos en  
favor y defensa de la Compañía de Jesús. Aresti leía con curiosidad los  
nombres de aquellos autores que le eran desconocidos y á los cuales  
atribuía el hermano una fama universal. Realmente,

era todo antiguo en  
aquella biblioteca: olía á sepultura.

Descendieron á los claustros. El médico temía encontrarse con algún  
Padre que le conociera por haber estado en Bilbao.  
Pero á aquella hora  
los sacerdotes estaban en sus celdas, y por los claustros únicamente  
pasaban algunos legos sin sotana, con aire apresurado, deslizándose sin  
ruido sobre sus zapatillas silenciosas. En la antesala del refectorio  
varios hermanos viejos limpiaban vasos y botellas en una fuente de  
mármol obscuro, que arrojaba cuatro chorros de agua  
.

Aresti, solicitado por el lego, entró en una celda de las que servían de  
alojamiento á los seglares durante los diez días que duraban los  
ejercicios.

--Pobrecito--decía el hermano enseñándola,--pero decentito y limpio.  
Aquí vienen toda clase de personas; banqueros, generales... hasta  
ministros. Y viven tan ricamente y son felices en esta pobreza mientras  
curiosean su alma.

El doctor examinaba el cuarto, de alto techo y desahogadas proporciones.  
Junto á la ventana, una mesa con dos sillas de paja. La cama de hierro  
se ocultaba tras un tabique bajo, con una cortinilla roja en la puerta.

Los claustros estaban adornados con antiguos retratos faltos de valor  
artístico, pero de cierto interés histórico. Eran l

os Padres más famosos de la Compañía por las aventuras y peligros de su existencia; los propagandistas del jesuitismo que se habían esparcido por la tierra en la primera expansión de la Orden recién fundada, ocultando su carácter y sus fines, amoldándose á los gustos y costumbres de los países donde se establecieron. Los había con grandes barbas, recios capotes, altas botas y gorro de piel, relatando la leyenda al pie del retrato, sus viajes por el Norte de las Rusias, sus arriesgadas expediciones en países de hielo. Otros vestían la bota floreada de la aristocracia china: habían sido mandarines, llegando á aconsejar á individuos de la dinastía Celeste. Y además de estos arriesgados viajeros, felices en sus aventuras, figuraban los mártires, los que habían perecido bajo las flechas de los tártaros ó los sables de los japoneses. El Asia, con sus enormes imperios catalépticos é insensibles, había tentado á aquellos propagandistas de la autoridad y de la vida automática y sumisa.

Aresti vió todo el resto del monasterio: el refectorio, con su púlpito para la lectura; la capilla, en la que hacían los hombres sus ejercicios espirituales, colocando los Padres á la puerta una bandeja para que los jóvenes depositasen en un papel cerrado sus peticiones á la Virgen; la cocina, donde los hermanos guisanderos le explicaron los tres platos sólidos que correspondían á los individuos en cada comida: el salón

acristalado, en el cual fumaban sacerdotes y seglar  
es un cigarrillo  
único, pues en el resto del monasterio, aunque el fumar no estaba  
prohibido, era mal visto por los superiores.

--Queda la huerta. ¿Quiere usted verla?--dijo el hermano con el deseo de  
prolongar algunos minutos más el trato con aquel señor que le escuchaba  
con tanta atención.

Salieron á una huerta cerrada por un alto muro de piedra. En el fondo  
había una pequeña granja con sus vacas y cerdos, de los que hablaba el  
hermano con tierna admiración. Los pájaros turbaban el silencio  
monástico de aquellos campos, revoloteando en torno de los árboles  
frutales.

Un seglar iba con un libro en la mano por el mismo camino que seguían  
ellos. Era la única persona que paseaba por la huerta.

Aresti lo vió de espaldas y aceleró el paso como si le acometiese de  
pronto una duda y quisiera salir de ella.

--Es un señor muy rico, ¡muy rico!--dijo el hermano, adivinando su  
curiosidad.--Está haciendo los ejercicios seis días. Creo que es de  
Bilbao y que le llaman...

Pero antes de que el lego dijera el nombre, el seglar se volvió oyendo  
el ruido de los pasos.

--¡Pepe!...--gritó el doctor.

La sorpresa no le permitió decir más al reconocer á Sánchez Morueta.

--¡Luis!... ¡Primo!...--exclamó éste no menos sorprendido.

Pero, pasada la primera impresión, hizo un movimiento de molestia semejante al del que duerme y se ve bruscamente despertado.

El hermano, á impulsos de su meliflua cortesía, siguió andando para detenerse á alguna distancia de los dos hombres. Le inspiraba profundo respeto aquel devoto al que trataban con gran deferencia todos los Padres, permitiéndole fumar en su cuarto y bajar á la huerta á todas horas, con otros privilegios no menos importantes que sólo se concedían á muy contadas personas. El visitante que él acompañaba también adquiriría una importancia inmensa ante sus ojos, por tratarse tan afectuosamente con el personaje.

Los dos hombres quedaron mirándose en silencio largo rato.

--¿Tú aquí?...

Y Aresti encerraba en esta exclamación toda la fuerza de su asombro.

Sánchez Morueta sonrió de un modo que su primo no había visto nunca en él. Era una expresión de resignada modestia, de desaliento de la voluntad. Hablaba sencillamente, como si no hubiese ocurrido nada de

extraordinario desde la última vez que se habían visto.

Cristina y la niña le acompañaban en los ejercicios. Muchas familias de lo mejor de Bilbao estaban en Loyola con el mismo fin: las señoras en el hotel: los hombres en las celdas del monasterio. Ya llevaba allí seis días y le faltaban cuatro.

--¿Y estás bien? ¿Te gusta esta vida?

--Sí--contestó el millonario con sencillez.--Me siento perfectamente: no tienes más que mirarme.

Sánchez Morueta parecía repuesto de su crisis. Nada quedaba en él del enfermo que había visto Aresti en su última visita á Las Arenas. Su mirada era tranquila, con una fijeza serena: el color sanguíneo de sus primeros tiempos de luchador había vuelto á animar su rostro.

El médico le escuchaba con asombro enumerar las ocupaciones de su vida en aquella casa: todas con arreglo á la distribución del tiempo marcada por el director de sus ejercicios. Se levantaba á las cinco y media de la mañana; á las seis bajaba á la capilla, leyendo durante media hora aquel libro que le acompañaba siempre: después meditaba una hora, oía misa y tomaba el desayuno, descansando hasta las diez ó paseando por la tranquila huerta que los buenos padres ponían á su disposición. Meditaba de nuevo hasta mediodía en su celda, recibiendo la visita de su

director, rezaba el Vía Crucis en los claustros, comía á la una descansando de nuevo hasta las cuatro, y á esta hora bajaba á la capilla para escuchar las pláticas con los otros compañeros de ejercicios. A las siete era la estación al Santísimo Sacramento, después el Rosario, los dolores y gozos de San José y el examen de conciencia de todo lo hecho durante el día: á las nueve la cena y á las diez se acostaba.

Él, que en el mundo podía dar órdenes á miles de seres, gozaba la extraña dulzura de ser mandado, de sentir sobre su voluntad otra que era superior y la dominaba. La celda pobre y la comida vulgar en el refectorio, le parecían de una voluptuosidad extraña después de tantos años de bienestar fastuoso y refinado en su palacio de Las Arenas. Los primeros días habían sido duros para él, pero ahora paladeaba la dulzura de no ser nada, de verse guiado, anulando su voluntad, empequeñeciéndose, pensando á todas horas en la muerte para convencerse de la humana insignificancia.

El mundo al que había de volver le parecía lejano, muy lejano. Aquel Bilbao, del que era rey, estaba sin duda en otro planeta con sus agitaciones de lucro, con sus fiebres de egoísmo, de las que no llegaba nada, absolutamente nada, á aquel tranquilo rincón.

--Estoy bien, Luis: mejor que nunca. La satisfacción que adivino en mi

mujer y mi hija, me llena de alegría. Tengo la certeza de que al salir de aquí nos querremos más; que constituiremos una verdadera familia cristiana, como dice....

Se detuvo como avergonzado de soltar ante Luis el nombre en que pensaba. Pero se arrepintió de su duda como de un pecado, y añadió con energía, queriendo imponer su convicción:

--Los jesuitas no son malos como yo creía torpemente. Debes salir de tu error, Luis. Son unas excelentes personas: unos santos. ¡Ay, si tú los tratases!

Después habló de Urquiola, que les había acompañado a los ejercicios, pero había tenido que salir el día antes para Bilbao, llamado por el Padre Paulí; de la tranquilidad de aquella vida, sin agitaciones cerebrales, y sin ambición, que tanto contrastaba con su existencia de Bilbao.

--Creo, Luis, que si no tuviese a mi mujer y mi hija, aquí me quedaría para siempre. Esta es la verdadera vida. La de fuera ya sabes lo que es: penas y maldiciones.

Aresti le escuchaba silencioso, mirándolo fijamente, sin pestañear, como en presencia de un enfermo; de «un caso interesante».

--¿Y qué es eso que llevas ahí?--dijo de pronto, agarrando el libro que su primo conservaba cerrado en una mano.



Le bastó una ojeada para conocer el pequeño volumen encuadernado en pasta, con una impresión gruesa y vulgar de libro devoto. Era los Ejercicios espirituales de San Ignacio, explicado por el Padre Claret, el famoso arzobispo de Trajanópolis, que tanto había influido sobre los últimos años del reinado de Isabel II.

Aresti conocía el libro. Muchas veces lo había encontrado sobre su mesa cuando vivía con su mujer. Recordaba su estilo de piadosa belicosidad, hablando de las dos banderas: «la una de Cristo Señor Nuestro, sumo capitán; la otra de Lucifer, mortal enemigo de nuestra naturaleza humana.» San Ignacio y el Padre Claret llegaban á la elocuencia más conmovedora al describir el infierno. El fuego de aquel lugar de maldición era tan intenso, «que una sola centella reducía á polvo una piedra de molino; si caía sobre un globo de bronce lo derretía al punto, como si fuese de cera, y si en un lago reducido á hielo, lo hacía hervir en un instante.» Los condenados sentían este fuego en el cerebro, los dientes, lengua, garganta, hígado, pulmón, entrañas, vientre, corazón, venas, nervios, huesos, médula de éstos, sangre y hasta en las potencias del alma», y después de la horripilante enumeración, San Ignacio preguntaba al alma del pecador con quién deseaba irse, si con Dios ó con el Demonio. ¡Ah, mísero Luzbel; ridículo pazguato que ofrecía con torpe malicia las cortas felicidades de la tierra á cambi

o de una eternidad de  
tan horrible fuego! La respuesta no era dudosa. Con  
Dios se iban las  
almas después de los santos ejercicios.

Sánchez Morueta hablaba de éstos. Los primeros días  
estaban dedicados á  
meditar sobre el pecado mortal, la muerte y el infi  
erno. Después se  
meditaba con ayuda de aquel libro sobre la gloria e  
terna y la  
misericordia de Dios.

--¿Pero tú crees en todas esas cosas del infierno y  
la gloria, tan  
vulgares, tan groseras como las pinta ese libro?

La firme mirada de Aresti turbó á su primo.

--Como creer... no puedo afirmarlo rotundamente. Me  
asaltan dudas, y me  
callo por no molestar á mi director. Pero todo esto  
me causa cierto  
bienestar. Lo absurdo me entretiene, me deleita, me  
vuelve á la  
tranquilidad de la niñez. Creo algunas veces que au  
n me mecen  
susurrándome cuentos al oído.

El médico sonreía, y Sánchez Morueta se apresuró á  
añadir:

--Pero me siento más feliz, más tranquilo que antes  
. Además, en estas  
meditaciones hay algo que me impresiona profundamen  
te y que ni tú ni  
nadie podéis negar: la Muerte. Nos hacemos viejos,  
Luis, y ella llega y  
no valen para ablandarla riquezas ni ruegos. Desde  
que nada ansío, y no  
encuentro ante mí nada que conquistar, la tengo muc  
ho miedo.

Y el terror á lo desconocido, á la muerte inevitable, á la eterna  
sombra, se manifestaba en el rostro del millonario  
con un gesto  
desesperado.

Aresti recordaba la página de la Muerte en el libro  
de San Ignacio, una  
página de brutal realismo, que hacía temblar á los  
hombres y llorar de  
horror á las mujeres. «Mirad lo que pasa en aquel cuerpo: antes hermoso  
é idolatrado, ya muerto: ya está sepultado, ya cayó  
.... Luego, se le  
acercan los moscones, escarabajos, sapos y sabandijas,  
y se saborean y  
complacen en el mal olor que despiden y en la podre  
que empieza á manar;  
también se acercan los ratones, taladran sus vestidos  
ó mortaja; se  
enredan entre el cabello, entran en la boca y empiezan á comer la  
lengua, salen luego y registran todo el cuerpo entre  
carne y vestido.  
Mientras tanto, la putrefacción se va aumentando: y  
a se ve pulular una  
grande muchedumbre de gusanos que van comiendo la carne  
del vientre, de  
la cara y de todo el cuerpo: ya se concluyó la comida: ya los gusanos  
mueren de hambre, dejando allí unos huesos negruzcos  
y descarnados, que  
con el tiempo se calcinarán y convertirán en polvo.  
Acuérdate, hombre,  
que eres polvo y en polvo te has de volver, en cuanto  
al cuerpo, pues  
eres hombre de humo ó tierra.»

--¡Lee esto! ¡lee esto!--decía el millonario abriendo el libro por  
aquella misma página que tenía señalada, como si fu

ese su obsesión.--¡La Muerte!--murmuraba luego.--Se habla de ella muchas veces, pero sin pensar en lo que realmente es, sin pararse á mirarla de cerca.... ¡Qué horrible! Luchar toda la vida para dar gusto á la carne, para preparar el pasto del gusano....

Después, en voz baja, dijo al doctor:

--Debe existir algo después de la muerte. No sé ciertamente si será lo que aquí dicen ó lo que digan en otra parte. ¿Pero qué pierdo yo con creer á ojos cerrados? Por lo pronto, gano la tranquilidad de la casa, y bueno es, por si hay algo más allá, ir preparado á todo, sin miedo á engaños.

Aresti sonrió con lástima, ante aquel espíritu comercial, que examinaba la vida futura con el mismo egoísmo que si apreciase las probabilidades de un negocio.

Ahora sí que le decía adiós para siempre. Su primo estaba bien agarrado, por el egoísmo y el miedo á la muerte, las dos flaquezas de los felices.

--Debías quedarte aquí, Luis: venir alguna vez. Los Padres son gente simpática. ¿Qué perderías con ello? Aunque no creyes en todo, podías callarte y ser feliz. ¿Qué sacas de tanto estudio? ¿Estás seguro de que todo lo que tú crees es verdad? ¿Y si después de morir te encontrases con la inmensa equivocación de que hay algo?...

El doctor le estrechó la mano con frialdad, convencido de que se separaban para siempre, de que en adelante se mirarían con extrañeza, como si fuesen otros hombres.

Y Aresti salió de la huerta, precedido por el hermano, que ahora callaba y parecía tener prisa en sacarle del monasterio, como si hubiese escuchado de lejos parte de la conversación.

Antes de salir, aún se volvió para ver á su primo, que le seguía con los ojos y parecía decirle:

--¡La Muerte, Luis!... ¡Piensa en la Muerte!

X

A las diez de la mañana llegó el doctor Aresti á Bilbao un domingo del mes de Septiembre.

El tren de Portugalete iba repleto de obreros, procedentes de las minas y las riberas de la ría. Todos mostraban prisa por llegar á la plaza de Toros. Se celebraba en ella un gran mitin de protesta contra los patronos, por no querer aceptar las proposiciones de los mineros, los cuales venían amenazando con una huelga hacía dos meses. La reunión popular era el ultimátum que lanzaban los trabajadores.

Los primeros trenes de la mañana habían trasladado

á Bilbao mayores  
cargamentos humanos, viendo su llegada con cierta a  
larma las gentes de  
la villa.

No todos iban al mitin. Descendían también de los v  
agones aldeanos con  
gruesos garrotes, escoltando á los curas de su ante  
iglesia. Estos grupos  
rurales llegaban para la gran romería que subiría p  
or la tarde al  
santuario de Begoña.

El mitin de los trabajadores y la fiesta organizada  
por los jesuítas y  
los bizkaitarras, se encontraban en el mismo día. U  
n ambiente belicoso,  
que excitaba los nervios, haciendo más duras las pa  
labras y más  
insolentes las miradas, parecía pesar sobre la vill  
a.

En el camino había apreciado Aresti el estado de lo  
s espíritus. El vagón  
estaba ocupado por obreros y por campesinos de los  
que iban á la  
romería. Unos y otros se miraban hostilmente, y los  
aldeanos acariciaban  
nerviosamente sus \_cachabas\_, oyendo las burlas de  
la gente de las  
fábricas.

Callaban porque en aquella vía, invadida por la mod  
erna industria, eran  
menos las gentes del campo. ¡Ay, si aquello hubiese  
sido en la línea de  
Durango, por donde descendían los rebaños de la fe  
para la fiesta de la  
tarde, en masas cerradas, con sus curas y estandart  
es á la cabeza!...

Al bajar del tren el doctor Aresti, oyó que alguien

le llamaba.

Era el capitán Iriondo, vestido con el traje viejo de sus expediciones de caza. Llevaba la escopeta pendiente del hombro, y el perro, junto á él, husmeaba sus manos.

--¿Buscas la bronca, eh?...--dijo al médico.--Tú vienes porque te gustan estas cosas, y yo me voy por no verlas.

Se marchaba á cazar \_chimbos\_ á cualquier parte: le interesaba huir de Bilbao, no ver lo que seguramente ocurriría.

--El aire huele á pólvora, querido \_Planeta\_: van á llover palos. Al venir á la estación me recordaba esta Bilbao tan nueva y tan bonita, la que conocí durante el sitio. Los socialistas, los republicanos, todos los que creen que esto marcha mal, se están reuniendo en la plaza de Toros entre banderas y vivas. Los otros se citan para la tarde en las iglesias y se enseñan los revólvers en los rincones de las sacristías. El Padre Paulí predica, hace tiempo, que hay que morir por la fe: el zascandil de Urquiola anda arengando á la juventud salida de Deusto, para que mate en nombre de Dios. La pobre villa parece un huevo entre dos piedras, y yo me voy, Luis, me voy, y admiro el gusto que tienes en ver estas cosas.

Aresti le escuchaba con interés. Había hecho el viaje atraído por la posibilidad de un choque. Deseaba ver cómo los obreros de la montaña, y

los industrialillos de la villa se atrevían por primera vez con el jesuitismo. Ya era hora de que Bilbao se levantase contra aquel enemigo que se deslizaba en sus entrañas, después que lo había derrotado por dos veces ante sus improvisadas trincheras, cuando se cubría con la boina blanca.

--En esto llevas razón, Luis--dijo el capitán enardeciéndose.--Si me voy, es porque no puedo aguantar lo que se ve en esas calles. No pensaba al levantarme en salir al campo, pero de repente he cogido la escopeta para huir. ¡Porra! ¿De qué nos ha servido tanto comer pan de habas y carne de caballo á los que disparábamos el fusil en las trincheras, si aquellos á quienes hicimos huir se nos han metido en casa y parecen los amos? ¡Cómo está hoy Bilbao, chiquillo! No se puede dar un paso sin tropezar con un cura. Los que hace años bombardearon la villa y hoy darían cualquier cosa por verla entre llamas, se pasean por ella, como señores. Han bajado en manadas para ver á la Virgen, con el revólver en el bolsillo, y miran á todos con insolencia, como deseando que llegue pronto el momento de matar perros liberales.

El capitán mostraba prisa en irse. De quedarse en la villa tal vez se mezclase en la lucha. Tenía miedo á su entusiasmo: podía sin darse cuenta liarse á golpes con aquel carlismo vergonzante que tanto le irritaba.



--Yo no soy más que un empleado, Luis: un dependiente de Sánchez Morueta. ¡Y figúrate lo que haría doña Cristina si me viese mezclado en el jaleo; lo que diría el mismo Pepe, que tan cambiado está!... Bastante hago con defenderme y quedar á un lado, pues por su gusto iría esta tarde camino de Begoña.

El recuerdo del millonario y su familia, hizo que el médico y el marino hablasen de la gran transformación de Sánchez Morueta. Muy poco había sabido de él Aresti, después de su encuentro en el monasterio de Loyola.

--Es otro hombre--dijo Iriondo con tristeza.--Aquella casa ya no es la misma.

Y evitaba dar más detalles, con la prudencia del su bordinado fiel que teme ser indiscreto. Pero su franqueza de viejo marino se sobrepuso.

--¡Qué porra! Tú eres de la familia y debes saberlo todo. Además, eres mi amigo y quieres á Pepe. ¡Ay, \_planeta\_! Aquello ya no es casa, es un convento, y cualquier día, el que fué nuestro grande hombre acabará por traernos el Padre Paulí al escritorio, para que dirija á los empleados. No se separa de él un instante.

Y describía con rudeza la nueva vida del millonario. Todos le dominaban; todos estaban sobre él: la esposa, la hija, hasta aquel niño inaguantable de Urquiola, que le decía con la mayor insolencia: «Tío, no

haga usted eso», «tío haga usted lo otro.» Por el momento, Sánchez Morueta sólo era el tío: pero no acabaría el año sin que el abogadillo le llamase papá. Se casaba con Pepita y todos parecían satisfechos de tal matrimonio: la niña, la madre y el Padre Paulí. El millonario callaba, como si estando contentos los demás no necesitasen consultar sus deseos. Urquiola iba ya por el escritorio y daba órdenes imperativamente á los empleados. Hasta con el capitán se atrevía; con el viejo amigo de Pepe, á quien siempre hablaba éste con fraternal atención. ¡Porra! ¡A la vejez, después de una vida de noble é independiente trabajo, ser criado de aquel cachorro de Deusto!... Antes se retiraría, abandonando á Pepe, el cual, bien mirado, ya no era el Pepe que él conoció.

--Cómo nos lo han cambiado, Luis. ¿Querrás creer que un día en el escritorio, al volver de Loyola, me contó con el mayor entusiasmo que había hecho una confesión general, un recuento de todos los pecados de su existencia y me afirmaba que después de esto se sentía con mayor salud, como si fuese otro mundo? No he presenciado caída como esta. La mujer lo tiene tonto, y en esto la ayuda el tunantuelo de Urquiola. ¿No sabes la última hazaña de ese pillín?... No la sabrás: todo Bilbao habla de ella, pero á las minas no llegan estas cosas.

Y relató á Aresti un suceso digno de la sección de tribunales de un

periódico. Urquiola había dado un abortivo á aquella infeliz que vivía en los barrios altos y era su amante, sufriendo en silencio una esclavitud de miseria y de golpes, enamorada sin duda, de la fachenda del atleta y de su petulancia nobiliaria. Al protegido del Padre Paulí le aterraba la idea de tener un hijo, ahora que su matrimonio estaba concertado con la primera fortuna de Bilbao, y á viva fuerza había provocado el aborto. La enfermedad de la esclava y las murmuraciones de la vecindad, habían hecho intervenir en el asunto al juzgado. ¡Un escándalo, pero nada más! En aquella población todo se doblegaba á la influencia de los Padres y al respeto que inspiran los ricos.

--Y Pepe--continuó el capitán,--sin enterarse de nada; y si algo sabe, como si no lo supiera. Basta que doña Cristina afirme que todo es mentira para que él lo crea: basta que el Padre Paulí le diga que Urquiola será un grande hombre para que él escuche impasible sus necedades y bravatas de cabecilla. ¡Ay, Luis! ¡Qué dominación tan rápida y absoluta la de esa gente!...

Iriondo describía su influencia extendiéndose á todo lo que estaba bajo la dirección de Sánchez Morueta, á las fábricas, las fundiciones y hasta los barcos. Sin respeto á su cargo de inspector de navegación de la casa, le hacían despedir á marinos viejos que llevaban muchos años al servicio de Sánchez Morueta, y admitir á otros jóve

nes que, apenas  
tomaban posesión de su camarote, pegaban frente á l  
a litera una imagen  
del Corazón de Jesús. Él no osaba protestar ante el  
gesto autoritario  
del amo, y el miedo á los que, ocultos tras él, reg  
ulaban sus palabras y  
acciones.

La semana anterior le habían dado orden de despedir  
á todos los obreros  
que, trabajando en la descarga de los buques, profi  
riesen blasfemias ó  
se mostrasen interesados en la propaganda de doctri  
nas impías. ¡Cristo!  
¡Él, á sus años, convertido en un hermano de la Doc  
trina Cristiana;  
obligándole aquellos señores á que enseñase catecis  
mo y buenas palabras  
á los cargadores del Nervión!...

--Pues, ¿y en los altos hornos?--exclamó después el  
capitán,--Allí va á  
haber cualquier día una huelga, seguida de la degol  
lina de todos los  
beatos que toman las oficinas como terreno de conqu  
ista. Desde que se  
fué Sanabre, aquel chico tan simpático, la fundició  
n es un infierno.  
Pepe tendrá cualquier día una sublevación ruidosa,  
y á los huelguistas  
no les faltará motivo. El trabajo y la honradez es  
lo de menos para los  
que dirigen la casa. Los trabajadores que no son re  
ligiosos van á la  
calle, y los talleres se llenan poco á poco de hipó  
critas, que trabajan  
como saben ó quieren, pero que son respetados porqu  
e van á misa y se  
inscriben en las sociedades de obreros católicos.

El decaimiento moral de Sánchez Morueta, la abdicac

ión de su voluntad,  
irritaban al marino.

--Tu primo no osa moverse, Luis. Su famosa confesión general es como el traje nuevo de un niño: no se atreve á hacer nada, por miedo á mancharse. Cuando de tarde en tarde le veo, me parece que tengo delante á un fraile. No sabe hablar más que de la muerte; de lo que encontraremos en la otra vida, y vuelta otra vez con la muerte por arriba y por abajo, y el muy camastrón tiene mejor color y está más fuerte que nunca. Si yo me atreviera con él como tú, le diría: «Qué porra: ya sé que hemos de morir; vaya un descubrimiento. Pero mientras la muerte no llega, vivamos cada cual á su gusto, sin hacer la santísima á los demás, que es lo único en que gozan los que piensan á todas horas en su alma.»

Faltaban pocos minutos para que partiese el tren, y el capitán se despidió de Aresti.

--Esta tarde, en la romería, puede que tengas la gran sorpresa. Tal vez vaya en ella Pepe con su escapulario.

Aresti dió salida á su asombro con un juramento. ¡Quién! ¿Pepe sería capaz de exhibirse en aquella farsa?...

Iriondo no tenía la certeza de ello pero lo presentía. Era un suceso que llevaba preocupada á toda la familia durante la semana. La esposa quería verle atravesar Bilbao, con la cabeza descubierta,

en las filas de los  
devotos. ¡Qué triunfo para la religión! Él, después  
de volver á la buena  
senda, no podía negar á Dios el prestigio que daría  
á la santa causa  
esta adhesión pública de un hombre de su fortuna y  
su poder. El  
millonario se resistía, adivinando lo ridículo de e  
sta humillación;  
defendíase agarrado á un harapo de su antiguo carác  
ter. Pero todos caían  
sobre él, martilleando la débil corteza de su volun  
tad reblandecida. La  
madre y la hija se lo suplicaban. ¡Las daría tanto  
placer con ello!...  
El Padre Paulí hablaba con desprecio de los cobarde  
s que sólo aman á  
Dios en su casa y temen manifestarlo públicamente,  
y el matoncillo  
Urquiola hacía burla de los que no se atrevían á sa  
lir á la calle por  
miedo á los impíos.

--Irá, estoy seguro--dijo el capitán con tristeza.-  
-Lo arrastrarán, la  
familia de un lado, y de otro el miedo á parecer co  
barde. ¡Adiós, Luis,  
y ten prudencia! Mira que hay cerrazón en el horizo  
nte y la borrasca de  
esta tarde va á ser de cuidado.

El doctor subió la larga escalinata de la estación,  
y al salir al puente  
del Arenal vió muchos balcones colgados con trapos  
de colores é  
inscripciones en loor de la Virgen de Begoña. En la  
s Siete Calles, lo  
más típico y tradicional de la población, las casas  
empavesadas ofrecían  
el aspecto de un villorrio. Trapos multicolores ost  
entaban entre  
banderas el mismo rótulo en honor de la \_Señora de

Vizcaya\_. Las gentes mirábanse con aire hostil; la población, dividida en dos bandos, parecía estremecerse en este ambiente de acometividad. Los vecinos de la villa contemplaban con simpatía ó con odio á los grupos de campesinos y de obreros, según eran sus creencias. Cada cual miraba con desconfianza al vecino, y todos decían lo mismo en sus conversaciones.

--¡A la tarde!... ¡Oh, á la tarde!...

Aresti, después de errar más de una hora por la villa, se encontró al atravesar el Arenal con un obrero de ropas haraposas y gran barba, que le saludó con un gruñido, llevándose con cierta violencia la mano á la boina.

--Ya sabe usted, doctor, que usted es el único burgués que yo saludo.

Era el \_Barbas\_, el terrible solitario de Labarga, que pasaba sus horas de vagancia encogido en el suelo, inmóvil, como un profeta de horrores, escupiéndole amenazas é insultos sobre los ricos del país. Hacía tiempo que habían demolido su barraca, después de socavar el suelo. La vieja compañera había muerto de miseria y él vagaba por las minas, durmiendo á la intemperie, comiendo lo que le daban los peones y pagando esta limosna con insultos. Cuando estallaba un barrenó cerca de él, miraba con ojos feroces á los obreros.

--¡Bestias!--les gritaba como si cometiesen un crim

en.--;Tenéis la  
dinamita en vuestras manos y la empleáis en eso!...

El doctor contestó á su saludo alegremente.

--;Compañero! ¿Tú aquí?...

Había llegado por la mañana en un tren lleno de obreros. Por supuesto, sin billete; los compañeros querían pagárselo, pero él había protestado, ocultándose para viajar sin que los burgueses le explotasen.

--¿Y el mitin?--preguntó Aresti.--¿No vas al mitin?

El \_Barbas\_ hizo un mohín de desprecio. Él no perdía el tiempo en bobadas. Se sabía de memoria todo lo que allí podía decir. Necedades y cobardías. Pedir más jornal ó que lo pagasen de este modo ó del otro; reclamar como quien pide limosna mayores consideraciones para el que trabaja. ¡Como si esto sirviese de algo! Eran unos \_cataplasmeros\_. Y en esta palabra envolvía todo su desprecio á los que buscaban con reformas paulatinas y con una organización fuerte y disciplinada el mejoramiento del obrero.

--Cataplasmeros, doctor--gritaba.--Nada más que cataplasmeros. Este es un país acostumbrado á la disciplina y á la autoridad: por eso el pobre que en otro tiempo fué carlista, cree ahora sin esfuerzo alguno en esas organizaciones casi militares, que le prometen cambiar la sociedad poco



á poco. Pero ya se cansarán de tanta sensatez y tan  
to politiquero obrero  
y entonces seguirán al \_Barbas\_ y á otros como él,  
y en veinticuatro  
horas se arreglará todo ó acabará todo. El pobre pi  
de justicia y la  
justicia ni se solicita á pedazos ni se regatea: se  
toma como se puede,  
aunque acabe el mundo.

Después explicó por qué había hecho el viaje. Única  
mente le atraía lo  
que pudiera ocurrir por la tarde. Quería convencers  
e de que los pobres  
se atrevían por fin con los ricos: deseaba ver cómo  
corrían todos los  
enemigos por él odiados, sin que les valiese la pro  
tección de los ídolos  
celestiales á los que levantaban palacios, mientras  
él vagaba por el  
monte como un perro sin abrigo.

La esperanza del choque y de la lucha le estremecía  
de placer. Husmeaba  
el ambiente amenazador, como un viejo caballo de gu  
erra que relincha  
oliendo la pólvora.

--¡Bronca!... ¡Ya se ha armado!--exclamó con alegrí  
a, mirando al otro  
lado del puente.

Por la avenida del ensanche corría á todo galope un  
grupo de jinetes de  
la guardia civil. En último término, veíase una gra  
n masa de gente, una  
mancha negra matizada por el rojo flotante de algun  
as banderas.

Era el público que salía del mitin y se detenía ant  
e los balcones de las  
mejores casas, protestando de las colgaduras en hon

or de la \_Señora de Vizcaya\_. La gente silbaba: comenzaban á volar las piedras por encima de la negra masa: caían con estrépito las vidrieras rotas.

Aresti se vió solo. El \_Barbas\_ corría hacia el gentío, dando gritos de entusiasmo. ¡Duro, duro! ¡No comenzaba mal la cosa! ... Quiso ir el doctor hacia el ensanche, pero se detuvo, viendo que la muchedumbre, lentamente, avanzaba su pesado oleaje con dirección al Arenal. La caballería, impotente para contenerla, se limitaba á ir con ella, creyendo evitar así mayores desmanes.

Pasó la manifestación el puente, extendiéndose por el Arenal y las calles inmediatas. Eran obreros en su mayoría y jóvenes de la población cuyos sombreros se destacaban entre el oleaje de boinas y gorras. Unos aclamaban á la Revolución social; otros daban vivas á la República; algunos gritaban ¡viva España! ante las inscripciones en vascuence, viendo en estas loas á la \_Señora de Vizcaya\_ un hipócrita insulto á la integridad nacional. Era una amalgama de todos los odios contra aquella Bilbao dominada por la Compañía de Jesús y formada á su imagen.

El grito de ¡abajo los jesuitas! era contestado por un rugido unánime de la masa. En las calles inmediatas al Arenal caían á pedradas los cristales. Algunos chicuelos subían por las fachadas con agilidad de monos para arrancar las colgaduras de la Virgen de

Begoña, dejándolas  
caer sobre el gentío, que las hacía pedazos.

Una noticia circuló como un relámpago por la gran masa detenida en el Arenal. Estaban prendiendo fuego á la iglesia de los jesuítas. Una parte de la manifestación, rezagada en el ensanche, sitiaba el templo, rociándolo con petróleo. Ya ardían las puertas.

La guardia civil corrió allá á todo galope, abandonando la manifestación. Aresti sentía un entusiasmo casi igual al del \_Barbas\_.  
¡Ya ardía el odiado cubil! ¡Bilbao despertaba!...

Pero iban llegando nuevas noticias. Las puertas sólo habían sido chamuscadas: la presencia de la autoridad había disuelto el grupo incendiario, extinguiendo el fuego.

Era ya más de mediodía. Los grupos se aclaraban: todos se iban á comer. Aquello sólo había sido el prólogo de lo que ocurriría después.

--A la tarde, aquí--se decían unos á otros al alejarse.

Aresti entró en el restaurant del Suizo. En todas las mesas se hablaba también de lo que ocurriría por la tarde. A las tres estaban citados los de la peregrinación en el Arenal. Llegarían en varias procesiones desde las distintas parroquias, para reunirse todos en la iglesia de San Nicolás. El plan había sido preparado con el propósito de llamar la atención, de ocupar toda la villa, de hacer un alar

de de arrogancia,  
desafiando á los enemigos.

Muchos esperaban que se suspendiese la fiesta provocadora. Decían que el gobernador estaba influyendo cerca de sus organizadores, para que desistieran de ella. El Padre Paulí se negaba rotundamente, invocando hipócritamente la libertad. Su acólito Urquiola hablaba de la batalla de la tarde con aires de caudillo.

Algunos mostrábanse desconsolados por la idea de que e pudiera suspenderse la romería. Al fin, era un suceso que \_amenizaba\_ la vida monótona y gris de la población. Aresti no dudaba de que se verificase. Conocía á los organizadores, y su propósito de excitar á la impiedad naciente, para darla la batalla y afirmar así su dominación que creían en peligro.

En una mesa cercana disputaban dos señores.

--Me he fijado bien en la manifestación--gritaba uno de ellos.--Todos eran Pérez y Martínez, todos \_maketos\_ é hijos de \_maketos\_, mala gente, de la que ha invadido nuestro país. No iba ni uno que tuviera los cuatro apellidos vascongados.

Y hablaba con orgullo de estos cuatro apellidos, que e exhibían como una prueba de nobleza todos los del partido bizkaitarra .

--Pues, yo los tengo--gritaba su interlocutor con a cometividad,--y digo que deseo que esta tarde les rompan el alma á los d

e la romería, y  
¡ojalá arrastren á todos los jesuítas!

La división que perturbaba á la villa, mostrábase, también en el restaurant, impulsando á unos parroquianos contra otros faltando poco para que se arrojaran los platos y se acometiesen con los cuchillos.

A las dos volvió Aresti al Arenal. Formábanse de nuevo los grupos cerca del puente, mirando con hostilidad á los aldeanos que pasaban camino de las parroquias. Circulaban por el gentío las más contradictorias noticias. Ya no se verificaba la romería: oponíase á ella el gobernador, al que los bizkaitarras, en su fervor separatista, llamaban despreciativamente «el cónsul de España». Después corría de boca en boca la certidumbre de que iba á celebrarse la fiesta. Se estaban formando las comitivas en cada parroquia: pronto llegarían al Arenal para reunirse todas en San Nicolás.

Y la gran plaza ennegrecíase de gentío inquieto. Una masa de cabezas cubría las aceras y las calles inmediatas. El centro del Arenal estaba desierto: quedaba un gran espacio libre, del que se apartaba instintivamente la gente: un vacío que parecía destinarse al choque de unos y otros.

Aresti se sintió de pronto arrastrado por un violento empujón de la muchedumbre, estremecida al adivinar la proximidad del enemigo. Estalló

una tempestad de gritos en una calle inmediata. Era  
n aclamaciones  
interrumpidas por tiros.

Por encima del oleaje de cabezas pasaban en un vaiv  
én tempestuoso los  
estandartes de la primera procesión. El médico, sin  
saber cómo, en uno  
de los empujones de la multitud, se vió en mitad de  
l Arenal, cerca del  
desfile de devotos. Iban en grupos, con la cabeza d  
escubierta; los  
hombres, empuñando grandes garrotes, y llevando al  
pecho el escapulario  
de la Virgen de Begoña; las mujeres escoltaban á lo  
s curas, mirando á la  
muchedumbre con sus ojos de hembras duras y fanátic  
as. Cesaron los  
disparos al entrar la procesión en la plaza. Entona  
ban los romeros un  
himno en vascuence á la Señora de Vizcaya, y de los  
grupos salía, como  
respuesta, \_La Marsellesa\_ ó \_La Internacional\_.

Agrupáronse los devotos ante la portada de San Nico  
lás, y la muchedumbre  
avanzó lentamente hacia ellos. Estrechábase el espa  
cio entre unos y  
otros, los palos levantábanse amenazantes, los insu  
ltos alternaban con  
los cánticos. De repente, el gentío se hizo atrás,  
volviendo sus mil  
cabezas. Una nueva procesión llegaba por el puente.  
Se había reunido en  
la Residencia de los jesuítas: era lo más brillante  
del ejército devoto  
que iba á subir á Begoña; el \_señorio\_ de Bilbao, e  
n el que figuraban  
las familias ricas de la villa, los agitadores del  
bizkaitarrismo, los  
alumnos de Deusto. Los Padres de la Compañía más fa  
mosos, presidían las

asociaciones obreras organizadas por ellos para con  
tener la impiedad  
creciente del pueblo.

Desfilaban en grupos, con mirada de reto, abombando  
el pecho para que se  
viera bien el distintivo de la Virgen, con una mano  
oculta en los  
bolsillos, marcándose en la tela el rígido contorno  
de las armas de  
fuego. Las señoras caminaban con paso marcial, sin  
parecer intimidadas  
por la actitud hostil del gentío, como damas altiva  
s que no temen al  
mal gesto de su servidumbre, mirando con desprecio  
á toda aquella  
balumba de pobretones que se sustentaban de lo que  
sus poderosas  
familias querían darles.

Estalló un trueno de gritos, insultos é imprecacion  
es. Aresti vió pasar  
á Urquiola con el revólver fuera del bolsillo, segu  
ido de alumnos de  
Deusto y de fuertes aldeanos, como un cabecilla, or  
guloso de poder  
realizar dentro de Bilbao lo que sus antecesores só  
lo intentaron en las  
montañas inmediatas, durante los dos famosos sitios  
.

--¡Viva Vizcaya! ¡Viva la religión y Nuestra Señora  
de Begoña! ¡Mueran  
los liberales!

Algunos discípulos de la Universidad jesuítica, par  
eciéndoles estas  
aclamaciones demasiado vulgares, daban vivas á la U  
nidad Católica, y los  
aldeanos los contestaban con rugidos de entusiasmo,  
sin entender lo que  
aquello significaba, pero adivinando que debía ser

algo contra los  
impíos de la odiada Bilbao.

Aresti vió pasar á la mujer y la hija de Sánchez Morueta. Después á las  
de Lizamendi en un grupo de señoras, con la falda co-  
añida y el andar  
arrogante. Miraban á todos lados como si buscasen á  
alguien entre el  
gentío hostil, y al verle, la madre y la hija mayor  
casi sonrieron  
satisfechas de no haberse equivocado. ¡También esta-  
ba allí!... El mal  
hombre estaba donde le correspondía. El médico vió  
la mirada de  
resignación y de lástima que su mujer dirigía al cie-  
go, como si  
pidiese, con lamentos de víctima, perdón para su al-  
ma perdida. Luego vió  
destacarse de un grupo de sotanas á su enorme primo  
, que marchaba con la  
cabeza descubierta, brillando la condecoración de la  
Virgen entre la  
celosía de sus barbas, con la mirada arrogante, una  
mirada dura y hostil  
desconocida por Aresti.

El médico no pudo ver más. Creyó de pronto que se a-  
bría el suelo de la  
plaza y que huían todos, chocando unos contra otros  
con el terror de la  
fuga. Algunos palos rompiéronse en pedazos; sonaban  
las espaldas al  
recibir los golpes con un ruido de cofres vacíos; ca-  
ían muchos con la  
cara cubierta de sangre, tropezando en sus cuerpos  
los que huían, y  
comenzaron á sonar por todos lados, como chasquidos  
de tralla, los tiros  
de los revólvers.

Corrían las señoras á refugiarse en San Nicolás, y



los curiosos de las  
aceras, huyendo de los disparos, se arrojaban de cabeza dentro de los  
cafés, rompiendo cristales y volcando sillas y mesas.

En un momento se formó un gran vacío en la plaza, quedando sembrado el  
suelo de garrotes, sombreros y boinas. Algunos heridos se arrastraban,  
manchando de sangre el suelo del paseo. Otros eran llevados en alto por  
los grupos hacia las farmacias más próximas. Mientras tanto, continuaba  
el combate entre los más resueltos de una y otra parte.

De la portada de San Nicolás salían descargas cerradas, disparos de  
revólvers baratos comprados el día antes por los organizadores de la  
romería, balazos sin dirección, que iban á perderse en la arena del  
paseo ó se incrustaban en los árboles. La mayoría de los obreros  
carecían de armas y se batían con los puños ó con palos, profiriendo en  
la exaltación de la lucha blasfemias contra la Virgen de Begoña y sus  
devotos. La batalla se había fraccionado: peleábase en grupos sueltos ó  
individualmente. Los mismos compañeros no se reconocían, y muchas veces  
se golpeaban, creyendo herir á un enemigo.

Aresti permanecía inmóvil en medio de la plaza, sin darse cuenta de las  
balas que á corta distancia de él levantaban las cortezas de los  
troncos. Sentíase empujado de un lado á otro por los empujones de los  
combatientes, viéndolo todo al través de una niebla

gris, como si el sol  
se hubiera ocultado. Sus pies se enredaban en cuerpos  
blandos, que le  
hacían tropezar, y de los que salían gemidos dolorosos.

En este crepúsculo del atolondramiento creyó ver á  
un cura enorme que se  
recogía el manto con una mano y con la otra disparaba su revólver sobre  
un trabajador que esquivaba los tiros con agilidad  
simiesca.

--¡Tú acabarás!--decía blandiendo una faca y desviándose de un salto  
cada vez que el sacerdote tiraba del gatillo, apuntándole.

Y cuando el cilindro del arma rodó sin que saliera ya ninguna  
detonación, el obrero, con una risa feroz, se abalanzó sobre el cura,  
abrazándolo, cayendo con él al suelo, hundiéndole en la espalda el arma  
con tanto ímpetu, que la hoja quebróse en dos pedazos.

Aresti creyó que se había desplomado un árbol sobre sus hombros. Fué un  
golpe que le sacó de su aturdimiento, haciéndole rugir de ira: un  
garrotazo en la espalda, que acabó con toda su bondad irónica de  
espíritu superior, despertando en él á la fiera. Levantó su bastón y  
comenzó á dar golpes delante de él, sin mirar á quien alcanzaba, sin  
acordarse de que podía ser un amigo, con el ansia de hacer daño, con la  
embriaguez de la sangre.

De pronto se sintió detenido en su avance por una e

spalda que caía  
contra su pecho. Era un jovenzuelo, desmedrado y dé  
bil, con el  
raquitismo que da el trabajo cuando es superior á l  
as fuerzas de la  
edad. Vaciló como si estuviera ebrio, llevándose la  
s manos á la cara  
ensangrentada, y al intentar erguirse, un puño enor  
me volvió á caer  
sobre él haciéndolo rodar por tierra.

Aresti, con los pies inmovilizados por el cuerpo de  
l caído, levantó el  
bastón al ver que se alzaba contra él de nuevo aque  
l puño que resonaba  
sordamente golpeando como una maza. Pero el médico  
quedó con el brazo en  
alto al reconocer al hombre que le acometía.

--¡Tú!... ¡tú!...--gritó con una voz que parecía de  
sgarrarle la  
garganta.

Tenía ante él á Sánchez Morueta, con el puño levant  
ado, las barbas en  
desorden, y en los ojos una expresión feroz: el des  
eo de exterminar á la  
canalla impía que insultaba á las personas decentes  
y había hecho  
refugiarse á las señoras en la iglesia.

Al reconocer á Aresti, bajó el brazo y la cabeza co  
mo avergonzado. En el  
mismo instante, algo blando y tibio chocó en una de  
sus mejillas  
escurriéndose por los hilos de su barba. ¡Su Luis,  
su hermano, le había  
escupido en el rostro! Era el odio que no encontrab  
a otra forma de  
herirle, ya que las manos se negaban á ello por el  
antiguo respeto; era  
el desprecio al verle anonadando con su fuerza de a

nimal bien mantenido  
y feliz, á aquel aborto de la miseria que estaba en  
el suelo con la cara  
ensangrentada.

El millonario miró á su primo con ojos mansos y sin  
expresión, unos ojos  
bovinos que parecían pedirle clemencia, al mismo ti  
empo que se pasaba la  
mano por la barba borrando el escupitajo del odio.

Fué á hablar, pero no pudo. Un fantasma negro que a  
gitaba su manteo como  
unas alas fúnebres tiraba de él. Era el Padre Paulí  
.

--Don José. Vámonos de aquí. ¡A Begoña! ¡A Begoña!

Y le arrastró con paternal solicitud, como si el mi  
llonario fuese el  
primer estandarte de la romería.

Aresti quedó inmóvil, avergonzado de su arretrato. P  
ero en fin, lo hecho  
bien estaba, ya que no tenía remedio. Los empellone  
s de la gente que  
huía le sacaron de su abstracción. Los jinetes de l  
a guardia civil  
corrían al trote por la plaza, amenazando con sus s  
ables. Los romeros se  
agrupaban ante la iglesia, y la masa popular aglome  
rábase en las aceras,  
dejando la plaza limpia de gente. De vez en cuando  
la atravesaban  
algunos hombres, llevando en sus brazos un herido.

Las piedras arrojadas por los grupos chocaban en la  
fachada de San  
Nicolás. Desde las dos torrecillas de la iglesia le  
s contestaban á  
tiros.

La muchedumbre sin armas, herida á mansalva desde a  
quella altura, rugía  
impotente, y en un arranque de desesperación, inten  
tó arrojarse al  
asalto del templo, pero tropezó con un obstáculo qu  
e acababa de  
interponerse entre los dos bandos, una barrera azul  
y roja en la que  
brillaban cañones de fusil y correaes lustrosos.

Dos compañías de infantería habían entrado en la pl  
aza á paso  
gimnástico, colocándose en batalla ante la iglesia.  
Eran los \_guiris\_,  
los \_ches\_, la España en armas que llegaba; la odio  
sa Maketania con su  
pantalón rojo, sostenedora de la impiedad liberal,  
enemiga de la  
resurrección de la antigua Vasconia. Los soldaditos  
, pálidos, con la  
boca apretada, descansando sobre sus fusiles entre  
las pedradas y los  
tiros de revólver, daban frente á la gran masa que  
protestaba contra la  
romería.

Llegaban para guardar el orden, pero sus ojos iban  
instintivamente  
hacia la muchedumbre devota, como si deseasen girar  
sobre sus talones y  
hacer fuego apuntando á la iglesia. Aquellos curas  
armados y  
vociferantes, los aldeanos fuertes y sumisos como b  
estias, los señoritos  
con aires de cabecilla, eran el eterno enemigo. Los  
soldados husmeaban  
en ellos á los que en otro tiempo habían asesinado  
en las montañas á sus  
hermanos, y que aun ahora deseaban volver á la luch  
a de emboscadas. El  
deber, con su peso férreo é irresistible, mantenía  
inmóvil á la doble

fila de hombres azules y rojos.

Un oficial vaciló un instante y entregando su sable  
á un soldado, se  
llevó una mano á un hombro. Acababa de recibir un b  
alazo; le habían  
herido los que tiraban desde lo alto de la iglesia.  
Su rostro se  
contrajo con tristeza dolorosa, más que por la heri  
da, por la amargura  
de un sacrificio sin gloria, por perder su sangre,  
no en la montaña  
frente á frente con el eterno enemigo, sino á la pu  
erta de una iglesia,  
á manos tal vez de un sacristán, de uno de aquellos  
efebos católicos  
que, ocultos en las alturas, gritaban como mujeres  
aclamando á la  
religión y la Virgen.

La guardia civil empujaba á los romeros fuera de la  
plaza. Salían en  
bandas de la iglesia con sus estandartes, desgarrad  
os en la lucha, y  
emprendían la ascensión á Begoña escoltados por los  
jinetes.

La muchedumbre hostil, contenida en su avance por l  
a tropa, oía cómo se  
alejaban las cofradías por las calles empinadas que  
daban acceso al  
santuario.

--¡Viva la Virgen!--gritaban con el enardecimiento  
de una lucha en la  
que habían llevado la mejor parte.

--¡A Begoña! ¡A Begoña!--aullaba Urquiola agitando  
el revólver al frente  
de un grupo.

Y las aclamaciones á la Virgen, interrumpíanlas con

frecuentes  
descargas. Sin cesar en sus cánticos, hacían fuego  
sobre todos los que  
al borde de la cuesta contestaban á sus aclamacione  
s con gritos de  
protesta.

Poco á poco fué quedando desierto el atrio de San N  
icolás. Un muerto  
yacía en la acera, custodiado por dos guardias. Más  
allá, los grupos  
rodeaban á varios heridos. Algunos curas se desliza  
ban con paso lento á  
lo largo de las paredes esquivando el gentío. Estab  
an heridos é iban á  
sus casas á curarse ocultamente, huyendo de la publ  
icidad y de enojosas  
declaraciones.

Aresti pasó más de una hora de botica en botica y d  
e café en café,  
solicitado y arrastrado por muchos que le conocían,  
llamado allí donde  
guardaban un herido, esforzándose por curar de prim  
era intención, con  
los medios que tenía á su alcance, á todos los infe  
lices que en brazos  
de la muchedumbre iban después hacia el hospital.

Atendió indistintamente á unos y otros, á los que l  
levaban en el pecho  
el escapulario de la Virgen y á los que en el parox  
ismo del dolor  
creían encontrar un alivio dando vivas á la Liberta  
d y la República. La  
carne herida, destrozada por el choque, la sangre q  
ue manchaba las  
aceras y los pavimentos de los cafés, le causaban i  
nmensa tristeza,  
haciéndole pensar con lástima en la eterna infancia  
de los hombres:  
¡Matarse, herirse por un pedazo de madera groserame

nte tallada, que  
estaba allá en lo alto, entre luces y flores, mient  
ras existían en el  
mundo terribles enemigos, como el hambre y la injus  
ticia, que reclamaban  
para desaparecer el esfuerzo común y fraternal de t  
odos los humanos!

Mientras los hombres se mataban por la gloria de la  
Virgen de Begoña, la  
carcoma, más sabia que ellos, seguiría mordiendo la  
s entrañas de madera  
del sonriente fetiche: tal vez á aquellas horas alg  
ún ratón roía las  
patas del ídolo milagroso, bajo su hueca saya de pe  
drería.

El médico, fatigado por las emociones de la tarde y  
por la violencia de  
aquellas curas entre la enojosa curiosidad de la ge  
nte, respiró  
satisfecho cuando ya no le presentaron más heridos.

Paseó entonces por la orilla de la ría, pensando en  
el encuentro con su  
primo, que seguramente sería el último. La injuria  
á Sánchez Morueta le  
mordía el pensamiento: aquel salivazo parecía haber  
caído sobre su alma.  
¡Ay, el intruso! El maldito intruso! ¡Cómo había pe  
netrado entre ellos,  
matando todo afecto, anulando con el poder frío de  
la muerte todo un  
pasado de cariño fraternal!... No habían reñido cue  
rpo á cuerpo como  
los hermanos en las guerras civiles: pero se habían  
herido en el alma,  
separándose para siempre, como bestias enfurecidas.  
Se acabó la familia:  
Aresti estaba solo en el mundo.



Varios grupos de muchachos corrían vociferando por las riberas del Nervión. Algunas mujeres daban alaridos, haciendo la señal de la cruz. ¡Se iba acabar el mundo!... Un tropel de desalmados, furiosos después de la lucha en el Arenal, se habían esparcido por las Siete Calles, escalando las hornacinas que cobijaban las imágenes de los patronos de aquella Bilbao tradicional.

Los santos eran arrojados de sus capillas y arrastrados después hasta la ribera, entre las patadas y salivazos de la turba, que quería vengar en aquellos cuerpos de palo, pintados y dorados, la sangre derramada por otros de músculos y hueso. ¡Al agua los santos! Y caían de cabeza en la ría las vírgenes y los bienaventurados, flotando después de la inmersión con la ligera porosidad de la madera vieja.

La muchedumbre seguía lentamente por las riberas el tardo descenso de las imágenes empujadas por la corriente. Silbaban y aplaudían viendo el cabeceo de los santos, mientras algunas mujeres, con arrojo de mártires, insultaban á los impíos, amenazándoles con las manos crispadas.

Una imagen de la Virgen de Begoña, arrancada de su hornacina, era la que más llamaba la atención. ¡Ella tenía la culpa de todo!... Y la silbaban é insultaban mientras la imagen descendía tendida de espaldas, mostrando á flor de agua su vientre dorado y su carita de muñeca sagrada. Un gabarrero, cruzando la ría en su barcaza, avanzó ha

cia la imagen como si quisiera cortarla el paso. Los devotos aplaudieron, presintiendo la piedad del marinero: iba á salvar á la Virgen.

Cuando su barca estuvo cerca de la imagen, cesó de manejar el remo, y, levantándolo en alto, después de mirar á ambas orillas, dió con él un golpe tremendo á la Virgen, que desapareció en un remolino de agua para no flotar más. Entonces fueron los otros los que prorrumpieron en aplausos, mientras los devotos elevaban los ojos al cielo. ¡Hasta sobre las aguas se mostraba la impiedad de la villa!...

Frente á un grupo peroraba un hombre de aspecto miserable, con movimientos desordenados, como si fuese un loco. Aresti reconoció al \_Barbas\_.

--Lo de hoy no vale nada--gritaba.--No me parece mal que les metan mano á los que por tanto tiempo han tenido engañada á la gente, pero después de esto hay que ajustar la cuenta á los que la roban. Hoy ha sido la batalla de los santirulicos: mañana será la del pan. Ya bajarán del monte los que han producido con su trabajo las riquezas de todos los ladrones de aquí: ya reclamarán su parte. Y nada de peticiones ordenadas ni de aumentos de jornal, ni de limosnas. ¡Fuera los cataplasmeros! A cada cual lo que le corresponde, y al que se oponga, ¡dinamita... roño! ¡dinamita!

Aresti se alejó para que no le viese aquel energúme

no, que parecía  
enardecido por la sangre de la reciente lucha.

Sus palabras evocaban en el pensamiento del médico  
las minas, con su  
población miserable, roída por las necesidades mate-  
riales y la  
desesperación de los que sienten sed de justicia. D  
esde aquellos  
picachos rojos, transformados y revueltos por el pi-  
co del peón y el  
trueno del barrenador, un nuevo peligro espiaba á l  
a villa opulenta y  
feliz. Después del choque provocado por el fanatism  
o dominador, vendría  
la huelga de los infelices, la reclamación imperios  
a de la miseria.

Un ejército enemigo se ocultaba tras aquellas monta-  
ñas que cerraban el  
horizonte: una horda hambrienta que algún día caerí  
a sobre la población  
como en otros tiempos las gavillas del absolutismo.  
Bilbao estaba  
amenazada de un tercer sitio; pero en el de ahora n  
o se detendrían los  
enemigos ante las defensas exteriores; se esparcirí  
an por las calles y  
bloquearían á la riqueza en sus magníficas vivienda  
s. La guerra en  
nombre del pasado se repetiría en defensa del porve  
nir; los nuevos  
sitiadores llevarían la miseria como bandera, y com  
o grito de combate el  
derecho á la vida.

Aresti pensaba en la posibilidad de que desaparecie  
se aquella riqueza  
origen de tantos males. ¿Para qué servían los tesor  
os de las minas? Se  
había embellecido exteriormente la población, toman  
do el aspecto de una

capital: la grandeza de la industria moderna tronaba en la ría por las chimeneas de fábricas y buques; pero la vida era más triste que antes. Con la riqueza habían llegado los hombres negros, que se hacían los amos de todo, que se apoderaban de las conciencias, acabando por poner sus manos en los bienes materiales.

Si la riqueza de la villa se agotara de pronto, aquellas aves de tristeza levantarían el vuelo hacia otros países. El suelo sería más pobre, pero renacería en él como planta de consuelo la alegría de la vida.

La antigua Bilbao de los comerciantes y los marinos, que aún no conocía el valor del hierro, era más feliz, con la paz de un trabajo lento y ordenado y la llaneza fraternal de sus costumbres, que la villa moderna, con sus improvisadas fortunas, sus ostentaciones locas y aquella riqueza disparatada y rápida que apenas si dejaba en el país rastros beneficiosos de su paso, perdiéndose en las obscuras tragaderas del intruso negro, aparecido en la hora suprema de la fortuna para sentarse al lado de los favoritos de la suerte, ofreciéndoles el cielo á cambio de una participación en el botín.

El saqueo de la Naturaleza, la amputación de sus entrañas de hierro, había servido únicamente para la felicidad de unos cuantos y para qué el parásito sagrado que se ocultaba tras ellos fuese el verdadero amo de

todo. ¡Debía terminar aquel carnaval de la Fortuna, que sólo servía para dar nuevas fuerzas al fanatismo religioso y para irritar á la miseria, con el alarde de una concentración loca de la riqueza, que avivaba los odios sociales!...

Las minas se empobrecían. Los optimistas las daban vida para veinte años: los más crédulos llegaban hasta treinta. Pero después vendría el agotamiento, la nada; la montaña pelada, con su esqueleto calcáreo al descubierto, sin guardar el más leve harapo del manto que la había cubierto durante siglos, más rico que el de muchos dominadores de la tierra. Algunas minas quedaban abandonadas como los caballos moribundos, á los que se olvida cuando ya no pueden dar utilidad. En otras, se aprovechaba la escoria de las viejas explotaciones, para extraer el hierro que habían respetado los métodos antiguos. En Gallarta se derribaban casas enteras, construidas algunos años antes, para aprovechar el mineral de su paredes. Se vivía de los residuos de la época de prosperidad, como en las casas donde asoma la escasez y se aprovechan para un nuevo yantar las sobras de la comida anterior. Tras esto, era de esperar la completa carencia de mineral. Serían inútiles todas las extratagemas de aprovechamiento; sólo encontrarían la tierra pobre y estéril, sin la menor partícula de hierro, y entonces vendría el ¡sálvese quien pueda!, el momento terrible de la vuelta á la pobreza, la

fuga desordenada y arrolladora de la muchedumbre que engañaba su hambre  
trabajando en la cantera, dejando entre sus pedruscos lo mejor de su  
vida: el aislamiento de los poderosos, encerrándose en el arca de su  
riqueza, para flotar sobre este Diluvio final.

La Fortuna habría pasado un momento por aquella tierra, como por otros  
países, sin dejar más que ligeras huellas. Bilbao ofrecería el aspecto  
de las ciudades históricas de Italia, que fueron grandes, llenando el  
mundo con el poderío de su comercio, y hoy son melancólicos cementerios  
de un pasado glorioso. Quedarían en pie los palacios del ensanche, la  
ría prodigiosa con su puerto, que parece esperar las escuadras de todo  
el mundo: pero los palacios estarían desiertos, el abra, con sus  
contados barcos, tendría la triste grandeza de una jaula inmensa sin  
pájaros, y las fundiciones, los altos hornos, los cargaderos, serían  
ruinas, con sus chimeneas rotas, como esas columnas solitarias que hacen  
aún más trágica la soledad de las metrópolis muertas.

Ebrios por el vino enloquecedor de la suerte, los dueños de tanta  
riqueza, no habían querido crear industrias nuevas, que fuesen libres de  
la servidumbre de la mina. Las luchas industriales con sus  
complicaciones y riesgos, no les tentaban, acostumbrados á las fáciles y  
seguras ganancias de un país donde sólo hay que arrancar los pedruscos  
del suelo para enriquecerse. La vida de la villa, e

l movimiento de su  
puerto, la existencia de sus fábricas, todo estaba  
sometido á la tierra  
roja arrancada de la montaña. El hierro era la sang  
re de Bilbao, el aire  
de sus pulmones, y al faltar de repente, caería la  
villa ostentosa con  
repentina muerte, desaparecería, como el decorado d  
e una comedia de  
magia, aquella riqueza creada de la noche á la maña  
na, que era para la  
masa infeliz una opulencia insultante.

Tal vez algún día los pasos de los raros transeunte  
s despertasen el  
mismo eco fúnebre en las calles de la nueva Bilbao,  
que los del viajero  
al vagar entre los muertos palacios de Pisa. Podía  
ser que el mar  
enemigo cegase la ría con una barra de arena, y que  
sólo de tarde en  
tarde remontase su corriente algún barco mercante.

Aresti acariciaba esta perspectiva desoladora. Su B  
ilbao volvería á ser  
la villa comercial, la de las famosas ordenanzas, c  
on una vida mediocre  
y pacífica, sin enormes capitales, pero limpia la c  
onciencia del  
remordimiento cruel que pesaba sobre ella, cuando d  
esfilaba por sus  
calles el ejército de la miseria, los parias del tr  
abajo en huelga, los  
que llegaban á exhibir como una acusación muda sus  
harapos y su cara de  
hambre ante los palacios de los ricos.

Y al ausentarse la Fortuna loca, marcharían tras su  
s pasos aquellos  
hombres negros que la seguían como merodeadores, qu  
e sólo se mostraban  
hablando del cielo allí donde se amontonaban los be

neficios de la  
tierra. No vacilarían en abandonar una tierra exhausta, olvidándola  
como tenían olvidados á los países pobres, donde nunca se mostraban,  
como si en ellos no existiesen hijos de su Dios.

Aresti, al pensar que la ruina de su país sería la señal para que los  
invasores levantasen sus tiendas, deseaba que aquel la llegase cuanto  
antes: sonreía pensando en el agotamiento de las minas como en una  
catástrofe providencial y salvadora.

Llevaba más de dos horas paseando por la orilla de la ría. Comenzaba el  
agonizar de la tarde. A lo lejos, por la parte del mar, el sol  
ocultábase tras la cumbre del Serantes. Un grupo de muchachos seguía la  
lenta flotación del último santo, arrojándole piedras para que no se  
detuviera en las revueltas de la corriente.

Después de las agitaciones de la tarde, la calma majestuosa del  
crepúsculo de verano, parecía envolver suavemente el espíritu de Aresti,  
elevando su pensamiento. Ya no se acordaba de su villa, de aquel pedazo  
de tierra donde había de morir. Era un ataúd, en el que dormitaba,  
rodeado de seres egoístas que se defendían del vecino ó intentaban  
aplastarle, siempre en continua guerra, como si todos se creyesen  
inmortales y temblaran por su sustento durante una vida sin límites.

Ahora pensaba en la humanidad; en el largo y doloroso camino que aún



tenía por delante; en la obscura selva por donde marchaba, encadenados  
sus pies con los hierros del pasado, tendiendo las  
manos doloridas  
hacia el ideal, hacia la justicia, que brillaba lejos,  
muy lejos, como  
una estrella perdida en la noche.

El sol se había ya ocultado. Sobre las aguas ligeramente enrojecidas por  
el resplandor sangriento del cielo, flotaba la imagen del último santo.

Aresti pensaba en el ocaso de los dioses, en el último crepúsculo de las  
religiones. ¡Ay, si la noche que llegaba fuese eterna para los viejos  
ídolos; si al salir de nuevo el sol viese la tierra  
limpia de todas las  
leyendas creadas por la debilidad humana, balbuciente y temblorosa ante  
el negro secreto de la muerte!

El doctor contemplaba la fuga del ídolo sobre las aguas, y, como atraído  
por él, lo seguía a lo largo de la ribera.

Soñaba en el día glorioso de la humana redención: cuando desapareciesen  
los dioses y diosecillos de afeminada sonrisa que habían mantenido a los  
hombres durante siglos en la esclavitud, cantándoles la canción de la  
humildad y la repugnancia a la vida, arrullándolos en su eterna niñez,  
con la apología de la resignación cobarde ante las injusticias  
terrenales, como medio seguro de ganar el cielo...

No: aquellos ídolos habían engañado a la humanidad demasiado tiempo y  
debían morir. Sus días aún serían largos, pero esta

ban contados. Los  
hombres comenzaban á maldecirlos, tendiendo hacia e  
llos las manos  
hostiles con la sublime rebeldía del sacrilegio. Er  
an los alcahuetes de  
la injusticia. Bajarían de sus altares como habían  
descendido los dioses  
del paganismo cuando les llegó su hora, siendo más  
hermosos que ellos.  
Quedarían en los museos entre las divinidades del p  
asado, sin lograr  
siquiera, en su fealdad, la admiración que inspira  
la armoniosa  
desnudez: se confundirían con los fetiches grotesco  
s de los pueblos  
primitivos, y la humanidad, incapaz ya de envolver  
en formas groseras  
sus aspiraciones y anhelos, adoraría en el infinito  
de su idealismo las  
dos únicas divinidades de la nueva religión: la Cie  
ncia y la Justicia  
Social.

FIN

Playa de la Malvarrosa (Valencia).

Abril-Junio de 1904.

\* \* \* \* \*

DEL MISMO AUTOR

NOVELAS

=Arroz y tartana.= \_Una peseta.\_

=Flor de Mayo.= \_Una peseta.\_

=La Barraca.= \_3'50 pesetas.\_

=Entre naranjos.= \_3 pesetas.\_

=Cañas y barro.= \_3 pesetas.\_

=Sónnica la cortesana.= 3 pesetas.

=La Catedral.= 3 pesetas.

## CUENTOS

=Cuentos valencianos.= \_Una peseta.\_

=La Condenada.= \_Una peseta.\_

## VIAJES

=París= (\_agotada\_).

=En el país del Arte= (\_Tres meses en Italia\_). 1'50 ptas.

End of the Project Gutenberg EBook of El intruso, by Vicente Blasco Ibáñez

\*\*\* END OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK EL INTRUSO \*\*\*

\*\*\*\*\* This file should be named 24466-8.txt or 24466-8.zip \*\*\*\*\*

This and all associated files of various formats will be found in:

<http://www.gutenberg.org/2/4/4/6/24466/>

Produced by Chuck Greif and the Online Distributed Proofreading Team at <http://www.pgdp.net> (This file was produced from images generously made available by the

Digital & Multimedia Center, Michigan State University Libraries.)

Updated editions will replace the previous one--the old editions will be renamed.

Creating the works from public domain print editions means that no one owns a United States copyright in these works, so the Foundation (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties.

Special rules, set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to copying and distributing Project Gutenberg-tm electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and trademark. Project

Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you

charge for the eBooks, unless you receive specific permission. If you

do not charge anything for copies of this eBook, complying with the

rules is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose

such as creation of derivative works, reports, performances and

research. They may be modified and printed and given away--you may do

practically ANYTHING with public domain eBooks. Redistribution is

subject to the trademark license, especially commercial

redistribution.

\*\*\* START: FULL LICENSE \*\*\*

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE  
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS  
WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase "Project Gutenberg"), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg-tm License (available with this file or online at <http://gutenberg.org/license>).

Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg-tm electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg-tm electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg-tm electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg-tm electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or

entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark . It may only be used on or associated in any way with an electronic work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg-tm electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg-tm electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg-tm electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation ("the Foundation" or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is in the public domain in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg-tm works in compli

ance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attached full Project Gutenberg-tm License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country outside the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (any work on which the phrase "Project Gutenberg" appears, or with which the phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is derived from the public domain (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.



1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in a format other than "Plain Vanilla ASCII" or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg-tm web site ([www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original "Plain Vanilla ASCII" or other form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg-tm License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gut

enberg-tm works  
unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg-tm electronic works provided that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg-tm works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, "Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."

- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm License. You must require such a user to return or

destroy all copies of the works possessed in a physical medium  
and discontinue all use of and all access to other copies of  
Project Gutenberg-tm works.

- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any  
money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the  
electronic work is discovered and reported to you within 90 days  
of receipt of the work.

- You comply with all other terms of this agreement for free  
distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg-tm  
electronic work or group of works on different terms than are set  
forth in this agreement, you must obtain permission in writing from  
both the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and Michael  
Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark. Contact the  
Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable  
effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread  
public domain works in creating the Project Gutenberg-tm  
collection. Despite these efforts, Project Gutenberg-tm electronic  
works, and the medium on which they may be stored, may contain

"Defects," such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg-tm electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a

written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'AS-IS' WITH NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg-tm electronic works in accordance with this agreement, and any volunteers associated with the production, promotion and distribution of Project Gutenberg-tm electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg-tm work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you cause.

## Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need, is critical to reaching Project Gutenberg-tm's goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm collection will remain freely available for generations to come. I

n 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg-tm and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4 and the Foundation web page at <http://www.pglaaf.org>.

### Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non profit 501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification number is 64-6221541. Its 501(c)(3) letter is posted at <http://pglaaf.org/fundraising>. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 455 7 Melan Dr. S. Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered throughout numerous locations. Its business office is located at 809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801) 596-1887, email

business@pglaf.org. Email contact links and up to date contact information can be found at the Foundation's web site and official page at <http://pglaf.org>

For additional contact information:

Dr. Gregory B. Newby  
Chief Executive and Director  
[gbnewby@pglaf.org](mailto:gbnewby@pglaf.org)

#### Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot survive without wide spread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To



SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit <http://pglaf.org>

While we cannot and do not solicit contributions from states where we have not met the solicitation requirements, we know of no prohibition against accepting unsolicited donations from donors in such states who approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make any statements concerning tax treatment of donations received from outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for current donation methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including checks, online payments and credit card donations. To donate, please visit: <http://pglaf.org/donate>

Section 5. General Information About Project Gutenberg-tm electronic works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the Project Gutenberg-tm concept of a library of electronic works that could be freely shared with anyone. For thirty years, he produced and distributed Project Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg-tm eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as Public Domain in the U.S. unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

Most people start at our Web site which has the main PG search facility:

<http://www.gutenberg.org>

This Web site includes information about Project Gutenberg-tm, including how to make donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.